

Ulrich Brand - Markus Wissen

Modo de vida imperial

Vida cotidiana y crisis
ecológica del capitalismo

Ulrich Brand - Markus Wissen

Modo de vida imperial

Vida cotidiana y crisis
ecológica del capitalismo



**COLECCIÓN
NOCIONES
COMUNES**



**FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO**

Brand, Ulrich

Modo de vida imperial / Ulrich Brand ; Markus Wissen. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2021.

256 p. ; 20 x 14 cm.

Traducción de: Silke Trienke.

ISBN 978-987-3687-72-3

1. Política. 2. Economía. 3. Crisis Ecológica. I. Wissen, Markus. II. Trienke, Silke, trad. III. Título.

CDD 338.94

Edición original: *Imperiale Lebensweise. Zur Ausbeutung von Mensch und Natur im globalem Kapitalismus*, Oekom Verlag, 2017.

Traducción: Silke Trienke

Primera corrección y bibliografía: Mariano Pedrosa

Revisión y corrección de galera: Elina Kohen

Diseño de cubierta: Juan Pablo Fernández

Imagen de tapa: *Andrà tutto bene forse*, ISTUBALZ (Instituto de Estudios Balzanicos), 2020.

Diagramación: Florencia Ayelén Medina

Diseño de Colección Nociones Comunes: Juan Pablo Fernández

Agradecemos a Fundación Friedrich-Ebert de México por el apoyo a la traducción del alemán. Esta publicación también fue apoyada por la Fundación Rosa Luxemburgo con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ).



Creative Commons 2.0 (CC BY-NC-ND 2.0)

© de los textos, Ulrich Brand, Markus Wissen

© 2021, de la edición Tinta Limón y Fundación Rosa Luxemburgo

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo	9
Agradecimientos	35
Sobre este libro. Al límite de un modo de vida	37
Crisis múltiple y transformación socioambiental	49
El concepto de modo de vida imperial	73
El desarrollo histórico del modo de vida imperial	101
La generalización y profundización del modo de vida imperial en el mundo	129
Automovilidad imperial	157
Falsas alternativas: ¿de la economía verde al capitalismo verde?	181
Contornos de un modo de vida solidario	201
Bibliografía	225

Prólogo

Pandemia, crisis y capitalismo verde: la revolución pasiva del capital

La sensación de colapso económico, ecológico y político que provocó la pandemia que golpea al mundo desde principios de 2020 fue declinando en la gestión de una crisis que se extiende y se consume en un incesante ruido mediático vuelto opinión pública, en la proliferación semiótica autocentrada y complaciente en redes sociales, en una agenda político-económica subordinada a una correlación de fuerzas global que obliga, en el mejor de los casos, a un juego de suma cero. Al mismo tiempo, la crisis es inobjetable y reclama tomar en serio discusiones que apuntan al centro de la reproducción social, a los modos en que se organizan la producción y el consumo, a las formas de “crecimiento” y desarrollo económico y social. ¿Cuáles son las discusiones de fondo que contribuyen a un análisis crítico sobre las causas de la presente crisis socioecológica global que pueden alimentar un nuevo imaginario y dar consistencia a una práctica política transformadora?

Investigadores y activistas políticos, Markus Wissen y Ulrich Brand escriben desde el corazón del capitalismo europeo. Desde allí ponen a disposición un marco conceptual que nos permite ubicar tendencias que la pandemia aceleró y puso en evidencia. En *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo* indagan en los modos en que las normas de producción y consumo forjadas en el Norte global –pero extendidas desde mediados del siglo XX al resto del mundo– se sostienen a costa de la violencia, la destrucción ecológica y el sufrimiento humano, sobre todo –aunque no exclusivamente– en el Sur global. O, más concreto, analizan cómo el modo de vida imperial del Norte global oculta sistemáticamente las condiciones de producción –de la extracción de recursos naturales a las condiciones laborales de los trabajadores– que le

permiten externalizar los impactos negativos de las operaciones del capital a regiones periféricas del mundo. A su vez, este modo vida imperial en el Norte global no es solo causa y factor de crisis en el Sur global, sino también mecanismo de estabilización económica y subjetiva en el mismo Norte, que camufla así su propia crisis.

Dicho esto, nos interesa poner a funcionar, a discutir estas ideas, y a tal fin invitamos a Gabriela Massuh,¹ Bruno Fornillo² y Camila Moreno³ a conversar con Ulrich Brand sobre el libro. De la organización y coordinación de esta conversación también participaron Gerhard Dilger, director para el Cono Sur de la Fundación Rosa Luxemburgo, y Florencia Puente, coordinadora de proyectos de la misma institución.

El texto que sigue es el registro de esa conversación que, entre otros tópicos, va de la crisis ecosocial a la emergencia del “capitalismo verde” como oportunidad de negocios; de la decadencia de Europa y la pérdida de soberanía de los Estados nación a la disputa por los recursos estratégicos y la emergencia de potencias asiáticas como el Imperio chino. ¿Qué tensiones y nuevas contradicciones

¹ Gabriela Massuh nació en Tucumán, estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en Filología en la Universidad de Erlangen-Nürnberg. Es escritora, editora, traductora, docente y activa promotora cultural. Dirigió durante más de dos décadas el departamento de cultura del Instituto Goethe de Buenos Aires y fundó la editorial Mardulce. Entre sus libros publicados se encuentra el ensayo *El robo de Buenos Aires. La trama de corrupción, ineficiencia y negocios que le arrebató la ciudad a sus habitantes* (2014) y las novelas *La omisión* (2012), *Desmonte* (2015), *La intemperie* (2018) y *Degüello* (2019).

² Bruno Fornillo es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y en Geopolítica por la Universidad de París 8; investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina e integra el Instituto de Estudios sobre América Latina y el Caribe de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Publicó *Sudamérica Futuro. China global, transición energética y posdesarrollo* (Clasco-El Colectivo, 2016) y coordinó la publicación de *Litio en Sudamérica. Geopolítica, energía y territorios* (Clasco-IEALC-El Colectivo, 2019).

³ Camila Moreno estudió filosofía y derecho; es Doctora en Sociología por la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro (UFRRJ). Actualmente hace investigación de post-doctorado (2019-2024) en la Universidad Humboldt, Berlín. Es autora de *Brasil made in China: para pensar as configurações do capitalismo contemporâneo* (Fundação Rosa Luxemburgo, São Paulo, 2015) y *La Métrica del Carbono: ¿el CO2 como medida de todas las cosas?* (Fundación Heinrich Böll, México, 2016). Sigue desde 2008 las negociaciones internacionales sobre el clima.

atraviesan los territorios, tanto del Sur como del Norte global? ¿Qué pueden hoy los movimientos sociales que a principios de siglo presentaban una clara alternativa a las fuerzas mercantilizadoras y destructoras del neoliberalismo?

Modo de vida imperial (las resonancias de un concepto)

Gabriela Massuh: Debo decir que el título, *Modo de vida imperial*, a primera vista, me produjo extrañeza. Pensé: “Otro libro sobre imperialismo”. Pero, inmediatamente, la forma en que el libro plantea pensar estos modos de vida imperiales a partir de la insistencia en las “externalidades” me pareció absolutamente necesario e interesante. El Sur global aparece, en relación con el Norte global, o bien como depósito de basura, o bien como lugar de extracción de recursos. Al mismo tiempo, es inevitable pensar, también, ese Sur global que llega a Europa bajo la forma de migración; y cómo los gobiernos europeos se van cerrando y le van poniendo cada vez más vallas. Un ejemplo reciente que me llamó mucho la atención: Dinamarca lidia sin éxito desde hace cincuenta años con la existencia de sus guetos de migrantes. Una treintena de barrios, principalmente de las grandes ciudades, son señalados cada año en una suerte de *lista negra*. Hace pocos días, su gobierno socialdemócrata decidió reducir al 30 por ciento el ingreso de “no occidentales” a esos barrios. Es la primera vez que se hace una distinción de este tipo y es muy problemática. Por ejemplo, nosotros, ¿qué seríamos? ¿No occidentales? ¿Árabes? Como diría Rita Segato, algo “huele mal” en esta Europa cada vez más encerrada sobre sí misma. El “otro”, para Europa, o bien está en los museos, o bien está en los guetos. En ese sentido, y siguiendo a la misma Segato, se podría proponer un paralelismo entre este concepto de *modo de vida imperial* y el concepto de *colonialidad del poder*. Es decir, la complicidad de las colonias con el poder hegemónico. En ese sentido, me parece que tanto el libro como este concepto de modo de vida imperial explicitan muy bien las condiciones actuales de dominio colonial, patriarcal, racista y clasista.

Bruno Fornillo: Por mi parte, lo que rescataría como hecho singular del libro no es tanto lo que tiene que ver con la idea de imperio, sino más bien lo que tiene que ver con la idea de *modo de vida*. Me resulta realmente importante el subrayado que hace el libro de las dimensiones ideológicas. Creo que la tríada *poder, prestigio y dinero* remite a una dimensión ideológica fundamental que sostiene el tipo de acumulación capitalista. Y lo que está marcando muy bien el texto es la responsabilidad generalizada –no solamente de los sectores de la élite, sino también de gran parte de las clases medias europeas y ahora, también, de las nuevas potencias, sobre todo asiáticas– con esta tríada y este modo de acumulación. Es decir, me parece clave señalar la extensión de este modo de vida imperial a gran parte de la población y, consecuentemente, la extensión de la responsabilidad primera y el compromiso generalizado de estos modos de vida hiperproductivistas e hiperconsumistas respecto de la actual catástrofe ambiental global y la desigual distribución de recursos.

Hay otro punto que subraya el libro, y al que hay que prestarle absoluta atención, y es que Europa, y el mundo atlántico en general, está padeciendo una suerte de decadencia, al punto que es probable que tarde o temprano vuelva a ser una península asiática. Como contrapartida, lo que vemos es la reemergencia de megapotencias asiáticas, que sostienen también un modo de vida imperial. Porque China efectivamente es un nuevo imperio cuyo desarrollo capitalista, con su modo de extracción generalizado de recursos que impacta en el Sur global, entra en contradicción con el sostenimiento del planeta. En resumen, me resulta muy estimulante esa dimensión cultural o ideológica que aparece muy fuertemente en el texto.

Ulrich Brand: Como bien dice Bruno, en el libro nos interesa mostrar cómo el modo de vida imperial gana hasta en su propia muerte, hasta en su propia extinción, dada su capacidad de sobreexplotar el mundo tanto ecológica como socialmente. Este carácter hegemónico del modo de vida imperial, la aceptación amplia de una vida cotidiana no sustentable, queda evidenciado no tanto en su carácter imperial como en la extensión ilimitada de un modo de vida que, no obstante, requiere del afuera, de lo no presente; sobre todo del Sur

global, pero también de regiones de Alemania o Austria en las que viven y trabajan –sea en la cosecha, sea en las fábricas de carne– infinidad de migrantes. Esta es la contradicción que nos interesa.

Tal como desarrollamos en el libro, la hegemonía de este modo de vida imperial se consolida en Europa, aunque también en Argentina, en el momento de posguerra, en la segunda mitad del siglo XX. Un modo de vida que hoy, con la pandemia, se revela como causa o factor de una crisis que es múltiple. Al mismo tiempo, y no menos importante, este modo de vida es, también, un factor de estabilización de las relaciones sociales. Europa no es ajena a la crisis, pero el acceso a los *commodities*, a productos baratos del mercado mundial, permite a una parte importante de su población mantener cierto nivel de vida, es decir, vivir una vida “normal”. Esta situación, sin embargo, no alcanza ninguna estabilización duradera, y a partir de este diagnóstico, en el libro decimos que son esperables cada vez más tensiones; tensiones que llamamos *ecoimperiales* y que se producen en los países emergentes del sur de América Latina y de África cada vez que no se aceptan y se ponen en discusión estos modos de vida sustentados en la extracción voraz de los recursos globales.

Hay una última cuestión que me parece importante destacar sobre este libro que hicimos con Markus y es que, sin intención, intervino en un intenso debate que se dio en Alemania, y al interior de la izquierda europea, a partir del movimiento de refugiados del año 2015. Y en particular con un sector de esta izquierda, a la que puede llamarse *social-nacional*. Una izquierda, en algunos casos, impulsada por sindicatos que suelen decir: “Tenemos que defender –en nuestras palabras– el *modo de vida imperial*, porque, si no, los trabajadores van a votar a la ultraderecha. Tenemos que mantener cierto Estado social, ciertos estándares para las masas, porque, si no, la derechización va a ser aún más fuerte”. Nosotros intervinimos en ese debate tensionando esta posición, poniendo en el centro de la discusión sobre la crisis múltiple y los modos de vida e incitando a un nuevo internacionalismo. Nos parece fundamental poner todo en discusión y reconocer los problemas, pero la respuesta de la izquierda no puede ser social-nacional, no puede partir de la defensa del modo de vida imperial.

Camila Moreno: Cuando escribí el prefacio a la versión en portugués del libro de Uli y Markus para *Elefante Editora*, hice unos comentarios sobre a qué estábamos refiriéndonos cuando hablábamos de “imperial”.⁴ Porque hay un riesgo en la interpretación de este concepto, sobre todo por el modo en que están configuradas las izquierdas actuales, tendientes a absorber *slogans* y consignas de lucha más que a procesar las ideas. Entonces, es necesario ir un poco más allá del modo en que la izquierda –después de Marx, con Lenin y toda la tradición del siglo XX– ha pensado el imperialismo. Y sobre todo si nos ponemos en conversación con China.

Hago una breve digresión: un poco en broma, en ese prefacio contaba que, estando en China, hablaba y hablaba sobre el imperialismo, y la persona a la que le estoy hablando me mira, me interrumpe y me dice: “Pero China es un imperio, un buen imperio”. Entonces, “¿a qué le está haciendo críticas esta chica loca?”, me quiso decir. Y me acuerdo otro momento, en ese mismo viaje a China que hice con Uli en el año 2015 y que fue organizado por la oficina de Beijing de la Fundación Rosa Luxemburgo, que para explicar un poco la historia de América Latina hice una línea de tiempo, como solemos hacer para estos casos, y señalo en ella los ciclos (azúcar, oro, café), el desarrollismo, el neoliberalismo, el ajuste estructural, etc., distintas etapas de nuestra historia nacional, y en un momento me doy cuenta de que ellos me miran como diciendo “pobrecita”, más tarde alguien hace referencia a la Ruta de la Seda, a Gengis Kan y al imperio Mongol. Sus claves temporales son completamente otras; y obviamente es muy raro contarles esa historia a gente que se piensa y nos piensa tan distinto.

Y acá retomo con la idea de que el imperio antecede a la idea del imperialismo –tal como se discute en la izquierda– y a la del Estado-nación. Y en ese punto no es casualidad que las discusiones que Uli y Markus proponen en el libro hayan tenido tanta resonancia. Hay como una gran *fantasmagoría* como telón de fondo:

⁴ Ulrich Brand & Markus Wissen, *Modo de vida imperial: sobre a exploração de seres humanos e da natureza no capitalismo global*, San Pablo, Elefante Editora, 2021.

vivimos un momento en el que se erosiona muy rápidamente la forma Estado nacional, que es una forma muy reciente. El sistema de Estados nacionales empieza con el Tratado de Westfalia, en 1648, y su difusión y consolidación en Europa y en la periferia es un proceso complejo y conflictivo. Y si pensamos el proceso de constitución del multilateralismo de las *Naciones Unidas*, la descolonización en África, por ejemplo, tiene lugar en la segunda mitad del siglo XX. Y son procesos lentos, que quizá parecen rápidos por la forma, pero cuyos cambios se dan muy despacio en términos de estructuras sociales profundas. Entonces, tanto la forma Estado-nación como, y sobre todo, la idea más reciente de Estado de Bienestar son –en la historia de la humanidad– experiencias muy cortas en el tiempo. Nosotros estamos obsesionados con su imagen, con su simbología, pero desde otros puntos de vista –por ejemplo, desde Asia, desde China, desde India– son formas de organización muy recientes y, tal vez, insuficientes como para hacer frente a los desafíos actuales.

Al mismo tiempo, el Estado nacional se ha metamorfoseado y es cada vez más un Estado empresarial, socio de las corporaciones. En lo concreto, muy pocos Estados nacionales van a tener soberanía real para diseñar políticas ambientales, o políticas vinculadas a la agricultura. Porque los Estados son cada vez más codependientes de asociaciones público-privadas y profundizan la lógica de la deuda con la de emisión de bonos (*social bonds*, *green bonds*). O sea, una financierización absurda de los Estados nacionales, con la consecuente entrega de la soberanía e hipoteca del futuro.

En suma, lo que parece venir más bien pronto es una reorganización del mundo sobre bases neoimperiales. Un nuevo colonialismo. Y es en ese marco en el que vemos crecer los programas vinculados a los *Green Deal*, que no son sino pactos que normalizan los supuestos del capitalismo verde –sea mediante programas impulsados por la Unión Europea, sea mediante programas impulsados por los Estados Unidos, sea, también, mediante ideas y proyectos formulados desde los movimientos sociales. Y me detengo en esto último, porque me parece que hay un déficit en el modo en que los movimientos sociales suelen comprender el capitalismo verde, cómo se ha hundido con el proceso de la transformación digital y cómo se

estructura la exportación de las contradicciones del centro hacia las periferias en la actualidad.

Una última cuestión que me parece muy importante traer, en línea con lo que decía Gabriela y retomaba Uli respecto de la colonialidad del poder: yo creo que al *imperial mode of living* corresponde un *imperial mode of thinking*, un modo de pensar imperial. Es decir, la colonialidad del saber. Hay toda una ciencia social que importamos que nos impone lentes y formas de leer nuestra realidad que son profundamente coloniales, incluso cuando vienen con la etiqueta de crítica. Y así es como los movimientos fueron incorporando todo un paquete de conceptos e imágenes que promueven un nuevo universalismo: bioeconomía, circularidad, *net zero*, carbono neutral, etc. En Brasil esto es muy complejo, al nivel que estamos importando esquemas teóricos para leer las cuestiones raciales, o esquemas importados para leer cuestiones vinculadas a las mujeres. Y esto, en mi opinión, está causando un cortocircuito total con nuestras formas de pensamiento. Es como si se abrieran franquicias, movimientos que son cada vez más marcas (*brands*) de lucha social antes que reflexiones reales sobre las diferencias constitutivas de nuestros países. Y me parece un problema grave no poder pensar desde nosotros y desde nuestras propias realidades, tradiciones intelectuales e intérpretes. En Brasil tenemos una expresión clásica: el complejo de “vira-lata” (perro callejero, mixturado), un trazo muy profundo de nuestra identidad. Retomando a José Carlos Mariátegui y a muchos otros autores, me parece fundamental, justamente, la clave del mestizaje para entender América Latina y la formación de sus pueblos. En Brasil, ese debate ha sido completamente aplastado por la intención de replicar la lectura de una sociedad y de tensiones raciales que sí existen –¡de ninguna forma diría que no hay racismo en Brasil!–, pero que son imposibles de entender si nuestro punto de partida son preguntas del tipo ¿cómo *no tuvimos un Martin Luther King?* Me parece que es un camino equivocado para leer nuestras historias, nuestras luchas, nuestras resistencias; pero también los acuerdos y fusiones que en Brasil se han logrado y que en los Estados Unidos nunca, jamás, han existido. En esta clave, para mí también hay que traer al debate cómo el

fenómeno de la guerra híbrida, que actúa sobre el campo de batalla de los imaginarios, sometiendo los esquemas de pensamiento y de interpretación de la realidad, está haciendo muy difícil construir frentes de unidad en la lucha política.

Los proyectos de las élites globales (capitalismo verde y ecoimperialismo)

Bruno: La pandemia detonó una visibilización de la inclinación de las élites globales a propiciar y transformarse hacia una suerte de *capitalismo verde*. Un ejemplo muy claro –y que el libro trata muy específicamente– es el despegue inusitado que tuvo la electromovilidad en la pandemia hasta volverse el gran faro respecto de la transformación ecológica modernizante del capitalismo. Como dato particular, durante el año pasado, el valor de las acciones de Tesla creció un 700 por ciento. Esto muestra la inclinación de las élites globales hacia el capitalismo verde, pero también es la evidencia de que el cambio ambiental global es inevitable. Sin embargo, como muy bien fundamentan Uli y Markus, es verdaderamente imposible sostener esta suerte de último imaginario de las élites contemporáneas de que es factible reemplazar la flota de combustión fósil contemporánea por otra flota, de iguales dimensiones, pero en este caso eléctrica, para sostener el tipo de desarrollo descomunal que existe hoy en día.

En América Latina en particular, y en relación con la pandemia, quisiera señalar varias cosas. La primera es lo que el libro menciona como *greenwashing*: todo el marketing vinculado al lavado de imagen verde que hacen las empresas. En ese punto, me parece necesario poner la mirada sobre una élite en particular, que es la élite chilena; una élite de vanguardia en América Latina, con un capitalismo de punta particularmente modernizante, tal vez por su fuerte contacto con Estados Unidos. Esta élite chilena es tremendamente verde y propicia una transición energética de mercado como ningún otro país en América Latina. Un dato complementario es que esta élite chilena compra y acapara insaciablemente tierras en la Patagonia, un territorio “vacío” y muy holgado que se volvió

estratégico por sus bienes comunes; es decir, porque guarda increíbles riquezas, como el aire puro y el agua. En suma, el capitalismo verde es hoy el capitalismo de las élites.

En el resto de América Latina, por primera vez los discursos nacional-populares están viendo la necesidad de “limpiarse” y empiezan a incorporar –por supuesto, de manera relativa– las variables ambientales, tratando siempre de sostener los patrones independentistas y los modelos económicos existentes, pensados a la manera del siglo XX. Para no excederme y hablar de la Argentina, nosotros no estamos vislumbrando en nada que el actual gobierno nacional-popular, si se lo quiere llamar así, o progresista si se prefiere –de izquierda definitivamente no–, pueda incorporar alguna trama de algún elemento emancipatorio. No lo vemos en lo más mínimo. Si pensamos en el litio, que es lo que nosotros venimos investigando, lo que se está afianzando es un modelo extractivo donde las provincias tienen el control y el dominio de los recursos, y no se crece en nada en el vector tecnológico. Por el contrario, lo que se hace es brindar una suerte de ilusión, un fetiche respecto de lo que sería una industrialización, pero con una empresa china. Entonces, por un lado, vamos a tener a la Argentina extrayendo toneladas incansables de litio –ni siquiera en grado batería–, con una captación de renta pésima, con grandes peligros ambientales y sociales y con un sistema político-jurídico del área minera execrable y, por otro lado, a una empresa china produciendo –eventualmente y en el mejor de los casos– autos eléctricos para vender en el mercado local. Lo cual es realmente patético como patrón de desarrollo.

Nuevamente, la gran novedad, y la gran incógnita, tiene que ver con Asia y la ambición de China de descarbonizar su economía para el 2060. A la manera china, es una apuesta gigantesca e implica una producción de energía renovable a grandísima escala: se trata de descarbonizar la economía más grande del planeta. A su vez, China tiene una visión más pulida –respecto a Estados Unidos, seguro– sobre algunos dilemas ambientales, vinculada a cierta idea que tienen, por ejemplo, sobre el destino común de la humanidad. Y, en ese sentido, hay bastante incertidumbre en las élites globales sobre el modo en que China va a llevar a cabo el capitalismo

verde. Pero esta incógnita no parece tan difícil de develar si uno ve el modo en que hoy, en América Latina, se van instaurando formas de neodependencia, lo que el libro llama un *ecoimperialismo*. Muy concretamente: nosotros somos los proveedores de recursos para que los países centrales realicen sus transiciones socioecológicas.

Gabriela: En ese sentido, yo quería destacar algo que me parece importante del libro de Uli y Markus, y es la recuperación tanto de Gramsci como de Polanyi. Me parece fundamental traer en este momento el problema de la “gran transformación” y preguntarse dónde está ese debate hoy. Ahora bien, la pregunta concreta es esta: si tanto para Polanyi como para Gramsci la gran transformación requería de un sujeto político, ¿cómo hacemos hoy, cuando no hay sujeto político capaz de llevar adelante esa transformación? Quienes la desean son movimientos sociales, pero no sujetos políticos institucionales. Por el contrario, parece haber una especie de maridaje entre Estado y empresas que, juntos, sustituyen al sujeto político actual. Todo esto en el marco de lo que el libro, entiendo, llama *posneoliberalismo*.

Respecto de la pandemia y el cambio en las costumbres, debo decirles que me suena a cierta voluntad luterana. Es decir, creer que con la (buena) voluntad individual vamos a superar el tema. Yo me inclino más por el fortalecimiento de los movimientos sociales. Cuanto más universales sean, mucho mejor. Creo que el ecofeminismo vino dando una gran batalla con relación a la despenalización del aborto, y esta lucha se está traspasando a la tierra, digamos, a los problemas del territorio. De la violación del territorio femenino a la violación de los territorios: esta me parece la gran conjunción que podría evocar una voluntad de vanguardia. Es decir, salir por el eje del cambio climático y de la relación con la naturaleza.

Ulrich: Respecto a la discusión sobre las élites en este contexto, yo veo por lo menos tres proyectos, al margen del proyecto emancipatorio. Un primer proyecto al que podríamos llamar “*business as usual*”, es decir, seguir con los negocios como de costumbre. Esta posición es cada vez más débil y está vinculada a las élites que no

quieren ver los problemas socioecológicos que estamos planteando. Un segundo proyecto, sobre el que Bruno enfatizaba recién, es el de la modernización ecológica; o sea, el de las élites que sí entendieron los problemas ecosociales y, en consecuencia, abren todo otro campo de negocios vinculados a las *green finance*, al *green job*, a la producción verde, con todas las implicaciones que tiene este proceso en el modo de vida imperial. Pero veo, también, un tercer proyecto –acá sí articulado con la pandemia– vinculado a la puesta en funcionamiento de toda una serie de estrategias de control. Podemos hablar, incluso, de un *ecoautoritarismo*, que se distingue de la visión ecológica modernizante del capitalismo del segundo proyecto. Esta última asume una dinámica social que implica dar ciertos debates públicos, y la integración de los sindicatos y otros representantes de los subalternos. En cambio, el tercer proyecto hace un poco lo contrario, se cierra en una tendencia autoritaria al control, y este fue un proceso, o un proyecto, que se vio fortalecido durante la pandemia.

De todos modos, si nos centramos en los mecanismos de reproducción de las élites en su conjunto, podríamos decir que se despliegan bajo lo que Gramsci llamaría una “revolución pasiva”. Se están produciendo muchos cambios, pero bajo el control del capital, bajo el control de las élites. En los próximos tiempos tendremos que estar atentos a estos cambios, a estas transformaciones, para ver cómo se va articulando e implementado este ensayo de revolución pasiva del capital. Porque es sobre este terreno que las fuerzas emancipatorias tendrán que desplegar sus estrategias y proyectos.

Agrego una cuestión breve respecto de lo que dijo Gabriela sobre el sujeto y la gran transformación. Polanyi hablaba de “transformación” y de “gran transformación”. Y la transformación de Polanyi es la transición larga, evolutiva, del capitalismo agrario al capitalismo industrial. Pero cuando habla de “gran” transformación (que lo hace dos veces en su libro) –y en esto insiste mi colega Andreas Novy, en Viena, en sus trabajos–, refiere a la intervención consciente, estratégica de las élites liberales al final de los años 20 y a principios de los 30 hacia el fascismo. Esa es la gran transformación: primero en Italia, después en Alemania y en Austria –ha

habido, claro, otras intervenciones de las élites, en Inglaterra y en Estados Unidos, hacia otras direcciones, o sea, hacia un *New Deal*—.

En ese punto, es fundamental vincular un diagnóstico del modo de vida imperial con las largas transformaciones evolutivas y, también, con intervenciones más puntuales y complejas, como en este caso, hacia un capitalismo verde centrado en la electro-automovilidad. Las élites de hoy, en el Norte global, hablan mucho de *social ecological transformation*. Yo lo llamo una “nueva ortodoxia crítica”. La palabra griega *orthós* significa “correcto” o “verdadero” y *dóxa* significa “creencia” u “opinión”. La crítica es que las élites entendieron los graves problemas, pero las respuestas quedan bajo su control, bajo sus reglas. Naturalmente, quedan excluidas perspectivas más críticas y radicales de una transformación, no solo de la base material y energética de la economía, sino de las formas sociales capitalistas. Esto forma parte de la lucha epistémica de la revolución pasiva.

Alcances y límites de la voluntad individual (cuando con la solidaridad no alcanza)

Ulrich: Quisiera puntualizar una cuestión en torno a la discusión sobre las buenas voluntades individuales. A nivel de la sociedad, a nivel de los discursos oficiales, hay referencias continuas a las buenas voluntades, a las buenas conciencias. Yo lo llamaría una tendencia a la *individualización de la responsabilidad*. Muchos de mis estudiantes, por ejemplo, sienten todo el peso del mundo sobre sus hombros. Y quieren cambiar el mundo, porque quieren vivir de manera cien por ciento ecológica, social y todo. Nosotros les insistimos en que lo central son las *condiciones* sociales, políticas y hasta infraestructurales que hacen hoy a la falta de alternativas para los individuos, para los sujetos. Por eso, muchas y muchos se sienten interpelados por las ideas del libro. Se sienten interpelados por la cuestión de la violencia, por la cuestión de la exclusión que está en la base del concepto de *modo de vida imperial*. Pero eso no significa que sea el sujeto el que debe cambiar, o no solamente, sino que necesitamos un cambio social mucho más estructural,

cultural, político, etc.; mucho más vinculado, en suma, a las condiciones de vida. Lo ambiguo, o lo contradictorio, es que el modo de vida imperial permite un mayor acceso al mundo, ofrece más a nivel material, incluso, supuestamente, posibilita una vida mejor. Pero es evidente que también restringe, si tú quieres vivir de otra manera casi que no tienes alternativas: la sociedad te cerca permanentemente con los deseos e imágenes del modo de vida imperial.

Bruno: El libro se inscribe en una corriente alemana de pensamiento que tiene que ver con la tradición crítica de la cultura. En ese sentido, me parece atinado retomar la idea de Walter Benjamin de que todo documento de cultura es, a la vez, un documento de barbarie. El libro, en cierto sentido, es una especie de actualización contemporánea de esta premisa. Naturalmente, no podemos centrarnos solo en cuestiones actitudinales, individuales, sino que eso tiene que estar vinculado con elementos organizacionales y sistémicos más fuertes. Pero, en cierto punto, ambos son importantes y se deben retroalimentar positivamente. Es decir, tanto elementos organizacionales sistémicos como actividades cotidianas concretas. Porque el diablo está en los detalles, y la ideología funciona también en los detalles, en nuestras prácticas concretas.

Otro punto en el que quisiera detenerme es el de la práctica política. Yo no sé si en América Latina tenemos tanta dificultad respecto de los saberes, o de las elaboraciones teóricas, y su relación con modelos culturales clásicos, fundamentalmente europeos. Me parece que hay una literatura, una pluma muy activa que trabaja constantemente para diferenciarse y para crear una epistemología del Sur –podría nombrar innumerables contribuciones que van en ese sentido–. Retomando a Gramsci, creo que el problema en América Latina es de hegemonía, es decir, está vinculado a la práctica política. No tanto en la construcción de saberes, sino en la relación de esos saberes con el afuera. Tenemos un problema de trabajo ideológico o, diría Gramsci, el problema de cómo vincularse con el “buen sentido” de la ideología de la población. De ahí que podría decirse que tenemos un problema en la izquierda, en términos generales, en América Latina: se ha armado un hiato

respecto de lo que son los nuevos discursos emancipadores y la práctica política concreta.

En cuanto a los movimientos sociales, si bien sobre el comienzo del siglo tuvieron una potencialidad muy fuerte, luego esa fuerza se fue inclinando hacia discursos de tipo nacional-popular, productivista, desplazando salidas más radicales, en particular en lo que respecta a las transiciones socioecológicas. Entonces, me parece que la pregunta que deberíamos hacernos es cómo afianzar unas izquierdas que tengan un impacto hegemónico con relación al debate público, una izquierda con capacidad de expansión dentro de la sociedad civil –para decirlo, por supuesto, en términos de Gramsci–, que es una deuda que tenemos en América Latina. En la Argentina está muy claro: esos atisbos de grandes movimientos sociales, territoriales, a la hora de traducirse dentro de la esfera política todavía guardan un déficit. Pero no solamente en la Argentina, en buena parte de América Latina. En países como Bolivia y Ecuador, pero también en Chile y Brasil, el discurso progresista está hegemонizado todavía por perspectivas desarrollistas. En este sentido, me parece que el punto central tiene que ver con la construcción política. No estoy diciendo ninguna novedad, pero me parece que yo descenstraría el problema de la producción de saberes. Me preguntaría más por la efectividad de nuestra lucha ideológica en el terreno concreto de la práctica política, para decirlo con Althusser.

Camila: Hace más de una década que se viene desarrollando toda una narrativa climática que hoy se ha vuelto una forma contemporánea de las indulgencias medievales: es posible pecar, pero también es posible comprar la compensación por tus pecados. Eso ha interpelado, como contaba Uli, a una generación de jóvenes que no conocieron el mundo fuera de la clave de la emergencia climática. Y eso ha producido un nivel de angustia existencial muy fuerte en la estructura psicosocial. Entonces, aunque las poblaciones estén cada vez menos vinculadas a religiones históricas formales, aunque la Iglesia católica tenga cada vez menos fieles –y así vemos cómo la Iglesia hace esfuerzos por reinventarse y se asocia a cuestiones climáticas, como hizo el Papa con la encíclica *Laudato si'* y, más

recientemente, con el lanzamiento del *Consejo para el Capitalismo Inclusivo con el Vaticano*–, están sucediendo transformaciones muy profundas respecto del modo en que la gente percibe la espiritualidad. Pero toda la infraestructura de la culpa cristiana sigue ahí, entrañada en nuestra sociabilidad. Y el mercado es muy efectivo en capturar eso y ofrecer la redención a través del consumo. En Europa, por ejemplo, es impresionante como hay mercancías con leyendas de tipo: “Usted está comprando y ayudando a un grupo de mujeres en América Latina, esta mujer se llama X, es indígena, y es madre soltera, y aquí está su hijo, y vive en un bosque amenazado, etc.”. Es un nivel simbólico de sobreexplotación, porque necesitan del subalterno, necesitan de la gente que aún no está como ellos para que la gente compre y se sienta bien. Entonces, seguro que hay proyectos interesantes, pero la mayoría es puro *greenwashing*. Es un poco indignante ver todo el tiempo, en los paquetes de café, de chocolate, de azúcar, banana, etc., gente del sur. Yo me imagino que una intervención artística podría ser poner fotos de europeos en las cosas que compramos nosotros en el supermercado y textos creativos de cómo les estamos ayudando a salir de la pobreza y mejorar sus vidas.

En términos de pensar las contradicciones, como planteaba Uli, un punto que me parece central es la tendencia super prescriptiva respecto del cambio en las dietas globales, que es una agenda que creció mucho. Yo vengo investigándolo en su relación con la transformación de la industria de la carne y las dinámicas territoriales y ambientales que esta transformación produjo en Brasil. Como alternativa, hay un énfasis en la promoción de *healthy diets*, es decir, las dietas que se ofrecen como buenas para la salud personal y para la salud del planeta. Son las dietas veganas –“*plant-based*”–, en particular aquellas en las que se pueden hacer simulacros de carnes y lácteos a partir de la soja. Bien, los impactos de la expansión de la soja dispensan cualquier comentario. Todos sabemos también que hay miles de problemas en la industria de la carne y el agronegocio global. El punto es que la forma en la que se está desarrollando el debate internacional es muy moralizante, poniendo a la gente que come carne como los malos que aún no tienen conciencia de cómo

dañan el clima; y que hay que hacer esa gran transición hacia las *healthy diets* poniendo barreras comerciales e impuestos al consumo de carne, así como se ponen impuestos especiales a las bebidas alcohólicas o al tabaco. Todo eso, además de ser muy cruel, políticamente me cae muy mal. En contraste con toda esta concepción de lo que es una dieta saludable para la población, habría que enfatizar en una lucha política más estructural que ponga en el centro de la discusión la soberanía alimentaria. En las periferias de Brasil, por ejemplo, la gente tiene cada vez menos acceso a comidas frescas y sanas, que hoy son cada vez más caras. Y lo que vemos es que están preparando toda clase de comidas para pobres: *fake* milanesas, *fake chicken nuggets*, etc. Entonces, detrás de las buenas intenciones y la publicidad con celebridades veganas, lo que vemos es que, impulsados por la FAO [Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura] y las corporaciones, ya se está diseñando cuál es la dieta a la que esa clase de subhumanos va a tener acceso. Y es muy cruel, porque sectores de la población cada vez más grandes nunca van a tener plata para comprar carne de verdad, aunque sea una carne sustentable.

Movimiento social y emancipación (las tensiones al interior del imperio)

Ulrich: En la segunda mitad del libro que escribimos con Markus, analizamos la historia del modo de vida imperial y, en una parte breve, las resistencias y alternativas al modelo de vida hegemónico que se abrieron en el oeste de Europa hacia finales de 1960 y principios de los 70. En ese momento, había una crisis económica, había huelgas “salvajes” (no controladas por los sindicatos), había movimientos sociales, de jóvenes, de feministas, ecológicos, de solidaridad internacional. En ese marco, se desarrolló una crítica radical al régimen disciplinario del fordismo. Y sabemos por Toni Negri, pero también por Luc Boltanski y Ève Chiapello, que este movimiento fue mayormente integrado por el neoliberalismo. En esa línea, diría que hoy en día no vemos resistencias significativas en contra del modo de vida imperial en el Norte global. Por supuesto

que resistencias existen, de *Black Lives Matter* a los movimientos en contra de los refugiados en Europa, o en contra de la explotación del carbón para producir electricidad, etc. Existen, pero no son tan amplios ni tienen tanta fuerza.

Eso obviamente nos obliga a repensar qué significa *emancipación* hoy. En los 70, la emancipación se pensaba como una emancipación social, muchas veces bajo una idea de crecimiento económico. La premisa era “todos tienen que vivir como se vive en las sociedades industrializadas del Oeste europeo”, sin atender demasiado a los costos que paga la naturaleza por ese crecimiento. Pero, bajo las condiciones de una crisis climática, de una crisis ecológica, de una crisis múltiple y civilizatoria como la actual, ya no es posible plantear la emancipación de ese modo. Hay un desafío fundamental para el pensamiento crítico, que es repensar la emancipación bajo condiciones de una crisis múltiple, que tiene un nivel de “escasez”, en términos ecológicos, que es realmente un problema. Yo formo parte del movimiento de “decrecimiento”, e incluso he publicado un libro con Alberto Acosta acerca de este tema.⁵ Pero *decrecimiento* no quiere decir “menos para la gente”, sino que significa que necesitamos otro modo de vida. Un modo de vida solidario que pueda deshacerse del imperativo de la acumulación capitalista.

Dicho de otro modo, bajo condiciones de modo de vida imperial, bajo condiciones de una crisis múltiple –lo que incluye una crisis climática y un desastre ambiental–, habría que repensar la idea de emancipación e ir más allá de la figura de un “proletariado liberado”. Es decir, poder pensar condiciones de una vida digna no al costo de la naturaleza, no al costo de la indignidad de otras vidas. Entonces, énfasis en esta idea de cambiar las condiciones sociales de reproducción de la vida. Pero, por supuesto, cambiar condiciones significa lucha, significa conflicto. Tal vez no es el proletariado y sus organizaciones de masas –los sindicatos o partidos revolucionarios–, sino que son los conflictos múltiples acerca del transporte público, acerca del *stay grounded* (que es la lucha contra la expansión

⁵ Ulrich Brand y Alberto Acosta, *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y post-extractivismo*. Buenos Aires, Tinta Limón y Fundación Rosa Luxemburgo, 2017.

del transporte aéreo), en contra de la agricultura industrial, en contra de la industria automotriz. Estos conflictos múltiples, de algún modo, pueden articularse. En el horizonte está la discusión sobre qué serían condiciones de vida solidarias. Un modo de vida solidario que necesita sujetos, pero que no tiene más un sujeto central, sino que tiene una multiplicidad de conflictos emancipatorios.

En ese marco, gran parte de los movimientos sociales actuales se limitan a luchar por derechos sociales a nivel nacional, y con todo lo valiosos que son a ese nivel, no tienen una perspectiva internacionalista. En el mismo sentido, en el Norte global, hoy el *Green New Deal* es una propuesta de las izquierdas, pero tiene pocos momentos internacionalistas. Se piensa a nivel Estado nación, se piensa bajo condiciones de modo de vida imperial. Y por eso tenemos que reformularlo y repensar qué significa una idea de lo internacional que no quede implícitamente vinculada al imperialismo, al mercado global y el extractivismo, sino que interpele también los hábitos y las vidas cotidianas, tanto en el Sur como en el Norte global.

Por supuesto, movimientos e iniciativas sociales emancipatorios desde abajo y a partir de la auto-organización siguen siendo muy importantes. Pero también hay que ver cómo se traducen a iniciativas y conflictos más institucionales. Por ejemplo, hay una iniciativa de ley en Europa para que una empresa que importa algo sea responsable por las condiciones sociales y ecológicas bajo las cuales se produjo aquello que importó. Que es algo que podría hacer contrapeso al modo de vida imperial, si se quiere pensar así.

Gabriela: Yo quisiera agregar que hay un movimiento internacionalista que tiene mucha probabilidad de expandirse y que está nutrido de una ideología ecosocial muy importante que son los movimientos indígenas, que son las luchas indígenas por el *Buen Vivir*. Y tiene mucha posibilidad de expandirse transversalmente por todo el continente americano, porque la usurpación de los territorios —ya sea para soja, ya sea como criadero de carne, ya sea para la minería— es transversal desde América del Norte hasta América del Sur. Y algo similar sucede en África y en la India. Hay una posibilidad ahí de un nuevo internacionalismo, pero que tiene menos acceso a la

política –en comparación al *Green New Deal* y a los movimientos del Norte global que mencionaba Uli–, porque se trata de una clase social sin prestigio ni poder.

Bruno: Una cosa que me parece importante destacar, y que está presente en el libro, es que los imperios ya no pueden externalizar sus propias tensiones. Es decir, a causa de las condiciones de aceleración de la producción, de la competencia imperial y de la escasez de recursos, las élites ya no pueden desplazar hacia fuera las tensiones que se generan en sus propios territorios, al interior de los modos de vida imperiales. Me parece que ahí se puede hacer un contrapunto en relación con lo que Eric Hobsbawm llama la “edad de oro” del capitalismo. Era el momento de masificación de posguerra, del Estado plan, del Estado de Bienestar, momento en el que se “universaliza” el modo de vida imperial y el Norte global tiene la capacidad de “externalizar” sus tensiones y de llevar ese gran consumo y esa gran productividad a buena parte del Sur global. Pero el libro indica muy bien que, en las condiciones actuales, esas tensiones no van a dejar de vivirse al interior del mismo imperio. Y por supuesto que se viven también en el Sur global.

Estas tensiones y resistencias al interior del Norte global se pueden ilustrar con el caso de Detroit, que muestra lo que se vive cuando entra en un ocaso definitivo una de las ciudades industriales, vinculada a la industria automotriz, más importantes de los Estados Unidos. Tensiones y resistencias, además, que no van a dejar de vivirse. ¿Por qué? Porque China decidió entrar a la industria más grande del mundo, que es la industria automotriz, por la vía de la electromovilidad. Y hoy produce el 46 por ciento de los autos eléctricos, tiene más innovaciones tecnológicas que Europa y que Estados Unidos y busca de manera determinante dominar ese mercado. Esta situación, naturalmente, trae tensiones muy fuertes en la misma Europa, que venía dominando hasta aquí la industria automotriz –esta industria, por ejemplo, en Alemania, representa el 15 por ciento de la mano de obra. De hecho, en una respuesta tardía que busca ponerse a tiro respecto de la industria de la electromovilidad, Volkswagen anunció ahora que va a montar una fábrica

de baterías de litio en la propia Alemania. Creo que es un ejemplo bastante gráfico del modo en que se están viviendo estas tensiones interimperiales a causa de la competencia por patrones industriales de punta.

Camila: Yo tengo una visión algo distinta de los movimientos que vienen listos, con logotipos, *slogans*, etc. En especial, lo que me preocupa de estos movimientos, o más bien *global brands*, es su tendencia a hacer alianzas con actores empresariales, con el mundo corporativo (como las corporaciones del sistema B), a presentarse en el Foro de Davos (WEF), a hacerse eco de toda esa nueva onda del *impact investment*, de gobernanza ambiental y social (ESG). En esa línea, estoy investigando la financierización de las identidades y cómo, en vez de acrecentar las luchas y las demandas de cambios estructurales en el sistema, los movimientos incluyen en sus agendas los valores de las élites. En cierto punto, este es un tema tabú, está prohibido hacer críticas, como si estos movimientos estuvieran por encima del bien y del mal, como si fueran más puros justamente porque tienen causas globales –o porque la gran causa de ellos, tal vez, sea la globalización misma –. Hay una cultura muy compleja hoy día por la forma en cómo se manejan las redes sociales para callar el disenso o la provocación a pensar distinto. Pero me parece una responsabilidad intelectual básica enfrentar este tipo de cosas.

Para hablar de lo que está sucediendo en Brasil con el gobierno genocida de Bolsonaro: cuando se tensiona mucho a la derecha –que es una derecha alucinada, tal como es hoy en Brasil con Bolsonaro– también los extremos se mueven. Entonces, vemos a los pueblos indígenas en la Amazonia haciendo alianzas con empresas, bancos privados y grandes empresas de tecnología. Sí hay que buscar alternativas, pero hay de nuevo un cortocircuito con lo que está pasando en la comprensión de los procesos. Por ejemplo, proyectos de barrios populares en las favelas de Río de Janeiro que, a través de aplicaciones para teléfonos celulares, les permiten abrirse a los mercados financieros, como para que empresas y gente del Norte pueda “invertir” en el desarrollo de las comunidades. A mí me parece que este campo es arena movediza, como

si se hubieran olvidado de qué es el mercado financiero y a qué intereses sirve. Y esto se da en el marco de lo que decía antes: es un momento en que los Estados están muy frágiles, bajo décadas de avance de la globalización y erosión de las culturas e identidades nacionales, y en muchos casos, incluso en proceso de disolución de sus soberanías e incorporación a nuevos imperios. Por eso, en este contexto, la lucha nacional popular sigue siendo fundamental.

Gerhard Dilger: Obviamente, hay muchas cosas para comentar. En principio, decir que desde la Fundación Rosa Luxemburgo nos encanta poder contribuir a esta conversación y a esta edición en español de *Modo de vida imperial*, el segundo libro de Ulrich Brand que impulsamos junto a Tinta Limón (el anterior fue *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, que Uli escribió junto con Alberto Acosta y al que se hizo referencia durante la conversación). *Modo de vida imperial* –cuya edición en alemán tuvo mucha repercusión, incluso llegó a estar en la lista de bestseller de *Spiegel*– es un libro pensado desde el Norte global, pero, como suele decir Uli, desde una perspectiva internacionalista. La gran importancia de estos libros radica en que facilitan un diálogo Norte-Sur y Sur-Norte, del cual se habla mucho, pero poco se hace.

Una cosa que me pareció interesante en esta conversación es la idea de Bruno de que el desafío de los movimientos sociales, aquí y allá, es el de tener incidencia política. O sea, hablar con la gente. Hablar con la gente en el lenguaje que entiendan. Es un poco lo que la izquierda en Alemania no está consiguiendo. Tenemos una crisis del sistema político múltiple, todo lo que sabemos. Y *Die Linke*, la izquierda en Alemania, sigue con su 8 o 10 por ciento de siempre. O sea, ¿qué está faltando para que la fuerza de los movimientos se traduzca en fuerza política? Creo que tiene que ver con nuestro lenguaje muchas veces, nuestra falta de conexión con lo que la gente en la calle entiende, piensa y siente.

Finalmente, creo que es muy importante hacer énfasis sobre el modo de vida solidario al que aspiran los autores. Quizá la pandemia que estamos transitando sea una ventana de oportunidad, en

ese sentido, de transformaciones múltiples con actores múltiples. Y a un ritmo más rápido del que, tal vez, imaginábamos hasta ahora. Porque la irrupción de la pandemia hizo evidente la crisis global y su poder disruptivo de muchas lógicas que habíamos naturalizado. No sé si es ser demasiado optimista, pero en algún momento creo que podríamos avanzar en este camino hacia un *buen vivir para todxs*. Creo que ahora, en los próximos años, algo va a pasar: ese es mi optimismo de la voluntad.

Ulrich: Bueno, no entramos tanto al debate de las alternativas, pero yo quisiera hacer un comentario breve respecto de la cuestión del ingreso universal. Me parece una buena propuesta porque permite repensar la división social de trabajo: ¿qué significa trabajo y cómo se financia? Porque hay un ingreso universal bien neoliberal. Por ejemplo, el proyecto de renta básica universal que se experimentó, y en cierto punto fracasó, en Finlandia implicaba el desmantelamiento del Estado de Bienestar. Se decía: “Ok, tú tienes tu cuota, tú tienes tu plata”, pero a costa de desmantelar el Estado social que te asegura que, ante una situación de crisis en tu vida, hay a quien recurrir, algo que aún en muchos países de Europa sigue funcionando.

La otra cuestión que no hay que olvidar –y que es una lucha fuerte en Europa– es discutir qué significa el trabajo asalariado. Dentro de los sindicatos hay un concepto que se llama “buen trabajo”: ¿bajo qué condiciones se trabaja?, ¿con qué ingresos?, ¿con qué nivel de seguridad? Muchos de los que promueven la idea del ingreso universal suelen enfocarse solo en esta idea, como si fuera el principio fundamental a partir del que se puede cambiar la sociedad. Pero olvidan qué significa el Estado de Bienestar y olvidan el mundo del trabajo asalariado. Por supuesto, esto hay que vincularlo con el trabajo no-asalariado, el trabajo del cuidado, con la división social del trabajo patriarcal y racista.

Para terminar, Bruno mencionaba a Walter Benjamin. Él utilizaba metáforas vinculadas a la navegación para pensar el campo epistémico-conceptual. Y decía que a la hora de pensar e investigar, a la hora de producir conceptos, se trata de direccionar bien la vela a fin de poder capturar los vientos de la historia. Lo decisivo, decía, no es

tanto disponer de velas, sino saber colocarlas. En ese mismo sentido, nuestro deseo es proponer el concepto de modo de vida imperial como un aporte para entender mejor el mundo y sus problemas, así como las dinámicas y alternativas sociales de emancipación. De este modo, esperamos que el libro que aquí estamos presentando en su edición en español ayude a orientar las velas y nos permita navegar juntos.

Tinta Limón
Flores, Buenos Aires, abril de 2021

Modo de vida imperial

Agradecimientos

Escribir el presente libro fue una experiencia de una intensa y respetuosa cooperación científica sumamente enriquecedora, no solo para nosotros como autores. Fue impulsado también por una ola de benevolencia crítica de parte de muchos amigos y colegas a quienes deseamos expresar nuestra profunda gratitud.

Un evento clave en el proceso de la creación de este libro fue un taller que se llevó a cabo en la Fundación Rosa Luxemburgo de Berlín, en agosto del 2016. En una intensa discusión de varias horas, Mario Candeias, Stefanie Graefe, Friederike Habermann, Uwe Hoering, Boris Kanzleiter, Bettina Köhler, Tom Kopp, Steffen Kühne, Miriam Lang, Christoph Podstawa, Sabine Pongratz, Katharina Pühl, Daniela Setton, Silke van Dyk y Christa Wichterich analizaron de manera solidaria los borradores de dos capítulos centrales y nos expresaron sus críticas y, al mismo tiempo, nos alentaron a sacar el proyecto adelante. Este taller fue el impulso para entrar a la recta final de la elaboración del manuscrito.

En las conferencias y clases que impartimos a lo largo de los últimos años, recibimos preguntas, críticas y sugerencias importantes que nos ayudaron a aterrizar nuestras ideas y, evidentemente, provocaron ciertas dudas, porque nos hicieron tomar conciencia de la cantidad de aspectos que no íbamos a poder tratar en este libro. Un foro interesante que fue creado recientemente es el taller Modo de vida imperial y alternativas solidarias (Imperiale Lebensweise und solidarische Alternativen, ILA, por sus siglas en alemán), un colectivo de científicos y activistas que se ocupan de los “modos de vida y trabajo imperiales” y las “estructuras de la explotación en el siglo XXI”. Este foro nos brindó la gran oportunidad de poner algunas de nuestras ideas a discusión.

Además, recibimos comentarios sumamente inspiradores sobre diferentes partes del manuscrito de Gundula Ludwig, Tobias Boos, Alina Brad, Lutz Brangsch, Michael Brie, Ariane Brensell, Kristina Dietz, Franziskus Forster, Daniel Fuchs, Franziska Kusche, Miriam Lang, Hanna Lichtenberger, Kathrin Niedermoser, Melanie Pichler, Etienne Schneider, Isabella Radhuber, Anke Schaffartzik y Stefan Schmalz.

Estamos sumamente agradecidos con Astrid Becker y Christian Denzin, directores del Proyecto Regional Transformación Social-Ecológica de la Fundación Friedrich Ebert América Latina, quienes hicieron posible la edición de la versión en español con un apoyo económico generoso. Además, queremos agradecer a Elizabeth Martínez, Mariel Navarro, Mariana Blanco y Miguel Ángel Hernández Acosta por su apoyo, y a Silke Trienke por la traducción del alemán.

Y por último queremos agradecer a las y los colegas y compañeros de Tinta Limón por publicar este libro y por la iniciativa de reunir a Gabriela Massuh, Camila Moreno, Bruno Fornillo para tener esta lindísima e interesantísima conversación que es ahora el prólogo a la edición argentina. También a Diego Skliar, Florencia Puente y Gerhard Dilger por sus comentarios y su presencia.

Ulrich Brand y Markus Wissen
Viena y Berlín

Sobre este libro

Al límite de un modo de vida

No hay común posible a no ser que nos neguemos a basar nuestra vida, nuestra reproducción, en el sufrimiento de otros, a no ser que rechacemos la visión de un nosotros separada de un ellos.

Silvia Federici

Su motivo

En febrero de 1994, la revista *The Atlantic Monthly* publicó un artículo con el título “The Coming Anarchy” [La anarquía que viene], del periodista estadounidense Robert D. Kaplan. En este artículo, el autor se sirve del ejemplo de África Occidental para analizar el desarrollo político y social del llamado *mundo subdesarrollado*, del cual pinta una imagen bastante oscura. Las fotos drásticas y sugestivas de calles atascadas en las megalópolis del Sur del planeta, de los barrios de miseria, de niños soldados, ríos contaminados y escenas de guerra civil que acompañan el artículo intensifican este efecto. El mensaje es evidente: después de que, con el final de la Guerra Fría, el Norte global perdió el interés en el Sur, este último está a punto de hundirse en el caos. Se convierte en hogar de la violencia, la descomposición estatal, las epidemias, la “sobrepoblación” y la destrucción ecológica.

La intención del artículo no es llamar la atención sobre el sufrimiento de los seres humanos o investigar las relaciones entre la

riqueza en el Norte y los conflictos en el Sur. El autor busca más bien esbozar un orden mundial en el cual la competencia transparente entre Estados nacionales se encuentra en el proceso de ser reemplazado por un sinnúmero anárquico de conflictos motivados por cuestiones “culturales” o religiosas. Además, quiere advertir que también en el Norte global el orden de los Estados nacionales está en peligro, como consecuencia de la expansión de la anarquía del Sur y de los conflictos que radican en las sociedades culturalmente heterogéneas del Norte.

A la dimensión de los problemas ecológicos que se manifiestan en el aumento de la escasez de recursos y la destrucción del medio ambiente, Kaplan le atribuye una importancia particular:

Es hora de entender el “medio ambiente” como lo que es: la cuestión de seguridad del temprano siglo XXI. Los efectos políticos y estratégicos de las crecientes cifras demográficas, de las enfermedades que se están extendiendo, la deforestación, la erosión del suelo, el agotamiento del agua como recurso, la contaminación del aire y posiblemente el aumento del nivel del mar en regiones sobrepobladas como el delta del Nilo y Bangladesh (situaciones que causarán movimientos migratorios masivos e intensificarán los conflictos entre grupos) son el gran reto de la política de relaciones exteriores del cual resultarán finalmente todos los demás. (1994: 58).

Unos 20 años después de la publicación del artículo de Kaplan, los políticos europeos se están excediendo al proponer y tomar medidas concretas de intimidación y protección contra las personas que intentan entrar al territorio de la Unión Europea (UE), impulsadas por problemas existenciales o por el deseo de una vida mejor. El rechazo de un número moderado de refugiados,¹ en comparación con las cifras a nivel internacional, se justifica con el argumento de que

¹ “A mitad del año 2015, la totalidad de los países que recibieron la mayor cantidad de refugiados, con base en las cifras absolutas de personas alojadas, estaban situados fuera de la Unión Europea, la mayoría de ellos incluso a una distancia segura. Los países que ocupan los primeros lugares en esta lista son Turquía, Paquistán, Líbano, Irán y Etiopía; en los primeros diez lugares se encuentran exclusivamente países de Asia y África” (Lessenich, 2016: 155).

se trata de un asunto de seguridad nacional: se levantan cercas fronterizas, se convocan “comunidades del destino” y se exigen “cuotas máximas”. Parece que la élite política de Europa, dividida por profundos conflictos de intereses, se estuviera volviendo más unida en el esfuerzo de instituir un ejemplo con los refugiados para, de forma conjunta y con todas las fuerzas, enfrentar la amenaza que representan para el orden a nivel de los Estados nacionales y, en este caso, incluso a nivel supranacional, según Kaplan. Aparte de lo anterior, el contexto europeo a partir del año 2016 revela una segunda reminiscencia del diagnóstico que Kaplan hizo en 1994: al parecer, muchas de las personas que fueron rechazadas, o a las que se intenta rechazar, huyen por razones ecológicas: el aumento de las temperaturas o los conflictos causados por la escasez de los recursos agrícolas y minerales las privan de la oportunidad de vivir una vida libre de miseria y violencia. La guerra de Siria puede incluirse también en esta historia, ya que le precedió una larga sequía que incrementó el potencial de conflicto social (véase la evaluación diferenciada de Frey, 2016).

En el año 2016, el escenario catastrófico que predijo Kaplan parece convertirse en realidad. Y no solo eso: también le brinda a Europa razones para justificar su política de cierre de fronteras. Si el “medio ambiente” se convierte en una cuestión de seguridad nacional, si el Sur global resulta ser el más afectado por los caprichos del “medio ambiente”, y si es precisamente este Sur que, además, se hunde en un caos tan grande que cualquier perspectiva de estabilidad política y desarrollo económico se torna inimaginable en el contexto del Estado nacional, entonces el Norte global, en apariencia, debe enfocarse en la defensa de sus logros civilizatorios. Y es justamente por este objetivo superior que debe mantener a raya a la gente del Sur global.

Sin embargo, el problema es que tanto el diagnóstico de Kaplan como la política migratoria actual obtienen su legitimidad o plausibilidad precisamente por el hecho de que guardan silencio acerca de las correlaciones decisivas. En primer lugar, las personas no están forzadas a huir solo por la “escasez” de recursos naturales y el “cambio climático”, sino, más bien, son las condiciones sociales

injustas, como el acceso desigual a la tierra, al agua y a los medios de producción, las que limitan los recursos y convierten el cambio climático en una amenaza existencial para muchos. En segundo lugar, solo podemos comprender estas condiciones si nos liberamos de las impresiones inmediatas y dirigimos la mirada más allá de las fronteras de las regiones afectadas hacia el contexto global. Únicamente así se entenderán las crisis ecológicas y los conflictos violentos en toda su complejidad.

Por ejemplo, detrás de los conflictos de los llamados “grupos étnicos” enemistados en el Congo se está manifestando la demanda del Norte global de minerales coltán que se requieren para la producción de teléfonos móviles o computadoras portátiles. Los conflictos por el agua, que en muchas partes del mundo aparentemente son una consecuencia inevitable de una creciente sequía debido al cambio climático, se vuelven comprensibles si los vemos como resultado de las prácticas aplicadas por las empresas agroindustriales del Norte global acorde con los intereses de las élites locales y nacionales en el Sur global, que acaban con los métodos de producción de los campesinos. Una de las causas de la migración de los campesinos africanos a Europa (a menudo estigmatizada como migración “ilegal” por falta de razones reconocidas) es la política agrícola y de comercio exterior de la UE que destruye los mercados y las oportunidades de ingresos en África con la exportación de productos agrícolas altamente subvencionados (Schmidt/Sieron, 2016; Bauhardt, 2009; Dietz, 2011).

Desde esta perspectiva, el análisis de Kaplan pierde su aparente plausibilidad, al igual que la política de la UE pierde su aparente legitimidad y pasa a comprenderse como un intento de defender un bienestar generado a expensas de otros, contra el reclamo del derecho de estos otros de participar en este bienestar. Por lo tanto, es la consecuencia lógica de un modo de vida que se basa en la explotación de la naturaleza y la mano de obra a nivel mundial y en la externalización de los costos sociales y ambientales que conlleva: ya sea en forma del CO₂ que se emite en la producción de bienes de consumo para el Norte global y que absorben los ecosistemas del hemisferio sur (o se concentra en la atmósfera); o

en forma de materias primas metálicas del Sur global, que son la premisa indispensable de la digitalización y la “Industria 4.0” en el Norte global; o en forma de mano de obra en el Sur global, que arriesga su vida y su salud en la extracción de minerales y metales, en el reciclaje de nuestros desechos electrónicos; o en el duro trabajo en plantaciones infestadas de pesticidas que producen las “frutas tropicales” que se consumen en el Norte global.

Su intención

A este modo de vida que se basa en tales condiciones y que siempre incluye el modo de producción, lo denominamos *imperial*. Con esto pretendemos hacer visible, *primero*, aquello que facilita la vida cotidiana (la producción y el consumo) de las personas en el Norte global y de un número creciente de personas en el Sur global, en la mayoría de los casos sin sobrepasar el umbral de la percepción consciente ni mucho menos de la reflexión crítica. Nuestro objetivo es determinar cómo se produce la normalidad ignorando, justamente, la destrucción en la que se basa. En otras palabras, el libro trata de las prácticas cotidianas, así como de las relaciones de poder a nivel social e internacional, que crean y perpetúan el dominio sobre el hombre y la naturaleza.

En segundo lugar, queremos explicar cómo y por qué se produce una cierta normalidad en una época en la que aumentan, se intensifican y se superponen problemas y crisis en las áreas más diversas (reproducción social, ecología, economía, finanzas, geopolítica, integración europea, democracia, etcétera). El modo de vida imperial nos parece central en este contexto. Se trata de una paradoja que se encuentra en el epicentro de diversos fenómenos de crisis. En muchas partes del mundo, exacerba los fenómenos de crisis como el cambio climático, la destrucción de los ecosistemas, la polarización social, el empobrecimiento de muchas personas, la destrucción de las economías locales o las tensiones geopolíticas que, todavía hace unos años, se creía haber superado con el fin de la Guerra Fría. Más aún, contribuye de forma significativa a que surjan estos fenómenos de crisis. Al mismo tiempo, ayuda a estabilizar las condiciones

sociales en donde se concentran sus beneficios. Por lo tanto, es muy probable que hubiera sido mucho más difícil garantizar la reproducción de los estratos más bajos del Norte global sin contar con los alimentos baratos producidos en otros lugares (a expensas de los seres humanos y la naturaleza), teniendo en cuenta, además la profunda crisis económica que se vive desde 2007. Sin embargo, con esto no pretendemos minimizar el problema de la fragmentación social, que fue acelerada por la crisis en el Norte global.

En tercer lugar, queremos lograr que las crisis y los conflictos actuales se comprendan como una manifestación de la incongruencia del modo de vida imperial. El hecho de que muchos problemas se estén agudizando en la actualidad hasta convertirse en crisis puede atribuirse también al hecho de que el modo de vida imperial se está extinguiendo por su propio triunfo. Por su naturaleza, este modo de vida implica la posibilidad de acceder de manera desproporcionada a los recursos naturales y a la mano de obra –en otras palabras, a un “exterior”–, a escala global. Por lo tanto, presupone que otros renuncien a su parte proporcional. Sin embargo, cuanto menos dispuestos estén los otros a renunciar, y cuanto más *dependan* de acceder a este exterior y trasladarle sus costos, antes se llegará a la instancia en que este modo de vida pierda sus fundamentos comerciales.

Y esto es justo lo que ocurre en la actualidad. A medida que las economías emergentes como China, India y Brasil se desarrollen al estilo capitalista, y las clases medias y altas adopten ideas y prácticas de la “buena vida” del Norte, estarán aumentando su demanda de recursos y la necesidad de externalizar costos, por ejemplo, en forma de CO₂. En consecuencia, ascienden y se convierten en competidores del Norte global no solo en términos económicos, sino también ecológicos. El resultado son las tensiones ecológico-imperiales como se muestra, por ejemplo, en la política global respecto a cuestiones climáticas y energéticas. A esto se añade que cada vez menos personas en el Sur global están dispuestas a permitir que el modo de vida imperial del Norte global arruine su propia vida. Los movimientos actuales de desplazamiento y migración también deben verse en este contexto. Asimismo, muestran el continuo atractivo que el estilo de vida imperial representa para aquellos que aún

no han podido participar en él: los refugiados buscan seguridad y una vida mejor, que se puede lograr con más probabilidad en las condiciones del modo de vida imperial de los centros capitalistas que en cualquier otro lugar.

Esto también explica por qué el lado represivo y violento del modo de vida imperial (ya sea en forma de conflictos por materias primas o las medidas contra los refugiados) se manifiesta tan claramente hoy. El modo de vida imperial se basa en la exclusividad y solo puede persistir mientras disponga de un “exterior” al que pueda trasladar sus gastos. Sin embargo, este exterior está desapareciendo porque cada vez más economías acceden a él y cada vez menos personas están dispuestas o son capaces de asumir los costos de los procesos de externalización. De esta manera, el modo de vida imperial se convierte en víctima de su propio atractivo y de su generalización.

Lo único que les queda a los centros capitalistas es tratar de estabilizar su forma de vida exclusivamente a través del aislamiento y la exclusión. Así, las fuerzas que ejercen esta política, que por lo general se consideran la “clase media burguesa”, producen lo que atribuyen a sus opositores: aspiraciones autoritarias, racistas y nacionalistas. El hecho de que en la actualidad estas se estén fortaleciendo en todas partes también se debe a que pueden mostrarse durante la crisis como los verdaderos garantes (por ser más consistentes) de aquella exclusividad que siempre se ha establecido en el funcionamiento normal del modo de vida imperial. Y, a diferencia de sus competidores “burgueses”, son capaces de hacer una oferta a su electorado que los ubique en una posición subalterna y *al mismo tiempo* los libere de su pasividad posdemocrática. Nora Räthzel describió este mecanismo de forma acertada, en relación con el racismo que se manifestó en Alemania a principios de la década de 1990, como una “autosumisión rebelde”. A los actores se les facilita “constituirse como agentes en determinadas condiciones a pesar de estar a merced de ellas” (Räthzel, 1991: 25).²

² Véase el artículo instructivo de Christoph Butterwegge (2016) sobre los puntos comunes entre el populismo de derecha y el neoliberalismo. En este artículo, los

En cuarto lugar, si este diagnóstico es correcto, entonces los requisitos para una alternativa tendrían que formularse de manera más radical que en el debate ecológico de la corriente principal. Ya no basta exigir una “revolución verde” (Fücks, 2013) o un nuevo “contrato social” (WBGU, 2011) y, a pesar de la fuerte retórica, no modificar la economía política de los problemas y el modo de vida imperial. Asimismo, no alcanza con esperar implícita o explícitamente que “la política” saque las conclusiones correctas del hecho irrefutable (por estar cada vez más demostrado desde el punto de vista científico) de la crisis ecológica. Porque de este modo se pierde de vista que el “Estado”, el sujeto que supuestamente controla “la política”, no constituye un posible polo opuesto, sino un momento esencial para garantizar el modo de vida imperial.

Lo que sí sería importante es reconocer la crisis como lo que es: una clara indicación de que los patrones de producción y consumo del Norte global, tal como evolucionaron y finalmente se generalizaron con el capitalismo, solo pueden sostenerse, incluso en su variante ecológicamente modernizada, al precio de más violencia, destrucción ecológica y sufrimiento humano, y esto solo en una pequeña parte del mundo. Debido a la política autoritaria, que continúa apostando por el aprovechamiento del valor de la naturaleza y

autores hablan de la aparente paradoja de que unos pequeños burgueses desconcertados voten a favor de la derecha, a pesar de que los partidos como “Alternativa para Alemania” (*Alternative für Deutschland*, AfD, por sus siglas en alemán) siguen una agenda neoliberal que va en contra de sus intereses materiales. Butterwegge explica este fenómeno, por un lado, con el “calor del hogar” emocional en la “comunidad del pueblo” que prometen los políticos de la derecha. Por el otro lado, identifica el nacionalismo local como uno de los aspectos más importantes que el populismo de la derecha y el neoliberalismo tienen en común. El fenómeno del *nacionalismo de emplazamiento* no solo implica superar a otros países en la competencia económica, sino también excluir a aquellos grupos declarados como poco productivos o dispuestos, ya sea en el propio país o en el extranjero, de los logros que presuntamente se alcanzaron exclusivamente gracias al empeño propio. “El punto común más importante entre el neoliberalismo y el populismo de derecha radica en la convicción de que se debe ser orgulloso de ‘Alemania como emplazamiento económico’ y fortalecerlo para aumentar el bienestar de todos. Por fijarse en la competencia con otros emplazamientos, el neoliberalismo genera el caldo fértil idóneo para el nacionalismo de emplazamiento, el darwinismo social y el chauvinismo del bienestar” (Butterwegge, 2016).

por la división social, estamos experimentando en la actualidad una acumulación de contradicciones sin precedentes. La reproducción de la sociedad y de sus fundamentos biofísicos está cada vez menos garantizada por el imperativo capitalista del crecimiento. Estamos viviendo una crisis de la gestión de crisis, una crisis hegemónica y una crisis estatal.

Una vez comprendido lo anterior, necesitamos evaluar las múltiples alternativas que se aplican hoy contra los desarrollos dominantes, en cuanto a la posibilidad de generalizarlas y a los elementos vinculantes que aumentan el poder de influencia sobre la sociedad. ¿Hasta qué punto se deja vislumbrar en los movimientos por la democracia energética la soberanía alimentaria o la economía solidaria, por nombrar solo algunos, la socialización (según su acepción marxista) democrática en un sentido fuerte, es decir, una sociedad basada en el principio de que todos los afectados por las consecuencias de una decisión participen, con los mismos derechos, en el proceso de tomarla? Desde nuestro punto de vista, esta es una de las cuestiones centrales, porque apunta a un principio de orden social que es diametralmente opuesto al del modo de vida imperial.

Su estructura

Hasta ahora hemos delineado los temas clave que queremos discutir en este libro.³ Iniciaremos el primer capítulo con un análisis de los problemas que, de forma reciente, se han compactado en una “crisis múltiple” y que se abordan de una manera cada vez más autoritaria. Llama la atención que la gestión de la crisis no solo es autoritaria, sino también disputada. Dentro de los Estados nacionales, en el ámbito de la Unión Europea, en sus relaciones con Estados Unidos o con las instituciones de la política ambiental global, existen opiniones contradictorias sobre cómo lidiar con

³ Algunas partes del capítulo 1 provienen de Brand (2016b), los párrafos sobre el crecimiento de la demanda por energías fósiles en el capítulo 4 se basan en Wissen (2016). Algunas partes de las explicaciones acerca de la posibilidad de un capitalismo verde en el capítulo 6 fueron publicadas originalmente en Wissen (2014).

las crisis económicas, políticas y ambientales de los últimos años. Incluso el creciente autoritarismo que ha alcanzado su nuevo punto culminante o, mejor dicho, ha tocado fondo, con la victoria electoral de Donald Trump en 2016, podría interpretarse como una expresión de incertidumbre que se ha extendido entre las élites políticas (Lücke, 2016). Parece que la “clase media” ha perdido la capacidad de formular proyectos hegemónicos y de liderar la política. A su vez, surge un consenso en el espectro político y científico de la izquierda liberal, según el cual los múltiples fenómenos de crisis se pueden abordar de manera conjunta, con una modernización ecológica de las economías nacionales. Sin embargo, los conceptos relevantes no solo son demasiado vacilantes, sino que tampoco tocan el centro del problema de la crisis múltiple que consideramos consiste en el modo de vida imperial.

El segundo capítulo trata sobre una definición conceptual más precisa de este núcleo problemático. Introducimos el *modo de vida imperial* como una categoría intermediaria entre las acciones cotidianas de las personas y las estructuras sociales subyacentes. De esta manera, queremos revelar los mecanismos a través de los cuales se normalizan las relaciones de dominio establecidas en las estructuras. Consideramos fundamental la distinción entre diferentes dimensiones conceptuales, las cuales discutiremos más adelante con base en diversas tradiciones de pensamiento crítico, sobre todo Marx, Gramsci, la teoría feminista, Bourdieu y Foucault.

No solo se pretende explicar la externalización ya trazada en esta introducción, sino también la jerarquización social en el Norte global como la dimensión fundamental del modo de vida imperial. Nuestro objetivo es demostrar que las normas de producción y consumo social y ecológicamente destructivas, y los beneficios que se pueden derivar de ellas, se transmiten a través de las relaciones de clase, género y raza. Además, queremos resaltar que el carácter dual de la forma de vida imperial funge como una coacción estructural y a la vez aumenta las posibilidades de acción.

Los capítulos tres y cuatro exponen, de una forma general, la historia del modo de vida imperial desde sus inicios en el colonialismo hasta su generalización actual. La época que ocupa un lugar

central en el capítulo cuatro es el fordismo, que marcó los centros capitalistas desde la década de 1950 hasta la de 1970 y trajo a los ciudadanos un bienestar material sin precedentes en la amplitud de su impacto; un bienestar que también estaba fundamentado en la desigualdad que al mismo tiempo reproducía. Lo que más nos interesa del fordismo es cómo los patrones de consumo de altos niveles de recursos y emisiones, que previamente estaban reservados para las clases altas, se han difundido en las clases medias y bajas del Norte global, allanando así el camino para la crisis socioambiental de hoy.

El capítulo cuatro comienza con una “ventana de oportunidad” política: la crisis del fordismo en los años setenta del siglo XX. No solo fue un agotamiento del potencial económico de un determinado modelo de acumulación, sino una extensa crisis social en la que las formas prevaletentes de trabajo, de convivencia y del uso de la naturaleza fueron politizadas por movimientos sociales antiguos y nuevos. Sin embargo, esta ventana pronto se cerró. Lo que siguió fue una profundización del modo de vida imperial en los centros y su propagación a cada vez más países en la periferia capitalista. Por lo tanto, las tensiones y los desplazamientos geopolíticos y económicos recientemente observados deben entenderse, según nuestra tesis, en el contexto de esta generalización de lo no generalizable.

El capítulo cinco analiza la historia y las manifestaciones actuales del modo de vida imperial en relación con un ámbito social en el que se condensan muchas de sus disposiciones: la automovilidad. Iniciamos con la observación de que, justamente en una época de creciente concientización sobre la crisis ecológica, la demanda de automóviles particularmente intensivos en recursos y emisiones, como los vehículos utilitarios deportivos (*Sport Utility Vehicles*, SUV, por sus siglas en inglés), va en aumento. Esta paradoja se hace tangible cuando se analiza la automovilidad en el contexto de las formas cambiantes de subjetivación, así como las relaciones de clase y género. Conducir un SUV parece entonces ser una expresión de la subjetividad automóvil del capitalismo neoliberal, como una manera exclusiva (por no ser generalizable) de enfrentar las amenazas sociales y ecológicas, así como una competitividad que permea todos los nichos de la vida social. Se trata de una forma de conducta

que genera o intensifica, según el caso, aquellos fenómenos a los que pretende responder.

Finalmente, la modernización ecológica de la automovilidad y de otras áreas de la sociedad que en la actualidad se vislumbra en muchas regiones no cambiará las condiciones y consecuencias del modo de vida imperial. Es una de las alternativas erróneas que analizaremos en el capítulo seis. No obstante, “erróneo” no significa “ineficaz”. Por el contrario, los enfoques de la *economía verde* observados en muchas partes del mundo bien podrían convertirse en un proyecto llamado *capitalismo verde*. Este incorporará fuertes elementos fosilistas (de esto se encargarán los gobiernos de derecha, neoliberales y, en parte, incluso socialdemócratas en todo el mundo). Es más, no cambiará el problema fundamental de la producción y la externalización de los costos socioambiental, porque esto requeriría cuestionar no solo el *cómo*, sino también el *qué* de la producción y el consumo.

En el capítulo siete nos dedicamos precisamente a los actores que se involucran en esto, es decir, aquellos que no se conforman con una modernización ecológica del modo de vida imperial, sino que buscan la forma de superarlo. Evidentemente, no es posible cubrir toda la variedad de alternativas básicas practicadas y abordadas en unas pocas páginas. Por ende, nuestro objetivo no es una presentación exhaustiva, sino una sistematización de las experiencias actuales y los desafíos estratégicos que percibimos: oponer resistencia para impedir que el modo de vida imperial siga avanzando, como aparece en las batallas contra la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (*Transatlantic Trade and Investment Partnership*, TTIP, por sus siglas en inglés); la creación y salvaguardia de espacios libres en los que se pueda desarrollar algo nuevo, por ejemplo, el compromiso con la democracia energética y la soberanía alimentaria, y su extensión a aquellos ámbitos sociales en donde hasta ahora casi no se ha podido consolidar, pese a una incomodidad omnipresente.

Crisis múltiple y transformación socioambiental

Este cambio continuo de los modos de producción, este incesante derrumbamiento de todo el sistema social, esta agitación y esta inseguridad perpetuas distinguen a la época burguesa de todas las anteriores.

Karl Marx y Friedrich Engels

Vivimos en una situación paradójica. Por un lado, hay extensos debates sociopolíticos sobre la crisis ecológica, en especial sobre el cambio climático. En muchos países, la transición energética se ha convertido en un tema importante. La política ambiental está presente en los medios de comunicación, se está realizando toda una variedad de investigaciones al respecto; en un sinfín de congresos especializados se discuten aspectos específicos de la crisis ecológica y su gestión. Desde hace años, la política y la administración públicas se han estado ocupando intensamente del tema de la sostenibilidad, y parece que este ha “llegado” también a muchas empresas y sus asociaciones, así como a un número creciente de trabajadores y sus sindicatos. En muchos colegios el medio ambiente y la sostenibilidad constituyen hoy una parte integral del plan de estudios, y las universidades ofrecen una amplia gama de carreras enfocadas en el tema, así como módulos particulares dentro de las carreras tradicionales.

Algo está sucediendo, y los numerosos debates y actividades tienen una larga historia. Por ejemplo, para nosotros sería difícil imaginar la transición energética sin el movimiento ambientalista en Alemania (Occidental) desde la década de 1980, sin las recias

disputas sobre la importancia de la energía nuclear, sin los pioneros de la sociedad civil y política local que iniciaron la revolución energética cuando el concepto ni siquiera existía. En Austria, el referéndum sobre la planta nuclear Zwentendorf en 1978 y los conflictos sobre la planta hidroeléctrica Hainburger Au a principios de los años 1980 fueron hitos en la sensibilización de la población respecto a la política medioambiental.

El hecho de que la destrucción del medio ambiente avance cada vez más rápido, como lo siguen manifestando estudios e informes alarmantes, parece aún más paradójico: el consumo global de recursos se ha triplicado desde 1970 después de una vertiginosa aceleración alrededor del año 2000 (UNEP, 2016a). La transformación socioambiental necesaria se logra solo en algunas áreas y está lejos de ser suficiente.¹ Más aun, está contrarrestada por desarrollos altamente dinámicos e insostenibles: en promedio, los coches son cada vez más grandes y equipados con motores más potentes, el tráfico aéreo continúa aumentando, el consumo de carne se mantiene en un nivel alto en Alemania, Austria y Suiza, y en los últimos años los teléfonos inteligentes producidos de forma ecológicamente poco sostenible forman parte de la vida diaria de las personas. Ante este trasfondo, recordaremos algunos de los desarrollos más recientes.

De la crisis dual a la crisis múltiple

La proclamación de la era del “desarrollo sostenible” hace 25 años en Río de Janeiro fue un hito. En la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, celebrada en junio de 1992, la denominada comunidad mundial quiso dar la señal de inicio para enfrentar la “crisis dual” del medio ambiente y el desarrollo (Unmüßig, 1998). Habiendo dejado atrás la confrontación de los bloques, ante una creciente conciencia ambiental en muchos países y el evidente fracaso de las estrategias de desarrollo clásicas que ignoraron en gran medida las cuestiones ecológicas,

¹ Véase el cuadro de conjunto del desarrollo a largo plazo en Haberl *et al.* (2011) y Schaffartzik *et al.* (2014).

se buscó una reorientación. El objetivo de las dos “Convenciones de Río” sobre el cambio climático y la biodiversidad, así como de la Agenda 21, era proporcionar un marco global para las políticas locales, nacionales y regionales. A nivel internacional se desarrolló la idea de una “gestión ambiental global” (Görg/Brand, 2002): si tan solo se crearan el marco y los incentivos políticos adecuados, se podrían resolver los problemas y hacer avanzar la transformación socioambiental. El ideal del “desarrollo sostenible” relucía en el horizonte.

En aquel entonces, las voces críticas que se escucharon, por ejemplo, desde los círculos de la Bundeskoordination Internationalismus (BUKO), señalaron que, a pesar de los ambiciosos objetivos, muchos temas *no* se habían abordado, como la globalización capitalista. Ese tema no se tocó a pesar de que desde mediados de los 1980 se estaba negociando la fundación de una organización mundial de comercio, que efectivamente se creó en 1995. El espíritu con el cual fue creada impregnó la política ambiental internacional. En la lucha contra la crisis ecológica, tanto la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático como el Convenio sobre la Diversidad Biológica apuestan, en primer lugar, por los mecanismos de mercado. Otro tema que no se discutió fue el de las relaciones imperiales Norte-Sur, aunque la segunda guerra del Golfo comenzó un año y medio antes de la Conferencia de Río y el entonces presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, enfatizó que el estilo de vida estadounidense no era negociable. Y finalmente, después de Río casi nadie cuestionó si las instituciones políticas existentes, ya sea a nivel local, nacional o internacional, en realidad estaban en condiciones de abordar los problemas. En las discusiones sobre el desarrollo sostenible, el debate sobre la globalización y sobre el debilitamiento o la modificación del Estado apenas tuvo lugar; más bien predominaba una sólida confianza en el Estado y los gobiernos.

En 2007-2008 la discusión sobre la sostenibilidad fue alterada por la crisis económica y financiera. Las cuestiones ambientales perdieron cada vez más terreno porque entonces se trató del (supuesto) “negocio principal”, es decir, de asegurar el crecimiento capitalista, la producción y el empleo. La introducción de una “prima por

desguace” en Alemania y Austria es un ejemplo de las medidas tomados por empresas, sindicatos y políticos para estabilizar un sector clave de la industria alemana y austriaca en la crisis, además de la reducción de las jornadas laborales. Como parte de un segundo paquete de estímulo económico, en 2009 el gobierno alemán apoyó la compra de un automóvil nuevo con €2500 (un total de €5 mil millones) a través del “bono ambiental”. De enero a septiembre de 2009, la prima fue aplicada en la compra de 1.75 millones de coches nuevos. En Austria, fueron 30.000 automóviles nuevos que se subvencionaron, cada uno con €1500, para apoyar a los proveedores automovilísticos. Desde un punto de vista económico a corto plazo, esta medida tenía sentido, porque así se evitaba despedir a muchas personas y se mantenía una importante capacidad de producción que tal vez podría haberse perdido. Sin embargo, desde un punto de vista social, en ambos países, la prima por desguace tuvo ciertas deficiencias, porque ayudó precisamente a consolidar a las industrias poderosas con sus empleados sindicalizados, bien reenumerados y, en su mayoría, masculinos. Para los empleados en otros sectores económicamente relevantes, como en la atención a personas mayores o discapacitadas, hubo mucho menos apoyo político. Desde una perspectiva ecológica, y además desde una perspectiva económica a largo plazo, la estabilización de una industria (que de por sí requiere una profunda transformación) es bastante problemática. Por lo general, un auto último modelo emite menos contaminantes que el modelo anterior, pero dado que el “bagaje ecológico” de un automóvil, es decir, todo el material y la energía necesarios para su producción, uso y eliminación, se amortiza a lo largo de toda su vida útil, queda una “deuda residual” no amortizada si un vehículo se desecha antes de tiempo. Y esto fue lo que justamente se estimuló a través de las primas por desguace (Schwarzer, 2011).

A pesar de las políticas de crisis ecológicamente poco sensibles, la crisis ecológica se volvió a politizar, sobre todo desde el fracaso de la Conferencia sobre el Cambio Climático de Copenhague de 2009 y el surgimiento de un movimiento mundial de justicia climática. La catástrofe nuclear de Fukushima en marzo de 2011,

que en algunos países tuvo la consecuencia de que se promovieran más las energías renovables (o al menos de que esto fuera declarado como objetivo político), así como las escenas dramáticas antes y durante la Conferencia sobre el Cambio Climático en París a finales de 2015 (cuyo objetivo era negociar un acuerdo sucesor del Protocolo de Kioto de 1997), quedaron grabadas en el recuerdo de muchos.

Sin embargo, en comparación con los debates ambientales de los años noventa, la situación ha cambiado de forma notable en dos aspectos: primero, el espectacular crecimiento económico de algunos países anteriormente en desarrollo y, como consecuencia y en segundo lugar, el aumento del bienestar en partes de la población, que fue acompañado por un aumento considerable en la explotación y el uso de recursos naturales y en la emisión de gases de efecto invernadero. Así, algunas de las economías emergentes ya presentan mayores emisiones de CO₂ en términos absolutos (no per cápita) que muchos países de la OCDE, y la tendencia está al alza: China emitió alrededor de 9.7 mil millones de toneladas de CO₂ en 2014, o cerca de 7 toneladas per cápita, en comparación con 5.6 mil millones de toneladas (17 toneladas per cápita) de Estados Unidos.² Para tener una mejor idea sobre las dimensiones, digamos que según el Consejo Consultivo Científico para el Cambio Global de Alemania (WBGU, por sus siglas en alemán) cada persona dispone de un “presupuesto” anual de 2.7 toneladas de CO₂ para el período de 2010 a 2050 (WBGU, 2009). Esto significa que, en promedio, nadie debe emitir más que esta cantidad por año para que exista una probabilidad de 66 por ciento de lograr la meta de limitar el aumento de la temperatura global a 2 grados.³

² Cifras según Global Carbon Atlas, <http://www.globalcarbonatlas.org>.

³ El objetivo de 2 grados consiste en limitar la temperatura promedio del calentamiento global a 2 grados centígrados respecto a la era preindustrial. Se supone que así el cambio climático seguirá siendo manejable, ya que no se alcanzarán ciertos “puntos de ruptura”, en los cuales se producirían los efectos de autorrefuerzo del cambio climático (como la descongelación de los suelos con permafrost, lo que liberaría enormes cantidades del gas de efecto invernadero metano). No obstante, el objetivo es controvertido porque los puntos de ruptura y las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera solo pueden determinarse de forma

En este cálculo no se toma en consideración el crecimiento de la población mundial.

En segundo lugar, desde el inicio de la crisis en 2007-2008 se está reconociendo cada vez más que la crisis actual es una crisis múltiple (Demirovic *et al.*, 2011): además de la crisis económica y financiera, se toman en cuenta las dimensiones ecológicas. La New Economics Foundation, un laboratorio de ideas liberal-izquierdista en Londres, habla de *triple crunch*, una crisis triple: de los mercados financieros, del cambio climático y del agotamiento de recursos naturales (New Economics Foundation, 2010). Sin embargo, el término de *crisis múltiple* abarca otros aspectos adicionales. La crisis de la representación política y los partidos establecidos, por ejemplo, se relaciona con una creciente desconfianza de que estos últimos tengan la capacidad de arreglar los problemas apremiantes. La crisis desde 2007-2008 mostró centralmente que los partidos conservadores, liberales y socialdemócratas representan ante todo los intereses de las élites, con la consecuencia de que en muchos países se formaron nuevos partidos políticos o se consolidaron otros, que hasta ahora no habían tenido mucha importancia. En la mayoría de los países de Europa son partidos de derecha y de extrema derecha, pero en Grecia, Portugal, Eslovenia y España también se han fortalecido los partidos de izquierda.⁴ Desde el verano de 2015, se intensificó la represión por parte de los regímenes autoritarios y violentos, algunos de los cuales llevan mucho tiempo en el poder, un fenómeno que se puede observar en el caso del gobierno turco frente a los grupos de oposición; las guerras civiles como la de Siria se tornan más brutales, y en otros países los efectos negativos de la globalización capitalista son cada vez más notables. Las condiciones de vida, que ya son precarias bajo la presión de la competencia

aproximada. Además, 2 grados ya serían demasiado para muchas regiones, porque dicho calentamiento debilitaría allí las condiciones de vida, sin que necesariamente el cambio climático sea incontrolable a escala global. Por lo tanto, el acuerdo climático de París de 2015 aspira a un límite del calentamiento global de 1.5 grados.

⁴ Véanse los debates en PROKLA. *Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft* (número 4/2015 y los números del año 2016) [N. del T., PROKLA. *Revista para las ciencias sociales críticas*].

del mercado mundial, se vuelven intolerables. El movimiento migratorio (“crisis de refugiados”) es una reacción a esto. Muchas personas en el Norte global muestran solidaridad con los refugiados, pero otras reaccionan con un racismo abierto. Además, estamos viviendo una crisis de la reproducción social que es causada por el empobrecimiento, la división de la sociedad y los cortes a las redes de seguridad social. De esta manera se produce también una crisis de las relaciones de género establecidas, porque a las mujeres en particular se les carga con trabajo adicional (Federici, 2012; Wichterich, 2013; Aulenbacher *et al.*, 2015; Hajek/Opratto, 2016).

La crisis múltiple se manifiesta de manera muy diferente según los países, grupos de población e individuos, aunque se puede hablar de una crisis *mundial*. Hace veinticinco años se asumía todavía que la “crisis dual” del medio ambiente y el desarrollo afectaría ante todo a las personas en los países del Sur global. Sin embargo, la crisis múltiple actual es una crisis del modelo de desarrollo global.

Los diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) concretos y operacionales son una destacada manifestación de esto y fueron aprobados por la Asamblea General de las Naciones Unidas como Agenda de Desarrollo 2030, en septiembre de 2015, después de un proceso de tres años. El futuro mostrará si habrá cambios de gran alcance o si los esfuerzos se truncan en el modo de modernización ecológica (véase el capítulo 6). Para nuestro contexto, cabe resaltar que, mientras los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) aprobados en 2001 se enfocaban en los países del Sur global y los clásicos problemas de desarrollo, los ODS son válidos para todos los países y dan alta prioridad a las cuestiones social-ambientales.

En el preámbulo se formula una exigencia alta: “Si conseguimos lo que ambicionamos en todos y cada uno de los aspectos de la Agenda, mejorarán notablemente las condiciones de vida de todas las personas, y nuestro mundo se transformará en un lugar mejor” (Rívera, 2015).⁵ Algunos objetivos importantes implican,

⁵ Asamblea General de la ONU 2015, ver detalles en Martens/Obenland (2016). [N. de E., cita en español recuperada de <https://unctad.org/meetings/es/SessionalDocuments/ares70dres.pdf>]

por ejemplo, que se eliminen de forma gradual los subsidios para los combustibles fósiles o para las exportaciones agrícolas (objetivos 12.c y 2.b). Sin embargo, en un documento de esta índole, aprobado por 193 gobiernos, inevitablemente, hay muchas soluciones intermedias. Por ejemplo, se expresa de forma poco comprometedora la intención de “alentar” a las empresas “a que adopten prácticas sostenibles e incorporen información sobre la sostenibilidad en su ciclo de presentación de informes” (objetivo 12.6.). En tanto, el objetivo 8 aspira a un “crecimiento económico sostenido, inclusivo y sostenible”.

Los ODS podrían interpretarse como la idea de las élites políticas globales de que, en primer lugar, las estrategias de desarrollo clásicas del mercado mundial capitalista se están volviendo cada vez menos eficaces (no en última instancia) por las crisis ecológicas y múltiples. En segundo lugar, de que la política imperial del control de las grandes religiones mundiales ya no funciona. En tercer lugar, de que hay un mecanismo que ya se volvió obsoleto: la tendencia de externalizar las repercusiones más negativas de las crisis a otras regiones, es decir, al Sur global, o bien al futuro, como lo manifiesta el ejemplo del cambio climático o de los desechos nucleares. Sin embargo, la continuidad con respecto a acuerdos anteriores consiste en la confianza inquebrantable en la capacidad de control político.

¿Y la Gran Transformación?

El muy diversificado discurso actual sobre el desarrollo sostenible y su especificación con los ODS y otras estrategias, como la de una Economía Verde (véase capítulo 6), sigue siendo de alta relevancia. Además, parece que hay un paréntesis que abarca diferentes aspectos. Cuando se siguen las discusiones científicas de los últimos cinco años, parece que estamos entrando en una era de transformación: una transformación grande, o socioambiental, una transformación hacia la sostenibilidad.⁶ El acuerdo con

⁶ Ver además del informe del WBGU mencionado, Brie (2014), Jonas/Littig (2017) y Brand/Wissen (2017).

respecto a los ODS también se titula “Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible”. Como sucedió hace más de dos décadas con el concepto de *desarrollo sostenible*, esa transformación es un concepto ambicioso diseñado para abrir un espacio político-estratégico, con el fin de abordar los enormes problemas de nuestro tiempo.

Desde 2011 hasta la actualidad, el dictamen del Consejo Consultivo Científico para el Cambio Global de Alemania (WBGU) constituye un punto de referencia importante para la discusión de habla alemana. El argumento central consiste en que las sociedades deben cambiar su base energética a energías renovables. Las palabras clave son “descarbonización” y superación de una economía “fósil-nuclear”, que debe lograrse mediante una expansión de las energías renovables, la reducción del consumo de energía y el aumento de la eficiencia energética. Tal transformación debe tener lugar principalmente y con urgencia en los países de industrialización temprana, pero a medio plazo también a nivel mundial. El dictamen del WBGU, así como la mayoría de las demás contribuciones a la transformación, examinan y desean promover los procesos de cambio hacia la sostenibilidad y buscan poner en marcha otros.

A pesar de que el concepto *transformación* es mucho menos prominente que aquel de *desarrollo sostenible*, sí cumple una función parecida en las discusiones actuales entre los especialistas: se coloca la crisis ecológica en un contexto más amplio.

Ambos conceptos tienen en común que son poco concretos. Según una definición representativa, la transformación se entiende como un “cambio (*shift*) fundamental que cuestiona y desafía los valores y el comportamiento rutinario y altera las perspectivas anteriores para racionalizar las decisiones y las vías de desarrollo” (Nalau/Handmer, 2015: 351). Se refiere a “cambios en las propiedades sistémicas de sociedades e incluye cambios sociales, culturales, tecnológicos, políticos, económicos y legales” (Driessen *et al.*, 2013: 1).

A nivel sociopolítico, el concepto de *transformación* aún tiene poca relevancia. Sin embargo, en los círculos de expertos sí juega un papel importante, lo cual indica que la élite está en desacuerdo

sobre cómo manejar la crisis múltiple en el marco de la estructura capitalista actual. Se reconoce cada vez más que la orientación neoliberal no lleva a la meta. El concepto *transformación* va claramente más allá de las perspectivas políticas predominantes sobre el medio ambiente y la sostenibilidad que parten de la idea de que las tecnologías y las inversiones (aparte de las posibilidades de financiamiento y las condiciones del marco político correspondientes) son suficientes para lograr una transición hacia una sociedad con un consumo bajo de carbono. Para lograr una transformación, se consideran necesarios cambios más fundamentales que deben ser promovidos por los “pioneros del cambio”, como las empresas que se preocupan por el medio ambiente, las iniciativas ciudadanas o los científicos (WBGU, 2011: 84, 256). Además, se espera lograr un cambio social de valores hacia la sostenibilidad.

No obstante, sí se toma en consideración que existen obstáculos, como ciertas dependencias, los poderosos intereses de las industrias energética y automovilística, así como el sistema científico dominante. “Los cambios más difíciles de inducir en la Gran Transformación están más allá de la tecnología, como el cambio de estilos de vida, una revolución de cooperación global, la superación de los bloqueos políticos y el manejo responsable de los cambios intergeneracionales a largo plazo” (WBGU, 2011: 89).

La analogía del concepto de la Gran Transformación con el libro epónimo del historiador económico Karl Polanyi (1995 [1944]), quien caracterizó así la transición al capitalismo industrial en el siglo XIX, es intencionada. *Great Transformation* suena radical y, en vista de la profundidad de los problemas, sí es apropiado. No obstante, una diferencia con el análisis de Polanyi consiste en que el historiador económico austriaco pretendía analizar y comprender la dinámica actual del capitalismo industrial liberal prevaleciente. Este autor argumenta que la economía moral, hasta ahora dominante y en gran parte local, ha sido “desarraigada” por máquinas complejas, un rápido crecimiento de la producción y la creación de mercados nacionales, en especial de mercados laborales. En el siglo XIX el “mercado autorregulador” se consideró una utopía para que los mecanismos de precios y los intereses lucrativos pudieran

establecerse libremente. La mano de obra y la naturaleza (además del dinero) son consideradas mercancías, pero en su producción tienen muchas más premisas, ya que no solo se producen como mercancías para el mercado capitalista, sino que tienen sus propios modos de producción. Forman parte de complejas dinámicas biofísicas e incluso de las relaciones sociales (en el caso de la mano de obra), como los procesos de socialización de los jóvenes o la reproducción fuera de la jornada paga. Por lo tanto, según Polanyi y de acuerdo con Marx, el capital, que insiste en valorizar la naturaleza y la mano de obra, tiende a socavar los fundamentos del trabajo y de la naturaleza, a menos que existan contramovimientos.

Como lo explicaremos a continuación, el cambio imaginado en el debate sobre la transformación es mucho menos radical de lo que sugiere el préstamo terminológico de Polanyi. En cualquier caso, el debate guarda un silencio revelador sobre los mecanismos básicos de la socialización capitalista, tal como se han desarrollado en la *Gran Transformación* analizada por Polanyi, que constituyen el epicentro de las actuales dinámicas de la crisis. En particular, se pueden observar tres aspectos en los que no se pone la debida atención.

Los límites de la transformación socioambiental: ¿una nueva ortodoxia crítica?

En primer lugar, a menudo se subestiman las dinámicas que son importantes para contextualizar y promover las transformaciones hacia la sostenibilidad. Esto se refiere particularmente al hecho de que dos tercios de la humanidad ni siquiera viven en una sociedad industrial y una parte significativa de ella está realizando enormes esfuerzos para industrializar sus sociedades, sobre la base de las energías fósiles (Haberl *et al.*, 2011). En cambio, en muchas contribuciones al debate sobre la transformación se puede tener la impresión de que las dinámicas actuales ya están orientadas hacia la sostenibilidad y que solo será necesario eliminar algunos obstáculos más o menos relevantes.

En segundo lugar, en la discusión actual, los diagnósticos radicales de problemas sobre el estado (ecológico) del mundo contrastan

con las ideas políticas un tanto dóciles sobre la implementación de los procesos de transformación. Se parte de la idea de que es posible realizar procesos de transformación fundamentales dentro del sistema institucional existente pero reformado. La Gran Transformación puede entenderse como “un proyecto de reforma institucional integral que *fortalece* la estructura institucional de las sociedades modernas en términos de su capacidad de reflexión, participación, las posibilidades de equilibrio del poder y una capacidad integral de innovación” (Schneidewind, 2013:85). Es más, se exige “que la economía sea compatible con la protección del clima, sin salir del patrón habitual de conducta orientada al lucro” y garantizando la seguridad de la inversión.

Lo que no se toma en consideración es el hecho de que los inversores mantendrán su interés en utilizar la naturaleza, de ser posible, como una “fuerza productiva gratuita” (Biesecker/von Winterfeld, 2013: 163). Además, a muchos consumidores les sigue atrayendo la posibilidad de comprar mucho y gastar lo menos posible, animados por una poderosa máquina de publicidad, aunque también hay mucha gente que se ve obligada a comprar lo más barato debido a su precaria situación social.

Así, se acrecienta la sensación de que lo que pretenden los protagonistas del debate es convencer a los responsables políticos y económicos de que la transformación es necesaria; esto podría denominarse *la perspectiva de la “educación principesca”*. En lugar de buscar el enfrentamiento con las élites, quitarles sus privilegios y limitar su poder, tratan de convencerlas de que hagan lo correcto.⁷ Una caricatura en el mencionado dictamen del WBGU ilustra muy bien esta situación: el presidente del Consejo Consultivo Científico llama al presidente estadounidense Barack Obama para convencerlo de la urgencia de implementar una política climática eficiente. Se basa en una comprensión clásica y muy simplificada de la relación entre ciencia y política, como ha sido criticada de manera contundente por Silke Beck (2011), entre otros, utilizando el ejemplo del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático

⁷ Lutz Brangsch expresó este pensamiento por primera vez en una discusión.

(*Intergovernmental Panel on Climate Change*, IPCC): “*Truth speaks to power*”, es decir, la ciencia aclara a la política cuáles son los problemas, permitiéndoles así desarrollar soluciones adecuadas. Pero esta idea se rompe con las estructuras y el equilibrio del poder de las sociedades capitalistas que se introducen en la política estatal haciéndola mucho más susceptible a los problemas de la industria automovilística o de los bancos que a los del clima mundial. Algo similar ocurre con las compañías mineras a las que el Estado presta más atención que a los reclamos de la población que se ve afectada por la explotación de los recursos y la destrucción del medio ambiente. En este contexto, Claus Offe (1973) y Nicos Poulantzas (2002 [1978]) hablan de la “selectividad estructural” del Estado capitalista.⁸

En relación con lo anterior, hay un tercer aspecto: a pesar del amplio reconocimiento de la crisis múltiple, el concepto de la transformación se ve limitado en gran medida a aspectos de una modernización ecológica. En su esencia, la mayoría de las contribuciones a una transformación social o a la Gran Transformación buscan modificar el sistema energético, además de cambiar las normas de consumo y lograr que el Estado, y sobre todo las empresas, asuman un papel activo mientras la ciencia y la tecnología proveen la “subestructura”. Un criterio o, más bien, *el* criterio central de una transformación exitosa es la reducción de las emisiones de CO₂. Sin embargo, no se da suficiente importancia a los aspectos clásicos que una transformación social debe implicar, como la justicia, el bienestar para todos, la restricción del poder y del dominio y (relacionado con lo anterior) los cambios en las relaciones de propiedad. Hasta ahora, el debate sobre la transformación no se ha vinculado con aquel sobre la necesidad de reorganizar la división del trabajo,⁹

⁸ Además, como señala Beck (2011), la ciencia está así enredada en una contradicción: por un lado, afirma que no quiere dictar las decisiones políticas. Pero, por otra parte, de tal ciencia resultan requisitos de acción política apremiantes e inequívocos. De esta manera, la ciencia se politiza, mientras que la política climática parece despolitizarse. Véase también el blog de Roger Pielke, “Planetary Boundaries as Power Grab”, <http://rogerpielkejr.blogspot.de/2013/04/planetary-boundaries-as-power-grab.html>

⁹ El tema del trabajo no tiene ninguna importancia en el dictamen de WBGU; véase Biesecker/von Winterfeld (2013).

que considere y revalorice de manera más sistemática las formas de subsistencia alternativas al trabajo remunerado, así como los trabajos caritativos y de atención sociosanitaria (Haug, 2011; Winker, 2015).

Esto se vuelve especialmente evidente en el discurso sobre los *límites planetarios* (Rockström *et al.*, 2009) y el *Antropoceno*, la “Era del Hombre” (Crutzen, 2002; Steffen *et al.*, 2011). Con justa razón se indica que la humanidad se ha convertido en la fuerza geofísica global impulsora: los seres humanos han cambiado los sistemas naturales de tal manera que ya casi no podemos denominarlos “naturales”. La producción de plástico y aluminio, las lluvias radioactivas y las cenizas volantes han dejado rastros evidentes en la biosfera (el término *Antropoceno* remite a estos fenómenos, entre otros). Se puede dar por hecho que en varios ámbitos (el cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, la alteración del ciclo de nitrógeno) y en la interacción entre ellos, ya se traspasaron los límites más allá de los cuales las alteraciones pueden empezar a desarrollar una dinámica incontrolable. Tocar estos “puntos sensibles” puede poner en riesgo la vida humana misma.

A fines de agosto de 2016, en el Congreso Geológico Internacional en Ciudad del Cabo, un grupo de trabajo abogó casi de forma unánime por aplicar el término *Antropoceno* para indicar que, después de 12.000 años del Holoceno, la humanidad está viviendo desde mediados del siglo XX en una nueva era geológica. No obstante, los conceptos *Antropoceno* y *límites planetarios* se refieren, más que a conceptos duros definidos por las ciencias (naturales), a “imaginaciones culturales”. Así, el concepto *Antropoceno* tiene un “objetivo político claro: motivar a tomar medidas e impulsar los esfuerzos para combatir el cambio climático, que hasta ahora han resultado insuficientes” (Görg, 2015: 30).

Lo que se ignora en este enfoque es el hecho de que aquí no es simplemente “la humanidad” quien está actuando, sino que la manera como el humano actúa sobre la naturaleza siempre se transmite dentro de la sociedad, a través de las relaciones de clase y género, así como de raza. Y esto es lo que cuenta: en promedio, las personas que pertenecen a una sociedad capitalista del Norte global consumen significativamente más recursos que, por ejemplo, los

miembros de una comunidad indígena en el Sur global con una economía de (semi)subsistencia.

Las representaciones globales de la crisis ecológica, aunque sean críticas al *statu quo*, opacan precisamente estas relaciones. “En resumen, el Antropoceno revela el poder humano, pero oculta de dónde proviene y cómo se ejerce este poder”. Para decirlo con Marx y Engels: no la *humanidad* como concepto abstracto, sino “la sociedad burguesa moderna, una sociedad que ha conjurado medios de producción e intercambio tan poderosos, es como el hechicero que ya no puede controlar los poderes del inframundo que ha invocado con sus hechizos” (MEW 4: 467).

En este sentido, la promesa de tener un “espacio operativo seguro” si se respetan los límites planetarios, según el subtítulo del famoso ensayo de Rockström y otros, no solo es muy incierta, sino también en cierto modo cínica (Baskin y Lövbrand *et al.*, 2015: 34). En la actualidad, en todo el mundo, hay muchas personas afectadas por fuertes lluvias, inundaciones y sequías. La *vulnerabilidad*, un término destacado en el debate ambiental, no es una cuestión global abstracta, sino un problema muy concreto y transmitido en la sociedad” (Dietz, 2011).

Estar consciente de ello es mucho más que una pedantería académica que, en vista de la urgencia de actuar, sería de interés secundario, ya que las vías de acción frente a la crisis están condicionadas, entre otras cosas, por los diagnósticos científicos y políticos. Alguien que no tenga una idea clara del concepto *sociedad capitalista* y la comprenda implícitamente como el nivel superior de un desarrollo natural de la humanidad dispondrá solo de soluciones técnicas y comerciales para enfrentar la crisis. Por lo tanto, no sorprende que Paul J. Crutzen, quien acuñó el concepto *Antropoceno*, no proponga un cambio fundamental de las condiciones sociales para resolver los problemas que enfrenta la humanidad en la nueva era geológica, sino “proyectos de geoingeniería a gran escala, por ejemplo, para ‘optimizar’ el clima” (2002: 23).

En menor medida, esta crítica también se aplica a una de las contribuciones más valiosas desde el punto de vista analítico y de mayor alcance estratégico al debate actual sobre la transformación:

el estudio de la WBGU sobre la necesidad de una nueva Gran Transformación (WBGU, 2011). Si bien identifica varias “megatendencias” como el cambio climático, la degradación del suelo, la urbanización o la competencia por el uso de la tierra, e identifica los intereses que impiden su superación o configuración socioambiental, no analiza las tendencias ni los intereses en el contexto de las dinámicas fundamentales de la sociedad capitalista. Esto conduce a una reducción importante, que Rainer Rilling resume de forma concisa: se trata de “modificar el capitalismo, pero solo a medias: el enfoque está en el industrialismo y su base energética, no en la economía política”.¹⁰

Sin embargo, solo una transformación concebida de esta forma radical, que toma en consideración las formas capitalistas y su modificación, estaría a la altura de Polanyi. Él estaba lejos de ser simplemente el teórico del movimiento dual. Como demostró Michael Brie (2015: 27), “enfocar la recepción de La Gran Transformación en la representación del llamado movimiento dual en el siglo XIX opaca el verdadero mensaje de Polanyi: el fracaso de este movimiento dual en el primer tercio del siglo XX”. Según Brie, Polanyi ya no esperaba nada de “un movimiento social de protección basado en la sociedad mercantil para sí mismo. Este era parte del problema, estrechamente vinculado con el fascismo, y no la solución” (Brie, 2015: 28). En las décadas de 1930 y 1940, Polanyi consideró que la sociedad mercantil había llegado a una fase en la que la libertad solo podía defenderse mediante una transformación *socialista* (Ídem: 29).

En cierto sentido, se pueden encontrar analogías entre la situación actual y el momento en que Polanyi escribió su *Great Transformation*. Hay muchos indicios de que la crisis socioambiental en condiciones capitalistas solo se puede modificar de forma

¹⁰ Estas son las mismas omisiones que Elmar Altvater criticó en 1996 en el estudio realizado por el Instituto Wuppertal sobre una “Alemania sostenible”: “Para acentuarlo, ¿es admisible hablar de sostenibilidad ecológica y callar sobre el capitalismo, exigir una revolución ecológica, porque es lo que reclaman los escenarios de reducción, y mantener el *statu quo* en términos políticos, económicos y sociales?” (Altvater, 1996: 84). Véase Rilling (2011: 16).

muy selectiva en términos sociales y espaciales. Como se explicará en el capítulo 6, no cabe duda de que un “capitalismo verde” es concebible, y podría convertirse en parte de una *revolución pasiva*, en el sentido de Gramsci, es decir, una transformación liderada por las fuerzas dominantes. Sin embargo, no inmovilizará las fuerzas formativas que han producido la crisis socioambiental, sino que, en el mejor de los casos, las modernizará ecológicamente y con un alto grado de selectividad. De esta manera, para una parte del mundo, el problema fundamental en relación con la producción de valor de cambio en condiciones competitivas se organiza de una manera aceptable, mientras que los costos socioambientales, que un capitalismo verde también produce, se externalizarán tanto a nivel espacial como social. Por lo tanto, seguir a Polanyi no solo en cuestiones de terminología, sino también de contenido, significaría comprender la transformación como un proceso que apunta más allá del capitalismo.

La radicalidad lingüística del concepto *transformación* es parte de su éxito. Es evidente que responde a la necesidad de un cambio fundamental y al descontento frente a las políticas actuales que se perciben como inadecuadas para enfrentar la crisis múltiple. En tiempos de crisis y dinámicas imprevisibles, de políticas enfocadas en proteger los bienes y las posiciones (especialmente de las élites, pero también del personal principal en los sectores de altos salarios y de mucha gente en los países prósperos) esto es significativo.

Sin embargo, existe el riesgo de que las contribuciones al tema crucial de la Gran Transformación o la transformación socioambiental se condensen en un tipo de “nueva ortodoxia crítica”, una definición prevaleciente de crisis que minimiza las visiones alternativas (en griego, *orthós* significa “correcto” y *dóxa* “opinión” o “creencia”). La nueva ortodoxia crítica se presenta como una crítica de los desarrollos dominantes, pero continúa centrándose en el sistema existente de instituciones y confía en la comprensión de las élites. Aparentemente hay una especie de excedente político y estratégico que motiva el debate, pero a su vez corre el riesgo de subestimar las profundas causas del problema y de la crisis.

Parece que en muchas partes del debate sobre la transformación prevalece la idea (por lo general implícita) de que los cambios con respecto a las relaciones de poder y las instituciones existentes deben ser iniciadas por ellos mismos.

En resumen, la “nueva ortodoxia crítica” es sin duda un discurso crítico. Intenta formular, acorde con los tiempos, las condiciones para la transición a una era post-fósil. Sin embargo lo que falta, a menudo, es considerar qué fenómenos críticos están arraigados a las estructuras sociales y a las relaciones de poder, y qué posibles dinámicas trascienden estas estructuras y relaciones. En otras palabras, le falta una perspectiva de emancipación –la de una buena vida para todos– que refleje críticamente las exigencias y exclusiones, las aspiraciones de los poderosos y ricos, pero también los múltiples privilegios de gran parte de la población en los países ricos.

Lógicas de transformación, intereses y conflictos

Al reflexionar sobre el proyecto de una transformación socioambiental y al indagar las condiciones actuales para esta, se debe tener presente que la lógica de la transformación es inherente a la sociedad capitalista. Una de las citas más famosas del análisis del capitalismo que con frecuencia se menciona en el reciente debate sobre la globalización, lo resume muy bien. Se trata de un pasaje de *El manifiesto comunista* de Marx y Engels:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado,

y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas. (MEW, 4: 465)¹¹

No se trata de la aceptación o el rechazo del cambio, sino de la lógica de la transición o transformación. Así, se puede llevar a cabo una mayor aclaración del concepto *transformación*. La lógica dominante actual comprende la generación de beneficios, la acumulación de capital, las actividades económicas expansivas, la explotación de la naturaleza. Esto conlleva los problemas con los que ya estamos familiarizados: una explotación que llega al abuso de la mano de obra humana y produce con frecuencia una densificación laboral y el síndrome del agotamiento profesional (*burnout*). En este punto, el concepto *transformación* desarrolla su significado, que debería ser mucho más explícito. La lógica prevalente del cambio, de la autorrevolución permanente de la sociedad burguesa se convierte en un problema: causa crisis cada vez más fuertes y menos controlables. Es poderosa y reproduce relaciones de dominio, no abre ninguna perspectiva de organización democrática y autodeterminación, de emancipación y de una buena vida para todos. Una transformación socioambiental o Gran Transformación debe considerar también las otras dinámicas que no son sostenibles, que parecen ser crisis, pero son enormemente transformadoras (Brand y Niedermoser, 2016). En diferentes partes del libro haremos referencia a ello.

Eso nos lleva a otro aspecto. El debate actual sobre la transformación permite dirigir la mirada a las inevitables tensiones que causa un cambio fundamental, es decir, el cambio estructural de la sociedad. Por un lado, existen los enfoques, necesariamente a pequeña escala, que en su mayoría se manifiestan en experimentos, nichos, políticas de reforma concretas, discursos que cambian de forma gradual, así como en prácticas cotidianas y de organización. Algunos pueden tener una intención estratégica o ser el resultado de acuerdos, y otros pueden surgir de manera no

¹¹ [N. del T., traducción de Jaime Nieto López, disponible en <https://www.redalyc.org/pdf/122/12213302.pdf>]

intencional, como producto de una crisis porque a las personas les parecen plausibles y atractivos; pensemos, por ejemplo, en las formas de comunicación que se modifican a raíz de las nuevas tecnologías. A mediano plazo, es posible que generen cambios en las instituciones, es decir, en las formas de convivencia en la empresa y en la familia, en las instituciones de investigación y educación, en el paisaje mediático, en organizaciones políticas como el Estado o los partidos.

Los cambios reales de estructuras y lógicas dominantes (capitalistas, racistas, patriarcales) en un sentido socioambiental no “surgen” solo de procesos de cambio o modernización que ocurren de cualquier modo. En el debate sobre la transformación existe consenso de que requieren una actuación estratégica. Esto se asocia principalmente con el hecho de que hay una relación directa entre la forma de vida no sostenible existente y su profundización con diversos intereses y rutinas establecidas.

La acción transformadora implica que, además de los procesos de aprendizaje y las innovaciones multifacéticas, también se requieren conflictos para promover las cuestiones socioecológicas. Los conflictos ocurren usualmente cuando poderosos actores enfrentan críticas y resistencia en la persecución de sus intereses. La mayoría de los conflictos se resuelven, como es debido, entre partidos y parlamentos, ante los tribunales o entre empleadores y sindicatos. Cuando es difícil o no se desea llegar a un acuerdo, por lo general los actores dominantes disponen de medios y recursos para hacer valer sus intereses sin provocar conflictos o escándalos públicos. Cuando las personas u organizaciones que disponen de pocos instrumentos de poder no se sienten representadas, es posible que protesten, y estas protestas pueden tener una carga política de derecha, de izquierda, socioambiental u otra.

Por lo tanto, es importante que la perspectiva de la transformación socioambiental implique la necesidad de enfrentarse con muchos actores políticos y económicos, con aquellos que tienen poco o ningún interés en un cambio tan profundo. Los desacuerdos entre las élites serían importantes puntos de partida, al requerir que las partes progresistas de estas tengan las facultades necesarias para

actuar y formar alianzas. Como se demostrará, esto suena más fácil de lo que es, porque, incluso desde una perspectiva socioambiental, los actores transformadores no están predeterminados. Surgen en los procesos y conflictos, con las experiencias de una forma de vida distinta, en la organización de la sociedad y en las discusiones que estos provocan. Por lo general, los “transformadores” no surgen a través de la autodesignación de actores ni de los procesos que los impulsan, sino, por ejemplo, en oposición a proyectos como “Stuttgart 21”¹² o en contra de la extracción continua de carbón y su uso para la generación de electricidad, por la crítica a las fábricas de animales y el amplio rechazo del consumo de carne (o al menos de la carne proveniente de la producción agroindustrial), así como en prácticas cotidianas radicalmente diferentes de algunos individuos y colectivos.

Un desafío para estos actores transformadores, que de cierta manera apenas se van constituyendo en el ámbito socioambiental, consiste concretamente en considerar, preparar y abordar los cambios y rupturas estructurales, acelerar y consolidar lo que ya está sucediendo. La acción transformadora no se opone a la política de reformas, sino que la coloca en un horizonte integral y orientador (véase capítulo 6). Este es un aspecto que suele faltar en los debates sociopolíticos actuales. Por esta razón, como ya se ha dicho, es tan importante poner en debate la transformación.

Hace más de 25 años, Joachim Hirsch y sus colaboradores acuñaron el término *reformismo radical* (Hirsch, 1990; Esser *et al.*, 1994). Era una crítica tanto al concepto socialdemócrata de una reforma para modernizar el capitalismo como al socialismo de Estado, los cuales parten de la idea de que la sociedad, en esencia, es creada por el Estado. En cambio, desde la perspectiva reformista radical, se requiere de cambios integrales de las condiciones sociales, para lo cual no existe un punto arquimédico. El principio fundamental del reformismo radical fue (y sigue siendo hasta ahora) que, además de múltiples innovaciones, se requieren procesos de aprendizaje y

¹² [Nota de la edición mexicana, este es un proyecto de transporte subterráneo y de renovación urbana en la ciudad de Stuttgart polémico por su costo/beneficio, así como por las repercusiones ambientales y geológicas de su puesta en marcha].

conflictos, modos y lógicas de reproducción social muy distintas que reemplacen las dinámicas de transformación capitalista basadas en acumular y dominar, que acepten las crisis, el empobrecimiento y la destrucción. La “nueva ortodoxia crítica” pasa por alto este aspecto, renunciando consciente o inconscientemente a un análisis de las relaciones existentes de dominio o, incluso, afirmándolas.

Superación del modo de vida imperial como requisito previo para la transformación socioambiental

Entonces, ¿cómo se explica que hasta ahora una transformación hacia la sostenibilidad solo se ha logrado en parte y no ha sido posible limitar o incluso revertir otras dinámicas no sostenibles? Como ya se mencionó, hay fuertes intereses económicos que se oponen a ello. La fuerza estructuradora de las políticas de crisis actuales parte de la idea de que el capital siempre busca opciones productivas de inversión, un hecho que en el debate sobre la transformación se suele ignorar. El consenso de las élites económicas y políticas consiste en que no será cuestionada su posición de poder consolidada durante la fase neoliberal. En la crisis de 2007-2008, el propósito de las personas adineradas era asegurar su patrimonio y el estatus social correspondiente. El hecho de que muchos lo lograran y que pudieran transferir sus deudas a los Estados, particularmente a través del rescate de los bancos, fue una de las razones por las que hoy en Europa y en otros lugares dominan las políticas de austeridad, cuyo mantra es “disciplina presupuestaria” y “bajar la deuda”. La crisis actual también muestra qué tan estrechos son los márgenes para los Estados bajo las condiciones de la política neoliberal de austeridad. Además de conservar el poder de las élites, se sigue dando prioridad a la competitividad, y los Estados, en lugar de cuestionar su fijación en la competencia y el crecimiento, se han convertido en los ejecutores del neoliberalismo.

¿Por qué son tan insuficientes las medidas para combatir la crisis ecológica, a pesar del alto nivel de concientización de la crisis? En este capítulo hemos abordado varias razones, como las políticas

ambientales nacionales e internacionales en el modo de “modernización ecológica”, que están llegando a sus límites. Se identificó el problema de que las respuestas políticas progresivas a la política de austeridad europea permanecen en el paradigma del crecimiento y se preocupan poco por la necesaria transformación socioambiental. Nos hemos referido a las prioridades políticas ecológicamente poco sostenibles para enfrentar la crisis múltiple. En otros capítulos del libro abordaremos las estrategias de desarrollo de los países del Sur global, que se centran en la clásica industrialización o explotación de materias primas, apoyados por las empresas, los gobiernos y los consumidores del Norte global.¹³ Por último, en este capítulo hemos discutido el contexto de diferentes dimensiones de crisis y esbozado un debate que se ha vuelto cada vez más importante en los últimos años, con miras a superar la crisis ecológica: aquel de la transformación socioambiental. A pesar de su gran importancia, las estrategias diseñadas no llegan al fondo de la crisis ecológica: el *modo de vida imperial*.

¹³ Aquí, la relación Norte-Sur no se entiende como una categoría geográfica, sino como una categoría relacional, a través de la cual se describe la relación global entre las diferentes estructuras sociales en los primeros países industrializados y los países menos desarrollados.

El concepto de modo de vida imperial

El hecho de la hegemonía presupone que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre o cuales se va a ejercer la hegemonía (...).

Antonio Gramsci

Su definición

La reflexión central en la que se basa el concepto *modo de vida imperial* es que son las relaciones sociales y con la naturaleza en otras partes del mundo las que hacen posible *el modo* de vida cotidiana en los centros capitalistas: a través del acceso prácticamente ilimitado a la fuerza laboral, los recursos naturales y los sumideros, es decir, aquellos ecosistemas que reciben, a nivel global, más de cierta sustancia de lo que producen (por ejemplo, las selvas tropicales y los océanos en el caso del CO₂).¹ El factor decisivo para la vida en los

¹ Habría que discutir el problema de los conceptos *recursos* y *sumideros*, ya que, desde el punto de vista terminológico, abarcan un concepto de la naturaleza externa al ser humano. Los elementos de esta última no representan recursos y sumideros *per se*, sino solo cuando se refieren a determinadas necesidades sociales que varían a lo largo de la historia. Las reservas que podrían tenerse contra el término *mano de obra* son parecidas. Separar a una persona de su mano de obra es una abstracción específicamente capitalista. A diferencia de un señor feudal, el empresario capitalista no dispone de la persona entera, sino únicamente de su mano de obra. Con estos comentarios en mente, seguiremos utilizando los términos porque, de otra manera, los contextos que nos interesan serían muy difíciles de tematizar y porque su uso crítico-analítico puede hacer visible el carácter instrumental y señorial de

centros capitalistas es la manera como las sociedades en otras partes del mundo (en particular, en el Sur global) están organizadas y cuál es su relación con la naturaleza, ya que de esto depende garantizar la transferencia de la fuerza laboral que requieren las economías del Norte global. Así, el modo de vida imperial en el Norte global tiene una fuerte influencia de carácter jerárquico sobre la estructura de las sociedades en otros lugares. Esta expresión tan indeterminada “en otros lugares” se utiliza de forma intencional. La procedencia de la materia prima que utilizamos se utiliza para producir electrodomésticos, aparatos médicos o la infraestructura del transporte, así como el suministro de agua y energía, las condiciones laborales en las cuales se extrae la materia prima o se producen textiles y alimentos, así como la energía necesaria para ello, no están visibles a la hora de comprar, consumir y utilizar productos de uso cotidiano, incluyendo productos culturales, por ejemplo, los medios impresos y digitales. Es esta invisibilidad de las condiciones sociales y ecológicas la que causa la sensación de normalidad cuando compramos y consumimos productos. “*Food from nowhere*” es como denominó el sociólogo agrario Philip McMichael (2009) esta estrategia de opacar la procedencia y el modo de producir alimentos, con la cual la disponibilidad ilimitada por espacio y tiempo de estos productos se convierte en una condición normal. Las fresas chinas que sirven en invierno en las escuelas alemanas, los tomates cultivados por migrantes ilegales andaluces para el mercado noreuropeo o los camarones producidos para el consumo en el Norte global en criaderos que destruyen los manglares tailandeses o ecuatorianos son solo algunos ejemplos.

El concepto *modo de vida imperial* que proponemos hace referencia a las normas de producción, distribución y de consumo que están profundamente arraigadas en las estructuras y prácticas

las relaciones (naturales) de la sociedad capitalista. Además, podríamos incorporar en el concepto *modo de vida imperial* un componente temporal, porque la reproducción cotidiana de nuestras sociedades pospone muchos problemas al futuro. Esto se manifiesta en las emisiones que generan los combustibles fósiles y que cambian el sistema climático o en los residuos nucleares, que representan un peligro a largo plazo. Sin embargo, no nos referiremos aquí a este tipo de extensión temporal.

políticas, económicas y culturales en la cotidianidad de la población del Norte global y cada vez más también de los países emergentes del Sur global. No se refiere solo a las prácticas materiales, sino, en particular, a las condiciones estructurales y los ideales y discursos sociales que las permiten. Dicho de forma más aguda: los estándares de una vida “buena” y “correcta” se configuran en la cotidianidad, a pesar de que forman parte de condiciones sociales complejas y, sobre todo, de infraestructuras materiales y sociales (Kramer, 2016: 29).

Nuestro concepto de modo de vida sigue la tradición de Antonio Gramsci porque partimos de la idea de que una estructura social contradictoria como la capitalista solo se puede reproducir cuando está arraigada en las prácticas cotidianas y en la racionalidad cotidiana, y por eso se convierte en algo “natural”. Con el adjetivo “imperial” buscamos enfatizar, más allá de Gramsci, en la dimensión global y ecológica de este modo de vida.

La vida imperial es un momento clave en la reproducción de sociedades capitalistas. Se produce a través de discursos y cosmovisiones, se solidifica en prácticas e instituciones, es el resultado de conflictos sociales en la sociedad civil y en el Estado. Se basa en la desigualdad, el poder y el dominio, incluso a veces en la violencia y, al mismo tiempo, la produce. No es algo externo a los sujetos. Más bien produce los sujetos en su racionalidad cotidiana (*Gefängnishefte* [Cuadernos desde la cárcel], en adelante GH, por su abreviatura en alemán, II: 1375), los estandariza y los pone en condiciones para actuar: como mujeres y hombres, como individuos que maximizan el beneficio y se sienten superiores a otros, como personas que aspiran a determinadas formas de “buena vida”. Ludwig (2012: 113) lo expresa de la siguiente manera: “La adopción de la cosmovisión hegemónica y la constitución del sujeto coinciden. Al orientarme y dirigirme, me estoy subjetivando. Precisamente porque hegemonía no es igual a obligación, si no se basa en un consenso, la integración de las cosmovisiones hegemónicas en la racionalidad cotidiana no es simplemente algo forzado, sino que más bien implica un automatismo” (Cfr. GH, IO: 1341). Al mismo tiempo, esto significa que el modo de vida sigue estando en disputa. Siempre incluye

interpretaciones y prácticas subversivas, y se integran exigencias y deseos alternativos. Cada modo de vida siempre incluye una simultaneidad contradictoria de sumisión y apropiación (Ludwig, 2012: 114; *cf.* Habermann, 2008).

El concepto de *modo de vida imperial* relaciona la cotidianidad de las personas con las estructuras sociales; pretende hacer visibles las condiciones sociales y ecológicas de las normas de producción y consumo predominantes, así como las relaciones de dominio inmersas en estas condiciones. Además, se propone explicar cómo el dominio en la relación neocolonial Norte-Sur (en las relaciones entre clases y géneros y a través de relaciones racializadas en las prácticas de consumo y producción) es normalizado, de tal forma que estos fenómenos ya no son percibidos como tales. En este sentido, el concepto de *modo de vida* abarca el concepto de *modo de producción*, se enfoca en las condiciones técnicas de la producción, así como en las formas de la organización empresarial y laboral en su relación con las normas de consumo predominantes.

Por consiguiente, el concepto se distingue de dos conceptos afines a nivel semántico y, en parte, a nivel teórico: los de *gestión de vida* y *estilo de vida*. El concepto sociológico bien elaborado de *gestión de vida* cotidiana se refiere a la manera como los individuos logran integrar los múltiples desafíos cotidianos que representa la puesta en práctica de un proyecto de vida más o menos coherente. Describe “un arreglo o, más bien, la relación de diferentes actividades prácticas que una persona ejerce a diario en los diferentes ámbitos de la vida” (Diezinger, 2008: 204). El acceso y la posibilidad de disponer sobre los recursos materiales, culturales y sociales son factores considerados importantes para los patrones concretos de gestión de vida (*idem*). A su vez, la desigualdad en su distribución es fuente de descontento y críticas. En este punto se cruzan los conceptos de *gestión* y de *modo de vida*. Sin embargo, en el concepto de *gestión de vida*, las condiciones sociales se producen principalmente “a espaldas de los actores” y como resultado de una manera de actuar estratégica, y no se toman en consideración. Por esta razón, nuestro concepto de *modo de vida* apunta más hacia los modos de producción y distribución de las *condiciones* (materiales y culturales) de la

gestión de vida. También toma más en consideración las cuestiones de la conciencia de la crisis y los dispositivos dominantes y alternativos. En conclusión: mientras el concepto *gestión de vida* se enfoca en comprender cómo los seres humanos logran manejar las exigencias de los procesos de trabajo y del consumismo neoliberal e integrarlos en su proyecto de vida, el concepto de *modo de vida imperial* cuestiona la medida en la cual la gestión de la vida cotidiana, bajo condiciones neoliberales, se logra por la posibilidad de externalizar sus consecuencias destructivas a nivel socioambiental.

Del concepto de *estilo de vida*² nos distinguimos en la medida que este se utiliza en el contexto del debate sobre la individualización y abarca un momento de libertad de elección que abstrae de las estructuras de clase, las relaciones de género y las relaciones racializantes, así como de la constitución de las sociedades capitalistas como Estados nacionales. Nuestro concepto *modo de vida*, en cambio, enfatiza las asimetrías inmersas en las estructuras sociales, sin negarles a los individuos cualquier tipo de libertad de elección. Si el término *estilo de vida* se utiliza en la tradición de Pierre Bourdieu, se aproxima a nuestro concepto *modo de vida imperial* porque entonces implica una idea de condiciones de desigualdad social que se manifiestan de forma física, por ejemplo, en las preferencias de gusto. En las “finas diferencias” (Bourdieu, 1987) de gusto y en la conducta resultante se reproduce la desigualdad social, se inscribe en los cuerpos de los individuos y se convierte, de esta manera, en “naturaleza”. Este es el punto de partida de las reflexiones que describimos a continuación, con la diferencia de que el enfoque será en las *condiciones imperiales* de tales patrones de conducta.

El actuar cotidiano y la estructura social

La parte del concepto de vida imperial que se refiere a la forma como actuamos resalta que el ejercicio de las “prácticas cotidianas, como conducir, caminar, alimentarse, bañarse o utilizar una

² Para profundizar, véase Rössel y Otte (2011).

computadora portátil, se basa, en primer lugar, en costumbres, rutinas y reglas cotidianas” (Jonas, 2017: 120; *cfr.* Jonas y Littig, 2015). Además, la decisión de adoptar o rechazar determinadas prácticas cotidianas depende de percepciones inmediatas, afectos y emociones, pero también de principios arraigados en la sociedad, como, por ejemplo, la alta importancia del aumento del consumo, el consumo de carne o el tránsito motorizado individual. Este hecho dificulta el surgimiento de alternativas. Dicho de forma más drástica: la no-sostenibilidad es un estado muy práctico que, por lo general, se vive de manera inconsciente.

Sin embargo, “inconsciente” no significa que el modo de vida imperial no esté relacionado con múltiples estrategias. Sin duda, lo es si pensamos, por ejemplo, en las inversiones en fábricas de automóviles o en animales; en las centrales de carbón, en las políticas de libre comercio y los lemas de mercadotecnia como “¡Compra y sé feliz!”, o las formas de actuar en el mercado de materias primas. Pensemos también en lo que sucede en la política climática que reduce los ecosistemas complejos (como las selvas tropicales) a la función de sumideros de CO₂; en la creación de infraestructuras como los puertos que hacen posible el comercio global de las materias primas, o en la gente que ahorra dinero para poder comprar el siguiente automóvil. Sin embargo, estas múltiples formas de actuar a nivel internacional y las decisiones estratégicas, por ejemplo, de la política estatal o de la gerencia empresarial que las preceden, tienen una historia que inicia mucho antes de que llegue el momento de actuar y tomar decisiones y de la cual los sujetos no necesariamente están conscientes. La “verdad de la interacción”, como dijo Pierre Bourdieu, “nunca se basa del todo en sí misma”.³ Las acciones y decisiones están inmersas en un contexto social que las hace parecer racionales o normales y que se ha vuelto algo habitual en los sujetos que las ejercen o toman. Comprender las interacciones y las decisiones que estas conllevan requiere tomar en cuenta el hábito, “la cultura hecha naturaleza, es decir, la cultura

³ Bourdieu (2009: 181).

incorporada, la clase hecha cuerpo”,⁴ las condiciones sociales internalizadas por los sujetos. Entonces, las acciones y decisiones se pueden entender como actos de “comprensión” e “incomprensión”,⁵ como actos conscientes que abarcan una gran cantidad de condiciones inconscientes.

Por ejemplo, la compra de un auto es, sin duda, un acto consciente. Sin embargo, si se comprende como un acto de selección racional que se basa en un cálculo individual de costo/beneficio se pierde de vista que este acto se lleva a cabo dentro de una estructura que está predeterminada por las condiciones infraestructurales e institucionales, o por los ideales sociales, e internalizada en los hábitos.⁶ Una red de vías de tránsito que perjudica el transporte público, estímulos del Estado para la compra y el uso de autos, ideales predominantes de masculinidad y de una independencia individual, cadenas de plusvalía que permiten disponer de recursos y mano de obra baratos en otras regiones, leyes laxas para limitar la contaminación vehicular, la competencia por el estatus social que se manifiesta también a través de los autos que se poseen; todos estos son factores supraindividuales, de los que los individuos no necesariamente están conscientes y que influyen la decisión de compra. Son ellos quienes le otorgan su “racionalidad”, quienes hacen que parezca una decisión normal y que desaparezcan de la vista las condiciones (y su carácter violento) que fundamentan y reproducen el dominio, y bajo las cuales se tomó la decisión (Sonderegger, 2010).

Debido a su función de mediador entre el actuar consciente y las condiciones inconscientes, la categoría de *habitus* permite, al mismo tiempo, vincular el nivel del actuar cotidiano con aquel de las *estructuras sociales*. Con respecto a estas últimas, las relaciones relevantes para nuestro contexto son las siguientes: en los centros (y cada vez más en los así llamados países emergentes) el capitalismo alcanza su productividad económica y social, entre otros

⁴ Bourdieu (1987: 307).

⁵ Bourdieu (1987: 735).

⁶ Kramer (2016: 29).

factores, al otorgar valor a la mano de obra y la productividad natural en otros lugares y transferir los valores producidos a los centros. De esta manera se vinculan las diferentes condiciones de vida a través del intercambio de mercancías, y no solo con productos finales, sino también con productos precursores como materias primas. “Un tractor o un motor de tracción no serían factibles si no existieran formas desiguales de asignar precios al tiempo humano y al espacio natural en la sociedad global”, en palabras de Hornborg (2010: 43). Marx ya había advertido que la materia prima barata era esencial para el desarrollo capitalista, por un lado, por la transferencia de valores hacia los centros capitalistas que implica y, por el otro lado, por la importancia de la caída de los precios de las materias primas como “contratendencia” a la caída de la tasa de beneficio (MEW, 25: 115 y ss.).

A estas formas de transferencia de valor mediada por el mercado se suman las expropiaciones por vías políticas, jurídicas o mediante el uso de violencia, por ejemplo, la privatización de patrimonio público. Son consecuencia de una presión casi invisible que ejercen empresas y consumidores en el Norte global. Por lo general, van acompañados de procesos de expulsión, empobrecimiento y destrucción medioambiental.

A veces, el acto de declarar determinadas regiones como sumideros de CO₂ o de reducir los ecosistemas a su función de absorber CO₂ tiene elementos de expropiación y de intercambio mediado por el mercado. Por ejemplo, si una tierra en el Sur global que es utilizada por campesinos para la agricultura extensiva de repente se declara “tierra baldía”, y el derecho consuetudinario al que estaba sometido se reemplaza por un sistema judicial formal que marginaliza a las personas que solían usar esta tierra, entonces se trata de un acto de expropiación (Cfr. Newell y Paterson, 2010: 132-133). Si este mismo lote de tierra posteriormente se vende a un consorcio de energía del Norte global que lo utiliza para cultivar eucalipto con el fin de crear capacidades de reducción de CO₂ y cumplir de esta manera con una parte de su obligación de reducir las emisiones de CO₂, la tierra se convierte en objeto del comercio internacional de emisiones. Se trata de un proceso

mediado por el mercado. A través de un proceso de expropiación seguido de la privatización y la integración en un mercado global, una tierra que anteriormente se utilizaba de forma comunitaria se somete a una lógica de valor de intercambio del capitalismo verde. Las personas que solían utilizar esta tierra son marginalizadas, la complejidad ecológica de la tierra en cuestión se reduce a una forma muy dudosa de prevención del cambio climático en beneficio de la consolidación de normas de producción y consumo del Norte global que destruyen la ecología. De cierta manera, la metáfora poderosa de la “huella ecológica” (Wackernagel y Beyers, 2010) expresa la distribución desigual del intercambio ecológico, ya que las “huellas ecológicas” específicas de ciertos países o grupos son muy diferentes y hacen visible cuáles son las regiones que viven a expensas de otras.

La apropiación de recursos y capacidades laborales, en particular del Sur global, así como el aprovechamiento desproporcionado de los sumideros globales (los cuales también se encuentran en su mayoría en el Sur global), asumen la forma de un intercambio mediado por el mercado y/o de una expropiación jurídica, política o violenta. A nivel social, económico y ecológico están marcadas por el poder y dominio de una manera muy desigual. No todos los seres humanos o grupos tienen las mismas posibilidades de acceder a mano de obra y recursos en regiones externas. Ese acceso se da más bien a lo largo de diferentes líneas de desigualdad: clase, género y atributos racializados, en particular a lo largo de las relaciones neocoloniales Norte-Sur. La dimensión imperial Norte-Sur se manifiesta en las formas señoriales y, con frecuencia, destructivas de aprovecharse del hombre y de la naturaleza.

Dimensiones conceptuales

El concepto de *modo de vida imperial* tiene diferentes dimensiones contrarias a los niveles conceptuales del “actuar cotidiano” y de la “estructura social”. Las dimensiones conceptuales se refieren a aquellos aspectos que pueden ayudar a analizar, criticar y cambiar el carácter imperial de determinadas normas de consumo y

producción. Al mismo tiempo, llaman la atención sobre las fuentes teóricas que alimentan el concepto *modo de vida imperial*.

Valorización, acumulación y reproducción

El desarrollo del capitalismo global y su estabilidad relativa en determinadas fases están estrechamente vinculados con el modo de vida imperial. Los beneficiarios fueron, primero, las personas adineradas y los propietarios de los medios de producción en los centros capitalistas y, después, también grandes porciones de asalariados. Las lógicas coloniales se encuentran a lo largo de toda la historia de desarrollo del capitalismo. Entre los beneficiarios están grupos más o menos grandes en los países del Sur global que abarcan desde miembros de una pequeña élite hasta personas de las clases medias. De esta forma se estructuran las relaciones sociales y las relaciones sociales con la naturaleza no solo en los centros capitalistas, sino también en las colonias o en países que producen para la vida en regiones externas bajo circunstancias particulares a nivel económico y político, así como a nivel de la organización laboral y del espacio natural.

La dinámica capitalista se desarrolla en condiciones de competencia en el mercado global. Además, es asegurada y regularizada por el Estado y por la política internacional. Las empresas buscan las mejores condiciones para la valorización del capital y, como enfatizan Marx y Engels en el “Manifiesto”, el capital tiende a crear el mercado global (MEW, 4: 465-466). La mercantilización de la mano de obra y la naturaleza es un elemento importante de la expansión capitalista. Desde el principio tuvo una dimensión supra-regional hasta global. Por lo tanto, el capitalismo siempre implica la valorización o el acaparamiento de tierras dentro de sociedades y más allá de ellas (Luxemburgo, 1970; Harvey, 2005; Dörre, 2013) y está estrechamente relacionado con el (neo)colonialismo y racismo (Chakrabarty, 2010; Mezzadra, 2012). Los conceptos de valorización y acaparamiento de tierras describen aquel momento en la dinámica del modo de producción capitalista que se puede observar en la relación entre el capitalismo y su exterior, los entornos no capitalistas; estos últimos se refieren tanto a regiones y países como a

ámbitos de la sociedad –como infraestructuras sociales y físicas, así como necesidades y actividades humanas–. El momento de la acumulación que está relacionado con la valorización se refiere, en cambio, a la generación de plusvalía en el proceso de producción, la realización de plusvalía en la esfera de la circulación y el crecimiento del capital invertido. Se trata de un proceso intracapitalista que se vuelve posible por la tendencia expansiva del capital (Cfr. Görg, 2004).

Desde la perspectiva del concepto *modo de vida imperial* –y aquí nos apoyamos en la teoría de la regulación (Atzmüller *et al.*, 2013)– cabe resaltar dos aspectos:⁷ en primer lugar, la acumulación capitalista siempre implica la producción y el consumo. Una acumulación funcional requiere una relación equilibrada entre una norma de producción y una norma de consumo, como en el caso de los productos estandarizados y permanentes para las masas (autos, televisores, lavadoras, heladeras, etcétera) en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la era del fordismo (véase capítulo 2). A través del consumo de mercancía producida en el sistema capitalista, la reproducción de la mano de obra se convierte en un “momento interno del ciclo del capital” (Sablowski, 2010; *cfr.* Steckner y Candeias, 2014).

En segundo lugar, el equilibrio entre la norma de producción y la norma de consumo no se genera necesariamente, ni de forma automática. Más bien, es un posible resultado de las luchas sociales, así como de la institucionalización estatal y social de las relaciones de poder y de los acuerdos, que son producto de estas luchas. En el fordismo, por ejemplo, los logros de la lucha del movimiento obrero con respecto a un estado del bienestar y la vinculación del desarrollo salarial con el aumento de la productividad fueron elementos centrales del “modo de regulación”, que no solo causaron un aumento significativo del bienestar social en los países del Norte global, sino que también lograron que la clase obrera de esos países participara en este aumento del bienestar, un fenómeno desconocido hasta ese momento.

⁷ Cfr. en particular Aglietta (1979: 151 y ss.).

De esta manera, se sentaron las bases para una generalización social del modo de vida imperial, que antes había sido el privilegio de las clases altas y media. Al mismo tiempo, la reproducción de una mayoría de la población se volvió dependiente, de múltiples maneras, de que las relaciones imperiales funcionaran: primero, con respecto a la relación neocolonial Norte-Sur, los recursos para la fabricación y el uso de los bienes necesarios para la reproducción (minerales, petróleo, materia prima agrícola) fueron extraídos o cultivados por mano de obra barata en el Sur global; posteriormente, en el marco de la “nueva división internacional del trabajo”, como dicen Fröbel, Heinrichs *et al.* (1977), en los sectores que requieren mucha mano de obra, como la industria textil, se externalizó el proceso de producción a los países del Sur global. En segundo lugar, se manifestaron las dependencias de las relaciones sociales con la naturaleza, en la medida que la minería, la extracción de petróleo, así como la producción y la agricultura industrial, con frecuencia, eran devastadoras desde el punto de vista ecológico y les quitaron las bases de existencia a las formas alternativas de la economización en el Sur global. En tercer lugar, el modo de vida imperial se inscribió en las relaciones de género, en la medida en que la generalización fordista de las condiciones salariales benefició al obrero y al empleado masculino que fungía como “sustentador de la familia”, mientras que las mujeres realizaron trabajos no remunerados de cuidado y atención y/o fueron contratadas como trabajadoras sin formación en la producción de equipos de audio y video y de electrodomésticos (Schmidt, 2013). Por lo tanto, el proyecto de vida androcéntrico y eurocéntrico de una “masculinidad hegemónica” constituye una parte integral del modo de vida imperial, como se plantea en Aulenbacher *et al.* (2015: cap. 6). Por último, a esto se suman el racismo estructural y el neocolonialismo que se manifiestan en el desprecio de la mano de obra en el Sur global, que justifican la explotación y la represión y crean un sentimiento de superioridad en las sociedades del Norte global (Said, 1981). Entonces, como advierte Stephan Lessenich (2016: 69), la externalización de los costos materiales sociales y ecológicos “va de la mano con procesos simbólicos de la marginación y experiencias de desprecio [...] con prácticas que

incluyen traspasar la carga e invertir la culpa, proyectando la responsabilidad de los daños a los mismos afectados”.⁸

A través de la norma de producción y de consumo, la *reproducción* de los individuos se convierte en un momento constitutivo del modo de vida imperial, en su requisito y su resultado. Una característica esencial del capitalismo es la dependencia de la reproducción de la mano de obra del mercado: “liberado” de los medios necesarios para garantizar la propia existencia (tierra, medios de trabajo), y desprendido del contexto comunitario de una “economía moral” (Thompson, 1980a), la mayoría de las personas se ven forzadas a vender su mano de obra en el mercado para poder vivir. Al mismo tiempo, esta necesidad las obliga a asumir el modo de vida imperial, en la medida que el proceso de producción en el cual generan sus ingresos y la mercancía que necesitan para su reproducción se basan en la apropiación desequilibrada de mano de obra y naturaleza en regiones externas.

Sin embargo, las condiciones estructurales que obligan a adoptar el modo de vida imperial, que a veces causa sufrimiento y destrucción en otros lugares, no necesariamente se perciben como tales, sino, en muchos casos, como una ampliación de la gama de opciones de actuar (Graefe, 2016: 43). Para muchas personas, el modo de vida imperial significa la posibilidad de una vida plena desde el punto de vista subjetivo. La apropiación desequilibrada de mano de obra y naturaleza permite la producción que genera ingresos, así como la adquisición de productos (electrodomésticos, autos, *smartphones*, etcétera) que pueden hacer la vida cotidiana más fácil o ayudar a vivirla de una manera más agradable. Además, amplía el abanico de las actividades de recreo y de los destinos de viajes accesibles y genera seguridad real o al menos la sensación de seguridad en situaciones de crisis.

Además, la coerción estructural para adoptar un modo de vida imperial varía dependiendo del Estado nacional, de la clase, del género y de la raza de una persona. Mientras algunas personas pueden sustraerse a esta coerción, por ejemplo, comprando

⁸ Véanse también los capítulos 2 y 8 de Massarrat, 2016.

alimentos regionales y de temporada, otras disponen de otras disponen de una capacidad de actuar limitada, sobre todo cuando se trata de la estructura de su cotidianidad laboral, del consumo o de las condiciones sociales. Las personas con ingresos bajos y poca capacidad económica o que viven del seguro de desempleo o de transferencias sociales solo pueden participar del bienestar social en la medida en que se benefician de las malas condiciones laborales y la explotación de la naturaleza en regiones externas, por ejemplo, cuando compran ropa o alimentos baratos.

Por lo anterior, el modo de vida imperial es al mismo tiempo necesidad y promesa, obligación y requisito de la vida y de la participación social. La relación entre obligación y facilitación, así como la capacidad de actuar libre de cualquier obligación, es variable y depende de la posición social del individuo. La posición no determina las acciones, pero sí el marco dentro del cual se puede actuar, es decir, determina el abanico de las opciones que tiene el individuo para actuar. Entonces, lo particular de la perspectiva que proponemos es que hace visible la reproducción extensiva de lo cotidiano a través de las condiciones básicas estructurales que restringen y abren posibilidades. Estas condiciones se crean cotidianamente a través de las acciones de las personas.

Hegemonía y subjetivación

El modo de vida imperial va de la mano con determinadas ideas sobre el progreso que tienen su núcleo material en el desarrollo de las fuerzas productivas: las computadoras deben ser cada vez más potentes y los alimentos cada vez más baratos, sin tomar en cuenta las condiciones sociales y ecológicas bajo las cuales se producen. Si estas ideas se basan en una coherencia entre las normas de producción y de consumo, es decir, si corresponden con la dinámica de la acumulación capitalista y se logra externalizar sus consecuencias negativas, entonces es difícil cuestionar el modo de vida imperial porque es de carácter *hegemonico*: es ampliamente aceptado, está asegurado a nivel socioeconómico y político-institucional, y está profundamente arraigado en las prácticas cotidianas de las personas.

Para Antonio Gramsci, el concepto *hegemonía* se refiere a una constelación de dominio en la cual existe un amplio “consenso de los gobernados” (1: 101). Los elementos materiales e intelectuales del consenso son estabilizados por la “racionalidad cotidiana” (3: 372) por la cual las dimensiones centrales de dominio social parecen ser incuestionables y naturales, y por lo tanto no parecen ser una forma de dominio. Las relaciones sociales existentes son aceptadas por la mayoría de los individuos y los actores colectivos (como empresas y sindicatos, aparatos estatales y medios, etcétera) o incluso se reproducen activamente y se vuelven parte de las cosmovisiones y de las atribuciones de sentido.

La hegemonía tiene, en primer lugar, una dimensión estratégica: se refiere a la capacidad de la clase dominante de generalizar sus intereses y cosmovisiones. Las clases subalternas se apropian de los intereses de la clase dominante (por ejemplo, en el crecimiento y la competitividad) o se ven obligadas a apropiarse de ellos, dependiendo de la posición social. De esta manera, el interés de los dominantes se convierte en interés común, en una idea ampliamente compartida sobre lo que la sociedad considera “normal” o incluso “natural”; entonces, la clase dominante se convierte en “líder”. Esto no sucede por seguir algún plan maestro, sino a través de conflictos entre diferentes fracciones de la clase dominante, así como entre esta clase y las subalternas.

Un elemento material central de la hegemonía, como apunta Gramsci (22) en su análisis de “Americanismo y Fordismo”, consiste en que una organización determinada del proceso de producción y la imposición de una norma de consumo correspondiente generan regularidades por las cuales muchas acciones individuales se vuelven previsibles. Con el *homo economicus* se formó una imagen de la humanidad que ubicaba la orientación hacia el valor de cambio y la competencia en la naturaleza humana (GH, 10: 1356). “Esta naturalización ahistórica de los patrones conductuales predominantes” –en palabras de Habermann (2008: 126)– también es un producto de las ciencias económicas predominantes: influidas por la impresión del modo de producción capitalista, y que contribuye con sus trabajos a la constitución de aquellos sujetos que pretende describir.

En la imagen de la humanidad del *homo economicus* se manifiesta la segunda dimensión de la hegemonía: el ya mencionado consenso de los gobernados no afecta solamente a la “gran política”, sino también al modo de vida y a la racionalidad cotidiana. Abarca las orientaciones prácticas de los miembros de la sociedad en sus situaciones particulares de vida. Por consiguiente, la lucha por la hegemonía no solo es estratégica, sino que se manifiesta sobre todo en la vida cotidiana con sus sobreentendidos y rutinas que forman la base del modo de vida imperial: el uso del automóvil, el sueño de una casa propia, la compra de tecnología económica de entretenimiento y comunicación... No basta con actuar de manera estratégica si los intereses perseguidos no se convierten en prácticas y rutinas que, por su parte, estén relacionadas con las condiciones de vida y las orientaciones. En este sentido, la hegemonía es una práctica material y simbólica que abarca “las iniciativas cotidianas de muchos individuos y grupos sociales que, a través de la sumisión activa a las costumbres compartidas de los grandes colectivos, revelan que aprueban el dominio” (Dernirovic, 1997: 257).

Una idea de dominio, de acuerdo con la teoría hegemónica que le atribuye gran importancia a la racionalidad cotidiana y a las prácticas cotidianas, al mismo tiempo amplía la vista a los sujetos que se someten al dominio, así como a la manera en que lo hacen, y por consiguiente a los procesos de subjetivación a través de los cuales el dominio se produce y se estabiliza, pero también puede ser cuestionado.⁹ Si el dominio, en vez de solo obligar, disciplinar y someter a los individuos, toma en consideración sus deseos y anhelos, se vuelve parte de la identidad individual, la modula y se vuelve más eficiente. Ya no es algo externo a los individuos, sino que utiliza los mecanismos con los que ejerce un efecto sobre sí mismo, es decir, el dominio puede desarrollar su efecto precisamente porque no es percibido como dominio.

Para ilustrar lo anterior con un ejemplo, pensemos que el capitalismo apela a los individuos en su calidad de individuos que actúan

⁹ Véanse, por ejemplo, Bröckling *et al.* (2000), Boltanski y Chiapello (2003), Foucault (2006), Ludwig (2011), Ludwig (2012) y Weltzer (2011).

racionalmente y que son responsables de su éxito o fracaso. En su fase neoliberal enlaza con la crítica que expresaron con una intención emancipatoria los nuevos movimientos sociales de las décadas de 1960 y 1970 a los rasgos patriarcales e imponentes que marcaban el Estado y la sociedad en el fordismo. Además, transforma esta crítica en un momento de modernización propia. Mientras los proyectos de vida y las posibilidades de consumo se multiplican para una parte de la población, la competencia y la desigualdad social se intensifican. Una competencia destructiva por el emplazamiento y el estatus intensifica la apropiación desigual de mano de obra y naturaleza y, con ello, el modo de vida imperial se convierte en normalidad. Como forma predominante de la subjetividad en el capitalismo neoliberal, el “yo empresarial” internaliza los imperativos neoliberales del capitalismo de modo tal que hace desaparecer su carácter señorial.

La subjetivación también tiene una dimensión corporal. Clase, género y raza (como ya lo habíamos mencionado arriba con Pierre Bourdieu) se convierten en cuerpos, se inscriben en la manera de moverse, de sentir y en los gustos.¹⁰ El dominio se vuelve al mismo tiempo “natural”. Se reproduce en el deseo de marcar diferencias a través del consumo, de asegurarse de la propia posición social y de autorrealizarse. Como indicó Stefanie Graefe (2016: 43), esta forma de autocercioramiento y distinción va cobrando más importancia, sobre todo en tiempos en los que aumentan las situaciones que representan un peligro social. A través del consumo se convierten en un motor del modo de vida imperial.

Así como se establece una coherencia entre la norma de la producción y la norma del consumo, la subjetivación y la hegemonización no son procesos en los cuales “el capital” simplemente crea los sujetos y prácticas cotidianas que cumplan con sus exigencias. Se trata más bien de una lucha en la cual las personas tienen que llegar a acuerdos entre sus propios deseos y las posibilidades sociales, sin contar con los mismos recursos de poder. Además, la hegemonía y la subjetivación nunca son totales. Los reclamos del derecho de

¹⁰ Véase también Ludwig, 2011.

participación y los conceptos de justicia que forman parte de estos se pueden expresar más bien de una forma reflexiva que critica las condiciones sociales. Tal puede ser el caso cuando las promesas de la vida imperial se vuelven inalcanzables para cada vez más personas, o cuando el consumismo que causa malestar y sufrimiento se superpone a los posibles beneficios de la distinción. Estudios recientes (en la sociología laboral) acerca de las patologías de la subjetividad neoliberal revelan que es posible que muchas personas ya hayan llegado a este punto.¹¹

Además, en relación con el concepto de *habitus*, mencionado anteriormente, se podría plantear la pregunta: ¿en qué tipo de situación ya no se puede vivir el hábito? ¿A partir de qué momento las exigencias y deseos ya no se pueden cumplir? Probablemente es el caso en tiempos de crisis, pero también puede ser el resultado de muchas preocupaciones cotidianas menores, de nuevas experiencias o el momento de ya no querer vivir así (que a veces se manifiesta en pequeños cambios de la vida cotidiana de los individuos, generalmente temporales, pero que también pueden consolidarse y tener efectos sociales).¹² Pensando más allá de Bourdieu, la desazón sobre el hábito también puede estimular la politización de las condiciones actuales y la búsqueda de alternativas.

Pero, aun así, no existe ningún automatismo entre la experiencia cada vez más frecuente de desigualdad y una conciencia social reflexiva que se traduce en prácticas emancipatorias. Muchas formas de politización, sobre todo derechistas, son imaginables. Además, como demuestra el desarrollo político desde el año 2008, las situaciones de crisis se pueden estabilizar precisamente a través de un apoyo estatal a las prácticas que constituyen el modo de vida

¹¹ Neckel y Wagner (2013), Eversberg (2014), Lessenich (2014), Graefe (2016).

¹² Frecuentemente se criticó que Bourdieu solo se fijara en la práctica inconsciente de los seres humanos y que, por lo tanto, no tomara en consideración los potenciales más pasivos y propios, la (auto)reflexión y los procesos de aprendizaje (acerca de esta y otras críticas, *cfr.* Sonderegger 2010: 22-28). A esta crítica se contraponen, después de una lectura más “resistente” de Bourdieu, que para él “en un sentido muy específico las estrategias de poder y las estructuras señoriales siempre se conocen y se podrían expresar y ser utilizadas cuando las circunstancias son suficientemente críticas o urgentes (desde el punto de vista de los agentes)” (Sonderegger 2010: 27).

imperial, por ejemplo, al intentar estimular la venta de autos ofreciendo una prima por desguace, o bajar los precios de los productos agrícolas industriales por medio de los tratados de libre comercio.

Por otro lado, las experiencias de desigualdad abren un espacio para la discusión social y política sobre posibles alternativas que no existe de esta forma mientras las promesas del modo de vida imperial se vuelven realidad para muchas personas o al menos parezcan alcanzables, es decir, mientras las orientaciones predominantes estén íntegras y sean consideradas normales. En esta situación, el reto principal para las fuerzas emancipatorias (retomaremos este tema en el último capítulo) consiste en identificar las ideas o lo que quedó de una “economía moral” (Thompson, 1980a) y utilizarlas para crear modelos atractivos para una vida que sea buena y justa desde el punto de vista ecológico y social.

Jerarquización

Como habíamos indicado anteriormente, aunque hablamos del modo de vida imperial en singular, este se reproduce a lo largo de múltiples líneas divisorias (entre países y regiones, ciudad y campo, clases, géneros y razas, así como entre sociedad y naturaleza). Además, implica diversas relaciones de poder y dominio, en la medida en que la vida permite una mejoría a determinadas personas en determinados lugares, pero también significa la destrucción de las condiciones de vida de otras personas en otros lugares.

Lo anterior se manifiesta, por ejemplo, en el consumo por prestigio y estatus, con el cual los ricos se aseguran su posición social y los miembros de la clase media superior enfatizan sus ambiciones de ascender en la escala social. En el consumo de lujo, el valor simbólico del producto pesa más que el valor de uso. Un reloj de Rolex de 20 mil euros no marca la hora más exacta que un reloj que cuesta la centésima parte. Sin embargo, para la persona que lo usa de forma discreta pero visible en el contexto adecuado, puede significar un aumento de prestigio.¹³ Aparte de la distinción a través

¹³ Cfr. Wilkinson y Pickett (2010: cap. 15) para un estudio de los efectos socioambiental del consumo de estatus en sociedades desiguales, cfr. Veblen (2011).

del consumo de estatus, hay otra forma de jerarquización que mencionó Fred Hirsch (1980): las personas adineradas se distinguen también a través de los objetos que no son generalizables (como los productos de marca), sino que son escasos y pierden valor a medida que son consumidos por otras personas. Estos objetos “posicionales” son, por ejemplo, objetos de arte, antigüedades o terrenos en ubicaciones costosas.

Otro ejemplo: respecto de las causas del cambio climático hay diferencias significativas de género, como en cuanto a las prácticas de movilidad o el consumo de carne, como muestra Appel (2010). Además, la responsabilidad que tiene una persona por la crisis ecológica (a pesar de la generalización social de las normas fosilistas de consumo en el fordismo) varía dependiendo de la clase social a la que pertenece. Como hace constar el *Wuppertal Institut* (sin utilizar el concepto de clase)¹⁴ aquellas

comunidades con cierto estilo de vida, también llamados *estratos*, con el mejor nivel de educación, los ingresos más altos y una alta conciencia de los problemas ecológicos, son los grupos con el mayor gasto de recursos. El efecto positivo de sus decisiones que en muchos casos toman en consideración la protección del medio ambiente prácticamente se anula porque su situación material les permite comprar más productos y servicios que las personas en estratos sociales más bajos. [...] A pesar de que las personas con un nivel de educación baja y con pocos ingresos frecuentemente toman sus decisiones sin considerar el medio ambiente, a final de cuentas sus acciones lo afectan menos, en muchos casos porque sus ingresos no les permiten un estilo de vida con un alto gasto de recursos. (Wuppertal Institut für Klima, Umwelt, Energie, 2009: 152)

El concepto *modo de vida imperial* no pretende pasar por alto el hecho de que los actores capitalistas fuertes (con su poder sobre la

¹⁴ En otra publicación del *Wuppertal-Institut* (Wuppertal Institut für Klima, Umwelt, Energie, 2005) se habla de una *clase de consumidores transnacionales*. Este término es iluminador, ya que remite a la expansión de las normas de consumo del Norte global en las clases medias y superiores del Sur global. Sin embargo, no se trata de un concepto de clase en el sentido marxiano, porque no se trata de la posición de los individuos en el proceso de producción.

reproducción de la mano de obra y con su maquinaria de mercadotecnia que cada vez se vuelve más sutil) obligan a las personas a adoptar ciertos modos de vida.¹⁵ Sin embargo, no quiere decir que todas las personas llevan su vida de la misma manera, sino que predominan ciertas ideas comunes sobre la “buena vida” y el desarrollo social. Las partes jerarquizadas del modo de vida y los aspectos hegemónicos-integrados se encuentran en un conflicto permanente. Es decir, el modo de vida imperial se basa en una desigualdad social y la reproduce. Al mismo tiempo permite elaborar la desigualdad social. Además, estabiliza las sociedades socialmente desiguales en la medida y por el tiempo que la riqueza de las clases superiores les parezca a los subalternos una promesa que, al menos en parte, se puede cumplir.

Externalización

En el apartado “Valorización, acumulación y reproducción” ya señalamos que la producción capitalista de mercancía, la competencia, la orientación en el valor de cambio, la mercantilización de la mano de obra y la apropiación del valor agregado no son imaginables sin un exterior, del cual se benefician desde el punto de vista social, económico y ecológico. En los países económicamente más fuertes, la reproducción de la mano de obra se vuelve más fácil por el acceso “beneficioso” a la mano de obra, los recursos y los sumideros en lugares externos. En primer lugar, esto se manifiesta en los productos económicos como alimentos o bienes de consumo duraderos que se producen en otros países bajo condiciones devastadoras desde el punto de vista ecológico y social. Aun cuando los salarios no suben o bajan de manera tan notable, la canasta básica sí puede crecer.¹⁶ Marx lo llamó el crecimiento del “valor agregado relativo”:

¹⁵ En otros estudios habrá que investigar qué componentes imperiales tienen las diferentes relaciones de dominio a lo largo de las líneas de clase, género y raza y cuáles son sus respectivas contradicciones.

¹⁶ Estamos conscientes del hecho de que los mercados globales relativamente abiertos pueden abaratar la reproducción de mano de obra en los países con poder adquisitivo, sin embargo, se ejerce mucha presión en particular en el trabajo remunerado a través de la reducción de los estándares, la pérdida de salario o el desempleo.

a través del abaratamiento de los bienes que se requieren para la reproducción de la mano de obra, el valor de esta última baja y la tasa del valor agregado o de la ganancia sube (MEW, 23: 331). Bajo las condiciones del mercado global capitalista y relaciones industriales institucionalizadas en los centros, lo anterior se basa en que en el proceso de producción se utilizan productos semielaborados que fueron fabricados en otros lugares. Stephan Lessenich habla de una “sociedad de la externalización” en la cual se externalizan de forma permanente los efectos negativos.

Externalizamos porque *tenemos la posibilidad* de hacerlo: porque las estructuras de la sociedad nos ponen en la posición correspondiente, porque los mecanismos sociales nos lo permiten, porque la práctica común en nuestro entorno ratifica nuestras acciones. Por otro lado, externalizamos también porque *no tenemos alternativa*: porque las estructuras de la sociedad nos obligan, porque los mecanismos sociales nos presionan, porque las prácticas generalizadas en nuestro entorno social nos impulsan a hacerlo. (Lessenich, 2016: 51)

Las teorías sociales y económicas feministas ampliaron la perspectiva de la externalización: no solamente la (sobre)explotación del hombre y de la naturaleza mediada por el mercado, con frecuencia precedida por una valorización violenta, es constitutiva para la producción capitalista, sino también la apropiación del trabajo de cuidados. La externalización se entiende aquí en un sentido amplio como “principio” (Biesecker y Von Winterfeld, 2014: 2-5) que contribuye de manera significativa al funcionamiento de la economía capitalista. La estructura de externalización en el sentido de una “devaluación de lo disociado” (el trabajo social femenino no remunerado y el trabajo de la naturaleza ecológica) es la base de su apropiación gratuita o barata. Por consiguiente, una globalización del capitalismo también conduce a una globalización de este principio. Se manifiesta en forma de nuevos procesos actuales de apropiación que van de la mano con el trazado de nuevas fronteras (*idem*).

Aparte de los procesos concretos de producción, la importancia de un exterior se muestra también en el vínculo entre el trabajo remunerado y la reproducción o, más concretamente, en las “cadenas de cuidados” cada vez más densas. En este contexto, Christa

Wichterich propone el término de *extractivismo transnacional de trabajo de cuidados* que muestra que las capas sociales medias del mundo garantizan su propia reproducción mediante la apropiación de capacidades de cuidado de otras regiones más pobres, las expropián y, de esa manera, les pasan su propia crisis de reproducción (2016a: 60). Al mismo tiempo (a pesar de la migración y el trabajo de reproducción organizada a nivel transnacional), la moral feminizada y etnizada del cuidado, las actividades correspondientes y la baja valoración social se mantienen.

Las situaciones de crisis y las lagunas del cuidado en el Norte global se franquean de esta manera y se pasan a las casas y los países de origen. Como una variedad del problema de la compatibilidad, la trabajadora de cuidados del Sur o del Este global tiene que solucionar de forma individual, como su propia empleadora, la plaza desocupada del cuidado dentro de su propia familia, encargando el cuidado de sus propios hijos y familiares mayores a otros parientes femeninos, vecinas o migrantes de regiones o países más pobres. (2016a: 60)¹⁷

El modo de vida imperial abarca entonces una externalización socioeconómica y ecológica de las crisis, que mantiene las condiciones laborales y de vida en ciertas regiones y para determinados grupos (privilegiados) en un nivel relativamente agradable y atractivo y perjudica otras regiones y grupos sociales. En las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista y que ocupan una posición política y económicamente fuerte en el sistema mundial, esta tendencia de la externalización de los problemas y las crisis es inherente. Erik Olin Wright (2010: 69) habla de una “presión sistemática a las empresas que están maximizando sus ganancias, para que generen externalidades negativas”.

Acerca del valor de cambio del concepto

Para concluir, queremos sintetizar en nueve puntos el valor de uso político y científico que tiene el concepto de *modo de vida imperial*

¹⁷ Cfr. también Winker (2015).

desde nuestro punto de vista. *Primero*, el concepto aclara la relación estrecha entre modo de producción, prácticas cotidianas y formas de subjetivación que incluyen las formas de trabajo remunerado y no remunerado. Las estrategias de la valorización y de la valorización del capital, las estructuras y procesos de las políticas estatales, así como las relaciones predominantes entre las fuerzas, se articulan con dispositivos del pensar y actuar, se inscriben en las identidades y los cuerpos de los seres humanos, y son deseadas y anheladas. De esta manera invaden los capilares de la cotidianidad.

Segundo, al usar el concepto *modo de vida imperial* (que por el adjetivo “imperial” tiene una semántica políticamente fuerte), no es nuestra intención juzgar a las personas que tienen y usan un automóvil, que toman un avión para viajar distancias cortas como si fuera lo más natural del mundo –a pesar de que haya alternativas–, o que comen carne producida de forma industrial. Hay que criticar y cambiarlo por medio de conductas individuales y restricciones o incluso prohibiciones, pero también buscando alternativas para la sociedad. Sin embargo, no es la intención del concepto que utilizamos de forma analítica y política. El punto de partida central para los cambios tampoco consiste en “asumir la responsabilidad” y tomar una decisión “entre una conducta moral e inmoral” (Welzer, 2013:78), sino en señalar, en primer lugar, las estructuras y patrones de desigualdad social que reproducen el modo de vida imperial.

Tercero, el concepto *modo de vida imperial* indica una causa importante porque, a pesar de que grandes partes de la población son conscientes de la crisis ecológica, las prácticas intensas en cuanto al gasto de recursos y a las emisiones han resultado ser muy duraderas. El concepto indica que, sobre todo en los centros capitalistas, la reproducción social se realiza a través del acceso a la mano de obra y la naturaleza en regiones externas, lo cual tiene un efecto estabilizador, y aún más en la crisis de la globalización neoliberal. Además señala que las condiciones en otros lugares se estructuran por medio de la inclusión en el mercado mundial.

Cuarto, el concepto muestra por qué las formas de política medioambiental global establecidas desde los años 1990, sobre todo, son tan ineficientes. Estamos viviendo una verdadera crisis

del manejo de crisis, porque el modo de vida imperial, siendo un elemento nuclear de la crisis, no juega ningún papel en las políticas. El mejor ejemplo de esto son las conferencias de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático que se llevan a cabo cada año. En el Acuerdo de París de 2015 ni siquiera se mencionan las energías fósiles como causa principal del cambio climático. Pero tampoco las formas predominantes de la política medioambiental nacional tienen lugar en un corredor de modernización ecológica (Brand y Wissen, 2014) y no llegan a tocar los modos de producción y de vida. Por consiguiente, el concepto de *modo de vida imperial* espera demasiado de las políticas estatales e intergubernamentales con respecto a una transformación profunda de las relaciones sociales con la naturaleza, sin liberarlas de su responsabilidad o de mirar con cinismo las formas políticas establecidas. Lo anterior porque son las relaciones (de fuerzas) señoriales y sociales y las orientaciones dominantes que forman la base de las relaciones sociales con la naturaleza y que no pueden ser superadas solo con las políticas estatales. Esto se puede observar en los así llamados gobiernos progresistas de Latinoamérica, que hasta ahora han desarrollado pocas alternativas al neoextractivismo orientado en el mercado global, es decir, a la extracción incondicional de recursos y el cultivo de productos agrícolas y su venta en el mercado global. Como resultado de las luchas sociales por una repartición más justa, exigen un pedazo más grande del pastel del mercado global, sin cuestionar el pastel o las condiciones de su elaboración.

Quinto, el concepto explica por qué, a pesar de mucha adhesión a la sostenibilidad y las formas eficientes de manejar la crisis ecológica, en la actualidad predominan más bien las políticas neoimperiales con respecto a los recursos, nuevas formas del extractivismo y políticas de la externalización del problema. Con otra valorización capitalista de la naturaleza se pretende procesar la crisis y, al mismo tiempo, dinamizar la economía. Las relaciones predominantes de las fuerzas, instituciones y estructuras de intereses, pero también el modo de vida hegemónico lo fomentan. Por consiguiente, de ninguna manera estamos buscando evitar el concepto *imperialismo* a través del concepto *modo de vida imperial*. Más bien, lo que

pretendemos es explicitar el arraigo hegemónico de la política imperialista en las prácticas y percepciones cotidianas, sobre todo de las clases medias y superiores en las sociedades del Norte global. Se trata de un fundamento apegado a la teoría hegemónica y con ello a la explicación de la persistencia de la política imperialista, particularmente en tiempos en los que las contradicciones socioambiental del modo de vida imperial se manifiestan cada vez más.

Sexto, el concepto de modo de vida imperial relativiza las altas expectativas que se tiene de los buenos argumentos, los discursos públicos racionales o los intereses propios ilustrados de “la humanidad” e, incluso, de las fuerzas dominantes. Lo anterior porque con frecuencia estos no se perciben por las orientaciones y las prácticas profundamente arraigadas, o son integrados de forma selectiva, con el resultado de que ciertas normas de consumo y producción se consolidan en vez de ser cuestionadas, justamente a través de su modernización parcial. Algo parecido aplica para los enfoques (en apariencia) alternativos que le dan suficiente importancia al profundo arraigo del modo de vida imperial como, por ejemplo, la estrategia de la *economía verde* (véase capítulo 6).

Séptimo, el concepto siempre implica un momento de luchas y cambios. En el primer capítulo argumentamos que las sociedades capitalistas se caracterizan por una transformación permanente. La pregunta es en qué dirección(es), y bajo qué lógicas, constelaciones de intereses y relaciones de fuerza esta transformación se lleva a cabo. Es cierto que el modo de vida imperial se vuelve “más verde” en el sentido de la sostenibilidad ecológica. Sin embargo, también se vuelve más “sucio” en el sentido de un aumento en el uso de energías fósiles y otras materias primas no renovables. Entonces, el modo de vida imperial se tiene que revolucionar de forma permanente o tiene que ser revolucionado por numerosos actores con sus intereses particulares para conservar sus rasgos principales. Eso implica también una lucha por la configuración concreta del modo de vida. Los actores perjudicados en un sentido negativo, como las y los trabajadores en los países del Sur global o los gobiernos de estos países, pueden elevar los estándares sociales y medioambientales e influir así en la forma de la externalización.

Octavo, el concepto *modo de vida imperial* pone el foco en las condiciones, los puntos de partida y las formas de la politización emancipatoria de la crisis ecológica. Primero nos parece importante oponerse al catastrofismo ecológico generalizado, que es un instrumento de la consolidación de aquellas condiciones que causan la catástrofe imaginaria. Esto no significa cerrar los ojos ante los escenarios bien fundamentados, como los del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (*Intergovernmental Panel on Climate Change*, IPCC por sus siglas en inglés). Incluso, con el tiempo en contra y entre otras cosas por el peligro de que se alcancen los puntos de inflexión (como el deshielo del permafrost que liberaría enormes cantidades de metano, un gas muy agresivo de efecto invernadero), es importante atenerse al proyecto complejo y contradictorio de la emancipación y oponerse a las formas autoritarias y tecnocráticas del manejo de crisis que intensifican los problemas.

Nueve, el concepto constituye, entonces, un punto de partida para posibles proyectos emancipatorios y el horizonte para una transformación socioambiental. Las alternativas requieren de la crítica a las condiciones predominantes y las alternativas falsas, de estrategias y formas contrahegemónicas de un modo de vida atractiva y vivible para las personas, que no sea social y ecológicamente devastadora. Esto implica conflictos con los actores fuertes para hacerlos retroceder, igual que a las prácticas imperiales que marcan el modo de vida en la actualidad. Ese será el tema del capítulo 7.

El desarrollo histórico del modo de vida imperial

La historia completa del modo de vida imperial sería un proyecto de investigación en sí mismo. Habría que consultar fuentes históricas y trabajos historiográficos extensos para reinterpretarlos a la luz del concepto. Se tendrían que reconstruir los desarrollos estructurales y las diversas prácticas de vida, las luchas y demandas que se consolidaron en la estructura durante el tiempo, pero también aquellos que no se establecieron a lo largo de la historia o que solo se vivieron en algunos nichos. Además, se trataría de una compleja microhistoria de la cotidianidad de diferentes grupos de la población en regiones específicas y en diversas épocas. Asimismo, y en particular, resulta imposible de realizar en el marco de este libro.

Lo que queremos mostrar, *a manera de ejemplo*, es cómo se ha desarrollado el modo de vida imperial en las diferentes fases de la historia y qué continuidad y efectos ha tenido hasta el presente. *En primer lugar*, nos interesa cómo la dinámica del modo de producción capitalista se extendió de manera sistemática, sometiendo las relaciones sociales y las relaciones sociales con la naturaleza cada vez más a la forma de una mercancía a través de procesos de acaparamiento de tierras. Esta dinámica ha producido contradicciones y crisis en repetidas ocasiones.

En segundo lugar, nos interesa el hecho y la manera en la cual las luchas por mejores condiciones de vida y mayores posibilidades de actuar de las diferentes clases, fracciones de clases y grupos sociales, han tenido éxito en determinados tiempos y lugares del mundo. Sin embargo, siempre hubo una tendencia a regresar a las condiciones de dominio colonial, patriarcal, racista y clasista. Por lo tanto, las diversas luchas por mejorar las condiciones sociales a menudo

tuvieron el *efecto* de que el modo de vida imperial se propagara y se profundizara aún más, y raras veces surgieron formas de convivir y de manejar la economía que fueran solidarias y no destruyeran el medio ambiente. El modo de vida imperial –esto es nuestro pensamiento central– es un tipo de compromiso entre los intereses de los que dominan y lo que reclaman y desean los subalternos, externalizando una parte de los requisitos necesarios para generar las condiciones de vida y sus consecuencias negativas: esto es la dimensión imperial del modo de vida.¹ En muchos casos es la consecuencia de compromisos sociales en aquellas partes del mundo donde se ha luchado con éxito por mejores condiciones de vida y que, debido a su posición en la división internacional del trabajo y a nivel político, fueron y siguen siendo capaces de garantizar una dinámica y una producción de plusvalía capitalista.

En tercer lugar, además de las alternativas que había *en el* capitalismo –que a menudo fueron integradas y puestas en función y de esta manera mejoraron las condiciones materiales de vida de grupos más o menos grandes de la población–, también había alternativas *al* capitalismo. Estas últimas a veces tuvieron un efecto modernizador sobre el capitalismo y fueron integradas o reprimidas y mantenidas en nichos. Entonces, nuestro objetivo no es relatar una historia del modo de vida imperial por antonomasia, sino comprenderlo de forma ejemplar en su génesis histórica y, por lo tanto, en su modificabilidad. No obstante, contar una historia del modo de vida imperial implica hacer visibles las opciones de modificarlo que han surgido y por las cuales se ha luchado (Brenssell, 2013).

Para esbozar algunos aspectos de la implementación histórica del modo de vida imperial la dividiremos, a lo largo de los siguientes dos capítulos, en cuatro fases. La primera fase es la del capitalismo temprano y de la primera colonización hasta finales del siglo XVIII. La segunda es la fase del capitalismo liberal y de la colonización avanzada hasta el imperialismo histórico del siglo XIX y del temprano siglo XX. Después de una transición con dos

¹ Con esto no pretendemos quitar valor a las luchas emancipatorias por un modo de vida solidario.

guerras mundiales, se inicia con el fordismo una fase relativamente corta que duró de los años cincuenta hasta los setenta del siglo XX. La cuarta fase de la globalización capitalista-neoliberal dura hasta el presente, aunque en algunas partes del mundo ya está viviendo una crisis.²

Sin embargo, hablar de diferentes fases de desarrollo capitalista siempre tiene un carácter heurístico, porque, a pesar de todos los puntos en común, la historia real se desenvuelve en áreas distintas y desincronizadas (por ejemplo, en los Estados Unidos, el éxito del fordismo se dio antes que en otras partes); además, se observan diferencias locales (no en todas partes hubo una industrialización dinámica) y una discontinuidad. Tampoco pretendemos sugerir una unidad de dominio colonial y neocolonial o entender los desarrollos y actores de las regiones fuera de Europa sin su peso propio, sus relaciones y dinámicas internas.³ Esto sería una actitud eurocéntrica y generaría la impresión de que las sociedades no europeas fueran pasivas y que “modernizarlas” fuera solo posible desde el exterior (desde Europa). En este sentido, la historiografía del modo de vida imperial también toma en cuenta los centros fuera de Europa como centros competitivos, factores de poder y actores.

Objetos de una historia global en el sentido de una “historia global de la sociedad”, estas fases son aparte del análisis de estructuras que se establecen, que desarrollan su efecto y se disuelven; las “interacciones y los trasposos entre las regiones del mundo que de forma repetida se intensifican; y la generación de redes económicas, políticas, sociales y culturales, y aquellas instituciones y medios que las hacen posibles, las organizan y las impulsan” (Sieder y Langthaler, 2010b: 10). De esta manera, los “trasposos y redes” que cruzan fronteras podrían llegar a estar en el foco de la atención sin capturar necesariamente “el mundo entero” (í.d.).

² Nos apropiamos aquí del esquema histórico aproximado y enfocado en la teoría estructuralista de la Teoría de la Regulación y de la Economía Política Internacional neogramsciana. Cfr. Alnasseri *et al.* (2001), Cox (1987), Candeias (2004), Sieder y Langthaler (2010), Jessop (2001).

³ Acerca de este riesgo, véase Burchardt y Peters (2015: 248), en su crítica del concepto *modo de vida imperial*.

Hay que ser conscientes de que la interacción entre diferentes partes del mundo jamás es un proceso simétrico. Cuando las sociedades capitalistas avanzadas del Norte global “interactúan” con sociedades no capitalistas, o con un alto porcentaje de entornos no capitalistas en el Sur global, por lo general los que marcan el compás son los primeros y, a menudo, hacen desaparecer las partes no capitalistas de los últimos o por lo menos les imponen su lógica. Establecer esta regla aparentemente simple no significa reducirse a un economismo o un determinismo, se trata más bien de suponer una “sobredeterminación”. Las circunstancias sociales y los procesos son sobredeterminados cuando son el efecto de diversas causas que no se pueden reducir la una a la otra, pero que se influyen mutuamente. Es decir, no deben pensarse como el resultado necesario de leyes económicas, sino como *efectos complejos* que son la consecuencia de que la economía capitalista se abra camino “por el mundo de las múltiples formas superestructurales, las tradiciones locales y las circunstancias internacionales” (Althusser, 1968: 80; cfr. Hall 2012).

Además, nos apoyamos en la tradición de la ecología política en la cual la sociedad y la naturaleza no se entienden como unidades independientes la una de la otra, sino en el marco de “las relaciones sociales con la naturaleza” (Görg, 2003; Becker y Jahn, 2006; Krausmann y Fischer-Kowalski, 2010; Brand y Wissen, 2011). Por consiguiente, la naturaleza representa “un requisito para que se puedan realizar actividades sociales mediadoras y abarca un campo de potenciales y relaciones que causan efecto y que la sociedad puede modular de cierta manera, aunque no se dejan modular o controlar en su totalidad. De ahí que la naturaleza se experimenta como independiente y autónoma” (Jahn y Wehling, 1998: 83). La consideración de que tanto la sociedad como la naturaleza son heterogéneas en sí mismas indica que no está mediada “la” sociedad con “la” naturaleza en el sentido de entidades homogéneas, sino que la mediación es un proceso que se lleva a cabo en diferentes niveles del espacio –desde lo local, en su mayor parte, hasta lo global– y en áreas muy diferentes como la alimentación, la vivienda, la movilidad y la ropa. Lo mismo aplica a desarrollos históricos.

De acuerdo con las fases mencionadas, el presente capítulo esboza primero el desarrollo del modo de vida imperial desde el inicio de la colonización y después habla de la importancia de este modo de vida para el desarrollo del capitalismo industrial desde finales del siglo XVIII y, finalmente, para el fordismo. Esta última fase llevó a una primera generalización del modo de vida imperial, en particular en los países industrializados del Norte global, pero también en aquellos países de la semiperiferia, donde surgió una “clase media”⁴ (sobre todo en América Latina). A partir de finales de los años de 1960, el capitalismo de posguerra vivió una crisis que fue al mismo tiempo una crisis de las formas hegemónicas de apropiarse de la naturaleza.⁵

En este punto inicia el capítulo cuarto. Mostramos cómo se abre, con la crisis del fordismo, una ventana histórica en la cual se cuestiona el modo de vida imperial: por un lado, el mundo vivió en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial una descolonización poderosa de muchas sociedades que desembocó en los años de 1970 en debates sobre un Nuevo Orden Económico Mundial. Por otro lado, la crisis ecológica empezó a ser tema: el choque del precio del petróleo, los Días Mundiales Sin Automóvil, el deseo y el desarrollo de prácticas alternativas de vida, la Primera Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano de 1972 en Estocolmo y el informe “Los límites del crecimiento” al Club de Roma. Además, surgieron nuevos movimientos sociales que criticaron el concepto y la práctica del modo de vida imperial predominante: los movimientos

⁴ Cuando utilizamos el término *clase media* estamos conscientes de su imprecisión. Nos referimos, en primer lugar, a aquellos grupos funcionales y profesionales asalariados que se distinguen de la clase obrera por recibir, en general, mejor remuneración y por “asumir, a diferentes escalas, tareas administrativas” (Kadritzke, 2016a: 481). Para profundizar en el tema del “centro” de la sociedad y una crítica de su teorización, véase Kadritzke (2016a; 2016b).

⁵ En el capítulo 4 nos enfocamos, en particular, en la generalización social del modo de vida imperial en los centros capitalistas, pero en parte también en las clases medias de la semiperiferia, dirigiendo la atención en *a*) la dinámica capitalista de la puesta en valor, la acumulación y el acaparamiento de tierras, *b*) las luchas por el bienestar y la participación material y la mejora constante de la situación de vida de amplias partes de la población, *c*) la jerarquización siempre inherente al modo de vida imperial y *d*) la externalización en función.

de solidaridad y de la paz, los movimientos feministas, juveniles y, no menos importante, el movimiento ecologista. Las experiencias de esta fase tuvieron su repercusión y nos pueden servir hoy como punto de partida.

No obstante, esta ventana se cerró. La reconstrucción del capitalismo desde los años 1980 favoreció la profundización del modo de vida imperial en los centros y su propagación en los países del Sur global.⁶ Esto afecta la situación política y social de manera considerable. La externalización de las condiciones y consecuencias negativas del modo de vida imperial en los centros funciona cada vez menos porque los países emergentes también empiezan a aplicar políticas de externalización para garantizar el modo de vida imperial y permitir de esta manera los compromisos sociales. Esto, por su parte, causa conflictos ecoimperiales y es uno de los obstáculos principales para implementar políticas nacionales e internacionales de sostenibilidad que sean más o menos eficaces. En lugar de ello, la constelación actual se caracteriza, por un lado, por la imposibilidad “pospolítica” de formular alternativas en las instituciones existentes y, por el otro, por políticas cada vez más autoritarias.

Colonialismo y capitalismo temprano

Se puede hablar de un modo de vida imperial a partir de la colonización que arranca en el siglo XVI, durante la cual cada vez más espacios fueron invadidos y puestos en valor en el marco del acaparamiento capitalista de tierras. Esto sucedió mediante el uso inmediato o la amenaza del uso de violencia física y/o por necesidades estructurales. En aquella época el desarrollo de la productividad y el bienestar en las metrópolis ya se basaba en un orden mundial de

⁶ En el capítulo 5 también queremos mostrar, a través de una selección de aspectos históricos y actuales, que tanto *a*) la puesta en valor, la acumulación y acaparamiento de tierras del capitalismo, como *b*) las luchas por mejores condiciones de vida en países del Sur global ayudan a propagar el modo de vida imperial y lo convierten en hegemónico. Esto implica no solo *c*) formas de jerarquización, sino que además *d*) se generaliza algo que, por razones ecológicas, pero también económicas y sociales, no es generalizable.

recursos que fue asegurado primero por España y Portugal, y luego por el capitalismo mercantil dominado por Holanda.

Por lo cual, especialmente en las colonias latinoamericanas, el emergente modo de vida imperial marcaba las relaciones sociales y las relaciones sociales con la naturaleza de manera notable. El sistema del extractivismo de recursos que existe hasta hoy fue establecido en esa época (Brand y Dietz, 2014). Este aseguraba lo que el experto en teoría del desarrollo André Gunder Frank denominó el “desarrollo del subdesarrollo” (Frank, 1969). Las sociedades fueron dominadas por los propietarios de las plantaciones y minas, las administraciones coloniales, la burguesía mercantil y la nobleza. A partir de mediados del siglo XVI, oro y plata, y productos agrarios como café, azúcar y tabaco fueron traídos a Europa por medio de mano de obra forzada.⁷ El factor determinante fue la demanda en los centros. La ciudad de Potosí, en Bolivia, que a mediados del siglo XVI era el centro mundial de la producción de plata, tenía en aquella época 150 mil habitantes (en Londres vivían en la misma época 200 mil y en París 400 mil personas). Mano de obra autóctona –en la minería sobre todo indígenas– y esclavos de África fueron explotados bajo condiciones desde deplorables hasta desastrosas. Otros modos de vida basados en la recolección, la agricultura o la caza fueron restringidos y, en muchos casos, incluso destruidos.

Las campañas de saqueo y el acaparamiento de tierras fueron impulsados por el mito de El Dorado, del cacique indígena que era soberano de un territorio inmenso con una ciudad dorada. Desde el punto de vista ideológico, la explotación colonial fue, además, justificada con el argumento racista de una supuesta “misión” para civilizar. Lo natural fue considerado algo “salvaje” que había que “domesticar”. Las diversas formas culturales y económicas de los pueblos indígenas fueron negadas y en parte destruidas.

Manuel Schramm, experto en historia del consumo, indicó que en el modo de vida en las colonias latinoamericanas –de manera

⁷ Kloppenburg (1988) estudió la “acumulación original” de los recursos genéticos vegetales. No solo los productos minerales y agrarios fueron traídos a los centros, sino también –como resultado de los “viajes científicos de recolección”– partes de la diversidad biológica en forma de semillas con un valor económico enorme.

similar a lo que sucedió en las colonias africanas— se formó un patrón que se mantuvo hasta el siglo XIX y con el cual se consolidó la integración subalterna al mercado global:

Tanto se guiaban las élites por el consumo europeo que era casi imposible que emergiera una industria de bienes de consumo por falta de consumidores. La consecuencia era una división extraña entre las élites urbanas europeizadas y un *hinterland* caracterizado, en su mayor parte, por la economía de subsistencia. Entre estos dos existía una clase media que intentaba imitar el consumo europeo, sin embargo, no tuvo la capacidad económica para adquirir los costosos productos importados. Fueron más bien los productores autóctonos quienes pudieron beneficiarse. (Schramm, 2010: 371)⁸

En reiteradas ocasiones se formó una resistencia contra el dominio español y portugués, que a partir de los años de 1770 se había vuelto cada vez más rígido debido al competidor emergente, Gran Bretaña. Se volvió legendario el levantamiento de los indígenas bajo el liderazgo de Túpac Amaru, que se inició en el año 1780 en el virreinato de Perú para luchar contra las contribuciones obligatorias y el reclutamiento forzado de los indígenas como mano de obra. Por primera vez se levantaron las voces a favor de independizarse de España. Hasta hoy la insurrección (que fue reprimida después de dos años) forma parte fundamental del conocimiento colectivo (indígena) sobre una sociedad que no deseaba ser ni racista ni imperial.

Como consecuencia de la Revolución Francesa hubo una insurrección aun más amplia contra el capitalismo del Norte global, en

⁸ Nos enfocamos en Europa y América Latina. En China, el Imperio Otomano, Japón y la India, hasta el siglo XIX había mucho menos intervención de parte de Europa en las áreas de cultivo y producción. Hasta mediados del siglo XVIII China tuvo una renta per cápita más alta y a mediados del siglo XIX incluso tuvo un rendimiento económico más alto que Gran Bretaña. Además, investigaciones históricas recientes muestran que el sistema capitalista global no se desarrolló exclusivamente desde Europa, sino que en sus orígenes y hasta los inicios del colonialismo europeo, estaba organizado de forma multipolar en las diferentes partes del mundo. Véase el resumen en Kurtenbach y Wehr (2014). Manuel Schramm (2000) argumenta que, incluso desde antes de 1800, había consumo en amplias partes de la población en China, el Imperio Otomano, Japón e India y que el comercio estuvo enfocado en ello desde más temprano.

particular, en la colonia francesa de Santo Domingo. En este lugar, casi 90 por ciento de la población trabajaba como esclavos en las plantaciones de caña de azúcar para la potencia colonial francesa; el restante 10 por ciento de los 600 mil habitantes eran de origen afroeuropeo con derechos restringidos. Los colonizadores blancos de origen francés formaban la clase dominante. Impulsados por la Revolución Francesa, los afroeuropeos, y poco después los esclavos insurgentes, se levantaron para luchar por los derechos ciudadanos y políticos hasta que en 1794, después de diversos levantamientos sangrientos, se les concedió la libertad. Pocos años después y tras encarnadas luchas, los dirigentes franceses terminaron de ser expulsados y Haití se convirtió en el segundo país americano, después de los Estados Unidos, que logró su independencia (Schüller, 1994).

Aparte de la revuelta contra la esclavitud, los levantamientos en América Latina han sido insurrecciones contra el acaparamiento permanente de tierras y la externalización del modo de vida imperial. Trátese del cultivo de caña de azúcar o de café en Colombia y el Caribe, de las producciones de caucho en Brasil o la extracción de recursos minerales en Chile, Bolivia o Perú, el patrón siempre fue el mismo: hombre y naturaleza fueron puestos en valor, conforme al ritmo del desarrollo capitalista en los centros. Esto provocó una resistencia que surgió no solamente de la economía moral de las comunidades indígenas y afroamericanas, sino también del interés de las élites blancas en participar en mayor medida del bienestar trasladado a los centros. Con ello se sentaron las bases para que el modo de vida imperial del Norte global pudiera desarrollar su atractivo como ideal, incluso en lugares donde, hasta aquel momento, solo se habían generado sus altos costos sociales y ecológicos.

El colonialismo creó condiciones económicas y políticas que fueron importantes para el desarrollo de las colonias y de Europa. Se basaba no solo en la expansión y el acaparamiento de tierras, sino también en la transformación profunda de las mismas sociedades europeas y, a partir del siglo XVIII, en la utilización de energías fósiles. Rolf Peter Sieferle argumenta, con respecto a Inglaterra, que el uso energético del carbón extraído de las profundidades (a lo cual se dio preferencia al principio, sobre todo por ser más fácil de

transportar que la madera) significaba ganancia de espacio: las tierras que antes se habían utilizado para fines energéticos ahora estaban disponibles como terreno de pasto para ovinos que proveían la lana para la producción de tela. Sin embargo, el uso del carbón no solo favorecía el desarrollo del capitalismo agrario. Debido a sus características energéticas, con el uso industrial del carbón se aumentó también la productividad en la fabricación del hierro y se contribuyó de esta manera al éxito del capitalismo industrial.

Inglaterra era la pionera de este desarrollo. Ahí el éxito del capitalismo se logró con el apoyo de un “sistema de compromisos” político, que se basaba en el hecho de que desde el siglo XVI la aristocracia fue integrada a un Estado centralizado y, al mismo tiempo, disponía de bienes raíces altamente concentrados y garantizados por las leyes de la propiedad. El dominio personal (en particular, de la nobleza sobre los campesinos) fue abolido, la aristocracia fue desmilitarizada y se formó un monopolio de poder político. El poder del Estado se volvió público y “sin sujeto” (Gerstenberger, 2006).⁹ La aristocracia seguía siendo la clase dominante, sin embargo, como mostró Ellen Meiksins Wood, ejercía su poder al contrario de su homóloga en Europa continental, sobre todo en un sentido *económico*, es decir, por medio de sus tierras (Meiksins Wood, 2015: 116 y ss.). Desde el punto de vista *político* formaba parte de un Estado cada vez más centralizado, en el cual la división de la soberanía, típica para el feudalismo, estaba superada, y con ello el fundamento del poder extraeconómico de la aristocracia.

La pérdida relativa de poder político extraeconómico significaba que las clases dominantes ya no se podían apropiarse del trabajo adicional de los productores por obligación inmediata sino de forma económica, es decir, mediada por el mercado. En eso los beneficiaban las relaciones de propiedad: por la alta concentración de

⁹ En el caso del monopolio del poder estatal no se trata de una característica exclusiva del Occidente, como a menudo se piensa, también se forma en otras regiones del mundo (*cf.* Kurtenbach y Wehr, 2014). Además, investigaciones feministas incluso demostraron que el Estado Occidental supuestamente reclama para sí el monopolio de la violencia física sin tener en cuenta, en la mayoría de los casos, la violencia doméstica (Sauer 2001: cap. 4).

terrenos en manos de la aristocracia una gran parte de la tierra ya no fue trabajada por propietarios campesinos, sino por arrendatarios (*farmers*). Para resistir la presión ejercida por los terratenientes y tener acceso a otras tierras, los arrendatarios se vieron obligados a aumentar cada vez más la productividad agrícola y a apropiarse del trabajo adicional de una creciente masa sin tierra.

De esta manera, los imperativos del mercado se apoderaron de cada vez más ámbitos sociales. Adaptarse a ellos se volvió una necesidad para la reproducción de las clases sociales dominantes, ya sea para poder competir con otros terratenientes y arrendatarios o, como en el caso de los campesinos sin tierra, para encontrar a alguien que comprara su mano de obra. El resultado de este proceso fue la estructura social de las sociedades capitalistas:

El resultado era la famosa triada de la agricultura capitalista formada por el terrateniente, el arrendatario capitalista y el trabajador asalariado [...]. El mismo proceso creó una agricultura altamente productiva, capaz de alimentar a una población grande que no trabajaba en la agricultura, pero también a una creciente masa sin tierra con la cual se pretendía formar, por un lado, un grupo grande de trabajadores asalariados y, por otro lado, un mercado doméstico para bienes de consumo baratos, un tipo de mercado que no tenía precedentes en la historia. Esto es el fondo del capitalismo industrial inglés. (Meiksins Wood, 2015: 112)

Mientras en Inglaterra el capitalismo se desarrollaba a partir de las relaciones de clase y de propiedad, en Europa continental era la presión ejercida por Inglaterra la que impulsó un desarrollo capitalista (dirigido por el Estado). La tendencia hacia una expansión territorial, inherente al capitalismo, se expresó también en el hecho de que las empresas británicas obligaron con sus productos a las empresas y Estados de Europa continental a reaccionar, y la única manera de responder era desarrollando sus propias fuerzas productivas (Gerstenberger, 2006; Meiksins Wood, 2015).

Hay otro aspecto espacial de la dinámica capitalista que señaló Meiksins Wood aún más importante en nuestro contexto: con la división entre imperativos económicos y presión política constitutiva para el capitalismo, se abrió el camino a la expansión económica

que necesita el apoyo extraeconómico, sin embargo, a diferencia de la economía precapitalista, no está sujeta al control político constante del territorio que se va a explotar económicamente. “La unidad precapitalista de poder económico y poder político, como en el caso del feudalismo, significa, entre otras cosas, que las facultades económicas de los señores feudales nunca se extienden más allá del alcance de sus vínculos personales o alianzas y de su poder extraeconómico, su poder militar, su dominio político o su autoridad jurídica” (Meiksins Wood, 2015: 203). En cambio, debido a los “imperativos económicos específicos (del mercado) [...], el capital es capaz de escapar de una manera única a las limitaciones impuestas por las obligaciones inmediatas y de moverse mucho más allá de las fronteras de la autoridad política” (p. 204). Esto es una condición fundamental que permitió el desarrollo y el despliegue del modo de vida imperial. Por ello fue posible globalizar la liberación del suministro de energía de las restricciones territoriales diagnosticada por Siefertle, es decir, externalizar sus costos socioambientales:

La Revolución Industrial no era tanto una emancipación absoluta de las restricciones territoriales, sino más bien una acumulación local de la capacidad de exportar tales restricciones y de repartirlos a nivel global. No hizo desaparecer para siempre las restricciones territoriales (europeas), sino que le facilitó a Europa la posibilidad de apropiarse de los recursos de las tierras de otros continentes”. (Hornborg, 2010: 43)

También los Estados Unidos, a partir de mitad del siglo XVIII, exportaban cada vez más productos agropecuarios e importaban, a cambio, bienes de consumo de Europa. Poco a poco se desarrolló una industria propia de bienes de consumo que producía para grandes porciones de la población. De cierta manera, así se sentaron las bases para el desarrollo fordista posterior en un país rico en recursos y sin estructuras sociales feudales.

No obstante, al principio, el modo de vida se limitaba a abastecer a las clases superiores con bienes de lujo. Había momentos de generalización social, por ejemplo, el azúcar importado era un alimento fundamental para las capas sociales bajas (Schramm, 2010: 366 y s.). Sin embargo, a pesar de la creciente orientación en el consumo, el modo de vida imperial no era hegemónico en el

sentido que no influía en la reproducción y con ello en las prácticas cotidianas de la mayoría de la población. Como decía Edward P. Thompson (1987 [1963]: 345) sobre la situación en Inglaterra en la época de la Revolución Industrial: “El obrero ‘promedio’ vivía muy cerca del límite mínimo de subsistencia, y eso en tiempos en los que estaba rodeado de una notable riqueza nacional creciente, una gran parte de la cual era producto evidente de su propio trabajo, que pasaba con la misma evidencia a manos de los empresarios. Desde el punto de vista psicológico, se percibía un decrecimiento del nivel de vida”.¹⁰ Conforme a ello, hasta el siglo XIX, el modo de vida imperial no era un terreno de compromisos entre las clases dominantes y los subalternos. El provecho que se sacaba de la explotación de hombre y naturaleza seguía siendo, en su mayor parte, el privilegio de las clases superiores.

Capitalismo liberal, neocolonialismo e imperialismo en el siglo XIX

Esta situación no cambió fundamentalmente durante la fase del capitalismo liberal que inició en el siglo XIX. Lo nuevo en esta fase no era que los subalternos en el Norte global (es decir, la clase obrera que se venía constituyendo cada vez más como fuerza social) adoptaran los patrones de consumo de las clases superiores. La única excepción era el consumo de azúcar mencionado arriba. Según Jürgen Osterhammel, el azúcar de caña era, aparte del té, la única “importación exótica que, más allá del círculo restringido del consumo de lujo, cambió la alimentación de un amplio sector de la población [...]. La producción de azúcar en el mundo se duplicó entre 1880 y 1900 y otra vez hasta 1914”. El azúcar se convirtió “literalmente en un alimento de pobres, un

¹⁰ Schramm lo ve diferente. Según él, en Inglaterra, “alrededor de 1800, ya se manifestaban importantes elementos de la sociedad de consumo, así como un alto grado de comercialización en la agricultura, una producción de bienes de consumo floreciente, un servicio de transporte muy eficaz para las condiciones preindustriales, libertad personal para comprar y vender, publicidad comercial, etcétera” (Schramm 2010: 365).

proveedor de energía para los trabajadores agotados de la industrialización” (2011: 934).

La función estabilizadora de los patrones imperiales de producción y consumo ya se venía vislumbrando en el ámbito de la alimentación. Lo novedoso de la fase del capitalismo liberal era el ascenso de la burguesía a la posición de la clase dominante a nivel económico y que, con el capitalismo industrial y el imperialismo, la competencia por mano de obra y naturaleza se intensificaba a escala global. A nivel ideológico, “la familia burguesa” se consolidó como ideal, y “el progreso” se convirtió en un patrón de razonamiento, incluso para la política colonial. Asociado a este fenómeno aumentó el racismo, el cual se basaba en gran medida en aspectos biológicos. Se convirtió en una parte del modo de vida imperial en la medida en que construía una “otredad” atrasada que tenía un efecto integrador de un “nosotros” y justificaba la explotación del mundo.

La transición del capitalismo temprano al capitalismo industrial en el Norte global, que cambió también el sector agrario de manera profunda, se desarrolló sin sincronización entre las diferentes regiones. Como se describió arriba, el centro era Inglaterra, donde se formó a partir del siglo XVII, aparte de los profundos cambios sociales por el uso del carbón y más tarde de la máquina de vapor, una nueva base tecnológica para la sociedad. Alrededor del año 1800, casi 90 por ciento del carbón que servía de combustible en el mundo fue extraído en Gran Bretaña, de donde una parte se exportaba (Krausmann y Fischer-Kowalski, 2010: 43 y ss.). El carbón tuvo su gran éxito como fuente energética a partir de mediados del siglo XIX. Entre 1850 y 1914, la producción mundial de carbón de piedra creció de 80 millones a más de 1.3 mil millones de toneladas por año. Gran Bretaña, que al inicio de este período era el mayor productor de carbón de piedra en el mundo, cedió ese papel a los Estados Unidos hasta la Primera Guerra Mundial (Osterhammel, 2011: 934). La parte de Europa y de los Estados Unidos en la producción industrial en el mundo creció de 23 por ciento en el año 1750 a 85 por ciento en el año 1880 (alrededor de 1800, China produjo una tercera parte de los bienes industriales

a nivel mundial). Textiles, hierro y acero fueron las industrias claves; más tarde las industrias electrónica, química y alimentaria adquirieron importancia.

Ante las condiciones históricas mencionadas arriba, Karl Polanyi identificó, en particular en el siglo XIX, un “desarraigo” violento de procesos del mercado capitalista que solían formar parte de relaciones que estaban organizadas por la sociedad. “La historia de la economía demuestra que el surgimiento de mercados nacionales no era para nada la consecuencia de la emancipación lenta y espontánea del ámbito económico de los controles estatales. Al contrario, el mercado era el resultado de una intervención consciente y violenta de parte del gobierno” (1995 [1944]: 330 y s.).

Un aspecto de la fuerte expansión capitalista era el crecimiento de la población en Europa, la cual pasó de unos 190 millones de habitantes en el año 1800 a 400 millones en 1900. Además, aumentó la expectativa de vida. Serge Moscovici habla de recursos complementarios: por un lado, los seres humanos y los recursos y, por el otro, los conocimientos y capacidades (1990: 398 y ss.). Estos formaron la base de la revolución industrial y agraria, así como de los intensos procesos de urbanización. El desarrollo tecnológico, la aplicación de la ciencia en la industria y la racionalización permanente en las empresas fueron tan necesarios como la disponibilidad de los recursos. Fue por ello que los países que se encontraban en un proceso dinámico de industrialización, al igual que sus colonias, necesitaban infraestructuras fuertes como el ferrocarril, la navegación a vapor y el telégrafo.

A nivel político, en “el largo siglo XIX” –término que utiliza el historiador Eric Hobsbawm (1987) para referirse al período entre la Revolución Francesa y la Primera Guerra Mundial– el modo de vida imperial fue garantizado en el marco de la *Pax Britannica*. El gobierno británico se encontraba en una posición que le permitía determinar en gran parte las reglas internacionales del tráfico, así como las normas financieras, de producción y de intercambio. Como la fuerza naval y potencia económica más moderna de Europa, el país establecía las normas de producción y distribución del capitalismo global. Gran Bretaña era la mayor potencia colonial que gobernó de

1813 a 1947 en India, controló el comercio de China después de las dos Guerras del Opio de 1839-1842 y de 1856-1860 y desestabilizó la economía del Imperio. No obstante, a partir del siglo XIX tardío, su supremacía se vio amenazada. A partir de los años de 1870, sobre todo con la competencia por las colonias y los recursos, se desarrolló el imperialismo histórico que sometió a las colonias con gran brutalidad para explotar los recursos. La Conferencia de Berlín celebrada en noviembre de 1884 y febrero de 1885, en la cual se negoció la repartición de África, mostró que las potencias imperialistas sí se pusieron de acuerdo entre ellas, aunque el Imperio Alemán en particular provocó una intensificación de las tensiones que desembocaron en la Primera Guerra Mundial.

El fuerte aumento en la demanda de materia prima para la industria, la producción de bienes de consumo y la demanda de productos agrarios tuvieron implicancias considerables para el desarrollo económico, político y cultural en los países periféricos. Aparte de los productos “clásicos”, como café, tabaco y azúcar, o también oro y plata, nuevos productos como el algodón, el mineral de hierro, luego el grano y, con el desarrollo de la técnica de refrigeración a partir de los años 1880, la carne y el plátano adquirieron importancia para los centros y fueron producidos en las colonias, o como en el caso de América Latina, en los Estados nacionales recién constituidos.

Antes de que se inventaran los abonos químicos había una gran demanda de salitre; el desarrollo del automóvil a partir de los años 1880 y de los tractores después del cambio de siglo creó una demanda de caucho que provenía de la región amazónica, y aumentó cada vez más la demanda del lubricante de la economía mundial: el petróleo. Debido a sus altas inversiones, la minería representaba el estrecho entrelazamiento político y económico en los países periféricos. Los así llamados *mining tycoons* mantuvieron “vínculos estrechos con el mundo de las altas finanzas. Además, influyeron a sus gobiernos para lograr que los apoyaran con el desarrollo colonial, leyes, política de infraestructura e instituciones (bolsas, institutos de investigación)” (Komlosy, 2010: 46).

En América Latina se formó una “burguesía de compradores” (Poulantzas, 2001: 51 y s.) que dependía al cien por ciento del capital

extranjero. Sin embargo, los terratenientes seguían dominando a nivel económico y político. A partir de la mitad del siglo XIX, los mismos países se convirtieron en compradores, no solo de los bienes de consumo, sino también de bienes de capital como las máquinas. Las importaciones de capital llevaron a la expansión de la red ferroviaria y la modernización de la minería que estaba en manos de empresarios extranjeros. Se consolidó un “orden neocolonial” (Donghi, 1991), más estable en comparación con los anteriores, que duró hasta 1929 cuando se inició la crisis económica mundial y que creó cierta prosperidad en América Latina, sobre todo para las élites y las clases medias.

Además, surgieron discursos que fueron compatibles con la estructura del mercado global y el modo de vida imperial: se trataba de “aprovechar el gran potencial en materias primas para el desarrollo”; las “ciudades civilizadas” se contrastaban con un “*hinterland* bárbaro” que había que urbanizar, controlar y poner en valor (Kaltmeier, 2011). Los indígenas fueron considerados un posible “obstáculo para el progreso”, las sociedades europeas fueron los modelos del desarrollo y buena vida que seguían tanto las élites de los países del Sur global como las clases medias y obreras emergentes.

No solo en las colonias, sino también en los centros, para la mayoría de las personas el capitalismo liberal de los mercados liberados venía acompañado de condiciones de vida y de trabajo desastrosas. Además, creó su propio posible adversario. La dinámica en el proceso de la formación del capitalismo consistía, según Karl Polanyi, en el “conflicto entre el mercado y los requisitos fundamentales de una vida social ordenada” (1995 [1944]: 329; *cfr.* Brie, 2015). Debido a estas tendencias destructoras, desde los años 1860, surgieron diferentes “contramovimientos” o “contracorrientes colectivistas” en forma de movimientos obreros, de leyes de fábrica y leyes sociales, de leyes para restringir el comercio y controlar el dinero a través de la instauración de bancos centrales.

Un eje central de conflicto en el siglo XIX, en el cual se densificaron las exigencias de los asalariados en los centros capitalistas por

mejores condiciones de vida, era la lucha por jornadas más cortas.¹¹ Primero fue en Inglaterra, en los años 1830, y después fue llevado a cabo con éxito en Nueva Zelanda, donde los sindicatos exigieron aparte del alto al trabajo infantil, la jornada de diez horas y después de ocho horas. El movimiento sindicalista se inició en el siglo XIX por la lucha por jornadas más cortas (Hermann, 2015: 109 y ss.). Sin embargo, no fue sino hasta el siglo XX que la jornada de ocho horas se convirtió en ley en muchas partes (lo cual en tiempos recientes se vuelve a poner en cuestión). Una tradición más antigua que se practicó en Inglaterra hasta el siglo XX, sobre todo en los oficios manuales, es el *Blue Monday*. Según esta tradición, el primer día después del fin de semana no se trabaja nada o la labor es menos intensa (Thompson, 1980b).

Fordismo: generalización del modo de vida imperial en los centros

La época fordista del capitalismo, que empezó a desarrollarse en los Estados Unidos en los años 1930 y en Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial y que lleva el nombre del productor de automóviles estadounidense Henry Ford, marcó un parteaguas.¹² Las jornadas seguían siendo un objeto central de los conflictos en la relación entre trabajo y capital. Sin embargo, el tema principal era la lucha por el derecho de participar de la riqueza de bienes producidos en el sistema capitalista. De acuerdo con Juliet Schor, a diferencia de la época que iba del siglo XIX a inicios del siglo XX después de la Segunda Guerra Mundial, ya no se aprovechaba el aumento en la productividad para reducir las jornadas. “En vez de ello, el aumento de productividad se tradujo en un aumento de ingresos y se aprovechó para la expansión del *output*. Los salarios y ganancias

¹¹ Con respecto a las leyes de fábrica en Inglaterra de 1833 a 1864, véase MEW (23: 294-315).

¹² Una descripción detallada debería tratar, además del *New Deal* en los Estados Unidos, sobre el fascismo europeo que, en cierta forma, impulsó el éxito posterior del modo de vida imperial.

subieron. Incluso, la productividad y el desarrollo del salario real se vincularon explícitamente con el efecto de que aumentó el consumo porque en aquel momento la gente tenía más dinero en el bolsillo” (2015: 61). Entonces, se renunciaba a un aumento de tiempo libre a favor de más consumo. Este es el núcleo del “compromiso fordista de clases” que se convirtió en la base del desarrollo relativamente estable en los centros capitalistas durante la época de la posguerra.

En el marco de este compromiso, se vinculó la reproducción de la mano de obra al ciclo del capital. El consumo de la clase obrera —esto es uno de los cambios más importantes que trajo el fordismo— ahora se centraba en la posesión de *mercancía*, es decir, de bienes del uso diario que los trabajadores asalariados no producían, sino que los compraban (Aglietta, 1979: 158). Las grandes dinámicas en el área de la producción estaban vinculadas con el modo de vida racionalizada, disciplinada y enfocada en el consumo de los trabajadores asalariados. La movilidad fue garantizada por el automóvil al que cada vez accedían más personas; la alimentación, a través del consumo de carne producida de forma agroindustrial (que además se convirtió en uno de los indicadores de bienestar más importantes) o de otros alimentos industriales; y la vivienda, a través de casas unifamiliares con jardín de plantas ornamentales en vez del huerto, con calefacción central, refrigerador y televisor. Las formas económicas de (semi)subsistencia (agricultura a pequeña escala y de tiempo parcial, cultivo de hortalizas) se redujeron. Subió el ingreso “de libre disposición”. Burkhart Lutz (1989) describió esta mercantilización de la reproducción de los asalariados con el término de “acaparamiento interno”. Con ello, la generalización de la condición salarial encontró su equivalente en el patrón de consumo.

El punto de partida para el éxito del fordismo se halla en los Estados Unidos. El país no solo fue el mayor acreedor del mundo después de la Primera Guerra Mundial, sino que su participación en la producción industrial a nivel mundial creció en una tercera parte en el año 1913 a 42 por ciento inmediatamente antes de la crisis económica mundial.

Los Estados Unidos no solamente fueron los más productivos en el sector industrial, sino también en la agricultura desde los años

1940. Con el cultivo híbrido se aumentó el rendimiento de manera considerable, y la masificación de los cultivos facilitó la racionalización, el uso creciente de máquinas y la sustitución de la mano de obra. Con la industrialización agraria ascendieron las empresas de semillas y agroquímicos, así como las empresas de procesamiento y de distribución de alimentos. En particular, los campesinos varones fueron los representantes patrocinados del desarrollo agrario moderno, tanto en los países metropolitanos como en los periféricos.

Se desarrolló una norma de consumo que no solo fomentaba la masificación, sino que además revolucionó –con un fuerte enfoque en los productos animales– el sistema agrario global por la necesidad de campos de pastoreo y el cultivo de alimento para ganado. Así, la ganadería intensiva que está sujeta a criterios económicos estrictos (razas híbridas, corto tiempo de producción, tecnología moderna para la ganadería de establo, proceso de producción con división del trabajo), en particular en la cría de cerdos y de aves, al igual que el maíz híbrido, es de cierta forma un símbolo de la producción agraria fordista (Kloppenburger, 1988). La producción y el procesamiento industrial de carne en los mataderos de Chicago, por su parte, influyeron en la organización de la producción fordista, en la medida que Henry Ford copió de ahí la tecnología de las bandas transportadoras.

Con los patrones de consumo “modernos” y “occidentales” disminuyó la durabilidad de los productos, no solo en el sentido material, sino también porque el aprecio por los productos se guiaba por la “moda”. A nivel de la distribución, después de la introducción de cadenas de tiendas, grandes almacenes con más autoservicio y la venta por catálogo a partir de finales del siglo XIX, en los años de 1950 se empezaron a construir centros comerciales suburbanos (*shopping malls*). El área de la publicidad y la mercadotecnia se profesionalizó y se convirtió en objeto de la investigación científica. Con el aumento de la productividad, el costo de los bienes de consumo se redujo y con ello la reproducción de la mano de obra. Los asalariados participaban del crecimiento del volumen del valor agregado a través del aumento del salario real.

El compromiso de clases propio del fordismo fue institucionalizado, por ejemplo, en forma del corporativismo que compatibilizó

las formas de expresión del conflicto de clases con las necesidades de una acumulación de capital sin dificultades. Conforme a ello, en Europa occidental dominaba el paradigma socialdemócrata. El objeto de los conflictos centrales fue el reparto de la riqueza, no el modo de producción ni la propiedad de los medios de producción. Se le exigía al Estado que intervinieran cada vez más en el reparto debido a que este adquirió más importancia. Además, intervenía en temas como la seguridad en el trabajo, la higiene de los alimentos o la salud, que se volvieron cada vez más importantes conforme avanzaba la industrialización.

La racionalización de la producción según las teorías de Frederick W. Taylor (que separaban estrictamente trabajo conceptual y trabajo ejecutivo, y segmentaban el proceso laboral en pasos minuciosos que se repetían de manera constante) y el aumento de la productividad en los centros capitalistas que esta causaba constituyeron la base del modo de desarrollo fordista. El Estado facilitó la realización de estos cambios a través de la construcción de la infraestructura necesaria para poder transportar los recursos energéticos y otras materias primas, los bienes producidos y las personas. También el fordismo se basó en el aprovechamiento intensivo de un “exterior”, en particular del trabajo de reproducción no remunerado, así como de la mano de obra y materia prima del Sur global. Por ello, fue objeto de acaparamientos dinámicos de tierras y externalizaciones.

El automóvil cumplía la función (junto con la casa propia y los electrodomésticos) del vehículo emblemático del modo de vida fordista-capitalista y de las formas de subjetivación correspondientes. Su producción estandarizada en grandes empresas con un alto grado de trabajo dividido exigía mucha disciplina por parte de los asalariados, tanto en el lugar de trabajo como más allá de él. Con la norma de producción y de consumo fordista, en la mayoría de los países del Norte global se estableció un modelo del sustentador de familia masculino y blanco, y relaciones de género de tipo patriarcal-familiar. “Parece evidente”, así lo expresó Antonio Gramsci en 1934 con respecto a los Estados Unidos, “que el nuevo industrialismo favorece la monogamia, que quiere que la persona que trabaja no desgaste la fuerza de sus nervios en la búsqueda desordenada y

excitante de satisfacción sexual ocasional: el obrero que va al trabajo después de una noche ‘libertina’ no es un buen trabajador, el desborde de la pasión no se lleva bien con los movimientos medidos en tiempo de los gestos humanos de producción que dependen de los automatismos más perfectos” (22: 2088 y s.). Gramsci llama a esto la “adaptación psicofísica a la nueva estructura”, que crea un “nuevo tipo de ser humano” (p. 2069 y ss.). Por lo anterior, no sorprende que Henry Ford manejara un “departamento sociológico” que controlaba la vida privada de sus trabajadores de forma rigurosa: “Debían vivir una vida modesta, no fumar ni tomar demasiado, la esposa no debía salir a trabajar, sino dedicarse al hogar” (Schmidt, 2013: 405). La racionalización no solo se llevó a cabo a nivel empresarial, sino que se convirtió en una parte de las prácticas cotidianas e intelectuales, así como en intervenciones estatales.

Lo importante en nuestro contexto es que con el “acaparamiento interno” no solo el modo de producción capitalista entró a los capilares de la cotidianidad de los asalariados y a las instituciones sociales y estatales, sino que, además, el modo de vida imperial de las clases medias y superiores se generalizó. Se convirtió en hegemónico, es decir, en ampliamente aceptado y en una parte de lo vivible y lo atractivo cotidiano de la (re)producción social. Conceptos como *sociedad de consumo* o *sociedad de clase media nivelada* (marcados por el sociólogo Helmut Schelsky a mitad de los años 1950), la nueva figura del “consumidor” o la promesa de “bienestar para todos” del primer ministro de Economía de la República Federal de Alemania, Ludwig Erhard, reflejaron el modo predominante en que la sociedad se veía a sí misma en aquel entonces. Además, el modo de vida imperial se convirtió en un terreno de compromisos del capital y el trabajo en los centros capitalistas-imperiales. La norma fordista de producción y consumo es muy intensa en cuanto a los recursos y las emisiones. Por ello, la explotación de los recursos y sumideros del mundo alcanzó dimensiones hasta ese momento desconocidas. Esto se debe, en primer lugar, al hecho de que intensifica el uso de los recursos fósiles (del petróleo, en particular, pero también del carbón) para fines energéticos y no energéticos: “El petróleo no solo fue la base material para un sinnúmero de productos (como

plástico, ropa y medicamentos), su centralidad como combustible para el transporte también garantiza que productos que no fueron producidos con petróleo se repartan y se consuman conforme a patrones de movilidad basados en el petróleo” (Huber, 2013: 180 y s.). Otras innovaciones en las áreas de la química, la agricultura, la telecomunicación, la construcción de máquinas, la electrónica y el transporte, sostienen la dinámica fordista. Todas estas áreas han sido bastante intensivas en el gasto energético y de materias primas. Sobre todo la automovilidad que requiere de una extracción de recursos y una transformación del paisaje más intensivas. “Para cada kilómetro de autopista se necesitan 40.000 toneladas de cemento, acero, arena y gravilla, y las calles ocupan entre 10 y 15 veces más superficie que el ferrocarril. En esta fase, el sector de transporte le gana a la industria como el mayor consumidor directo de energía” (Krausmann y Fischer-Kowalski, 2010: 52). En promedio, el uso de recursos autóctonos en los países industrializados del Occidente (Europa occidental, Norteamérica, Nueva Zelanda, Australia y Japón) se duplicó entre 1950 y 1970. Además, casi la mitad de los materiales utilizados a nivel mundial se gastaron en estos países. Tan solo en el período entre 1960 y 1970 las importaciones netas de recursos fósiles de energía se triplicaron en los países industrializados de Occidente (Schaffartzik *et al.*, 2014: 90 y ss.), a pesar de que Australia y Canadá, como fuertes exportadores, más bien relativizan estas cifras.

A nivel político, el modo de vida fordista fue garantizado a partir de mediados del siglo XX con el orden mundial de la *Pax Americana*. Para las regiones del mundo que se encontraban bajo su influencia directa, este orden se basaba en el poder económico de los Estados Unidos. En cambio, otra parte considerable del mundo estaba bajo la influencia de la *Pax Soviética* que igual tenía un centro económico y político claro. Incluso, ahí se encontraron características estructurales de un modo de vida fordista (periférico).¹³ No obstante, nosotros nos enfocaremos en el desarrollo del

¹³ Schramm (2010: 45) hace énfasis en las diferencias entre el modelo de consumo socialista y el modelo occidental-individualista. El primero implicaba, con grandes

modo de vida imperial en el mundo capitalista. Debido a la dominancia militar y política de los Estados Unidos en Occidente, así como a la competencia entre los sistemas, desde la perspectiva del Norte global las condiciones de política mundial fueron bastante estables, lo cual se expresó en el acceso regular a recursos como el petróleo.

El *dominant western worldview* (Dunlap y Catton, 1994: 12) se basaba en la idea de que la “sociedad”, a través de los desarrollos técnico-científicos, sería capaz de emanciparse cada vez más de la “naturaleza” o de las imposiciones de la naturaleza. Lo que sucedió en realidad no era la “emancipación” de la naturaleza, sino la externalización de las consecuencias sumamente destructivas de las relaciones sociales con la naturaleza. Se convirtió en un requisito central para el funcionamiento de la norma de producción y consumo fordista. Conforme aumentaba la generalización de las prácticas intensivas en cuanto a los recursos y las emisiones, crecía la necesidad de un “exterior” de donde provinieran los recursos y al cual se pudieran trasladar los costos socioambientales. Como elemento fundamental de la externalización dominaba una actitud de *not-in-my-backyard*, es decir, que las consecuencias negativas no se percibieran en el propio patio. *Not-in-my-backyard*: tal podría considerarse la actitud generalizada del modo de vida imperial. A partir de los años 1960 se sumaba el traslado de muchas “industrias sucias”, o industrias con un grado de intensidad laboral y/o industrias perjudiciales, a países del Sur global. Lo anterior aplicaba a la producción de acero, textiles, productos químicos y electrónicos, o a pasos individuales dentro de la cadena de valor agregado de estos productos.

En muchas sociedades del Sur global que siguen una ideología occidental se formaba un modo de vida fordista periférico. Con la crisis de 1929 en algunas partes del mundo se aceleraron los procesos de industrialización y urbanización, además de que crecieron la clase obrera y la clase media. Estos fenómenos se observaban en

diferencias entre los países y en el transcurso del tiempo, “aspectos de la repartición justa (con restricciones de la libertad individual de elegir) y el uso común de bienes de larga duración como automóviles o electrodomésticos”.

particular en los países latinoamericanos que ya estaban descolonizados y tuvieron la posibilidad de ejercer una política económica independiente. El Estado empezó a intervenir más (Donghi, 1991: 416): impuso aranceles protectores, transfirió los ingresos por las exportaciones a los sectores enfocados en el mercado interior, integró los intereses de las clases medias y superiores con aquellos de la clase obrera (al menos al principio) y actuó, en ocasiones, en contra de los intereses de la oligarquía agraria (por ejemplo, con reformas agrarias que realizaba en respuesta a las luchas lideradas por movimientos campesinos). Todo esto coincidía con una cierta forma de “nacionalismo de consumo” (Schramm, 2010: 376) que fue relevante dados los altos precios de los productos importados y, además, dio valor a las tradiciones propias, como en el caso de la tortilla en México, y que se mantuvo hasta los años de 1970. En algunos países de América Latina se nacionalizaron los recursos naturales y los sectores de materia prima, como en 1938 en México.

En el sector agrario se proclamó la “Revolución Verde” en los años 1960, para universalizar los sistemas de producción desarrollados en el Norte global. La internacionalización de métodos de producción agroindustrial y de los conceptos de modernización correspondientes se llevó a cabo, en particular, a través de empresas estadounidenses que contribuyeron a la propagación del modo de vida fordista. El cultivo de plantas en combinación con la agroquímica, la ayuda alimentaria, así como programas de mercadotecnia y de crédito se convirtieron en un elemento importante de la política (económica) exterior de los Estados Unidos (Kloppenborg, 1988; McMichael, 2009).

En América Latina, al igual que en otras partes del Sur global, las costumbres de consumo de la clase media se parecían a aquellas del Norte global. Además, desde mediados del siglo XX, el modo de vida de la clase obrera se volvió cada vez más dependiente de la economía capitalista. En este sentido, ya desde el período fordista había señales de una propagación del modo de vida imperial en los países (semi) periféricos. Esto se volvió más notorio cuando los países del Sur global empezaron a aumentar su nivel de organización entre ellos (como en el marco de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, CNUMAD) para fundamentar su derecho de

participar de las ganancias del bienestar que generaba el Norte global por medio de los recursos y la mano de obra del Sur global. La petición relativa a un Nuevo Orden Económico Internacional presentada por primera vez en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD III) de 1973 en Santiago de Chile y de la cual se apropió la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1974, es evidencia de estos cambios. El modo de vida imperial se convirtió en el núcleo material de la promesa de desarrollo y progreso, que para la mayoría de las personas en el Sur global no se ha cumplido hasta hoy. El enfoque normativo internacional más relevante se concentra en la idea del “desarrollo” como proceso de modernización e industrialización en el cual las metrópolis occidentales y orientales servían de ejemplos (Cfr. Sachs, 1997; Ziai, 2011). En una medida muy limitada se perciben también señales de un “acaparamiento interno” en algunas partes del Sur global, sin que haya cambios con respecto a su integración al mercado global a través de las exportaciones de materia prima y, en relación con ello, a la estructura básica del extractivismo de recursos.

El modo de vida fordista cada vez más intensivo en cuanto al gasto de recursos requería de las relaciones antidemocráticas entre Norte y Sur. Esto queda claro, en particular, con el ejemplo del petróleo, tanto en su extracción (recursos) como en las consecuencias ecológicas de su combustión (sumideros). Con respecto a la extracción empieza a haber cooperación de Estados capitalistas y empresas del Norte global con movimientos conservadores y gobiernos del Sur global para permitir el acceso a los yacimientos de petróleo y reprimir los movimientos democráticos en esos países (Mitchell, 2011). Y en cuanto a los sumideros que absorben el CO₂ que se genera en la combustión de petróleo y otros recursos fósiles, aunque gran parte de ellos se encuentran en países del Sur global, son aprovechados en su mayoría por el Norte global, incluso en exceso (véase el caso del cambio climático).¹⁴ Por consiguiente, la norma de producción y consumo

¹⁴ Se mide con base en las emisiones per cápita de CO₂, que en los países del Norte global siguen siendo mucho más altas que en los del Sur (a pesar de que ambos tienden a converger). Véase AIE (2014: 84 ss.).

difícilmente se puede garantizar de manera democrática si no se apoya en gran medida en la violencia militar, las relaciones económicas de desigualdad y/o en la fuerza institucional en forma de tratados de comercio.

A finales de los años 1960 ya se perfilaba que las potencialidades de productividad del modo de desarrollo fordista estaban agotadas y que había problemas con la valorización del capital y, relacionado con esto, se manifestaban fenómenos de crisis. Además, los Estados Unidos perdieron su posición hegemónica, lo cual se debía al éxito del modelo fordista expansivo de producción y consumo que se “exportaba” a otros países, en particular a Europa occidental, es decir, a la generalización del modo de vida imperial en el Norte global.

En la fase del auge del capitalismo global, los derechos de una vida mejor que reclamaban los asalariados y sus representantes en cierta medida se cumplieron para grandes partes de la población, al menos a nivel material y, en particular, en los países del Norte global. Debido a la expansión mundial y el acaparamiento de tierras del capitalismo, en muchos países del Sur global creció la clase media y se observaron inicios de una industrialización. En la crisis del fordismo periférico muchos gobiernos tomaron créditos baratos para mantener el estándar del consumo de la clase media y con ello su legitimidad, así como para probar una “industrialización endeudada” (Altvater, 1987). A esto se sumaron movimientos y exigencias radicales que surgieron debido a las experiencias de descolonización y, en el caso de América Latina, como efecto de la Revolución Cubana, que cuestionaban el modo de vida imperial del Norte global. Una parte de estos movimientos fue reprimido de manera brutal por los regímenes autoritarios o las dictaduras militares. Sin embargo, el deseo de una mejora fundamental de la vida se mantuvo en la población. Por lo cual, en los años 1970, cuando la fase fordista del capitalismo se acercaba a su fin, el mismo modo de vida imperial entró en crisis y, sin embargo, siguió resultando atractivo y expansivo.

La generalización y profundización del modo de vida imperial en el mundo

Vemos, no obstante, que el capitalismo está atenido, aun en su plena madurez, a la existencia coetánea de capas y sociedades no capitalistas.

Rosa Luxemburgo

Oportunidades desaprovechadas: la crisis del fordismo

Visto desde el presente, los años 70 parecen una ventana histórica en la cual, por distintas razones, se cuestionó el modo de vida imperial. Precursores del rechazo fueron libros como *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, que toca el tema de los efectos negativos de los pesticidas sobre la cadena alimentaria (2007 [1963]). Debido a una mala cosecha de maíz en los Estados Unidos en el año 1970 aumentó la conciencia de los riesgos que implicaba el modelo fordista de agricultura con cultivos de alto rendimiento y monocultivos. Publicaciones como el informe “Los límites del crecimiento” al Club de Roma desencadenaron amplios debates sociales. En 1972, se realizó la primera Cumbre de la Tierra en Estocolmo, a raíz de la cual se fundó el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP, por sus siglas en inglés).

En octubre de 1973, como consecuencia de la guerra árabe-israelí de Yom Kipur, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) subió el precio del petróleo de tres dólares a más de cinco por barril (de 159 litros), un precio que, desde la perspectiva de hoy, parece increíblemente bajo. Este aumento puso en duda uno de los fundamentos del modo de vida imperial, sobre

todo en aquellas metrópolis capitalistas y países periféricos que no disponían de petróleo propio. Y más allá de ello, los gobiernos y movimientos de liberación en el Sur global seguían politizando la apropiación desigual de la naturaleza. Se trataba, especialmente, de los precios de las materias primas, que fueron considerados demasiado bajos e inestables en aquel entonces y por los cuales era más difícil para los países liberarse de la dependencia neocolonial. Otros grandes temas sociopolíticos y científicos fueron el papel de las empresas transnacionales y la disposición de tecnología y espacios para desarrollar procesos independientes de industrialización (Altwater y Mahnkopf, 1996: cap. 7; Zinn, 2015). Todo esto formó parte del debate alrededor de un Nuevo Orden Mundial, en el cual los países recién descolonizados a principios de los años 70, en el marco de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés), exigieron que se superaran las antiguas dependencias. Este reclamo tenía un núcleo político democrático: se trataba de controlar y utilizar los recursos de manera “justa”.

La problemática del modo de vida imperial se intensificó en la medida que en 1970 la extracción de petróleo en los Estados Unidos alcanzó sus niveles más altos, con 3.8 mil millones de barriles. Sin embargo, debido a que los recursos se fueron agotando, bajó a 2.1 mil millones de barriles en 2008. Como el gasto de petróleo había aumentado de una tercera parte en el período mencionado, el país se volvió más dependiente de las importaciones. En algunos países, como Alemania occidental, se introdujo la iniciativa de los Domingos sin Automóvil porque se esperaba una escasez de petróleo. En Austria, por su parte, se pretendía reducir el tráfico permitiendo circular solo a la mitad de los automóviles algunos días, dependiendo de si el número de placa era par o impar.

En algunas sociedades, movimientos ecológicos y sociales de diferentes intensidades cuestionaron el predominante pensamiento progresista lineal y nocivo para el medio ambiente. El movimiento ecologista surgió independiente de otros movimientos de protesta, como el movimiento estudiantil, feminista o el movimiento de solidaridad, aunque, en el transcurso de los años 1970 se convirtió

en una parte fundamental de los nuevos movimientos sociales en los países centrales. Con la fundación del Bundesverband Bürgerinitiativen Umweltschutz (la Asociación Federal de Iniciativas Ciudadanas para la Protección del Medio Ambiente, BBU, por sus siglas en alemán), se había creado en Alemania occidental un centro de coordinación importante, y los grupos tradicionales de protección medioambiental que ya existían desde el siglo XIX se abrieron políticamente. Además, se crearon nuevos grupos, como Friends of the Earth International en 1969, que se había separado del más conservador Sierra Club, el National Resource Defense Council (1970), Greenpeace (1971), la Sea Shepherd Conservation Society (1977) y, en 1975, el Bund für Umwelt und Naturschutz in Deutschland (Liga para la Protección del Medioambiente y de la Naturaleza en Alemania, BUND, por sus siglas en alemán). El movimiento de solidaridad criticó las estructuras económicas y políticas desiguales que, en muchos países, hicieron surgir regímenes abiertamente represivos.

Entonces, en los años 70 se cuestionaron de múltiples maneras las orientaciones, las formas de actuar y las instituciones fordistas, se probaron formas alternativas de vida y se hizo énfasis en el valor de la cooperación y la comunicación. Del rechazo del régimen fordista disciplinador y de la búsqueda por experimentar alternativas surgieron nuevos estilos de vida y formas de flexibilidad y movilidad.

Sin embargo, esta ventana histórica se cerró cuando el neoliberalismo se convirtió en un remedio para enfrentar la crisis. Por un lado, se integraron varias alternativas en el sentido de una modernización del capitalismo, incluso, se volvieron una fuerza productiva del capitalismo en reconstrucción. A consecuencia de la crítica a los modelos disciplinadores del trabajo y la vida fordistas por grupos contraculturales, se exigió tener la posibilidad de organizar la vida y las prácticas cotidianas de forma más libre. Estas prácticas cotidianas, por su parte, fueron integradas en el capitalismo neoliberal que estaba en proceso de formarse, con su disolución de los límites del trabajo y la creciente autodisciplina y autooptimización. “Los movimientos anticipan la conciencia capitalista para la necesidad

de un cambio de paradigmas y dictan su forma y proceso” (Hardt y Negri, 2002: 286).¹

Por el otro lado, en la crisis de aquella época se mostró la función estabilizadora del modo de vida imperial: debido al aumento de la inseguridad y el desempleo y, más adelante, de la competencia entre los asalariados, la estratificación social y la reducción de los servicios sociales, el modo de vida imperial garantizaba que se incluyeran en el modelo de desarrollo a estratos sociales más o menos amplios y con ello a los compromisos sociales. Además, se logró mantener los costos de la reproducción en un nivel relativamente bajo.

En retrospectiva, la respuesta a la crisis del fordismo desde los años 1980 era lo que más tarde fue denominado “globalización neoliberal” y que desembocó en una enorme expansión del capitalismo y del acaparamiento de tierras, así como en una creciente competencia a nivel intrasocial, económico global y geopolítico (Altvater y Mahnkopf (1996). Con la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética en los años 1990, este desarrollo vivió un segundo impulso, seguido por un tercero: el auge espectacular de los países emergentes como China desde finales de los años 1990 y la dinámica de crecimiento de aquellos países que se financiaron a través de la exportación de materias primas y que vivieron durante diez años, de 2003 en adelante, un boom de los precios y de la demanda sin precedentes en la historia.

En esencia, la globalización capitalista es resultado y parte de una estrategia de las fuerzas dominantes para restablecer la rentabilidad del capital. Los medios centrales para lograrlo fueron la reconstrucción y la profundización de la división internacional del trabajo, la disminución de las restricciones comerciales, la liberalización de los mercados financieros, las privatizaciones, la limitación de las funciones sociopolíticas del Estado, menor seguridad y una mayor precarización de una parte de los asalariados que provocó su división y debilitó a los sindicatos. En muchos países del Sur global que

¹ Véase Boltanski y Chiapello (2003). Sobre la reciente revaloración del trabajo afectivo, véase Penz y Sauer (2016: cap. 5).

estaban endeudados y dependían de créditos internacionales, se impusieron los así llamados programas de adaptación estructural. John Williamson (1990) acuñó el término “Consenso de Washington” para referirse a las políticas impulsadas por el gobierno de los Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

La división internacional del trabajo cambió porque empresas industriales en los centros capitalistas trasladaron parte de su producción intensiva, como la producción textil, a países del Sur global (Fröbel *et al.*, 1977). De esta manera se reestructuró el acceso a la mano de obra, pero también a la materia prima y al mercado global. También contribuyeron en parte las políticas liberales de inversión y comercio, y una desregulación de los mercados de materias primas y producción, así como la fundación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) a mediados de los años 1990 y más tarde, a nivel europeo, el Tratado de Lisboa.

En el debate crítico se olvida a menudo que la globalización capitalista en los centros se basa en un compromiso entre las élites y los subalternos, en particular, las clases medias, que implica en esencia otra profundización del modo de vida imperial. Este compromiso es aceptado e incluso aprobado por la mayoría de las personas porque implica posibilidades materiales de consumo. A pesar de que unas minorías y movimientos sociales lo han cuestionado en repetidas ocasiones, el modo de vida imperial es ampliamente aceptado en el Norte global.

La profundización del modo de vida imperial en el Norte global

En los países de industrialización temprana, los patrones de producción y de consumo no solo sobrevivieron a la crisis económica de los años 1970, sino que, incluso, se intensificaron. Debido a la globalización, aumentaron la producción, la distribución y el consumo de productos industriales baratos y se expandió la agricultura industrial.

A pesar de que, por ejemplo, el gasto total de recursos de la Unión Europea se mantuvo desde mediados de los años de 1980

en el mismo nivel elevado, se incrementó no solo el porcentaje de las importaciones que este gasto incluye, sino también el “mochila ecológica” de las importaciones que se genera en los países exportadores del Sur global.² El “intercambio ecológicamente desigual” se expresa en la medida que provee a las economías del Norte global de materia prima barata y, de esta forma, contribuye a que los costos de la reproducción de mano de obra se mantengan en un nivel relativamente bajo.

Sin embargo, la explotación de recursos naturales también se da en el mismo Norte global. Por ejemplo, en los Apalaches estadounidenses se sustituye la minería convencional –que ya de por sí es problemática desde el punto de vista ambiental– por la minería de remoción de cima (*mountaintop removal mining*), lo cual significa que se dinamitan las cimas de las montañas para tener acceso a los estratos carboníferos. Los escombros se desechan en valles y destruyen los ecosistemas de los ríos a lo largo de 1900 kilómetros. En Alberta, Canadá, en una superficie de 150.000 kilómetros cuadrados (casi dos veces el territorio de Austria) se sospecha un yacimiento de arenas de alquitrán equivalente a un volumen de 179 mil millones de barriles de petróleo extraíble. Esto convierte a Canadá en el país más rico en petróleo a nivel mundial (Braune, 2014; Wagner, 2013).

La profundización del modo de vida imperial en el Norte global se observa también en los recursos de la “era de la información”, de la cual se esperaba una “desmaterialización” o una “virtualización” de la economía. Los llamados metales de tierras raras, como los que se extraen en China bajo condiciones que presentan un riesgo muy alto para la salud y el medio ambiente, son ejemplo de ello (Bäuerle *et al.*, 2011). Tan problemática como la producción es la basura en que se convierten los aparatos eléctricos cuando dejan de funcionar: dos terceras partes de los aparatos en la Unión Europea no se desechan de forma adecuada. A pesar de que existan leyes

² Wuppertal Institut für Klima Umwelt Energie (2005: 68 y ss.). La “mochila ecológica” se refiere al volumen total de recursos usados para la producción de un artículo, descontando el volumen propio del producto.

que prohíben la exportación de chatarra electrónica, esta encuentra muchos caminos para llegar a países como Ghana o China. Así llegan cada año millones de toneladas de chatarra electrónica, vía Hong Kong a Guiyu, en la China continental, que se encuentra a una distancia de 250 kilómetros. Ahí, el 80 por ciento de la población, en gran parte trabajadores temporarios, trabaja sin ningún tipo de protección de salud en el reciclaje: rompen los aparatos con sus propias manos. Para identificar las tarjetas de plástico, “los trabajadores las queman sobre la llama de un encendedor, las clasifican por el olor que suelta el plástico quemado y las depositan en diferentes recipientes. A menudo, son menores de edad que realizan este tipo de trabajo y que día tras día inhalan el humo tóxico”, relata Dannoritzer (2015: 89).

La base fundamental del modo de vida imperial es la expansión de la agricultura industrial que va acompañada del acaparamiento de tierras y expropiaciones, aumenta el poder de las empresas de la industria agroalimentaria y requiere de cada vez más *input* energético. La expansión, como parte de un patrón según el cual el aumento en el consumo de carne significa un aumento del bienestar, va acompañada de la cría intensiva de animales y de los grandes problemas éticos y ecológicos que esta implica. En el año 2012, a nivel mundial se mataron 65 mil millones de animales para consumo humano y se consumieron en promedio 43 kilogramos de carne por persona; en los países industrializados fueron casi 80 kilos. Para obtener el valor de una caloría de carne de pollo se requiere un *input* de energía cuatro veces más alto, en el caso de la carne de cerdo y la leche se multiplica por 14, para los huevos el factor es de 39 y para la carne de res, dependiendo del alimento que se da a los animales, entre 20 y 40. “Hoy, la energía que se invierte en la producción agraria es más alta que la que se obtiene en forma de alimentos. Una de las causas es la gran cantidad de productos agrarios de alta calidad que se usa como alimento para los animales” (Krausmann y Fischer-Kowalski, 2010: 56). Esta dinámica es impulsada por empresas agrarias, semilleras, farmacéuticas, químicas, alimentarias y de maquinaria industrial; a nivel cultural se manifiesta sobre todo en las cadenas de comida rápida y los supermercados, con un

diseño cada vez más complejo. La política a nivel nacional e internacional garantiza el funcionamiento del modelo. Hoy se consume en el mundo el doble de cantidad de carne que hace dos generaciones, pero, en el mismo período, la población mundial también se ha más que duplicado: en 1961, 3 mil millones de personas consumieron en promedio 23 kilogramos de carne per cápita, mientras en 2011, unos 7 mil millones de personas consumieron en promedio 43 kilogramos de carne. Esto significa, que la producción de carne en el mundo se cuadruplicó de 71 a 297 millones de toneladas (Weis, 2013).

Philip McMichael (2009) habla en este contexto de un “régimen alimentario corporativo” (*corporate food regime*): las grandes empresas agroalimentarias y los supermercados dominan las cadenas globales de producción y distribución. El Acuerdo sobre la Agricultura de la OMC es un instrumento político central de la liberalización de los mercados agrarios y de la extensión del poder de las empresas multinacionales. A diferencia de sus precursores fordistas, el régimen alimentario corporativo está marcado por una fuerte privatización de la investigación agraria; las patentes y la biotecnología se vuelven cada vez más importantes. El ideal establecido a nivel internacional de la seguridad alimentaria se guía por el aseguramiento del suministro de alimentos a la población, en el cual los procedimientos y condiciones de la producción y de la distribución son de importancia secundaria y se oculta el poder de las empresas.

La producción alimentaria corporativa que se encuentra en proceso de globalizarse ejerce presión sobre las prácticas agroecológicas locales de semisubsistencia que siguen alimentando a una mayoría de la población mundial. No obstante, el régimen alimentario corporativo se aprovecha de los bajos costos de reproducción de los campesinos de subsistencia y los compromete en sistemas contractuales. El factor importante aquí es que la producción para el mercado global es la que controla la producción local y la valoriza. Según estimaciones conservadoras en el marco de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés), alrededor de 30 millones de campesinos perdieron su tierra después de la fundación

de la OMC (McMichael, 2009: 154). Los campesinos expropiados se convierten, junto con los trabajadores migrantes sin derechos, en un ejército de reserva para la industria de la agricultura de monocultivo (Boylors y Behr, 2008). En los productos del régimen alimentario corporativo no se notan estas condiciones sociales, económicas, políticas y ecológicas concretas de su producción. Por eso, McMichael habla de “alimentos de ningún lugar” (*food from nowhere*, algunos ejemplos ilustrativos se encuentran en Hartmann, 2015).

En este contexto, “de ningún lugar” no solo se refiere a la procedencia indefinida, sino, en particular, a la invisibilidad intencionada de la destrucción social y ecológica que implica la disponibilidad ilimitada de todo tipo de alimentos, independientemente de la región y la temporada. Esto funciona porque son también las consecuencias de la destrucción que se externalizan en cuanto a la región y el tiempo, es decir, los que disfrutan los beneficios del consumo de los alimentos no las perciben. Las consecuencias para el medio ambiente “apenas se perciben en Europa, tampoco nos damos cuenta de la oscilación de los precios por sequías, inundaciones o el aumento de la demanda de alimentos para los animales. Muchos países del Sur global, en cambio, sí” (Sezgin, 2015: 26). Desde la desestabilización social hasta los conflictos violentos son el lado oscuro del efecto estabilizador y legitimador de la disponibilidad ilimitada de alimentos baratos en el Norte global. El hecho de que esta situación se acepte expresa el racismo estructural y el neocolonialismo que marca las relaciones Norte-Sur.

La profundización del modo de vida imperial en el Norte global mediante un acceso cada vez más abierto a la naturaleza y la mano de obra va acompañada de una intensificación de las actividades de transporte. A nivel mundial, las exportaciones casi se cuadruplicaron: de 5 billones de dólares en el año 1995 a 19 billones en 2014. Entonces, aumentaron mucho más rápido que el producto mundial bruto; es decir, el comercio mundial y sus redes crecieron con una velocidad mucho más alta que la producción global. En este contexto se puede mencionar, a modo de ejemplo, el desarrollo del tráfico internacional de carga, que ha aumentado de

40 millones en 1995 a 120 millones de toneladas en el año 2011 según la Oficina Federal de Estadística de Alemania (2012: 649).

Según cálculos que realizó la Central Federal para la Formación Política en Alemania (BPB, por sus siglas en alemán) con base en diferentes fuentes, las exportaciones mundiales se multiplicaron entre 1960 y 2013 por 17.4 (BPB, 2016a). En cambio, la producción se multiplicó “solo” por 5.7. Hay que destacar que el porcentaje de los productos finales en la exportación total creció por el factor 33, alcanzando el 64.7 por ciento en 2013 (BPB, 2016b). Por consiguiente, lo característico de la globalización no es solo el comercio con productos intermedios, sino, sobre todo, la exportación de los productos destinados al consumo final. El valor de las máquinas (entre ellas el equipo de oficina y de comunicación) y los vehículos o productos relacionados correspondió en 2013 a 32.4 por ciento del valor monetario de la exportación a nivel mundial, seguido por los combustibles, 17.8 por ciento; los productos químicos, 10.9 por ciento; y los alimentos, 8 por ciento (OMC, 2014).

Hasta ahora, la crisis económica reciente apenas marca una caída temporal. En 2009, las exportaciones disminuyeron un 12 por ciento en comparación con el año anterior, para volver a subir en el 2010 a 14 por ciento (OMC, 2015: 14 y ss.). Entonces, la tendencia de la profundización y extensión del modo de vida imperial para enfrentar las crisis capitalistas se mantuvo. Aún no se vislumbra el fin de este desarrollo. El Foro Internacional de Transporte (FIT) (el comité asesor de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OCDE] para el sector del transporte) calcula que el comercio mundial va a crecer entre 2010 y 2050 por 3.4. Este crecimiento se traduce en un aumento del volumen de carga, medido en kilómetros por tonelada, por el factor 4.3.³ Las emisiones de CO₂ causadas por el tráfico internacional de carga

³ El mayor crecimiento del volumen de carga se explica, por un lado, por el cambio esperado en la composición de los productos; por el otro lado, por el aumento esperado de las distancias de transporte por un promedio de 12 por ciento. Se calcula que hasta el año 2050 la ruta del Pacífico Norte que se utiliza para el comercio entre los Estados Unidos y China sustituirá la ruta del Atlántico Norte entre los Estados Unidos y Europa como ruta comercial más importante (FIT, 2015: 75).

casi se cuadruplicarán, según el FIT (2015: 74 y ss.). Las relaciones entre los operadores de transporte se van modificando. Mientras que el porcentaje del transporte en barco, en relación con la producción total de CO₂ del transporte de carga, disminuye de 37 a 32 por ciento, el cargo aéreo aumenta de 7 a 9 por ciento y el transporte por carretera de 53 a 56 por ciento (el porcentaje del transporte en tren se mantiene constante, en 3 por ciento). El aumento en el porcentaje del transporte por carreta refleja el crecimiento esperado del comercio intrarregional, en particular, en Asia y África: para el comercio intraasiático, el FIT espera un aumento del volumen de carga de 400 por ciento, y para el comercio intraafricano incluso de 700 por ciento.

La expansión y la profundización del modo de vida imperial se manifiestan también en el aumento de los viajes en avión, que es la forma de viajar más intensa en cuanto a las emisiones de CO₂. Según cálculos de la federación central de las aerolíneas, la Asociación Internacional de Transporte Aéreo (IATA, por sus siglas en inglés), de 2014 y 2016, el número de pasajeros ha subido de 380 millones en 1970 a 3,5 mil millones en 2015, es decir, fue casi diez veces más alto. No obstante, se observan grandes diferencias regionales: el mayor “segmento de mercado” sigue siendo el de los vuelos dentro de los Estados Unidos, mientras China, India e Indonesia registran el mayor aumento en los últimos años. Al parecer, las tendencias recientes de la economía mundial se ven reflejadas en el transporte aéreo.

El avión experimentó el mismo desarrollo que el automóvil ya había alcanzado entre 50 y 75 años antes: la transición de un medio de transporte exclusivo a un medio de transporte masivo. Sin embargo, no ha perdido su carácter clasista. Uno de los efectos de la profundización de la división internacional del trabajo es que cada vez más personas viajan con frecuencia largas distancias por motivos de trabajo. En muchos casos se trata de empleados con sueldos altos de empresas multinacionales que tienen su domicilio en varias ciudades globales y pasan una gran parte de su vida en aviones y salas VIP en los aeropuertos. Las aerolíneas se adaptan a este desarrollo: “para las masas reducen el confort en los aviones, por ejemplo,

el espacio individual para el pasajero, para seguir impulsando el negocio masivo con precios más baratos que nunca, mientras que en la primera clase se aumenta el confort con más refinamiento” (Wolf, 2007: 302). Además, los aviones privados que gozan de más libertad (por ejemplo, la posibilidad de volar encima de las aerovías, a menudo atascadas, de las líneas aéreas, lo cual les permite avanzar más rápido) están ganando importancia, y empresas como Netjets y Flexjet ofrecen a los viajeros frecuentes más ricos un acceso flexible a aviones privados en muchas partes del mundo (ídem, 303).

Finalmente, el carácter de poder del modo de vida imperial se expresa también en forma de emisiones de CO₂ y, relacionado con ello, en el uso tan desigual de los sumideros. Esto se refleja en las dimensiones ecológicas de la estructura de la economía global, “con un Norte rico que produce la gran mayoría de las emisiones causadas por el transporte aéreo en el mundo y un Sur pobre donde las condiciones materiales de vida hasta ahora han limitado el tráfico aéreo y, con ello, las emisiones contaminantes” (Wolf, 2007: 293).

La generalización del modo de vida imperial

Las cifras del comercio global y del transporte ya indican un desarrollo aún más dramático en sus dimensiones socioambientales que la profundización del modo de vida imperial en el Norte global: la generalización de este modo de vida que va de la mano con el auge de los países emergentes. Desde hace dos décadas se puede observar una dinámica que nos obliga a entender que en la actualidad dos terceras partes de la población mundial se encuentran en el proceso de transición de una sociedad agraria a una sociedad industrial. Mientras en los países industrializados de occidente (Europa occidental, Estados Unidos, Nueva Zelanda, Australia y Japón) se registra una ligera disminución en el uso de los recursos propios entre 2000 y 2010, 28 países asiáticos (sin Japón) duplicaron la extracción de sus recursos en el mismo período en cifras absolutas y per cápita. A esto se suma un fuerte aumento de las importaciones de materia prima, sobre todo de combustibles fósiles (Schaffartzik *et al.*, 2014: 90 y ss.).

Un indicador concreto en este contexto es el uso de la energía, sobre todo, el gasto de combustibles fósiles. El modo de vida con un alto gasto energético y en muchas partes dependiente del petróleo —lo cual en el Norte global desde hace mucho tiempo es la normalidad y está arraigado en la racionalidad cotidiana, en las infraestructuras, las instituciones y las relaciones de poder en la sociedad— se ha ido extendiendo con mucha fuerza, como efecto de diversas estrategias de puesta en valor y de acumulación de capital, en las clases medias y superiores de los países emergentes. Ahí se vuelve el modelo dominante de bienestar, también para aquellos que (aún) no forman parte del modo de vida imperial.

Los impulsores del aumento de la demanda de petróleo son el transporte y la industria petroquímica. Esta última es el mayor consumidor de petróleo en el sector industrial. Atiende, en primer lugar, la demanda de plástico que ha aumentado de manera drástica en los países emergentes. Por otra parte, el aumento de la necesidad de petróleo en el área del transporte se refleja en la extensión de la automovilidad, sobre todo, del uso de automóviles privados en los países emergentes. A nivel mundial, según cálculos de la compañía BP, la cantidad de autos se va a duplicar: de 1.2 mil millones en 2015 a 2.4 mil millones en 2035. El crecimiento esperado ocurre casi exclusivamente en las economías emergentes de los países que no son miembros de la OCDE, cuya flota de automóviles podría triplicarse de 500 millones a 1.5 mil millones. El aumento de la eficiencia energética no compensa este desarrollo. Según BP, en el año 2050 los autos gastarían en promedio un 40 por ciento menos de gasolina que en 2015 (2016: 23). Sin embargo, lo que se ahorra de energía se aniquila por el aumento en la cantidad de automóviles. A esto se suma que, en tiempos recientes, la cantidad de vehículos con un gasto elevado de gasolina, como los *Sport Utility Vehicles* (SUV), ha aumentado de manera significativa. Por esta razón, en China, la intensidad energética de los vehículos vendidos volvió a aumentar en promedio, después de haber estado disminuyendo durante varios años (AIE, 2015b 120 y ss.).

Según cálculos de la Agencia Internacional de la Energía (AIE), en los países que no pertenecen a la OCDE la intensidad del petróleo (es decir, la cantidad de petróleo que se gasta por unidad del PIB) va

disminuyendo. Sin embargo, el PIB crece más rápido de lo que la intensidad del petróleo disminuye, de tal forma que, en cifras absolutas, crece la demanda de petróleo.⁴ El crecimiento más fuerte se espera en Asia y, sobre todo, en la India que va camino a ocupar “el primer lugar en cuanto a crecimiento de la demanda energética” (AIE, 2015b: 72). En cambio, China, que entre 2005 y 2015 fue responsable del 60 por ciento del crecimiento global del gasto de petróleo, está entrando en una fase de menor intensidad energética, lo cual solo significa que disminuye el crecimiento de la demanda. En cifras absolutas se espera en China un aumento de la demanda de petróleo en el período de 2014 a 2050. Por consiguiente, ambos Estados se volverían más dependientes de la importación de petróleo AIE (2015: 115 y ss., 146); *cf.* BP (2016: 13).

Lo anterior tiene implicancias socioambientales importantes: supongamos que en 2050 la población mundial crece a 8,5 mil millones y gasta tanta energía per cápita como hoy se acostumbra en los países industrializados, entonces el gasto energético en el mundo se triplicaría hacia mitad de siglo (Haberl *et al.*, 2011; Schaffartzik *et al.*, 2014). Sin embargo, debido al gasto de recursos y el uso excesivo de los sumideros que esto implica, el nivel actual ya es demasiado alto para poder controlar fenómenos como el cambio climático o la pérdida de biodiversidad.

En los años 1980, el auge espectacular de los llamados “países emergentes” que se inició a mediados de los años 1990 era poco previsible. En 1980, la población de los países industrializados (las “economías avanzadas”, según el FMI), que equivalía a un cuarto de la población mundial, generó aproximadamente el 70 por ciento del producto global bruto y disponía de la capacidad económica correspondiente. En 2013, en estos países vivía solo el 17 por ciento de la población mundial y generó más o menos la mitad del producto global bruto.

En el marco de este auge económico de los países emergentes como China, la India o Brasil, las crecientes clases medias y altas en estos

⁴ Entre 2000 y 2014 se registró un crecimiento alrededor del 62 por ciento y para el período entre 2014 y 2040 la AIE espera un crecimiento del 48 por ciento (AIE, 2015b: 115 y ss.).

países practicaban más y más el modo de vida imperial: el *American way of life* con transporte individual, alimentación rica en carne y bienes de consumo intensivo en gasto de recursos. Esto se puede interpretar también como resultado de las luchas sociales, como en Brasil, donde estas luchas llevaron al Partido de los Trabajadores al poder, cuya política permitió a muchas personas ascender socialmente. Aunque los criterios para definir quién forma parte de la clase media son controvertidos.⁵ Según la OCDE, “en 2009, más de 1.85 mil millones de personas pertenecieron a la clase media global, lo cual corresponde a un cuarto de la población mundial, del cual 644 millones viven en Europa, 525 millones en Asia y el Pacífico, 338 millones en Norteamérica, 181 millones en América del Sur y América Central, 105 millones en el Oriente Medio y África del Norte y 32 millones en África subsahariana” (Popp, 2014: 34). El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2013) espera que a nivel mundial las clases medias crecerán de 1.8 mil millones de personas en el año 2009 a más de 3.2 mil millones en 2020 y casi a 4.9 mil millones en 2030. La mayor parte de las personas (más de 3.2 mil millones) vivirá en Asia. Sin embargo, no se puede decir con seguridad si esta tendencia tendrá en primer lugar a China o en la India.

A nivel general, y en relación con el modo de vida imperial y su carácter hegemónico, es suficiente determinar para la clase media que se trata de la posibilidad de una vida confortable desde el punto de vista material.

Esto implica el aprovechamiento de ofertas educativas y culturales, una situación laboral estable, condiciones aceptables de vivienda, así como servicios médicos y un seguro para la tercera edad adecuados [...]. La clase media global es urbana, tiene acceso a todos los medios de comunicación y dispone de un vehículo. Esta nueva clase media global es muy visible en las ciudades del mundo, consume productos internacionales y vive un estilo de vida internacional”. (Popp, 2014: 32, 36)⁶

⁵ Sobre los problemas de calcular y comparar las clases medias *cf.* Popp (2014: 33 y s.), OIT (2013: 32).

⁶ Véase Kharas (2010).

No obstante, hablar de clases o estratos medios globales es muy general, ya que los nuevos estratos medios de los países emergentes son más comparables a aquellos en los centros capitalistas antes del fordismo y del desarrollo de los Estados sociales. Las personas que forman parte de las clases medias en los países del Sur global son vulnerables “ante los riesgos como enfermedades o desempleo. En caso de un choque económico fácilmente pueden caer en la pobreza por la falta de sistemas sociales que las protejan. Una gran parte de las personas que pertenecen a las nuevas clases medias, al mismo tiempo son aquellas que lograron aumentar el nivel de ingresos y, sin embargo, no están lejos del umbral de pobreza” (Popp, 2014: 32). Debido a que los países en que viven tienen pocos rasgos de un Estado social y a la inseguridad económica, forman parte del así llamado grupo flotante (*floating group*), es decir, viven un poco por encima del umbral de pobreza y siempre están en riesgo de caer en ella. Según la Organización Internacional del Trabajo (2013: 36) –que tiene un concepto mucho más amplio de las clases medias que la OCDE y el PNUD– en 2010, alrededor de 1.9 mil millones de personas formaron parte de este grupo.

Una característica de las clases medias en los países emergentes que a menudo no se toma en cuenta es que no solo consumen más y por ende gastan más recursos, sino que en determinadas circunstancias son capaces de expresar más la necesidad que tienen de educación, seguridad social y física, así como de participación política y cultural, al igual que las clases populares (Popp, 2014: 36 y s.). En un plazo mediano, esta dimensión podría ser una base importante para politizar el modo de vida imperial que, aparte de los problemas ecológicos, deja a muchas personas en una situación de inseguridad existencial (lo cual podría pasar, por supuesto, también por medio de las clases populares).

Las nuevas clases medias también están conscientes de que los países que apenas alcanzaron un bienestar material, o que lo lograron muy tarde, están más afectados por las consecuencias de la crisis ecológica. Aparte de los efectos inmediatos como la contaminación del aire o del agua como “daño colateral” del desarrollo

retrasado, hay factores como la falta de recursos financieros para la adaptación al calentamiento global que contribuyen a generar esta situación de desigualdad (Dietz y Brunnengraber, 2008). No obstante, las clases medias urbanas en los países del Sur global (y más aun, las clases altas) tienen una ventaja: las consecuencias dañinas de la extracción de recursos y de la agricultura de monocultivos les afecta mucho menos que a los trabajadores y campesinos. Al mismo tiempo, se benefician mucho más de las ganancias de la venta de los recursos en el mercado global.

Industrialismo y formación de una clase media en China

China, como nuevo centro de la acumulación capitalista, es el mejor ejemplo del acaparamiento de tierras y la expansión capitalista. A través de un proceso de industrialización impresionante, se ha convertido en el segundo poder económico en el mundo, después de los Estados Unidos. El capitalismo chino es asegurado por un partido único y un Estado autoritario (Hung, 2009), y en los últimos 30 años la economía creció en promedio casi un 10 por ciento cada año (Dietz y Brunnengraber, 2008).

Algunas pocas cifras demuestran la importancia socioeconómica y ecológica de este desarrollo: en el año 2014 se produjeron a nivel mundial cuatro mil millones de toneladas de cemento, de los cuales el 58 por ciento fueron producidos en China, buena parte de esto para la urbanización del país. Con 7 por ciento, la parte de la India en la producción de cemento fue mucho menor, sin embargo, estuvo por encima de la parte europea. También en 2014, China produjo 820 millones de toneladas de acero. Esta cantidad corresponde más o menos a la mitad de la producción mundial. En comparación, en la Unión Europea se produjeron 170 millones y en los Estados Unidos 88 millones de toneladas. En relación con el año 1990 (66 millones de toneladas), la producción en China ha aumentado en diez veces, de acuerdo con la World Steel Association (2015). Hoy, China es, con mucha diferencia, el mayor consumidor de carbón del mundo. En 2013, el país requirió 2.9 mil millones de toneladas de carbón, casi el doble que todos los países de la

OCDE juntos. En relación con el año 2000, la demanda de carbón de China se ha casi triplicado. Sin embargo, la tasa de crecimiento de la demanda de este producto en ese país está disminuyendo y a partir de los años 2030 se espera un descenso absoluto de su consumo, según la AIE (2015b: 278).

Además, China es ahora el mayor productor de automóviles en el mundo. La mayor parte de la producción está destinada al mercado nacional, además de que China compra la sobreproducción de otros países. En el año 2015 se produjeron a nivel mundial 68,5 millones de automóviles, más de 21 millones de ellos en China.⁷ El Estado chino obliga a los productores de automóviles internacionales a hacer *joint ventures* con fabricantes estatales de China. Estos productores están en la cima de la pirámide de proveedores. En particular, los pequeños proveedores al final de la cadena del valor agregado tienen malas condiciones laborales y a menudo una organización represiva y “déspota” con respecto al mercado, porque están expuestos a una fuerte competencia y a fluctuaciones de la demanda por los productores finales, como consignan Lüthje y McNally (2015) y Zhang (2015).

La expansión del capitalismo chino se basa en una enorme mercantilización de mano de obra y de la naturaleza la cual tiene, sin embargo, algunas restricciones políticas: la tierra urbana para construcciones hasta ahora solo se puede arrendar por un máximo de 70 años, después se convierte otra vez en propiedad del Estado. En el caso de la mano de obra se trata, en particular, de más de unos 280 millones de migrantes laborales del campo que van a los centros industriales urbanos y trabajan con pocos derechos sociales y en condiciones laborales inestables (y cambian con frecuencia el trabajo y el lugar de residencia). Muchos quieren migrar del campo a las ciudades porque ahí (aparentemente) se les ofrece la oportunidad de una vida independiente en términos económicos y con posibilidades de ascender.⁸ Sin embargo, en muchos casos, los migrantes

⁷ 7,8 millones en Japón, 5,7 en Alemania, 5,7 millones en los Estados Unidos y 5,7 millones en Corea del Sur (OICA, 2016).

⁸ “Aspirar a la libertad, yendo a vivir a la ciudad para buscar un trabajo industrial

mantienen un vínculo con su lugar de origen a donde regresan para las fiestas o en tiempos de crisis personales o económicas. La primera generación de migrantes, incluso, vivía en parte de lo que ellos mismos cultivaban, lo cual ya no es el caso de la segunda y tercera generación (Pun y Lu, 2010: 49 y ss., 504 y ss).

A pesar de la industrialización masiva, China mantiene hasta ahora el estatus de un país semiperiférico: tiene su propia base tecnológica y cuenta con empresas de alta tecnología. Sin embargo, una parte de las industrias se encuentran al final de las cadenas globales de valor agregado y son proveedores de los productores de bienes de consumo en el Norte global que le dan al modo de vida imperial sus nombres de marca conocidos (Schmalz, 2017). A pesar de que hay procesos de reestructuración en las industrias más integradas en el mercado global (sobre todo en la industria automotriz y en el área de las tecnologías de la información) para crear más plusvalía en China y enfrentar los problemas sociales y ecológicos, hasta el momento este objetivo solo se ha logrado en parte, como exponen Lüthje y McNally (2015). Asimismo, Huan (2008) y Schmalz (2017) indican que la base del capitalismo chino siguen siendo los salarios bajos y las malas condiciones laborales, grandes diferencias en los ingresos, un consumo alto de energía, poca eficiencia energética y un alto grado de contaminación ambiental, en particular, del aire.

Según estimaciones de la OIT, en la primera década del nuevo siglo, la clase media en China ha crecido en 100 millones de personas (en la India en 15 millones). China ya es el país con el mayor volumen de ventas en el comercio al por menor a nivel mundial y con la segunda flota de automóviles más grande (después de los Estados Unidos). El número de automóviles aumentó de 15 millones en el año 2003 a unos 50 millones en el año 2009 y hasta 123 millones en el año 2014. Y también se registra un crecimiento

[*dagong*] es el anhelo común de los trabajadores en el campo, un anhelo que fue creciendo de generación en generación [...] En China, el proceso de la proletarianización sigue una dinámica propia. Nace del fuerte deseo de las personas de ser libres a través del *dagong*, en el contexto de un gran contraste entre el campo y la ciudad, el cual, por su parte, es el resultado de la industrialización impetuosa y el período de reformas” (Pun y Lu, 2010: 500).

importante en la clase alta con su tendencia a presumir los símbolos de estatus como departamentos, casas y autos. Se calcula que el 40 por ciento de los bienes de lujo a nivel mundial en el año 2014 fueron adquiridos por chinos (Ming, 2015).

Con cierto sarcasmo, Ming llama la atención sobre un desarrollo que se observaba en China:

En 1995 el Ministerio de Construcción de Maquinaria de China anunció un programa para el desarrollo del automóvil familiar. En consecuencia, los ciudadanos urbanos más acomodados presionaron a las administraciones para prohibir la circulación de las populares motocicletas “por motivos de protección del medio ambiente”. En 2003, fueron las bicicletas eléctricas las que se convirtieron en objeto de preocupación por el medio ambiente: también fueron prohibidas. [...] Hasta 2006, los vehículos con una cilindrada menor a un litro no tuvieron permiso de circular. En muchos lugares ni siquiera se autorizó la tenencia de un coche pequeño. (idem: 33)

Con la industrialización atrasada, aumenta la necesidad de externalizar los costos ecológicos, de forma similar a lo que ocurre en el Norte global. En cifras absolutas, ya en 2006 China superó a los Estados Unidos en cuanto a las emisiones de CO₂ relacionadas con la generación de energía. En el año 2014, las emisiones de CO₂ per cápita sumaron en China 6.2 toneladas (una parte de las cuales está destinada al consumo en el Norte global). Según el enfoque del WBGU esto está muy por encima de la cantidad que corresponde a cada ciudadano entre 2010 y 2050 (2.7 toneladas). En este sentido, China se encuentra desde hace mucho tiempo en una etapa de desarrollo en que utiliza los sumideros de CO₂ de la Tierra en exceso, igual que los países del Norte global. Sin embargo, las emisiones per cápita siguen estando dos terceras partes por debajo del promedio de las emisiones per cápita de los países de la OCDE. En comparación, la India (que en cifras absolutas ocupa el cuarto lugar después de China, los Estados Unidos y la Unión Europea, en cuanto a las emisiones de CO₂ relacionadas a la generación de energía) produce per cápita solo 1.6 toneladas, es decir un cuarto de la cantidad que emite China y una décima parte de las emisiones de los Estados Unidos, como muestran los datos de la AIE (2015a: 28).

Otra dimensión de la externalización consiste en el hecho de que una parte de las “industrias sucias” de la costa oriental en auge fue trasladada al centro y al oeste de China o incluso a países del sureste asiático y a la India, y que China se ha convertido en un actor importante en la lucha por la materia prima, por ejemplo, en el continente africano.

Las condiciones sociales y ecológicas y las consecuencias del modelo de industrialización chino se convierten cada vez más en un problema. En los últimos años, los conflictos sociales han aumentado de manera notable. Al parecer, después de las experiencias dolorosas y traumáticas de la primera generación de migrantes laborales de los años 1980 y 1990, dadas las condiciones deplorables para trabajar y vivir (en los sectores líderes como la industria electrónica y la producción de juguetes, al igual que en otras áreas), muchos de los migrantes que crecieron en las ciudades y que tienen una mejor formación empiezan a sentir rabia y están dispuestos a luchar e, incluso, van adquiriendo experiencia con las huelgas y paros (Pun y Lu 2010; Fuchs 2015). Con respecto a las condiciones ecológicas, el hecho de que casi cuatro quintas partes de la población sufren por el smog hace visible la dimensión de los problemas. Por otra parte, con el megaproyecto de la construcción de la represa de las Tres Gargantas para generar electricidad y la contaminación industrial se perdió el 98 por ciento de la población de peces en el Yangtsé, el río más largo de Asia (Ming, 2015). Sin embargo, a pesar de que los problemas ecológicos ya son muy visibles, hay una cifra que indica a qué grado estos se podrían agudizar: con 85 automóviles privados por cada 1000 habitantes en el año 2012, China estuvo aún muy por debajo del Norte global. En Alemania, por ejemplo, circulaban en el mismo año 539 vehículos y en Austria 542 por cada 1000 habitantes (Zhang, 2015; BMVI, 2015).

Desde hace algunos años, los problemas ecológicos ocupan un lugar muy importante en la agenda política del Estado y del partido. En el XVII Congreso Nacional del Partido Comunista de China en el año 2007 se anunció el ideal de una “civilización ecológica” implementando un sistema “cinco en uno” que busca equilibrar

el desarrollo económico, social, ecológico, político y cultural para vincular la modernización con el bienestar (Huan, 2016). En el XVIII Congreso en el año 2012 se presentó una estrategia nacional, registrado en el PNUD (2016b). Las palabras claves “cielo azul, campo verde y agua limpia” indican dónde se ubican los problemas principales de la industrialización brutal. El objetivo es enfrentarlos fomentando la inversión en tecnologías verdes, como las energías renovables, aumentando la eficiencia de la energía y de los recursos, y tomando otras medidas para la protección del medio ambiente. Las leyes de China sobre la protección ambiental son de las más modernas que hay en el mundo, sin embargo, debido a los vínculos estrechos entre las empresas y los cuadros del Partido, a menudo se infringen a nivel local, por lo cual deben ser mejoradas.

De hecho, debido al fuerte crecimiento y expansión del modo de vida imperial, el consumo de recursos, las emisiones y la destrucción del medio ambiente siguen aumentando. Incluso, el cambio de la orientación hacia el mercado interno y el consumo nacional indica más bien una profundización del modo de vida imperial (a pesar del enfoque en el sector servicios) (Brand y Schmalz, 2016). A esto se suma que las clases medias y altas enfocadas en el consumo y el estatus constituyen una base fundamental del poder del Partido Comunista. Además, el gobierno chino y las empresas apuestan por asegurar el abastecimiento de materias primas e impulsan de esta forma la externalización de los problemas medioambientales. Últimamente, el modo de vida imperial (aunque en el caso de China sería más adecuado hablar de un modo de vida “subimperial”) parece ser la solución intermedia con la cual al menos se logran calmar un poco los conflictos sociales. Los próximos años mostrarán (y en qué sentido) si lo atractivo de este modo de vida será socavado por sus propios efectos secundarios destructivos a nivel social y ecológico, y si será desafiado por los movimientos sociales.

Neoextractivismo en América Latina

Las características centrales de una expansión del modo de vida imperial se muestran no solo en el modelo chino de la industrialización

clásica, fomentada por un Estado emergente autoritario, sino también en América Latina, donde en tiempos recientes se observan incluso rasgos de crisis. Alrededor de los años 2003 y 2004 se inició un boom poco previsto en la demanda de materia prima que estaba relacionado, en primer lugar, con la dinámica en países como China y la India. Con ello, se consolidó el modelo de desarrollo del *neextractivismo*, que apuesta por intensificar la extracción, la producción y la exportación de materia prima.⁹ Desde el punto de vista económico, esto implica enormes inversiones de actores de la industria autóctona y extranjera, por ejemplo, para explorar y extraer los recursos minerales y construir la infraestructura necesaria, como carreteras y vías fluviales, abastecimiento de energía, puertos y posibilidades de almacenamiento. En la agricultura se extienden los latifundios y una producción agroindustrial de monocultivos de soja, algodón y caña de azúcar, cada vez más con semillas genéticamente modificadas. En los últimos diez años, la pampa argentina (que antes era conocida como tierra fértil para la ganadería extensiva) ha sido cubierta casi en su totalidad por monocultivos de soja genéticamente modificada de Monsanto, para producir alimento para la producción porcina en China (Svampa, 2012; Brand y Dietz, 2013). También en países como Brasil, la industria se orienta al modelo neextractivista. La producción de semillas, fertilizantes y pesticidas, la construcción de maquinaria para la agricultura y la minería, así como el procesamiento de alimentos, son sectores industriales importantes. Las relaciones del poder político, las estructuras de clases y los conceptos hegemónicos de “proceso” y “desarrollo” están estrechamente vinculados a ello.

El neextractivismo trajo a los países latinoamericanos, entre 2003 y 2012/2014, flujos financieros considerables e imprevisibles (en vista de las crisis económicas de las décadas de 1980 y 1990).

⁹ Cfr. más detallado FDCL/RLS 2012, Brand y Dietz (2014); sobre el ejemplo de Bolivia, Radhuber (2013). El modelo de desarrollo que se ha seguido durante varios siglos en América Latina se puede denominar *extractivismo*, y a la fase a partir de los años 2000/2003 como *neextractivismo*, independientemente de si se trata de gobiernos de la izquierda, de centroizquierda o conservador-neoliberales. En la discusión, a veces se aplica el concepto de *neextractivismo* solo en relación con los gobiernos progresistas.

A pesar de un sistema tributario poco elaborado, los Estados lograron obtener ingresos considerables de la exportación de bienes primarios, que fueron utilizados para combatir la pobreza y mejorar las condiciones sociales.

El punto importante es que, en la fase neoextractivista, un modo de vida como la del Norte global no solo era el ejemplo a seguir, sino que empezó a ser una meta alcanzable para cada vez más personas. Con los altos ingresos de las exportaciones y manteniendo la estructura económica y social existente, se logró un compromiso que conformó a la oligarquía, a los estratos medios y a los pobres. Fue en las clases medias donde se notaba el mayor cambio en el modo de vida: la gente compraba más automóviles y motocicletas, electrodomésticos, aparatos de comunicación de alta tecnología (como objetos de uso y símbolos de estatus); adquirió alimentos costosos y servicios médicos privados; salía más seguido a comer en restaurantes y viajaba. Un indicador para este desarrollo es el incremento del uso de tarjetas de crédito. Maurizio Bussolo, Maryla Aliszewska y Elie Murard (2014: 3) argumentan que, con el aumento de los ingresos medios, se incrementa la demanda de servicios, con las implicaciones correspondientes para el mercado educativo y laboral. La alta tasa de consumo es importante para la dinámica de la economía y se logra mediante el aumento del empleo en el sector público y la estabilización macroeconómica, pero también a través de políticas de redistribución del Estado.

Sin embargo, no se trata de un fenómeno exclusivo de las clases medias. Para el caso de Argentina, Verónica Gago (2015) demuestra que hay un “neoliberalismo popular” que consiste, entre otras cosas, en la financierización de la vida cotidiana de los sectores populares: por ejemplo, las prestaciones sociales del Estado se pagan a través de los bancos. El aumento del consumo, la deuda y la economía informal (incluyendo las remesas de los migrantes y los microcréditos) forman una unidad. Y de esta manera se generan, bajo circunstancias de mucha inseguridad y simplemente para asegurar la sobrevivencia, diversas formas de “empresariado popular” que hacen crecer, por su parte, la economía monetaria.

El modo de vida imperial fomenta una relación específica entre el Estado y los ciudadanos (“ciudadanía a través del consumo” o la promesa de disponer de mayores posibilidades de consumo si se aceptan las condiciones políticas y económicas actuales). A través de las transferencias sociales del Estado, lo que se promete a muchas personas se vuelve realista, aun cuando no tienen un empleo (que sea pagado de manera adecuada). Incluso, Gago (2015) y Blühdorn (2013) analizan que la legitimidad de la democracia se relaciona cada vez más con las posibilidades de consumo.

Debido a que los precios de las materias primas están bajando desde hace varios años, muchos países latinoamericanos han entrado en una crisis económica. Sin embargo, siguen aferrándose al modelo de desarrollo del neextractivismo; incluso lo intensifican para compensar los ingresos bajos (Brand, 2016a). Por dar unos ejemplos emblemáticos, véase: en agosto de 2013, el presidente de Ecuador levantó la prohibición de extraer petróleo en la región del Yasuní¹⁰ y en el país petrolero Venezuela se asignaron 150 regiones para la posible extracción de petróleo a inversores transnacionales (Lander, 2016). Ambas cosas suceden en regiones habitadas por pueblos indígenas y muy sensibles desde el punto de vista ecológico.

Tensiones ecoimperiales

Hemos señalado que las contradicciones socioambientales del modo de producción capitalista son manejables mientras sea posible externalizar sus costos a regiones no capitalistas o países capitalistas menos desarrollados y valorizar la mano de obra bajo condiciones miserables. El Norte global se ha beneficiado de esta situación durante mucho tiempo. Se apropió de los recursos del Sur global y le regresó

¹⁰ El ejemplo del Parque Nacional Yasuní muestra la dimensión internacional de la extracción de materia prima: en 2007, el gobierno de Ecuador declaró su disposición de abstenerse de la explotación del petróleo en el Parque Nacional Yasuní, bajo la condición de que los financieros extranjeros le pagaran una indemnización de 3.6 mil millones de dólares, más o menos la mitad de los posibles ingresos por la venta del petróleo. La iniciativa fue rechazada en 2013 por falta de disposición de la comunidad internacional de Estados a pagar (Acosta, 2015).

parte de los residuos y emisiones que generan la producción industrial y el consumo. De esta forma evitó muchas de las consecuencias socioambientales del propio modo de producción. Entonces, el modo de vida imperial del Norte global se basa, desde el punto de vista socioambiental, en la exclusividad: El requisito es que no todas las personas se aprovechen de la misma manera de los recursos y sumideros de la Tierra. Solo de esta forma sus costos se pueden externalizar en cuanto al espacio y al tiempo. Siguiendo la teoría imperialista clásica se podría decir que el capitalismo desarrollado necesita un exterior no capitalista o al menos uno que sea menos desarrollado para que no fracase por sus contradicciones ecológicas.

Con la generalización del modo de vida imperial disminuye esta posibilidad de externalizar los costos que desde los inicios de la industrialización han existido y que son de carácter constitutivo para el capitalismo. Cuanto más se industrialice el Sur global y se intensifique el modelo de desarrollo neoextractivista más alta será la cantidad de países que tengan que externalizar sus costos socioambientales y se conviertan en competencia del Norte global, no solo desde el punto de vista económico, sino también ecológico.

No es casualidad que el debate sobre los límites planetarios (*planetary boundaries*, como lo refieren Rockström *et al.*, 2009) se dé en un tiempo en el cual la generalización de los patrones de producción y de consumo basados en energías fósiles está a punto de rebasar los “límites del crecimiento”, ya no solo en cuanto al consumo de recursos, sino también en cuanto al uso de los sumideros. Resulta que, en el momento de su generalización, el modo de vida imperial (requisito y modo para la posibilidad de manejar las contradicciones socioambientales del capitalismo) *agudiza la crisis*. Esto genera tensiones ecoimperiales entre los países del Norte global, así como entre estos países y los poderes emergentes del Sur global. Entonces, el modo de vida imperial implica el riesgo de que las relaciones internacionales se vuelvan cada vez más conflictivas y violentas. Este riesgo aumenta en la medida en que, a causa de cambios geopolíticos y económicos, se empiece a cuestionar el derecho exclusivo del Norte global de explotar los recursos humanos y naturales y utilizar los sumideros.

Los movimientos migratorios actuales pueden verse también en este sentido. Son una respuesta a los conflictos inducidos por el modo de vida imperial y su generalización, con la cual los afectados intentan asegurar su sobrevivencia y participar del bienestar del cual hasta el momento solo tuvieron que cargar con los costos.

Las tensiones ecoimperiales se manifiestan, también, en las discusiones políticas en torno de la pregunta por cuánto por ciento tiene que bajar cada país sus emisiones de CO₂. En la Cumbre Climática de Copenhague en 2009, los países no lograron llegar a un acuerdo en esta cuestión (Wissen, 2010). Sobre todo los Estados Unidos y China, representantes de la competencia entre el Norte global, que pasó por la fase de la industrialización más temprano, y los países emergentes del Sur global; además, los países con las emisiones de CO₂ más altas en el mundo no estaban dispuestos a hacer concesiones considerables. Ambos países pueden continuar con su modelo de desarrollo tan intensivo en cuanto al gasto energético solo si se les permite seguir utilizando en exceso los sumideros de CO₂, y externalizar de esta manera sus costos socioambientales. La situación se vuelve más tensa conforme China ascienda como competidor geopolítico y económico de los Estados Unidos y se agudice el problema de la utilización excesiva de los sumideros de CO₂ debido al aumento de la combustión de petróleo y carbón. Antes de la Conferencia Climática de París en 2015, China y los Estados Unidos lograron llegar a un acuerdo y abrir de esta forma el camino para un nuevo convenio. Sin embargo, lo dispuesto en el Acuerdo de París tiene poca fuerza vinculante. La falta de esta fuerza abre otro campo a nuevos conflictos, cuyo desarrollo y posible solución dependerá, entre otros factores, de si el modo de vida se sigue profundizando y generalizando en el Norte y en el Sur global o si se rechaza.

Automovilidad imperial

El socialismo puede llegar solo en bicicleta.

José Antonio Viera-Gallo¹

Manejar un SUV como estrategia de crisis

En el año 2016, se matricularon alrededor de tres millones de automóviles en Alemania. En el 21.3 por ciento de los casos, se trató de los llamados *Sport Utility Vehicle* (SUV), una combinación entre vehículo todoterreno y auto de lujo, que se suelen utilizar muy poco en el campo y que circulan casi exclusivamente en las calles de la ciudad. Después de la clase compacta (25.2 por ciento), el segundo porcentaje más alto correspondía en 2016 a los vehículos todoterreno. Los coches pequeños ocupaban el tercer lugar con el 14.5 por ciento de las nuevas matrículas. En 2008, las cifras eran muy diferentes. El mayor porcentaje de las nuevas matrículas correspondía a los coches compactos (28.5 por ciento), sin embargo, el segundo lugar lo ocupaban los coches pequeños con el 24.2 por ciento, mientras los vehículos todoterreno alcanzaban nada más un porcentaje del 6.4 por ciento. Entre 2008 y 2017, el porcentaje de los vehículos todoterreno de la totalidad de automóviles en Alemania aumentó de 3.2 a 9.2 por ciento, es decir, se ha más que duplicado. En cifras absolutas, de acuerdo al informe del BMVI (2015: 135 y ss.), se registró un aumento de 1.3 a 9.2 millones de vehículos todoterreno.

¹ José Antonio Viera-Gallo es un político chileno. Fue secretario de Justicia del gobierno del presidente socialista Salvador Allende (1970-1973). La cita se tomó de un libro de Iván Illich (1974).

La demanda de SUV en comparación con la demanda de automóviles eléctricos es impresionante, o bien, preocupante dependiendo desde qué perspectiva se lo vea: en términos estadísticos, a cada persona que compró en 2014 un auto eléctrico en Alemania corresponden 36 que compraron un SUV (Stremmel, 2015).

El boom de los vehículos todoterreno no es un fenómeno exclusivo de Alemania. En 2012, el porcentaje de *Pick-ups* y SUV en los Estados Unidos correspondía al 49 por ciento de las matriculaciones y en China se registraron 36.4 por ciento más SUV en 2014 que el año anterior, mientras que las ventas de automóviles en general se incrementaron solo un 9.9 por ciento. El desarrollo en China es interesante, porque ocho de los diez tipos de SUV más vendidos son fabricados por productores nacionales que, de esta forma, lograron quitar a sus competidores extranjeros participaciones en el mercado. Con la venta de SUV, los productores de automóviles chinos generaron una tercera parte de sus beneficios netos (Dudenhöffer, 2013).²

A través del boom de los vehículos todoterreno y los SUV, el modo de vida imperial y su tendencia a generalizarse se manifiesta de una manera muy ilustrativa. Los SUV son muy intensivos en cuanto al gasto de recursos y a las emisiones. Son “más pesados, tienen una mayor resistencia aerodinámica, tienen un motor más fuerte y por eso gastan por lo menos un 25 por ciento más de combustible que los automóviles convencionales con una parte trasera aerodinámica o escalonada. Un VW Tiguan con un motor diésel de 110 CV emite, por ejemplo, 139 gramos de CO₂ por kilómetro, el VW Golf con un motor diésel de 105 CV, que pertenece a la misma clase, emite solo 99 gramos de CO₂; una diferencia del 40 por ciento” (Dudenhöffer, 2013). Además, debido a su tamaño, los SUV ocupan más espacio público que otros automóviles. Y finalmente, en un choque entre un SUV y un coche pequeño, el riesgo de morir o de sufrir severos daños es mucho más alto para los ocupantes del coche pequeño que para las personas a bordo del SUV. También

² Véase también: There is much to gain in China's SUV market – but for whom?, Forbes, 21 de mayo 2015, <http://www.forbes.com/sites/greatspeculations/2015/05/21/there-is-much-to-gain-in-chinas-suv-market-but-for-whom/#191daff066b1>

para los peatones, el riesgo de sufrir graves daños o heridas que ponen la vida en riesgo es mucho más alto en un choque con un SUV que con un automóvil pequeño, como muestra el análisis de accidentes de los seguros de 2012.

Lo que llama la atención es que la demanda de SUV en el Norte global va aumentando mientras que el porcentaje del transporte individual motorizado en volumen total del tráfico está disminuyendo. En Alemania, este fenómeno se puede observar desde el año 2008, y en otros países europeos las cifras del transporte personal motorizado también están estancadas. En los Estados Unidos están disminuyendo de manera notable desde mediados de la década de los años 2000, tal como explican las entrevistas de Verron (2015:12). Además, es curioso que el boom de los vehículos todoterreno y de los SUV ocurre en una época en la cual la atención pública al tema del cambio climático va aumentando. Por los altos precios (un Volvo XC 90, por ejemplo, cuesta 50 mil euros, para un Audi SQ7 hay que pagar 89 mil y el Range Rover más económico cuesta 97 mil euros) la mayoría de los conductores de SUV cuenta con ingresos relativamente altos. Es decir, las personas que manejan un SUV forman parte de aquellas clases sociales cuyos miembros están relativamente conscientes de los problemas medioambientales.³

A primera vista, no hay ninguna relación lógica entre estos fenómenos. A esta conclusión llega también el reporte del *CAR-Center Automotiv Research* de la Universidad de Duisburg-Essen en Alemania sobre el tema del uso de los SUV. Menciona que “cuando se hacen las compras del fin de semana, las bolsas se llenan, cada vez más, de productos biológicos o de frutas y verduras de la región, y, cada vez más a menudo, estas bolsas terminan en la cajuela de un SUV. Sin embargo, estos últimos no son para nada un símbolo de un comportamiento ecológico, al contrario, son tragadores de gasolina”. No obstante, para el conductor de un SUV, este comportamiento que parece contradictorio desde una perspectiva

³ Acerca de las relaciones entre ingresos, nivel de educación y la intensidad del gasto de recursos y de las emisiones, véase Wuppertal Institut für Klima (2009: 152 y s.) y Kleinhüchelkotten *et al.* (2016).

social sí puede tener una lógica. Como mencionamos arriba, manejar un SUV es más seguro que manejar un coche pequeño, mientras no lo hagan todos. Los conductores de SUV se protegen de la mejor forma posible contra los riesgos de la automovilidad, sin tener que dejar de aprovecharla. Con la compra de productos biológicos contribuyen además a su salud y la de sus familiares. Obviamente, esta conducta no debe generalizarse: desmejora la seguridad y las condiciones de vida de otras personas y socava sus propias condiciones en la medida en que otras personas actúan de la misma forma (por esto se trata de un bien posicional, véase capítulo 2). Sin embargo, es una tendencia que se observa en la automovilidad en general, solo que agudiza el carácter imperial de la última.

Finalmente, con el hecho de que el uso de los SUV y la automovilidad no se pueden generalizar, se manifiesta un conflicto que solo aparentemente fue solucionado con la fórmula conocida del desarrollo sostenible. Según el Informe Brundtland, el desarrollo es sostenible o duradero siempre y cuando satisfaga “las necesidades del presente sin comprometer las necesidades de las futuras generaciones”. Wolfgang Sachs (1997: 99 y s.) ya advirtió hace tiempo que con esta fórmula lo que se ha logrado maximizar “no fue la claridad, sino la posibilidad de ser aprobado”. ¿Se prefiere que el desarrollo sea guiado por el deseo de tener agua, tierra e ingresos seguros o por el deseo de hacer viajes en avión y comprar acciones? ¿Qué satisface las necesidades de supervivencia o de bienestar? Además, ¿se refiere a las necesidades de la inmensa cantidad de pobres o de las clases medias globales de las grandes urbes? Es decir, de ninguna manera hay un consenso sobre lo que es sostenible, sino que es el objeto de conflictos sociales y procesos de negociaciones. Y los conflictos se expresan según reglas que benefician ciertas formas de percibir el problema y dan preferencia a ciertos intereses frente a otros o, incluso, ayudan a crear estas formas de percepción y estos intereses y a convertirlos en normalidad. Estas reglas están profundamente marcadas por las relaciones sociales, en nuestro caso, sobre todo, por las relaciones de género y de la estructura de clases en las sociedades capitalistas que se están manifestando en la omnipresente orientación en la competencia que en las últimas

décadas de neoliberalismo ha aumentado, así como en la estrecha relación entre automovilidad, estatus social, libertad, seguridad y masculinidad.

El SUV es una herramienta para protegerse contra un mundo impenetrable percibido como amenazante: “En el SUV no me puede pasar nada, llego a mi destino de manera segura”, así resume un estudio de la Universidad Duisburg-Essen la percepción de los conductores de este tipo de automóvil (Steger, 2015; *cfr.* Dennis y Urry, 2009: 41). Además, esta percepción se intensifica con el aumento de eventos climáticos extremos como fuertes lluvias, tormentas e inundaciones en tiempos recientes. En este sentido, el uso de los SUV sería una estrategia individual no solo para minimizar los riesgos de accidentes para los pasajeros del SUV, sino también para adaptarse al cambio climático; no obstante, es una estrategia que intensifica el fenómeno al que se está adaptando. Finalmente, podría comprenderse como un escenario secundario de la lucha de clases. El SUV pone a su dueño en una posición intocable, convirtiéndolo así en un medio con el cual la clase media procesa sus “miedos latentes de descenso social” (Steger, 2015).

La subjetividad automóvil

Hay un vínculo estrecho entre la automovilidad y los sujetos formados por las relaciones de clases y géneros. Hay muchos indicios de que la automovilidad genera ciertas subjetividades y viceversa (*Cfr.* Knoflacher, 2014). No está definido de qué tipo de subjetividades se trata porque esto varía dependiendo de las estructuras espaciotemporales específicas que caracterizan a la sociedad.

El conductor del SUV podría comprenderse como la subjetividad automóvil del capitalismo neoliberal. La polarización entre seguridad e inseguridad, así como entre supremacía y subalternidad, que se está agudizando con los SUV en las calles, se corresponde con una creciente polarización social y con la difusión neoliberal de mecanismos basados en el mercado y la competencia en todos los ámbitos de la sociedad. Es más, en vez de simplemente corresponder, el automóvil y la subjetividad de su conductor se

coconstruyen: por sus características materiales, el SUV intensifica las condiciones sociales que cada vez están más marcadas por la competencia y la desconsideración, y al mismo tiempo es producto de ellas. Lo hace en la medida que ayuda a producir la subjetividad correspondiente.

Jan Stremmel, del periódico alemán *Süddeutsche Zeitung*, lo demuestra de forma muy ilustrativa a través de un autoexperimento que realizó con un SUV. Describe los resultados de la manera siguiente:

Después de dos días, el auto me ganó. Estoy recorriendo la autopista A9, carril izquierdo, con alta velocidad, cuando una combi plateada se mete delante de mí. Desde hace tiempo había dejado de mirar el espejo retrovisor. Quien anda a una velocidad de 225 kilómetros por hora no tiene que estar preparado para sorpresas que vienen de atrás. ¿Pero que alguien se me meta a 150 kilómetros por hora en el carril rápido delante de mí? Gruño, aunque no soy gruñón, jalo la palanca para las luces altas, aunque nunca las utilizo. Soy un cabrón despiadado. El auto me ganó. (Stremmel, 2015)

Incluso en los inicios del automóvil, las clases dominantes utilizaban la nueva movilidad para satisfacer sus deseos de libertad a costo de otros. Para la burguesía acomodada, de la ciudad, el automóvil significaba independizarse de los horarios del transporte público y de la red ferroviaria y no estar obligados a compartir el espacio con otras personas (Sachs, 1984: 109 y ss.).⁴ La automovilidad correspondía a la economía política del capitalismo industrial que estaba ganando terreno y que veía la competencia como una forma natural de la interacción humana.⁵ Por consiguiente, los primeros automovilistas se comportaron de una manera desconsiderada e incluso se regodearon con el espanto que causaron en los usuarios de la vía pública sin automóvil.⁶ Según Wolfgang Sachs,

⁴ Cfr. Schwedes, 2014: 21.

⁵ Cfr. Schivelbusch, 2015 (1977): 29.

⁶ Véanse las descripciones ilustrativas en Sachs, 1984: 23 y s.

no sorprende que esta arrogancia ególatra encendiera la rabia del pueblo, además porque fueron los habitantes de los pueblos que tuvieron que pagar por los daños de las calles o de los campos. Y tampoco sorprende que esta rabia se mezclara con un odio entre clases, porque fueron los habitantes acomodados de las ciudades quienes tomaron las calles de los pueblos y las carreteras bajo su capó, para luego desaparecer y dejar a los campesinos atrás con los daños. (1984: 26)

Como es sabido, hoy los conductores de automóviles tienen que comportarse conforme a ciertas reglas. Sin embargo, el problema fundamental sigue presente: “la monopolización de cada vez más calles y espacios para satisfacer las necesidades del automóvil, quitándole el lugar a la vida social y marginalizando a los usuarios de la vía pública que no están motorizados” en palabras de Sachs (1984: 30). La diferencia con la época temprana de la automovilidad consiste en que esto ya no es percibido como un problema. La rabia del pueblo y el odio entre clases ha disminuido, el carácter automovilístico de las ciudades y del campo se ha convertido en una normalidad que ya no se cuestiona. La subjetividad automóvil percibe como natural que los niños no puedan jugar en la calle, donde los coches que ahí circulan representan un peligro y donde los autos estacionados les quitan el espacio; que los ciclistas todavía estén obligados a usar carriles en mal estado o banquetas donde entran en conflicto con los peatones y se ven obligados a andar permanentemente en zigzag por las columnas de anuncios, árboles o parquímetros, y que en los semáforos se amontonen los peatones para dejar pasar una ola de coches, soportando el ruido e inhalando los gases de escape sin quejarse.

Al no tematizar el carácter imperial de la automovilidad en la cotidianidad sigue la aceptación silenciosa de los “efectos externos” que produce a nivel global. A ratos se discute el problema de la intensidad de las emisiones (como en relación con los últimos escándalos de emisiones contaminantes), sin embargo, las condiciones socioambientales para el uso de energías fósiles en motores de combustión interna se aceptan de manera silenciosa.

Y eso, a pesar de que no se trata para nada de problemas triviales. Por ejemplo, el petróleo es motivo de guerras, el acceso a él y las

condiciones de su distribución global son controlados por regímenes autoritarios que cuentan con apoyo económico y militar de parte de los países del Norte global y, además, tanto la extracción como su refinamiento producen enormes costos humanos:

En la extracción y refinación de los combustibles fósiles se contaminan, lastiman e incluso mueren trabajadores y personas que habitan los alrededores de los sitios. De hecho, en la extracción de petróleo, gas y carbón mueren más trabajadores que en todas las demás industrias en conjunto. Las personas de bajos recursos, personas de color y comunidades indígenas son más afectadas por el uso de combustibles fósiles que otros grupos de la población. (Just Transition Alliance, citado en Brie y Candeias, 2012: 13)

El petróleo es el combustible de la automovilidad fosilista, sin embargo, no es para nada el único requisito. Para poder usarlo con un motor de combustión interna, primero es necesario producir ese motor. Lo mismo aplica para la carrocería, el chasis, la caja de cambios, la electrónica y el interior del vehículo. Todos estos componentes necesarios para que el producto final se pueda usar contienen materias primas que, de igual manera, llegan por caminos complejos y destructivos. Las materias primas más importantes son metales como el mineral de hierro, aluminio o cobre. Una catástrofe ambiental que ocurrió el 5 de noviembre de 2015 muestra de manera ilustrativa cuáles son los riesgos relacionados a la extracción de estos metales. Ese día, en la ciudad minera de Mariana, en el estado brasileño de Minas Gerais, se rompieron los muros de dos diques que contenían las aguas negras de una mina de la empresa Samarco Mineração. Varios millones de metros cúbicos de barro con metales pesados (las cifras oscilan entre 20 y 60 millones, lo que corresponde a la capacidad de 12 mil a 24 mil piscinas olímpicas) se derramaron en el valle y enterraron al pueblo Bento Rodrigues, ingresaron al Río Doce (Río Dulce) y lo contaminaron, al igual que la costa atlántica en la zona de su desembocadura. Dieciséis personas murieron de inmediato en lo que se considera el mayor desastre ambiental de la historia de Brasil; centenares de personas perdieron sus casas y cientos de miles de personas se quedaron sin agua. La región afectada es del tamaño del territorio

de Suiza y las consecuencias para la salud y el medioambiente son desastrosas. El Río Doce, que tiene más de 800 kilómetros y que antes tenía peces en abundancia, ahora está prácticamente muerto, los metales pesados del barro entraron a la cadena alimentaria y una gran parte de la diversidad biológica fue destruida. El curso natural del río se interrumpió y el barro, al secarse, se pone duro como cemento, con la consecuencia de que el agua corre demasiado rápido y sin control.

Después de China y Australia, Brasil es el tercer país más importante en la producción de minerales de hierro. En Alemania, desde el cierre de la última mina en 1987, ya no se extrae este metal. La demanda entera de mineral de hierro se cubre a través de importaciones. En 2014, Alemania importó 43 millones de toneladas de mineral de hierro. Aproximadamente 56 por ciento de esta cantidad provenía de Brasil, que es para Alemania el país de origen de mineral de hierro más importante, seguido por Suecia (alrededor de 16 por ciento) y Canadá (15 por ciento), según el informe de la BGR (2015: 79). La industria automotriz es uno de los mayores consumidores finales de materias primas metálicas. Respecto al volumen, el mineral de hierro es la materia prima más importante, porque aproximadamente el 65 por ciento de un automóvil es de hierro y acero. En 2014, el precio del mineral de hierro en el mercado mundial bajó un 28 por ciento.⁷ Los exportadores de la materia prima trataron de compensar las pérdidas con la extensión de la producción. Esto fue lo que hizo el operador de la mina en Mariana: poco antes de la catástrofe aumentó la carga de las presas de forma masiva, la cantidad extraída aumentó casi 40 por ciento; fue una estrategia inundar el mercado, lo que produjo en Mariana el aumento de los residuos mineros, con el efecto de que se inundara la tierra alrededor del sitio (Lessenich, 2016: 12).

La catástrofe de Mariana revela el lado oscuro de las carros lustrosos, que no solo dominan nuestro espacio público de una

⁷ Datos sobre hierro y acero: Kerkow *et al.* (2012: 12). Datos sobre mineral de hierro: BGR (2015: 7).

manera sorprendentemente natural, sino que, además, destruyen las condiciones de vida de las personas en otras regiones y producen un sufrimiento indescriptible.⁸ Tan notable como la catástrofe en sí es lo rápido que desapareció de la memoria colectiva del Norte global. Por un instante apareció en el horizonte de la percepción de la subjetividad automovil. Sin embargo, no logró causar mayor irritación, de tal forma que no desencadenó ningún tipo de reflexión sobre las relaciones entre el modo de vida de aquí y el sufrimiento allá. Stefan Lessenich habla en este contexto de un “deseo generalizado de no saber nada” (2016: III y s.).

Lo anterior se debe entender también ante el fondo de un desarrollo que tuvo lugar en el Norte global durante el siglo XX, durante el cual la automovilidad se convirtió de un fenómeno de clases en un fenómeno de masas. “Los conductores de vehículos motorizados no constituyen una clase particular, sino, debido a la motorización avanzada, ya representan a la masa de la población”, según un manifiesto publicado por el Club Automóvil de Alemania ADAC en 1965.⁹

En los Estados Unidos, Henry Ford abrió el camino a la automovilidad como fenómeno que abarca las diferentes clases con su Modelo T que se fabricó a gran escala con base en nuevos métodos que aumentaron la productividad de manera considerable (sobre todo, a través de la estandarización de componentes, la limitación de la gama de productos y, más tarde, las cadenas de fabricación). En la primera mitad del siglo XX, las industrias automotriz y de acero de los Estados Unidos ascendieron a la posición de industrias clave en las cuales la clase obrera disponía de un alto nivel de poder organizacional. Esta clase utilizó este poder después de la Gran Depresión para establecer derechos políticos y sociales, de los que había sido privada hasta aquel entonces. En este esfuerzo, a la clase obrera la benefició el hecho de que las relaciones políticas en los Estados Unidos (en el marco de la Gran Depresión) habían cambiado a favor de las fuerzas orientadas

⁸ Un estudio sistemático de las violaciones de los derechos humanos y de las devastaciones ecológicas que suceden en los diferentes niveles de la cadena del valor agregado en la producción de automóviles es el estudio realizado por Uwe Kerkow, Jens Martens y Axel Müller (Kerkow *et al.* 2012).

⁹ Citado en Sachs (1984: 96).

hacia las reformas. El *New Deal*, las reformas económicas y sociales puestas en práctica a partir de 1933 bajo la presidencia Franklin D. Roosevelt, así como la política fiscal expansiva de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, sentaron las bases para un boom económico del cual participó la clase obrera de una forma que nunca había sucedido. El uso del automóvil como símbolo para este desarrollo y los nuevos métodos de producción que por primera vez se aplicaron a gran escala en la industria automotriz son la razón por la cual la fase del capitalismo, que se inició en los Estados Unidos en los años de 1930 y en Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial hasta los años 1970, es llamada “fordismo”.¹⁰

En Alemania, o para ser más precisos, en la ciudad de Wolfsburgo, fue Ferdinand Porsche quien se apropió en los años 1930 de los métodos de producción fordistas. Por orden de Hitler y con capital robado del sindicato y trabajo forzado, construyó la fábrica de *Volkswagen* y diseñó el *KdF-Wagen*, llamado así por la organización “*Kraft durch Freude*” (“Fuerza a través del disfrute”), con la cual los nazis pretendieron uniformar las actividades de recreo de los alemanes. Durante el nacionalsocialismo, a partir de 1940, solo se fabricaba el “hermano militar” (Sachs, 1984: 79) de este vehículo: el *Kübelwagen* (“coche cubo”). Sin embargo, después de la guerra el modelo entró a la producción en serie como *Volkswagen* y se convirtió en símbolo del desarrollo de la República Federal de Alemania. Con este nombre, que significa “coche del pueblo”, expresó la idea de una automovilidad para todas las clases sociales en un término concreto. Las estadísticas fundamentan esta idea: de 1960 a 2016, la cantidad de automóviles en Alemania se multiplicó por diez, de 4,5 a 45 millones.¹¹

La paradoja de este desarrollo es que la posibilidad de superar distancias de forma más rápida no significa que se gane tiempo y calidad de vida. Incluso, como mencionó Ivan Illich en 1975, es al revés:

¹⁰ Cfr. Schmidt (2013).

¹¹ Cifras según el informe “Bestand in den Jahren 1960 bis 2016 nach Fahrzeugklassen” (“Cantidad de vehículos en el período de 1960 a 2016 por categorías”) del Kraftfahrtbundesamt (Oficina Federal del Transporte Motorizado de Alemania). Véase <http://www.kba.de>.

El típico hombre estadounidense [...] pasa cuatro de las dieciséis horas que está despierto en la carretera o consiguiendo los medios para mantener el auto funcionando. Esta cifra ni siquiera incluye el tiempo para otras actividades relacionadas al transporte: el tiempo que uno pasa en el hospital, en un juicio por una infracción de las reglas de tránsito o en un taller; el tiempo que se pasa revisando la publicidad de la industria automotriz o para asesorarse para realizar una mejor compra en la próxima ocasión. Casi en todas partes, los costos causados por accidentes automovilísticos y lo que cuesta mantener las universidades funcionando están aproximadamente en el mismo nivel y suben con el producto social. Aún más revelador es fijarse en la cantidad de horas que nos roba el tráfico: el típico hombre estadounidense invierte 1600 horas para desplazarse 7500 millas: esto son menos de cinco millas por hora. En los países sin industria del transporte, las personas logran la misma velocidad y se mueven a donde quieran y no invierten el 28 por ciento sino solo entre un 3 y un 8 por ciento del tiempo que tienen a su disposición para actividades sociales. (Illich, 1974: 26 y s.)

El desarrollo de automóviles cada vez más rápidos y potentes puede entenderse como un intento de minimizar la pérdida de tiempo con medidas tecnológicas y de competencia. Aquel que tiene el dinero para comprar el auto más potente deja a los demás atrás. Sin embargo, como los demás también consiguen coches más potentes, la competencia se repite en un nivel tecnológico cada vez más alto. A partir de un punto determinado, aumentar la velocidad para no perder tiempo, significa un incremento exponencial del riesgo de un accidente. Entonces, la competencia va tomando otras formas: vehículos más altos que parecen tanques satisfacen la necesidad de seguridad de los pasajeros en la misma medida en que representan un peligro para niños jugando, peatones, ciclistas y pasajeros de un auto pequeño.

No solo la velocidad máxima, sino también el equipamiento técnico en el interior del automóvil se convierte en una cuestión de estatus que define, además, quién puede pasar el tiempo perdido en un embotellamiento (causado por un accidente) de la forma más agradable.

En este punto se revela una característica importante de la automovilidad masiva: los principios capitalistas de la competencia

y la maximización del beneficio se absorben por los poros de la vida cotidiana. La “liberación” automóvil de los individuos se convierte en el medio de su subjetivación capitalista: “El automovilismo masivo es la concreción de un triunfo total de la ideología burguesa al nivel de la práctica cotidiana: establece y mantiene la idea ilusoria de que cada individuo puede volverse más reconocido o rico *a costa de todos los demás*” (Gorz, 2009: 53 y s.; *cfr.* Paterson, 2007).

Al mismo tiempo, la movilidad fordista en el Norte global tuvo cierto efecto igualitario, en la medida en que permitía una participación en el progreso social hasta ese momento desconocida para la clase obrera. En la industria automotriz, que ascendió en muchas economías capitalistas desarrolladas al nivel de una industria clave durante el fordismo (Kaufmann, 2011: 16 y ss.), se crearon muchos empleos. Con los ingresos generados en este y otros sectores, que, además, subieron con el incremento de la productividad, los asalariados alcanzaron un mejor nivel de bienestar y llegaron a tener la posibilidad de aumentar su movilidad a través de la compra de un coche propio.

La expansión fordista del automóvil, así como el aumento del bienestar y de la participación social que había hecho posible o, más bien, que simbolizaba, deben haber contribuido a generar una parte fundamental de la subjetividad automóvil. La polarización social que aumentó nuevamente con el neoliberalismo, que se manifiesta en el transporte a través del gesto de superioridad del SUV, hasta ahora no ha afectado para nada esta subjetividad. Al contrario, el aspecto competitivo de la automovilidad masiva que siempre ha estado presente, aparte del efecto igualitario, hace que esta polarización sea percibida como algo normal. Al parecer, sucede lo mismo con la crisis ecológica: la práctica adquirida durante décadas de ignorar el carácter imperial de la automovilidad *no* tuvo el efecto de que se vea como un problema, ni siquiera frente a las perturbaciones a nivel social y ecológico que ha ayudado a producir y que se han vuelto cada vez más visibles en los últimos tiempos.

Movilidad, clase y género

El transporte individual motorizado muestra un alto nivel de compatibilidad con el modo de producción capitalista, por su individualización y la tendencia a estructurar todos los ámbitos sociales según el principio de la competencia. Sin embargo, esto no significa que sea el resultado de la competencia. Más bien, es producto de luchas sociales en que salieron ganando los grupos que manejan capital vinculado al petróleo y al motor de combustión interno, con el resultado de que los sistemas alternativos de transporte (públicos y con propulsión eléctrica) fueron marginados en muchos lugares.

John Urry describe este conflicto para el caso de los Estados Unidos, donde la marginación de sistemas de transporte que no sean automóviles se manifiesta de una forma muy evidente:

Entre 1927 y 1955, General Motors, Mack Manufacturing (camiones de carga), Standard Oil (hoy Exxon), Philips Petroleum, Firestone Tire & Rubber y Greyhound Lines, se reunieron para compartir información, inversiones y “actividades”. Su objetivo era eliminar los tranvías [...]. Estas empresas fundaron varias empresas de fachada, entre ellas National City Lines (NCL). En particular, durante los años 1930, NCL compró, junto con sus diversas sociedades filiales, muchas líneas de tranvías electrificadas. Después, las desintegraron. Al menos 45 ciudades perdieron sus tranvías. La estrategia era cambiar el sistema a favor del transporte motorizado y basado en el petróleo. Los ciudadanos se quedaron sin alternativa al uso de los automóviles y ómnibus basados en petróleo. Esta conspiración a favor del carbono era una violación grave de las leyes Antitrust del gobierno estadounidense. Fue descubierta recién en 1955, con la consecuencia de que las empresas fueron declaradas culpables por infringir la Ley Sherman Antitrust. Sin embargo, las penas a las que fueron condenadas eran menores. La dominancia del automóvil sobre otros medios de transporte finalmente fue considerada natural e inevitable. (Urry, 2013: 77 y s.)¹²

Sin embargo, esto no significaba el fin de las luchas. Con el movimiento medioambiental que emergió en los Estados Unidos a

¹² Véase Wolf (2007: cap. 11).

finales de los años 1960 y las alarmantes descripciones científicas de los problemas referidos al medioambiente y a los recursos naturales, como el informe “Los límites del crecimiento” al Club de Roma, las consecuencias de la automovilidad para la ecología y la salud empezaron a ser politizadas. Cuando en los años 1970 el precio del petróleo subió de manera exponencial por la guerra entre Israel y Egipto y, más adelante, por la Revolución Iraní y, además, la extracción de petróleo en los Estados Unidos llegó a su máximo, se abrió una ventana para reducir la intensidad del carbono que implicaba el desarrollo económico y social. Sin embargo, el plan del presidente Jimmy Carter fracasó cuando fue sustituido por Ronald Reagan a principios de los años ochenta y, además, los precios del petróleo volvieron a bajar (Urry, 2013: 79-96).

El Estado jugaba un papel central en el establecimiento y la normalización de la automovilidad. Pionero en este proceso fue el Estado alemán bajo el régimen nacionalsocialista, que construyó con las autopistas una infraestructura exclusiva para el uso de los automóviles. Después de la Segunda Guerra Mundial se ampliaron las redes de autopistas y carreteras de forma masiva en los Estados Unidos, Alemania y Japón. Tan solo en el período de 1970 a 2006, la red de autopistas en Europa se cuadruplicó. Los medios de transporte sobre rieles, en cambio, fueron abandonados o eliminados de manera sistemática (Wolf, 2007). Hoy los intereses de la industria automotriz están tan profundamente inscritos en los aparatos estatales y los sistemas infraestructurales que, por ejemplo, el gobierno alemán se opone con vehemencia a cualquier intento de la Comisión Europea de obligar a los productores de automóviles a cumplir con estándares más estrictos con respecto a las emisiones.¹³ El escándalo de las emisiones contaminantes en VW no ha cambiado esta situación, a pesar de que justamente esta empresa sería idónea para iniciar la transformación socioambiental de sectores claves de la sociedad, por la ley Volkswagen que garantiza al Estado federado de Baja Sajonia la

¹³ Véase la cronología reveladora de la interacción entre la industria automotriz y el Ministerio de Economía en Ott (2016).

participación y la “minoría de bloqueo” –el derecho de interponer un veto a todas las decisiones importantes de la empresa– (Cfr. Krull, 2015).

El arraigo infraestructural, institucional y subjetivo de la automovilidad no se debe exclusivamente al poder de la industria automotriz, sino también a los intereses de los trabajadores, empleados y sindicatos que ven una transformación fundamental como una amenaza a su poder organizacional (Brie y Candeias, 2012: 17). Podríamos denominar este fenómeno un “consenso automóvil” profundamente arraigado: al parecer, los empleados de la industria automotriz siguen sintiendo una fuerte identificación con la empresa y sus productos. Esto aplica también, o incluso más, en situaciones de crisis cuando los llamados a fortalecer el sentido de comunidad y el espíritu de sacrificio parecen caer en tierra fértil, como ha mostrado el ejemplo de Volkswagen (Krull, 2015). En el caso de VW, se combina una larga tradición de relaciones industriales corporativas que han garantizado durante décadas el bienestar de los empleados y de toda una región, con una disposición a adaptarse inducida por la competencia e intensificada por el escándalo de las emisiones contaminantes, con la consecuencia de que la preocupación por la posible pérdida de empleos no permite que se genere el debate necesario sobre una transformación socioambiental fundamental de la industria automotriz.¹⁴

Más allá de la producción, el carácter clasista de la automovilidad, que parecía haber pasado a segundo plano con la motorización masiva en el Norte global durante la época de posguerra,

¹⁴ Esto a pesar de que, incluso en la industria automotriz, existe una tradición de resistencia que podría servir hoy como punto de partida: en los años 1970 y principios de los años 1980, el Grupo Plakat de Daimler Benz no consideraba la transformación socioambiental de la industria automotriz una amenaza, sino justamente un requisito para conservar empleos (Hoss, 2004: parte II). En un ensayo, Dieter Marcello, un miembro de este grupo, dice: “Si no simplemente exigimos empleo sino cuestionamos el sentido de este trabajo y si los empleados ejercen presión en este sentido, incluso a la *IG-Metall*, ya no tendríamos que elaborar planes sociales [de jubilación anticipada] en los años noventa, sino que podríamos construir productos alternativos para un sistema de transporte alternativo” (Marcello 1980: 53, véase *ig-Metall/Deutscher Naturschutzring*, 1992).

se ha vuelto más evidente. Esto se manifiesta, por un lado, en los tipos de vehículos (aquí el SUV, allá el coche pequeño) y, por el otro, en que las relaciones de clase se revelan en la cuestión de quién tiene y usa un auto. Por ejemplo, en 2008, el 64 por ciento de las familias en Alemania, con un ingreso mensual por debajo de 900 euros, no tuvieron coche propio, mientras el 93 por ciento de las familias con un ingreso mensual entre 5000 y 18 000 euros disponían de dos o más coches (Stieß *et al.*, 2012: 26). El Club de Transporte de Austria (VCÖ, por sus siglas en alemán) ha demostrado que con el ingreso se incrementan también las distancias viajadas en auto. Lo interesante es que el uso del automóvil aumenta en una relación desproporcionada con el ingreso. Desde esta perspectiva, cualquier ampliación o perfección de la infraestructura automotriz u otro tipo de fomento de la automovilidad financiado por el Estado siempre es una política que favorece a los que ya son privilegiados y, por lo tanto, una política que aumenta la desigualdad social (VCÖ, 2009: 9 y s.).¹⁵

El modo de vida automóvil-imperial no solo está arraigado en las relaciones de clase que son, como hemos visto, complejas y muy variadas en sus formas de manifestarse. También se basa en relaciones de género que al mismo tiempo ayudan a crear: para promover la venta de automóviles se manejan motivos sexistas; su diseño se sirve de los estereotipos de género; favorece el desarrollo de una masculinidad hegemónica con componentes de agresividad, violencia y tecnología (Paterson, 2007: 47 y s.) y, en tiempos en que la importancia de la fuerza física va bajando debido a cambios en el mundo laboral, ayudan a “restablecer la masculinidad a través de cuestiones de competencia técnica” (Idem., 134).

Además, la generalización del modo de vida automóvil en el Norte global vino acompañada de un desarrollo urbano orientado en el principio de la separación funcional que inscribió la desigualdad de las relaciones de género en la dimensión espacial. Resulta difícil combinar el trabajo asalariado con el trabajo de cuidados cuando grandes partes de la clase media viven en espacios

¹⁵ Le agradecemos a Bettina Urbank esta reflexión.

suburbanos con poca infraestructura social y trabajan en centros urbanos o industriales, es decir, donde la mezcla que caracterizó durante mucho tiempo a las ciudades ya no existe. Un desarrollo urbano de estas características requiere de una generalización de la automovilidad, ayuda a consolidar una vida cotidiana organizada alrededor del coche y fomenta las formas de división del trabajo específicas del género a costa del trabajo de cuidados. “Los sistemas de transporte se conciben para hombres con un empleo de tiempo completo y ofrecen, en primer lugar, posibilidades de transporte para llegar a los lugares de trabajo remunerado”, mientras son desatendidas las necesidades de movilidad para realizar los trabajos no remunerados, como acompañar a niños o personas mayores, hacer compras, o participar en actividades sociales o culturales, los requisitos infraestructurales para hacer compatible el trabajo remunerado y no remunerado, así como las necesidades de los usuarios de las vías públicas que no siguen un trabajo remunerado, como niños y personas mayores (Bauhardt, 2007: 308).

Adelheid Biesecker, Sabine Hofmeister y Uta von Winterfeld, resaltaron que el modo de producción capitalista depende de una doble externalización (véase capítulo 2): se apropia tanto de la naturaleza como del trabajo de cuidados de una manera que no se basa en los principios del intercambio de equivalentes que determinan la circulación de bienes. O lo hace solo en una forma muy restringida. Además, tiende a imponer sus costos sociales y ecológicos a la naturaleza y al ámbito del trabajo de cuidados (Biesecker y Hofmeister, 2010; Biesecker y von Winterfeld, 2014). En la automovilidad, con su necesidad de recursos, los daños inmensos que causa a los humanos y a la naturaleza y las desigualdades en la relación de género consolidadas por las infraestructuras automóviles, en resumen, en su carácter imperial, se reúnen ambas formas de la externalización de manera ejemplar.

La modernización ecológica de la automovilidad

En tiempos recientes, se observan indicios de una modernización ecológica de la automovilidad: los fabricantes de automóviles ofrecen

motores de combustión interna cada vez más eficientes, construyen más autos con motor eléctrico o híbrido, desarrollan vehículos autónomos con eficiencia ecológica y tratan de establecerse como proveedores de servicios de movilidad, manteniendo flotas para el préstamo de vehículos (*car sharing*) e invirtiendo en aplicaciones de servicios de taxi (Busse *et al.*, 2016). Con estas medidas, además, reaccionan a los cambios de hábitos que se observan, sobre todo entre los jóvenes, cada vez más dispuestos a abstenerse de tener un coche propio en favor de una forma de transporte “multimodal”.¹⁶ Al mismo tiempo, tratan de participar activamente en el futuro desarrollo de hábitos con respecto a la movilidad.

Para poder evaluar este tipo de desarrollo, es útil distinguir entre las innovaciones que aumentan la *ecoeficiencia* y aquellas que aumentan la *ecoefectividad* (Huber, 2011; *cfr.* Canzler, 2014). Hablamos de un incremento de ecoeficiencia cuando, debido a una innovación, el mismo producto o servicio puede ser fabricado u ofrecido con un menor gasto de recursos y menos emisiones que antes. Esto se observa en el sector de transporte, por ejemplo, cuando una mejor propulsión permite recorrer la misma distancia con un gasto menor de combustible. En muchos casos, el aumento de la ecoeficiencia es beneficioso. Sin embargo, se convierte en un problema cuando bajan los precios, tanto del producto como del servicio, creando así un aumento de la demanda, de tal forma que se sobrecompensa el aumento de la eficiencia por el incremento del gasto. Cuando los autos se utilizan más debido al aumento de la eficiencia y bajan los costos del uso, o cuando el dinero ahorrado por la disminución de los gastos se invierte en viajes en avión, a final de cuentas significa más contaminación del medio ambiente en vez de menos, lo que se conoce como *rebound-effect* (*Cfr.* Santarius, 2015). Además, puede tratarse de un “progreso en el objeto equivocado”

¹⁶ Umweltbundesamt (2015: 41 y s.), Verron (2015: 12). No discutimos más a fondo este problema del combustible agrario, es decir, el intento de sustituir en parte los combustibles fósiles con bioetanol y biodiesel en motores de combustión. Las consecuencias devastadoras a nivel social y ecológico, así como la resistencia opuesta en contra de este experimento, están bien documentados, por ejemplo, en Dietz *et al.* (2015), Pichler (2014), Brad *et al.* (2015).

con la consecuencia de que a los “esfuerzos para abrir alternativas ecológicas innovadoras se los priva de los recursos necesarios”, como argumenta Huber (2011: 287). Al parecer, esto aplica sobre todo a los motores de combustión: los problemas socioambientales (consecuencia del aumento masivo del transporte individual motorizado, a pesar del avanzado agotamiento de los recursos fósiles y una sobrecarga de los sumideros de CO₂ a nivel global) difícilmente se puedan compensar con las propulsiones más ecoeficientes.

Ante este trasfondo, la *ecoefectividad* resulta más importante. Aumentarla no significa esforzarse en lograr una simple “reducción cuantitativa de la contaminación ambiental”, sino una “reestructuración cualitativa del uso de los recursos, de la energía y de los sumideros” (Ídem: 287). De esto se trata, por ejemplo, cuando en muchas partes se pretende transformar la automovilidad, con apoyo del Estado, sustituyendo el motor de combustión interna por la propulsión eléctrica. Según la Plataforma Nacional de Movilidad Eléctrica (un gremio asesor del gobierno alemán integrado por representantes de la industria, la ciencia, los ministerios, las asociaciones y los sindicatos) este proyecto es la “clave para la transformación sostenible de la movilidad: protege el clima y el medioambiente, gasta menos recursos y es eficiente”.¹⁷

En este marco surge la pregunta de cuáles serían las consecuencias socioambientales del cambio a la propulsión eléctrica. Llama la atención que en el debate sobre la electromovilidad haya dos importantes reducciones. En primer lugar, se reduce a la *automovilidad* eléctrica, mientras la opción de disminuir el transporte individual motorizado y fortalecer las formas colectivas de la electromovilidad como tranvías o autobuses eléctricos, juega un papel menor, si es que se toma en consideración.¹⁸ En segundo lugar, se hace énfasis

¹⁷ Véase la página internet de la plataforma: <http://nationale-plattform-elektromobilitaet.de>.

¹⁸ *Cfr.* VCD (2010). Habrá que ver, hasta qué grado la digitalización de la automovilidad la transforme paulatinamente en un sistema de transporte colectivo. Al menos esta es la hipótesis que defiende Jörg Häntzschel (2016), según la cual existen nuevas posibilidades técnicas (para las aseguradoras) de quitarle cada vez más poder y controlar al conductor de un automóvil y de transformar de esta manera la

en las ventajas ecológicas del *uso* de autos eléctricos en comparación con vehículos con motor de combustión, sin embargo, se habla muy poco de los costos ecológicos de *producción*. Este desequilibrio se manifestó con el instrumento de la prima de desguace con el cual el gobierno alemán intentó apoyar a la industria automotriz en la crisis económica reciente. Se trataba de cambiar un auto viejo por uno nuevo que gasta menos gasolina y que, por lo tanto, es más ecoeficiente en el uso. Se vendió la idea de que se beneficiarían de esta forma tanto la ecología como la economía. Sin embargo, no se planteó la pregunta por el gasto de material necesario para producir autos que en realidad no eran necesarios porque la gran mayoría de los coches que se entregaron seguramente todavía servían (véase capítulo 1).

En la automovilidad eléctrica, el enfoque en el uso sin tomar en cuenta la producción parece ser algo que se repite ahora con el tema de la ecoefectividad. Se parte de la idea de que los autos con propulsión eléctrica de por sí son mejores para el medioambiente que aquellos con motor de combustión interna porque no emiten CO₂. En realidad, ni siquiera esto se puede decir con certeza, incluso si solo se utilizara pura electricidad de fuentes renovables. Y, aun cuando esto se logre, sigue abierta la pregunta de los materiales y la energía necesarios para la producción de los autos eléctricos, que es tan importante para su balance ecológico.

La disponibilidad de algunos metales que se necesitan para los motores eléctricos puede convertirse en otro problema. Ernst Schrieffl y Martin Bruckner calculan que la disponibilidad de

subjetividad automóvil. Con el éxito de los dispositivos de navegación “un montón salvaje de conductores que toman decisiones individuales [...] se ha convertido, en contra de su voluntad, en un colectivo guiado por un coro de voces femeninas que dan las mismas instrucciones a todos”. Según el autor, este desarrollo es impulsado por la telemática que permite a las aseguradoras de automóviles mantenerse informadas sobre el comportamiento de sus clientes cuando manejan, lo sancionan con multas y “educan al conductor para que sea un miembro disciplinado y cooperador de la comunidad”. Además, según Häntzschel, los “asistentes” electrónicos (*driving assistants*), aunque su nombre insinúe algo diferente, tomarán cada vez más control sobre el manejo del automóvil, aunque, en Alemania, se corre el peligro de perder estas oportunidades, porque los fabricantes de automóviles de este país siguen apostando por la velocidad y los caballos de fuerza, y la política estatal sanciona de múltiples formas el “antiguo modelo extático-suicida de James Dean del manejo”.

platino, por ejemplo, no podrá satisfacer la creciente demanda. También en el caso del cobre hay indicios de escasez. Las reservas de litio de las que se tiene conocimiento hasta ahora, en cambio, parecen ser suficientes para cubrir “la demanda que crece de manera exponencial”. Sin embargo, el problema en este caso es que un aumento de la extracción de litio correspondiente al incremento de la demanda tendría “graves consecuencias ecológicas” en las regiones afectadas (Schrieﬂ y Bruckner, 2016: 229 y ss.).

Por medio del reciclaje difícilmente se solucionarán los problemas de la disponibilidad y extracción, ya que según el estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP, por sus siglas en inglés), titulado *Recycling Rates of Metals. A Status Report*, “mientras el uso global de metales esté aumentando y los metales se utilicen en productos con una vida prolongada, incluso el reciclaje de la totalidad del material solo alcanzará para cubrir una pequeña parte de la demanda” (citado en Schrieﬂ y Bruckner, 2016: 231).

Aparte de estas “condiciones materiales del cambio energético”, hay que considerar también las condiciones energéticas del cambio de materiales: para la extracción de los metales que se usan para la construcción de motores eléctricos o centrales eólicas “se utiliza, a gran escala, energía fósil, no renovable”, y el gasto energético aumenta en la medida en que baja la concentración metálica de los minerales y se vuelve más difícil acceder a las minas (Exner *et al.*, 2016: 12 y s.).

Finalmente, la gestión equitativa en el uso de los recursos naturales (*resource justice*) es un criterio importante. Los cálculos para medir la discrepancia entre oferta y demanda de los recursos aún no muestran que los productos para los cuales se usan los recursos, o que se fabrican con el uso de energías fósiles, beneficien de alguna manera a todas las personas de forma equitativa. Los que más se beneficiarán serán muy probablemente los habitantes de aquellas ciudades y regiones (del Norte global) donde la automovilidad tenga éxito. Los perdedores, en cambio, serán los habitantes de las regiones mineras del Sur global. Difícilmente participarán de la automovilidad eléctrica, pero serán los más afectados por los daños a la salud

y del ecosistema que causa la extracción de los metales necesarios para la propulsión eléctrica. Un cambio de movilidad que se enfoque en primer lugar en la disminución de las emisiones de CO₂, sin problematizar las dimensiones materiales de la automovilidad eléctrica, y cuestione, con base en esto, la dimensión del transporte de mercancía y de personas implica un aprovechamiento desproporcional de material y energía de parte de unos pocos beneficiados. Esto no ayudará a superar el modo de vida imperial, sino a perpetuarlo a través de una modificación de sus bases energéticas y materiales.

Por los anterior, Kingsley Dennis y John Urry tienen razón cuando dicen que

las consecuencias ecológicas del automóvil son producto de su ciclo de vida completo y de los sistemas infraestructurales relacionados con ello, incluyendo la extracción de materia prima, la producción de vehículos, el uso, el mantenimiento y el financiamiento de la infraestructura de vías públicas, los gastos hospitalarios, el gasto emocional por la elevada cantidad de muertos y heridos, etc. El conductor del automóvil no paga los costos completos porque muchos de estos costos ecológicos y relativos al sistema de salud no están incluidos en el precio que se paga para el vehículo. (2009: 45)

En esencia, las estrategias descritas de una “ecologización” de la automovilidad, basadas en el mercado y enfocadas en la tecnología, son el intento de perpetuar el modo de vida imperial a través de la modernización ecológica selectiva de una de sus áreas centrales. En el debate predominante sobre el “cambio de la movilidad” las preguntas fundamentales casi no se plantean: ¿cómo evitar o disminuir las distancias y cómo realizar los viajes realmente necesarios de una forma que afecte lo menos posible a la sociedad y el medio ambiente? Esto no sorprende, ya que ninguna de las preguntas se puede responder con ecoeficiencia ni con ecoefectividad. Para dar una respuesta a estas preguntas, sería necesario discutir las cuestiones de la movilidad en un contexto social más amplio y bajo criterios de suficiencia. Esto significaría, sin embargo, ir al fondo de la cuestión del modo de vida imperial y las condiciones sociales y formas de subjetivación en que se basa.

Falsas alternativas: ¿de la economía verde al capitalismo verde?

La economía verde es una solución falsa, ya que, obviamente, no se opone a la economía actual, marrón, extractiva y energéticamente intensa; sus mecanismos verdes son concebidos conforme a una lógica según la cual los valores de cambio creados de esta manera son complementarios y estrechamente vinculados con la economía actual.

Camila Moreno

Nuestra observación inicial en la introducción del presente libro era que, en tiempos recientes, y ante los múltiples fenómenos de crisis, las formas ecológicamente destructivas de la economía y la política se discuten cada vez más y se confrontan con la necesidad de una transformación socioambiental o, incluso, con una Gran Transformación. Sin embargo, como estamos argumentando, la “nueva ortodoxia crítica”, es decir, el *mainstream* del debate sobre la transformación que se está generando, no toma en consideración las dinámicas capitalistas y relaciones de fuerzas hegemónicas que son, desde nuestro punto de vista, la causa principal de la crisis múltiple.

En este capítulo pretendemos pasar de la crítica del reciente debate sobre transformación y “economía verde” a una evaluación de este debate desde la perspectiva de la teoría hegemónica, así como a las estrategias políticas y económicas a las que se refieren o que se están desarrollando en este contexto. Es decir, la nueva ortodoxia crítica no solo nos interesa con respecto a la pregunta

de si sus conceptos son adecuados para tratar los problemas, sino cuestionamos, además, hasta qué punto se está convirtiendo (precisamente debido a sus omisiones y reducciones) en un momento de modernización ecológica muy exclusiva o –para decirlo en las palabras de Gramsci– en un foro de los intelectuales orgánicos de un “capitalismo verde”.¹

Según nuestra impresión, el interés primordial del *mainstream* en el debate sobre la transformación es mantener la compatibilidad con los discursos predominantes, no espantar a las élites económicas y políticas y lograr que la transformación socioambiental les parezca lo más atractiva posible. Sin embargo, justo por esta razón, la transformación permanece en el modo de proyecto de modernización liberal. Por eso, nosotros estamos a favor de dejar de evadir los conflictos y aclarar en el debate quiénes son los que realmente se benefician de las condiciones actuales. En primer lugar, son las élites políticas y económicas, pero también grandes partes de la clase media global que integran el modo de vida imperial.

En este sentido, nos dedicaremos primero al concepto de *economía verde* y a las críticas que se han expresado en su contra. Posteriormente, estudiaremos hasta qué punto se vislumbra en la actualidad una transición a una nueva estructura capitalista en cuyo marco las contradicciones socioambientales que se están agudizando se manejan de forma hegemónica. Para cerrar este capítulo, discutiremos cuáles son los posibles puntos de partida para alternativas emancipatorias que podrían llevar la transformación socioambiental más allá de sus limitaciones capitalistas.

Sobre la crítica a la *economía verde*

En los últimos años se ha publicado una serie de escritos estratégicos que comprenden la crisis múltiple actual como una oportunidad para realizar una modernización. Su denominador común consiste en la suposición de que “enverdecer” la economía podría crear una

¹ Información más detallada y con referencias teóricas se encuentra en Brand y Wissen (2013), Sander (2016).

situación *win-win* desde el punto de vista socioambiental y económico. Un reporte importante del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP) señala: “El ‘enverdecimiento’ de las economías, en general, no es un freno sino, más bien, un nuevo motor del crecimiento, [...] es un generador de trabajos decentes, y [...], además, una estrategia vital para la eliminación de la pobreza persistente” (2011: 3). La OCDE considera el enverdecimiento de la economía una “estrategia dual de innovación y prevención de crisis” (Jänicke, 2011: 5). Y un estudio realizado para el Ministerio del Medio Ambiente de Alemania enfatiza que una política climática ambiciosa incluso generaría un crecimiento mayor que la continuación de la política actual, debido a las inversiones que induciría –por ejemplo, en el sector de la construcción– (Jaeger *et al.*, 2011).

Algunas suposiciones importantes sobre el ideal y las estrategias de la economía verde son las siguientes: 1) las verdaderas innovaciones emergen del “mercado”, que solo requiere de un marco regulatorio adecuado, y 2) el Estado establece las reglas para el mercado, considerado eficiente, y actúa contra sus excesos o crisis más graves para evitar “el fracaso del mercado”. Se parte de la idea, ya sea de forma explícita o implícita, de que la reducción absoluta del gasto de recursos y del uso de los sumideros, que se considera necesaria, se puede lograr sin cuestionar el modo de vida imperial, la economía política del capitalismo y las relaciones de fuerzas sociales. “La racionalidad económica ya no se opone a la política medioambiental y climática, al contrario, la favorece”. Así critican Thomas Fatheuer, Lili Fuhr y Barbara Unmüßig la suposición en la que se basa la estrategia de la economía verde.² Según esta crítica, el presunto concepto progresista de *economía verde* introduce una nueva fase de la valorización de la naturaleza: supuestamente, si se asigna un precio a la naturaleza en toda su diversidad, se puede continuar con la economía actual. Los “costos externos” del modo de producción capitalista se devuelven o, como dicen los expertos, se “internalizan”, de tal forma que haya un fuerte incentivo para

² Fatheuer *et al.* (2015a: 55) y Hartmann (2015: 9-15), una crítica parecida se encuentra en Tanuro (2013: 13 y s.).

evitar que se generen este tipo de costos. Entonces, el nuevo mantra es: “*Put a price on carbon*” (Poner un precio al carbono). Es decir, el CO₂ podría convertirse en la “moneda del siglo XXI” (Fatheuer *et al.*, 2015: 147), el equivalente que abstrae de las condiciones bajo las cuales el CO₂ se emite, se evita o se fija.³

Supuestamente, todos van a beneficiarse de ello: las empresas, que abren nuevos campos de negocio lucrativo; el medio ambiente, que de ahora en adelante no solo va a valorizarse de forma lucrativa, sino también sustentable; y los empleados, que generan sus ingresos de una manera que protege el medio ambiente, que tiene sentido y está orientada al futuro, ya sea con los “trabajos verdes” de los sectores del futuro en el Norte global o en el área de la gestión sustentable de los sumideros de CO₂ en el Sur global.

Sin embargo, hay dudas justificadas desde el punto de vista empírico y teórico. Sociólogas (feministas), por ejemplo, critican la estrechez del concepto de trabajo en la economía verde y en las estrategias de transformación: el enfoque se centra en el trabajo remunerado que hay que modernizar, omitiendo que los “trabajos verdes” a menudo se crean en las zonas grises de los contratos colectivos que ofrecen poca seguridad a los empleados. Además, no se toma en consideración el trabajo de cuidados, a pesar de que es “una base central de la vida y la convivencia humana”.⁴ Y con respecto a los trabajos en el Sur global, Fatheuer hace hincapié en que las políticas y conceptos de la economía verde se comportan de una forma bastante instrumental frente a las comunidades indígenas, reduciéndolas a la función de ser “proveedores de servicios del ecosistema” (2013: 51).

Lo que se mantiene oculto es el hecho de que los ecosistemas no se destruyen porque no llevan una etiqueta con el precio que cuantificaría los costos de su pérdida, sino más bien porque se violan de forma sistemática los derechos de las personas (en muchos casos campesinos y comunidades indígenas) que viven en los territorios en cuestión. Las relaciones singulares que estas personas tienen

³ Cfr. Bauriedl y Wichterich (2015: 10 y s.).

⁴ Aulenbacher (2015: 38), Littig y Spitzer (2011), Littig (2013), Gottschlich (2012).

con la naturaleza “se ignoran o se reprimen cuando hay intereses externos que deciden sobre el uso de las tierras. Un sinnúmero de conflictos por el uso de la tierra entre comunidades y corporaciones –a menudo apoyados por fuerzas estatales– demuestra este hecho” (Kill, 2014: 39 y s.). Entonces, las estrategias verdes de acaparamiento de tierras y la valorización del rendimiento del ecosistema y de la mano de obra corren el riesgo de debilitar precisamente aquellas condiciones para proteger la naturaleza que pretenden preservar.

Además, se pasa por alto que la externalización de los costos socioambientales no representa simplemente un “fracaso del mercado”. El modo de producción capitalista y el modo de vida imperial correspondiente tienden a producir “externalidades negativas” de forma *sistemática* (Wright 2010: 59 y s., 69). “Internalizarlas”, expresando el rendimiento de la naturaleza en cifras monetarias para incentivar las actividades económicas que protegen el medio ambiente, reduce la complejidad de la naturaleza “a una simple categoría fetichizada: el capital natural” y no toma en cuenta que “muchas interdependencias entre sociedad y naturaleza no se pueden expresar en términos de precios” (Alvater, 2016: 96-97).

Lo mismo aplica cuando se trata de concretar el ideal y la estrategia de la economía verde en forma de la “bioeconomía”.⁵ Oficialmente, esta vincula “la economía y la ecología de una manera inteligente y permite un crecimiento económico biobasado y sustentable. La bioeconomía es la generación y el uso de recursos renovables basados en conocimiento, para facilitar productos, procedimientos y servicios en todos los sectores económicos en el marco de un sistema orientado al futuro” (BMBF, 2014: 2). En concreto, se trata de la producción y el uso de recursos biológicos renovables, así como la recuperación de desechos. El objetivo es procesar las sustancias biogénicas para generar productos comerciables, y sustituir las cadenas por “ciclos de valor agregado”. Agricultura y silvicultura, pesca, industria y sectores de servicio serán adaptados a través de las tecnologías adecuadas al uso de materia prima

⁵ A veces se habla también de “economía biobasada” o de “industria biobasada”; acerca de la crítica del concepto, véase Grefe (2016).

renovable, con enfoque particular en las áreas de la producción de alimentos, la construcción de viviendas, el desarrollo urbano y las acuiculturas.⁶ Los *inputs* de la bioeconomía serán la biomasa, así como las fuentes de energías renovables existentes como el sol, el viento, la energía geotérmica e incluso la caña de azúcar y el aceite de palma. La Comisión Europea y el gobierno de Alemania lideran este debate y esperan un nuevo impulso de crecimiento económico (Bioökonomierat, 2015).

En Europa, la discusión está impulsada por la fuerte dependencia del continente de la importación de recursos cada vez más escasos, lo cual afecta la disponibilidad y los precios. Un argumento que se escucha a menudo es que se trata de mantener el bienestar en un mundo con recursos limitados y una población creciente. El “capital natural” dañado o destruido debe de ser recuperado. Otras justificaciones son la necesidad de luchar contra el cambio climático, contra el hambre y el crecimiento de la población mundial, así como asegurar el crecimiento económico, la competencia y el bienestar (BMBF, 2014).

Uno de los expositores alemanes del debate sobre la bioeconomía es Ralf Fücks, autor de *Crece de manera inteligente. La revolución verde*. Como revela el subtítulo de su libro, desde su punto de vista, estamos presenciando nada menos que una “revolución verde”. Declara a la bioeconomía, que entiende como “el aprovechamiento tecnológico de procesos y recursos biológicos, como la nueva disciplina científica principal” (2013: 15). Parte de la idea de que la orientación en el principio cíclico de la consistencia, junto con el aumento de la productividad de los recursos (ecoeficiencia), desacopla el crecimiento de la economía del desgaste de la naturaleza, de tal forma que este desgaste no solo se reduce en términos *relativos* –es decir que aumenta más lento que el PIB–, sino que baja en términos *absolutos* (desacoplamiento absoluto). Esto sería, según Fücks, un “crecimiento inteligente”. Para él, no solo es un objetivo deseable, sino un proceso que ya se está llevando a cabo, por lo menos en Alemania. Habrá que ver si se está cayendo en la misma

⁶ El-Chichakli (2016: 223).

trampa de la fe en el progreso que arrasó con los campesinos en el Sur global durante la “revolución verde” de los años 1960.

De todas formas, suponer que en condiciones capitalistas sea posible desacoplar el crecimiento del uso de recursos, es una esperanza más que atrevida. Esto aplica, por lo menos, cuando se calcula el gasto de los recursos y el uso de los sumideros a través de la “huella material”, un indicador basado en el consumo que hace visible la “externalización de los procesos intensivos en recursos de las economías maduras”, como se lee en Wiedmann *et al.* (2013: 3). En términos concretos, mide el equivalente de recursos consumidos en un país tomando en cuenta los recursos que entran en un producto (por ejemplo, metales), pero también aquellos que se consumen (por ejemplo, agua) o que se generan durante el proceso de fabricación (por ejemplo, desechos), sin que aparezcan en el producto final. La huella material es la diferencia entre los equivalentes de recursos de las importaciones más la extracción de recursos y los equivalentes de recursos de las exportaciones. Si se hacen los cálculos con base en este indicador, resulta que, en la mayoría de los países de la OCDE, la productividad de los recursos no aumentó casi nada, y mucho menos hubo un desacoplamiento absoluto. Lo que ocurrió es, más bien, que la huella material creció al compás del producto interno bruto (*ibíd.*). Hasta el momento, la “revolución verde” ha evadido el problema de la externalización de los costos socioambientales.

Un problema fundamental de los debates esbozados arriba es la falta de un concepto de Estado y de sociedad capitalista. Nadie reflexiona sobre el hecho de que el Estado y el mercado no son instituciones neutrales. El mercado no es simplemente una instancia para la asignación efectiva de recursos, ni se puede comprender el Estado como una institución que esté por encima de los conflictos de intereses, con la tarea de establecer reglas y solucionar problemas colectivos. Se trata más bien de relaciones sociales de dominio. Esto no es solamente la experiencia de los asalariados sin protección sindical en mercados laborales flexibles o de desempleados de largo plazo que están sometidos al paternalismo del Estado social. Los mercados se basan en las estructuras de desigualdad,

que al mismo tiempo reproducen, y determinan de esta forma las oportunidades de las personas en la vida. Además, el Estado es un terreno de conflictos sociales sumamente asimétrico en el cual los únicos intereses sociales que se pueden articular y generalizar con éxito son aquellos que se someten, al menos en términos básicos, a las rigideces institucionales y restricciones estructurales.

Esta será la dolorosa experiencia de cualquier grupo social o partido político que intente llamar la atención de instituciones políticas, por ejemplo, con la propuesta de expropiar a las empresas automotrices y transformarlas, de forma controlada, en proveedores de conceptos sustentables de movilidad. No importa la importancia de este tema, en los aparatos del Estado capitalista simplemente no es negociable, ni mucho menos practicable. Otra cosa sería exigir la modernización ecológica de la automovilidad, sustituyendo el motor de combustión interna por la propulsión eléctrica (véase capítulo 5): hasta el último productor de automóviles y sus clientes, tarde o temprano, caerá en cuenta de que la locura de la velocidad basada en petróleo se va a acabar en un futuro no tan lejano por razones de política climática y de recursos naturales. El Estado promueve este proceso cognitivo con medidas relativamente sensatas, como aquella de la prima para la venta de autos eléctricos. Lo hace también para defender a largo plazo la competitividad de una industria clave que necesita por razones de política fiscal, laboral y económica, contra los intereses cortoplacistas de algunos de sus propios exponentes. Es decir, influye con los medios que tiene a su disposición y las obligaciones institucionalizadas sobre la constitución de intereses sociales, con el objetivo de mantener el *statu quo* del dominio, precisamente a través de su transformación permanente que siempre se tiene que imponer en contra de fuertes intereses particulares.

En tiempos recientes han incrementado los indicios de que, de la tensa dinámica en la relación entre el Estado, la ciencia y la economía, podría emerger una nueva constelación, un “capitalismo verde”. Esta tendrá muy poco en común con una constelación *win-win* como la que imaginan los pioneros políticos y científicos de la economía verde y de la gran transformación. En condiciones

capitalistas, la política medioambiental y social no puede lograr una transformación socioambiental de la economía y la sociedad. A pesar de que se reconoce la necesidad de una política ambiental y social transformadora, y seguramente coincide con los intereses de muchas personas comprometidas en los ministerios, parlamentos y partidos, los intentos de ponerla en práctica siguen fracasando por impedimentos estructurales. Lo que sí puede resultar de una política de estas características y de los conceptos de *transformación*, de *economía verde* o *bioeconomía* en los que se basa, es un manejo más o menos eficiente de las contradicciones del capitalismo que se manifestaron en la crisis múltiple, que de todas formas sería un manejo sumamente exclusivo desde el punto de vista social y espacial. Este tipo de dinamización del capitalismo hacia un régimen de acumulación con las características del capitalismo verde, con su muy limitada capacidad de frenar la destrucción de las bases biofísicas de vida, será el tema del siguiente apartado.

Valorización, externalización y revolución pasiva: ¿un capitalismo verde?

En el primer capítulo, enfatizamos que es importante dirigir la atención no solo a lo destructivo, sino también a la capacidad transformativa de las relaciones sociales con la naturaleza capitalista. Argumentamos que, a diferencia de los modos de producción anteriores –siguiendo a Marx–, el capitalismo solo puede mantenerse en un modo de cambio permanente. Esto se puede observar también en la situación actual.

La valorización capitalista de la naturaleza no significa exclusivamente destrucción, al contrario, la preservación de la naturaleza podría ser una condición. Esto es, por ejemplo, la idea central de los conceptos (inspirados en la teoría de la regulación) como el *bio-capitalismo* (Haug, 2001) o las relaciones sociales posfordistas con la naturaleza (Brand y Görg, 2003), que se enfocan no solo en la destructividad de las relaciones sociales con la naturaleza capitalistas, sino también en su capacidad de adaptación. A pesar de toda su

continuidad fundamental, las relaciones sociales capitalistas con la naturaleza se caracterizan también por rupturas espaciotemporales en las que se vislumbran otras formas de apropiación de la naturaleza. Así, con el desarrollo de las biotecnologías se constituyen, por ejemplo, nuevos recursos genéticos que son sumamente importantes para los grupos capitalistas relevantes como la industria de semillas y la industria farmacéutica. Estos recursos se distinguen de los fósiles en la medida en que su uso no va de la mano con su transformación material, y con ello, su destrucción, sino que se requiere de su protección porque el interés que se persigue con la valorización no está enfocado en sus características materiales o energéticas, sino en la información que contiene el material genético (aunque el interés en su protección disminuye rápidamente, una vez que se hayan obtenido y aprovechado las informaciones). “La protección de la naturaleza –así se podría describir la transformación– ya no se lleva a cabo en contraste con las formas de su aprovechamiento capitalista, sino como un elemento inherente a su valorización” (Görg, 2003: 286).

Precisamente en la crisis múltiple actual, parece que estas formas de valorización van ganando importancia, como indican unos análisis y debates recientes. Con el término de “acaparamiento verde” (*green grabbing*) se describen los procesos de la valorización de los ámbitos no capitalistas que se realizan dentro del marco de la política medioambiental y energética (Fairhead *et al.*, 2012). Estos incluyen pagos para servicios del ecosistema, como la preservación de las selvas y bosques como sumideros y reservas de biodiversidad. Se orientan en el costo de oportunidad de usar la naturaleza, es decir, recompensan la decisión de abstenerse de usar el ecosistema de una forma que sería económicamente lucrativa, pero destructiva desde el punto de vista ecológico.⁷ Sin embargo, su efecto con respecto a la funcionalidad de un régimen de acumulación verde capitalista debería evaluarse con cuidado porque, a lo sumo, ayudan solo de manera indirecta a crear nuevas formas de valor agregado.

⁷ Véanse las críticas de Dempsey y Robertson (2012), Gómez-Baggethun y Ruiz-Pérez (2011) y Fatheuer (2013).

Esto sería el caso si se utilizaran los ingresos para la modernización de la agricultura y silvicultura o para la producción industrial. De lo contrario, de modo similar al comercio de derechos de emisión, se crean, en el mejor de los casos, incentivos a corto plazo para la inversión de capital sobreacumulado. En el peor de los casos, se desarrolla alrededor de ellos un nuevo segmento (financiero) especulativo, que no solo implica riesgos económicos, sino también ecológicos, ya que el funcionamiento del comercio *offset* se basa precisamente en la *perpetuación* en vez de la *superación* del modo de vida imperial, con sus rasgos destructivos para el medio ambiente. Si se superara, ya no quedaría nada por comerciar. Siendo concebidos como un mecanismo para incentivar la reducción de la contaminación ambiental, los mercados *offset* institucionalizan la influencia de las fuerzas cuyo éxito económico depende de una perpetuación del modo de vida imperial (ecológicamente modernizada).⁸

Sin embargo, el efecto económico y ecológico muy cuestionable de los pagos para servicios del ecosistema no disminuye su función simbólica, la cual es importante desde una perspectiva de la teoría hegemónica. Si personas privadas o empresas pueden pagar “indulgencias” en forma de una gran variedad de *offsets* para la contaminación ambiental que han causado con su consumo o su producción, se podría establecer la convicción de que la naturaleza en general es sustituible: las emisiones producidas en un lugar determinado se compensan con medidas de reforestación en otro lugar; ecosistemas que se tienen que sacrificar para darle espacio a un cruce de autopistas se restituyen en otra parte; el vuelo al destino donde se pasan las vacaciones pierde lo ecológicamente criticable si después se financia la plantación de un árbol que absorbe a lo largo

⁸ Véase Fatheuer, quien escribe respecto al *offsetting* de la biodiversidad: “De hecho, los *offsets* acoplan, de una forma problemática, la preservación de la naturaleza a su destrucción, porque los que quieren comprar ‘créditos’ son aquellos que los necesitan para compensar destrucción. Si esto se convierte en un elemento importante de la protección del medio ambiente, el resultado será una dependencia fatal: entonces, la protección de la naturaleza se financia cada vez más a través de la (compensación de) destrucción [...] la creación de lo ‘bueno’ se acopla a la continuidad de lo ‘malo’” (Fatheuer 2013: 55, 65, *cfr.* Spash 2010, Botzem 2012, Zeller 2010, Heuwieser 2016: 10 y s.).

de su ciclo de vida las emisiones generadas. La idea de la economía ecológica neoclásica, según la cual el “capital natural” se puede sustituir sin problemas mientras contribuya al crecimiento del stock de capital total, se convierte en racionalidad cotidiana.

A esto se suma que los pagos para servicios del ecosistema cambian las posiciones de sujetos y transforman las relaciones de fuerzas sociales en los países receptores. Thomas Fatheuer describe cómo se están formando alrededor del mecanismo para la protección de la selva, REDD+,⁹ nuevas y amplias alianzas sociales en la Amazonia, que apoyan con una estructura hegemónica el manejo de los problemas ecológicos de una forma orientada al mercado. De esta manera, las comunidades indígenas son integradas en una lógica de acción completamente diferente. La preservación de sus prácticas económicas se vuelve cada vez más dependiente de su integración en el esquema REDD+. Kathleen McAfee (2012) se refirió a este fenómeno como “neoliberalismo incluyente” (*inclusionary neoliberalism*) y “medioambientalismo neoliberal” (*neoliberal environmentalism*). En esencia, se trata de nuevas formas de encierre, que persiguen (con base en consenso y coerción o la marginalización de actores opositores) objetivos económicos y ecológicos de forma *simultánea*. Entonces, el *trade-off* ya no se da entre economía y ecología, sino entre una modernización ecológica impulsada por el mercado y los derechos sociales de aquellos que quedan excluidos (McAfee, 2012; Hartmann, 2015).

Mientras que el pago de servicios del ecosistema tiene el objetivo de preservar o sustituir el así llamado “capital natural”, y la

⁹ REDD significa *Reducing emissions from deforestation and forest degradation* (Reducción de las emisiones de la deforestación y degradación de bosques). El mecanismo prevé pagos para la conservación de bosques como sumideros de CO₂ y está concebido como un tipo de recompensa por renunciar a utilizarlos de otras formas que serían económicamente rentables, pero que implicarían la destrucción de la función de sumideros. El signo “+” representa las medidas de una gestión sustentable de los bosques que van más allá de la pura renuncia al desmonte. Desde la XIX Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP 19), realizada en la ciudad de Varsovia, Polonia en 2013, REDD+ forma parte de la Convención Marco sobre el Cambio Climático (CMNUCC). El Acuerdo de París de 2015 “alienta” a los países miembros a implementar este mecanismo, sin embargo, no contiene ninguna disposición concreta al respecto (Ecologic, 2016: 18).

consolidación hegemónica de patrones de producción y de consumo social y económicamente destructivos es tal vez más alta que la contribución a la plusvalía económica, esta segunda forma de valorización contribuye de manera directa a la creación de valor económico. Lo que se valoriza no es tanto la naturaleza, sino, más bien, el *medio ambiente construido*. Según la definición de David Harvey, este último es la totalidad de artefactos inmóviles que en conjunto forman las condiciones generales de producción y consumo o que se usan como capital fijo en el proceso de producción: “fábricas, presas, oficinas, tiendas, almacenes, rutas, ferrocarriles, muelles, centrales eléctricas, sistemas de abastecimiento de agua y tratamiento de aguas residuales, escuelas, hospitales, parques, cines, restaurantes... la lista es infinita” (1999 [1982]: 233).

Actualmente, el tema central de los conflictos sociales es el medio ambiente construido en forma de infraestructuras para el suministro de energía. El “cambio energético” en Alemania ofrece mucho material ilustrativo al respecto. Como consecuencia de la Ley sobre las Energías Renovables, se crearon muchas plantas descentralizadas que no solo infringen las estructuras centrales de la generación de energía fósil y nuclear, sino que, además, han metido a los operadores en una crisis existente. Para estos, las energías renovables representan un problema, ya que están disponibles en todas partes, aunque en diferentes cantidades, de forma gratuita.¹⁰ Las grandes empresas de la economía energética no van a poder cambiar este hecho, lo que sí pueden cambiar son las formas de acceso a estas energías, es decir: centralizada o descentralizada. Y este es precisamente uno de los temas conflictivos en la política energética de Alemania. El hecho de que se haya limitado el apoyo para plantas descentralizadas y de que se haya acelerado la planificación de grandes parques eólicos marinos y de nuevas líneas de transporte de energía eléctrica indica que la economía energética

¹⁰ Esto distingue las energías renovables de las energías nucleares y fósiles cuya concentración espacial pone las bases para una estructura centralizada de la economía energética: el “desacoplamiento de los sitios de la extracción de los sitios del consumo de la energía” que durante mucho tiempo predominaba, era consecuencia de las “condiciones inherentes de las fuentes energéticas elegidas” (Scheer, 2012: 42, 43).

tradicional que se encuentra en una situación de crisis existencial entra a la ofensiva e intenta avanzar en un espacio al que no había tenido acceso como resultado de conflictos sociales y políticos, así como de la materialidad específica de las energías renovables. Por consiguiente, se trata de un intento de un acaparamiento de tierras en el sector energético.

Si tiene éxito, la crisis ambiental y energética se manejaría dentro de un área social central, de manera que tiene grandes potenciales para la creación de valor debido a las inversiones infraestructurales que requiere, de tal forma que sirve, además, para el manejo de la crisis económica (Cfr. Haas y Sander, 2013; Sander, 2016). El modo de vida imperial se modernizaría, sin ser cuestionado en términos fundamentales. Sin una reducción considerable del nivel del gasto energético, la externalización de sus costos socioambientales solo se transferiría a otras áreas: de los recursos fósiles y los sumideros de CO₂ a los metales, como cobre y tierras raras, que en su mayoría se extraerían de yacimientos en el Sur global y se utilizarían en la construcción de las infraestructuras para energías renovables en el Norte global (Cfr. Exner *et al.* 2016).

Una tercera forma de valorización que podría sobrevivir en un capitalismo verde es el así llamado “acaparamiento de tierras” (*land grabbing*), es decir, la compra o el arrendamiento de grandes terrenos que antes habían sido declarados “degradados” por inversionistas nacionales o extranjeros que se aprovechan de que en muchos casos la situación de la propiedad de la tierra no está clara (McMichael, 2008). El acaparamiento de tierras incluso puede servir para fines de la política energética, cuando en las tierras tomadas en posesión se cultivan agrocombustibles. A pesar de que la producción de agrocombustibles se ha convertido en un tema muy controvertido, en muchos países del Sur global se está expandiendo. Dependiendo del tipo de planta que se va a producir, los campesinos se integran a través de la agricultura por contrato en el “proyecto de agrocombustibles” (*agro-fuels project*) o, en caso

contrario, son desplazados (de forma violenta).¹¹ Es más que cuestionable el sentido en que ayuda a cumplir objetivos ecológicos, aparte de los económicos. Sin embargo, se observan inicios de un desarrollo que tiene importancia más allá de la producción de agrocombustibles y que vuelve imaginable que las contradicciones del modo de vida imperial se vayan a manejar de forma hegemónica, a través de una modernización ecológica: si, ante la crisis ecológica y energética, el suministro de energía se vuelve más dependiente de la biomasa que se regenera constantemente en vez de la energía fósil,¹² entonces, invertir en tierras podría resultar una estrategia previsoras. Desarrollos como el aumento del consumo de carne en los países emergentes y el pronosticado crecimiento de la población, enmarcados en un discurso sobre la seguridad alimentaria, apoyan esta conjetura.

Desde nuestra perspectiva, las nuevas formas de valorización de la naturaleza bajo el pretexto de la economía verde son interesantes en la medida que parten (en diferentes sentidos) del epicentro de la crisis múltiple, sobre todo de la crisis económica y ecológica. Prometen transformar la relación de las fuerzas sociales, así como los patrones predominantes de producción y consumo en el sentido de una “revolución pasiva” (*cfr.* capítulo 1), de tal manera que las relaciones fundamentales de poder y dominio no se cuestionen. Con respecto a la valorización de las tierras, por ejemplo, se pueden observar nuevos desarrollos en la relación entre capital industrial y capital financiero (un “eje de acumulación” central [Becker, 2013]) que podrían beneficiar una reproducción ampliada. Madeleine Fairbairn diagnostica en su estudio de la financiarización de tierras de cultivo que, desde el 2007, se puede observar un “regreso a la economía real” (2014: 784; *cfr.* Hoering, 2011). Según la autora, los inversionistas también tienen un interés en el valor de cambio de las tierras de cultivo y (ante el fondo del cambio climático, de la

¹¹ Maria Backhouse analizó estas relaciones de forma exhaustiva en su estudio sobre la expansión de la producción de aceite de palma en el estado brasileño de Pará (Backhouse, 2013). Sobre las tendencias actuales respecto al tema del *land grabbing*, véase Plank y Plank, 2013.

¹² Como era el caso en los tiempos preindustriales; *cfr.* Fischer-Kowalski *et al.*, 1997.

crisis energética, del aumento del consumo de carne en los países en vías de desarrollo y el crecimiento de la población) están esperando un aumento del valor. Sin embargo, en el caso de las tierras de cultivo, el valor de cambio y el valor útil son difíciles de separar, al contrario de los bienes raíces en zonas urbanas, “ya que la propiedad en sí funge como un sustrato de actividad económica que crea valor, y no es solo el lugar donde estas actividades se desarrollan” (2014: 782). Por eso, según la autora, la ola actual de inversiones en tierras de cultivo también podría interpretarse como una financiarización que esté mediando la acumulación real: muchos inversionistas adquieren tierras de cultivo como parte de una operación agrícola productiva, y esta tendencia está apoyada por amplios discursos que ponen énfasis en el valor útil de las tierras de cultivo (Fairbairn, 2014: 779; *cfr.* GRAIN, 2008).

Entonces, una valorización de la naturaleza dominada por las finanzas no necesariamente sería equivalente a continuar con el *business as usual* neoliberal y a ampliar la financiarización hacia nuevas esferas, con el problema común de que las tasas de beneficio del capital real no son suficientes para cumplir las demandas monetarias a largo plazo (Altwater, 2005: 114). Sin embargo, si los desarrollos esbozados tienen éxito y se generalizan, por ejemplo, ampliándose hacia la minería y la extracción de materias primas que son necesarias para la modernización ecológica (cobre, tierras raras, litio, etc.), entonces, la relación entre capital industrial y capital financiero se transformaría de una forma que beneficiaría tanto a la acumulación real como al manejo selectivo de la crisis ecológica.

Otro indicio que apoya lo anterior es que un proyecto del capitalismo verde no cuestionaría el modo de vida imperial en lo fundamental. De la misma forma que convierte la relación de crisis entre el capital industrial y el capital financiero en objeto e intenta colocarlo sobre una nueva base, atrae con la promesa de modernizar los patrones de producción y de consumo predominantes desde el punto de vista ecológico, en vez de transformarlos de manera fundamental. Todas las medidas, como el uso de agrocombustibles como aditivos, la promoción de la automovilidad eléctrica, la integración del transporte aéreo al régimen de comercio de derechos

de emisión de la Unión Europea, la generación de parques eólicos marinos y la construcción de líneas gigantescas de transporte de energía eléctrica para distribuirla, están insinuando la normalidad del patrón de producción y consumo predominante. Estas se basan en percepciones y prácticas cotidianas y transmiten el mensaje de que el modo de vida imperial, que se encuentra en una crisis, se puede perpetuar por medio de la modernización.

Externalización y resistencia

Un capitalismo verde no es para nada algo inevitable. En muchos lugares el “enverdecimiento” de la economía choca con fracciones de capital fosilistas y sus prácticas cotidianas. Sobre todo en los Estados Unidos, estas deben de haber recibido un impulso adicional con la presidencia de Donald Trump. La extracción de petróleo y gas por medio del *fracking*, la extracción de petróleo de arenas de alquitrán, así como la exploración y explotación de fuentes energéticas fósiles en las aguas profundas de los océanos están viviendo un *boom* (Cfr. Wissen, 2016; Daniljuk, 2015). En la Unión Europea, la transición al régimen de las energías renovables está siendo frenado por el Grupo de Visegrado (Polonia, República Checa, Eslovaquia y Hungría). Incluso donde las fracciones de capital y prácticas verdes empiezan a adquirir una relevancia social, se encuentran en un conflicto permanente con las fuerzas que dirigen su mirada hacia el pasado. Esto aplica también y particularmente al “pionero” en energías renovables, Alemania, donde fuerzas sociales poderosas de la industria, la economía energética y los sindicatos expresan su resistencia contra el cambio energético de forma cada vez más ofensiva y encuentran en los aparatos estatales, como el Ministerio de Economía, sus intercesores políticos (Cfr. Haas, 2016).

A final de cuentas, el capitalismo verde no será la herramienta adecuada para manejar la crisis ecológica de manera eficiente, ni para disminuir la desigualdad o crear buenas condiciones de vida para todos los seres humanos, sino que causará nuevos costos socioambientales para externalizarlos: a los trabajadores en China, África u otras partes del mundo que extraen, bajo condiciones

miserables, las tierras raras u otras materias primas imprescindibles para las tecnologías “verdes”; a los que cortan la caña de azúcar en las plantaciones de Brasil, que ponen en riesgo sus vidas y su salud para satisfacer la demanda de “agrocombustibles” del mercado estadounidense y europeo; a los campesinos que son despojados de sus tierras por el acaparamiento de tierras; a las mujeres kenianas que son “premiadas” con un certificado de dudoso valor por sus actividades de reforestación, sacrificando la seguridad alimentaria a favor de la protección del clima (Bauriedl y Wichterich, 2015:15); o a los que se dedican al “trabajo de cuidados de personas (pero también de la naturaleza) no remunerado” o que prestan “servicios personalizados mal pagados” que no se toman en consideración en los conceptos de la economía verde (Gottschlich, 2012: 1).

Las relaciones de fuerzas entre las diferentes fracciones de capital, así como entre el mundo capitalista desarrollado y los países emergentes del Sur global, se están reajustando; en el interior de los países industrializados y los países en proceso de industrialización, la desigualdad va aumentando, y las relaciones con el gran resto del mundo se reorganizan con base en la coerción militar y la “diplomacia activa en el ámbito de las materias primas”.¹³ Un proyecto verde capitalista, por consiguiente, será forzosamente una “hegemonía fragmentada” (Brand, 2004). En cuanto al espacio, con una perspectiva temporal desconocida,¹⁴ se caracterizará por exclusión y explotación y, no obstante, asegurará el modo de vida imperial.

Esta circunstancia es precisamente la que apunta hacia los lugares y actores de cambios emancipatorios. No es tanto el “agotamiento estructural de las posibilidades”, como dice Fischer-Kowalski (2011), que tiene el modo de producción capitalista a su disposición para manejar las crisis inherentes, sino más bien la desigualdad social mediada por una apropiación imperial de la naturaleza, que causa conflictos socioambientales y que podría ser el punto de partida para desarrollar alternativas democráticas. Lo último sucede

¹³ Así se refirió la Unión Europea a los esfuerzos que pretende intensificar para asegurar el acceso a materias primas importantes en África (Comisión Europea 2011: 16).

¹⁴ Cfr. McMichael (2012).

en todos los lugares donde las personas intentan recuperar el control sobre sus propias condiciones de vida: en conflictos sobre la recomunalización de infraestructuras del suministro de agua y energía, en luchas de personas sin tierras por derechos territoriales o en el rechazo de derechos privados de propiedad intelectual de recursos genéticos por campesinos y comunidades indígenas. La lista podría continuar. En general, estas luchas no están enfocadas en objetivos ecológicos, sino sociales y político democráticos. La ecología, a menudo, es una implicación o un “efecto colateral” de las luchas exitosas (Wissen, 2004).

Por eso, de estos enfoques podemos aprender mucho sobre las condiciones y elementos de una transformación socioambiental: una clave para superar las destructoras relaciones sociales con la naturaleza es la reducción de la dominación social. Ante la magnitud de las amenazas ecológicas, los enfoques pueden parecer experimentos de nichos. Sin embargo, la experiencia nos ha enseñado que, a menudo, los cambios fundamentales emergen de los márgenes de la sociedad. Además, las luchas por los derechos de propiedad, conceptualmente, son todo lo contrario de marginales si no parten desde el núcleo de la ecología política destructora del capitalismo. Y esto radica precisamente en el control exclusivo de los recursos naturales como requisito para su valorización. Por eso, la democratización de las relaciones sociales con la naturaleza y la lucha contra la desigualdad social son imprescindibles para frenar el modo de vida imperial y su modernización verde capitalista. Este será el tema del último capítulo.

Contornos de un modo de vida solidario

Esto se ha convertido en un reto central para una izquierda moderna: adaptar el estilo general de su acción política y su modo de comunicación al autoempoderamiento de los numerosos actores y respetar sus ideas tan individuales respecto a una sociedad diferente, mejor; y, no obstante, hacer una contribución propia y unificadora al discurso social sobre una sociedad justa y solidaria y a la búsqueda de estrategias conjuntas.

Dieter Klein

La necesidad de una verdadera alternativa

Al inicio de este libro, hemos argumentado que las crisis pueden ser momentos de cambio. Podemos observar que el manejo de la crisis se está orientando, en el mejor de los casos, hacia un capitalismo verde. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, se responde de forma autoritaria, neoliberal y conservadora, defendiendo el modo de vida imperial. Las cuestiones sociales urgentes se discuten en términos islamofóbicos y racistas, nacionalconservadores, antifeministas y excluyentes. Las respuestas, aparentemente sencillas, consisten sobre todo en negarles a otras personas el derecho de estar en un lugar determinado y en muchos casos, incluso, su derecho de vivir. “Las críticas justificadas de las condiciones injustas se traducen en un discurso misantrópico. A todos los amargados y atemorizados, júnanse en contra de los débiles, los otros y los extranjeros!” (Hoffer, 2016: 32).

Tal vez, en la condición actual, con este tipo de lemas se pueden conseguir votos en épocas de elecciones, sin embargo, no sirven

para cambiar las situaciones que han causado la crisis. Los intentos de estabilizar el modo de vida imperial provocan la exclusión continua y hasta la muerte de personas, y aceptan (o ignoran) la devastación ecológica y las condiciones laborales precarias en otras partes del mundo.

Las fuerzas políticas establecidas en el espectro conservador, liberal y socialdemócrata solo tienen las respuestas descritas con anterioridad para enfrentar la redistribución de abajo hacia arriba que cada vez se observa más y que divide a la sociedad, causa inseguridad y miedo al descenso social. Dado el poder estructural del capital, estas fuerzas promueven políticas de localización y competencia; incluso los socialdemócratas no pueden ni quieren realizar cambios fundamentales en las relaciones de fuerzas sociales. Hasta ahora prevalece el proyecto del “enriquecimiento máximo de la clase superior”, mientras el “proyecto liberal izquierdista de las élites globales”, en palabras de Hoffer (2016: 27) –se podría llamar también: el proyecto cosmopolita en la tradición de Immanuel Kant–, ha sido marginalizado. Casi no existen intentos serios de regular los mercados financieros, y menos aun de colectivizar el sistema fiscal y delimitar los intereses de los ricos. Los *Panama Papers* y la política de libre comercio de la Unión Europea con Canadá y los Estados Unidos demuestran que las élites quieren continuar con su estrategia (aunque el posible fracaso de la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión [ATCI] indica que hay un fuerte disenso).¹ La crisis de la reproducción social y del trabajo de cuidados (como parte de la crisis múltiple) se maneja con formas patriarcales de la división del trabajo.² Que las mujeres “vuelvan a la cocina” y sean otra vez dependientes de los hombres son el tipo de “propuestas” de un cambio antifeminista.

En muchas partes, la cuestión social es ocupada por los partidos de la ultraderecha. Partidos como “Alternativa para Alemania”,

¹ Sobre el papel dominante del capital financiero de los Estados Unidos, véase Scherrer, 2015.

² Acerca de la importancia de las relaciones de género para garantizar la hegemonía neoliberal, véase, por ejemplo, Brensell, 2015.

(AfD, por sus siglas en alemán), el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ, por sus siglas en alemán) o el Partido Popular de Suiza (SVP, por sus siglas en alemán) pretenden defender de manera agresiva los privilegios y formulan programas radicales de mercado, autoritarios y racista-nacionalistas, supuestamente para ofrecer “protección” a aquellos que “forman parte”. Sin embargo, esta promesa no se cumple, ni siquiera para sus supuestos beneficiarios. El referéndum sobre el Brexit en Gran Bretaña y el éxito de Donald Trump en las elecciones demuestran el gran apoyo que tiene la política excluyente en la actualidad, a pesar de que tendrá consecuencias negativas, incluso para muchas de las personas que la están apoyando.³

Incluso a nivel internacional, las formas solidarias y pacíficas del manejo de crisis han sido contenidas: esto se observa en la política de la Unión Europea con respecto a los Estados con menos poder económico de la semiperiferia europea, así como más allá de la UE, en las guerras civiles que se están agravando, como la de Siria. También en el empobrecimiento de partes importantes de la población europea y en la huida de muchas personas que temen por su sobrevivencia, se nota la preservación agresiva del modo de vida imperial que en parte es responsable, porque precariza las condiciones de vida en otras partes, a través del acaparamiento de tierras y la externalización.⁴ Las políticas de seguridad y militarización se vuelven más dominantes. Así, ante el clima racista y la falta de disposición de cambiar el modo de vida imperial, el único remedio que se le ocurre a la Unión Europea para enfrentar el sufrimiento de las personas en búsqueda de refugio es militarizar las fronteras exteriores.⁵ Con la presidencia de Donald Trump en los Estados Unidos y su enfoque en los supuestos intereses de

³ Sobre las diferentes posibilidades de desarrollo del capitalismo, por ejemplo, *cfr.* Zinn, 2015 y Klein, 2013.

⁴ Véase la revista alemana PROKLA. *Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, tomo 46, núm. 183 (2016) con el título “*Ökonomie der Flucht und Migration*” [N. del T., “La economía de huida y migración”]. Acerca del papel de Alemania en la UE y en Europa; *cfr.* Crome, 2013.

⁵ Sobre el desarrollo político económico actual en la UE y los retos para una política de izquierda, por ejemplo, *cfr.* Vogel, 2015, y Schneider, 2017.

seguridad inmediatos de su país, este proceso de militarización probablemente va a intensificarse.

Los intentos más o menos ambiciosos de lograr una modernización ecológica (que no pretenden cuestionar los intereses y relaciones de poder existentes) tampoco representan una solución de la crisis múltiple. El debate actual sobre los motores eléctricos se debe más bien al temor de perder competitividad. El ahorro de energía fósil que va de la mano con la expansión de la movilidad eléctrica se ve, en primer lugar, desde la perspectiva de las importaciones de petróleo y las emisiones de CO₂ que se reducen con el uso de estos vehículos. Casi no se habla del alto gasto de recursos que requiere la producción de los automóviles con propulsión eléctrica, ni mucho menos de los recursos que se necesitan para las baterías de los autos eléctricos, que probablemente no sean suficientes (véase capítulo 5). De hecho, los mecanismos de la externalización de la crisis del modo de vida imperial se aceptan sin cuestionarlos. Al mismo tiempo, el debate sobre la sustentabilidad, así como el debate del *mainstream* sobre la transformación socioambiental guardan un silencio extraño con respecto a los problemas sociales de la actualidad que necesitan ser atendidos con urgencia, a saber, la desigualdad creciente, la exclusión, el desprecio a los menos favorecidos y el racismo (cfr. Dellheim *et al.*, 2013; Luks, 2016).

Hay una cosa que parece evidente: de la crisis múltiple (sobre todo, en sus dimensiones socioambientales) saldrán formas de reproducción social muy distintas. Tim di Muzio (2015), por ejemplo, hace hincapié en que el aumento de los precios de energía y recursos naturales afectará la disponibilidad de energía para diferentes grupos sociales, por ejemplo, en las áreas de la salud, del trabajo, de la movilidad y en la producción de alimentos (en promedio, para obtener una caloría de un alimento de fabricación industrial se necesita un *input* energético de diez calorías). El petróleo, en particular, no es solo un lubricante energético de la economía mundial capitalista, sino también un *input* central de la producción alimentaria industrial, un componente importante de los productos de plástico y, por consiguiente, un elemento tan esencial como invisible para todo un determinado modo de vida.

Estamos conscientes del carácter hegemónico, es decir, ampliamente aceptado, del modo de vida imperial. En el Norte global se pretende mantener (y en muchos países del Sur global, extender) un modo de vida que no se puede generalizar. Por eso, dadas las agitaciones crecientes y las externalizaciones cada vez más brutales, insistimos en que, desde el punto de vista político y analítico, urge encontrar alternativas verdaderas que favorezcan un modo de vida solidario, justo, socioambiental, pacífico y democrático.

Análisis críticos y orientaciones estratégicas

Como hemos argumentado en el primer capítulo, el concepto de *modo de vida imperial* se enfoca tanto en el actuar cotidiano de las personas como en las estructuras que permiten estas formas de actuar. Esto abre el espacio de reflexión y acción a la crítica de las condiciones predominantes. “Hoy, más que nunca, la teoría crítica materialista tiene la tarea, vinculada de forma orgánica con la vida concreta de las personas, de agudizar la consciencia general sobre el momento histórico en cuestión y de mostrar los potenciales para que puedan emerger formas sociales alternativas”, argumentan Tauss y Ehs (2016: 174).

Los cambios al modo de vida imperial tienen que partir de diferentes puntos: se trata de establecer otras reglas políticas, así como expectativas sociales e ideales que pongan un alto a la expansión capitalista y al acaparamiento de tierras y que faciliten un modo de vida solidario. Otros aspectos importantes son la modificación de las subjetividades, la disminución perceptible de la injusticia, así como el ajuste de las relaciones de fuerzas. Se trata de las dimensiones concretas de la vida (como la alimentación, la vivienda, la ropa, la salud), más allá de las prácticas que buscan disciplinar y fomentar la expansión y el acaparamiento capitalista de tierras, además de jerarquizar la sociedad.

Los procesos que generalizan un modo de vida social solidario se llevan a cabo de manera simultánea con un cambio de las condiciones

sociales y de la forma de pensar y actuar de las personas.⁶ La crítica es importante para el desarrollo de alternativas, por un lado, porque el futuro tiene que emerger de las condiciones del presente y primero hay que entender estas condiciones. Por el otro lado, el modo de vida imperial se ha inscrito en los deseos y en el cuerpo de muchas personas (por eso, las alternativas surgen también de la confrontación política con nuestro propio modo de vida y de la admisión de experiencias alternativas más allá del modo de vida imperial). El filósofo Michel Foucault llamó esta forma de crítica práctica de las condiciones presentes y del involucramiento propio en ella, así como la creación de una subjetividad diferente, como “el arte de no ser tan gobernado”, y el “arte de la inservidumbre voluntaria” (1992: 12, 15).

Aunque Foucault se refirió con estos pensamientos en primer lugar a los individuos, desde nuestro punto de vista aplica también para actores colectivos, como sindicatos y la sociedad en general. Además del cambio de las condiciones básicas, de relaciones de fuerzas y orientaciones sociales distintas, y de buenos ejemplos, requiere de la disposición para cuestionar el propio modo de vida. Porque es evidente:

La actitud fatal, de que no se pueden hacer cambios fundamentales, como mucho, quizás enroscar unos tornillos de ajuste para mejorar algunas cositas –un poco es mejor que nada– produce estancamiento social. Cuando ya no podemos cambiar nada, nos distanciamos; el pluralismo se convierte en una democracia de espectadores, en la cual el ciudadano toma asiento en las filas de atrás y reacciona al espectáculo que se le está presentando, como mucho, asintiendo, o, más a menudo, negando con la cabeza, porque piensa que su opinión de todas formas no cuenta. (Hartmann, 2015: 384)

En el sentido de una transformación crítica emancipatoria (véase capítulo 1), “cambio” significa, en primer lugar, ponerle un alto a los desarrollos problemáticos: a procesos adicionales de la expansión capitalista a través del acaparamiento de tierras y la mercantilización

⁶ Acerca de estas dos dimensiones de cambio, véase la Tercera Tesis sobre Feuerbach de Marx (MEW 3: 5 y s.).

de las personas y la naturaleza, a las políticas autoritarias del *lock-in* neoliberal que se pretenden institucionalizar a nivel internacional, por ejemplo, a través de tratados de libre comercio como ATCI y CETA, a la externalización de las consecuencias negativas del modo de vida imperial, así como a la creciente violencia y militarización en el manejo de los conflictos.

Más allá de las numerosas y necesarias luchas de defensa, se trata, desde el punto de vista estratégico, de contener y frenar las prácticas imperiales. Esto significa que una transformación social fundamental, a diferencia de una suposición generalizada en el debate sobre la economía verde, no conoce exclusivamente ganadores. Muchos van a perder, en medidas diferentes, y es necesario porque lo que están haciendo no es generalizable si no se hace a costa de otros. Bernd Sommer y Harald Welzer (2014: 221) llaman de forma acertada a esta necesidad “deprivilegiamiento” de aquellos grupos e individuos que hoy se benefician de las estrategias económicas que limitan considerablemente las oportunidades de personas tanto hoy como a futuro. Sin embargo, esto abre el espacio a otros elementos para una vida buena, como, por ejemplo, seguridad material y biográfica o trabajos menos alienados.

Finalmente, se trata de la ampliación de espacios y alianzas que permiten actuar de manera emancipatoria con vistas a un modo de vida solidario. Entonces, además de las luchas defensoras y el alto a las dinámicas destructoras, se deben fomentar y fortalecer los enfoques para un modo de vida solidario.

El amplio descontento y la diversidad de experiencias actuales

Hay diversas experiencias y puntos de partida para desarrollar alternativas a las formas dominantes de pensar y las condiciones reales (Brie y Candeias, 2016). Se manifiestan en las numerosas prácticas solidarias, intervenciones intelectuales y experiencias históricas que pueden ser consideradas como fermentos de un modo de vida solidaria. El futuro nunca emerge de un plan maestro, sino que se tiene que desarrollar paso por paso en el horizonte de un mundo

mejor. Esto requiere de valor para pensar y actuar, cierto optimismo y autocrítica productiva, empatía con los menos afortunados y los excluidos, y (según nuestra experiencia como científicos) la disposición para intervenir y cooperar con los actores sociales progresistas. En este punto, nuestro objetivo principal es hacer visible y sistematizar las experiencias que a menudo se pasan por alto y dar impulsos de reflexión que resultan del análisis de los capítulos anteriores. En el fondo está nuestro deseo analítico y político para que se formen alternativas más claras al capitalismo autoritario y siempre destructivo, que se establezcan en vez de permanecer en un estado marginal o que sean, incluso, destruidas en las corrientes de las dinámicas actuales.

Un punto de partida es la observación (desde nuestro punto de vista, plausible) de que hay un amplio descontento social por las condiciones actuales, por el fuerte impacto de la crisis capitalista, por la destrucción de la naturaleza y la brutalidad con la cual las élites aseguran su posición. El descontento con los representantes políticos y la conciencia de que no se puede visibilizar alternativas en las instituciones va creciendo, al igual que la sensación de que, a largo plazo, no se podrá manejar tanta presión cotidiana por tener que adaptarse y funcionar. Hay un presentimiento más o menos difuso de que “así” no podemos continuar, y de que el modo de vida es destructivo y nada solidario. Esto demuestra el apoyo sorprendentemente amplio hacia políticos como Bernie Sanders en los Estados Unidos o Jeremy Corbyn en Gran Bretaña, así como el movimiento de los Indignados en España, que abren la puerta hacia un espacio político donde se puede negociar sobre los problemas y formular estrategias alternativas.

En su estudio histórico sobre la pregunta de por qué las sociedades sobreviven o se extinguen, Jared Diamond hace hincapié en una contradicción importante. Desde su punto de vista, una razón por la cual las sociedades se extinguen es que los actores, a nivel individual, sí se comportan de manera racional, aunque causen daños sociales. Reproduciendo con sus acciones aquellos principios estructurales en que se basa el éxito y el auge de una sociedad, introducen al mismo tiempo su extinción. Aplicado a nuestro tema,

se podría argumentar, siguiendo a Diamond, que el éxito de la sociedad capitalista se basa en el hecho de que se haya institucionalizado un imperativo de crecimiento a través de la mercantilización de cada vez más áreas de la vida. Perseguir el objetivo de maximizar el beneficio en vez de satisfacer las necesidades ha desencadenado el desarrollo de una fuerza productiva sin precedentes que ha provocado la superioridad económica de las sociedades capitalistas frente a otras. En combinación con los potenciales energéticos del carbón y el petróleo, se ha acumulado en pocos siglos una riqueza material que antes era inimaginable. Precisamente esto es lo que hoy está a punto de convertirse en lo contrario. En muchas partes se reconoce que el problema central de las crisis que representan una amenaza importante radica en la combustión de recursos fósiles, así como en el imperativo estructural de un crecimiento prácticamente ilimitado. Sin embargo, los patrones de percepción y acción se han inscrito en las instituciones políticas, las relaciones de fuerzas sociales y la racionalidad cotidiana de las personas de tal manera que se puede imaginar una modernización ecológica restringida; la superación fundamental, en cambio, parece inconcebible.

Diamond se enfoca sobre todo en “los que toman las decisiones y que tienen el poder”, cuyos intereses, en ocasiones, “chocan con los intereses del resto de la sociedad. Esto aplica sobre todo cuando la élite se puede proteger contra las consecuencias de sus acciones: entonces, a menudo, hace lo que le sirve a ella, sin tomar en consideración el daño que puede causar a otros” (2005: 531). La defensa de los privilegios de los más adinerados y la desigualdad que causa se empezó a politizar hace varios años, bajo el lema “Somos el 99 por ciento”. Esta situación se va agudizando con la profundización y extensión del modo de vida imperial y los múltiples mecanismos de la externalización espacial y temporal. En términos de política de poder y patrimonio, es el 1 por ciento de los ricos quien, objetivamente, determina en qué dirección se desarrolla la sociedad. En términos de política social, el cuadro es mucho más complejo, como hemos demostrado en los capítulos anteriores. Y aquí es por donde hay que comenzar: el descontento y la incomodidad, así como la problematización práctica de las condiciones predominantes

que se observa en muchas partes. Los éxitos de los partidos de la ultraderecha no son simplemente una expresión de actitudes racistas comunes en muchos sitios, sino también una expresión de aquella incomodidad.

La incomodidad con las condiciones tiene que ver con el hecho de que el “razonamiento cotidiano” de las personas nunca es uniforme, sino una cosmovisión dispersa, incoherente e inconsecuente (GH, 8: 1039). Los protagonistas económicos, políticos y mediáticos del modo de vida imperial pretenden volver el razonamiento cotidiano coherente, poniendo las personas a competir, intentando reforzar la confianza en las élites, presentando la destrucción del medio ambiente como algo tecnológicamente manejable, ridiculizando, ignorando o, en algunos casos, reprimiendo las protestas y las alternativas fundamentales, y condicionando la vida de las personas para que obedezcan, consuman y se enfoquen en la “felicidad personal”.

Sin embargo, esto se logra cada vez menos.

La ola de solidaridad de mucha gente con las personas que buscaron refugio en el verano de 2015 expresa de cierta manera la conciencia sobre las devastaciones que el modo de vida imperial está causando en otras partes.⁷ La incomodidad con respecto a este modo de vida y el deseo de desarrollar una forma de convivencia solidaria podría alcanzar a una mayoría moral de la sociedad, aunque no se traduzca directamente en acción y cambio. Marx habló del proletariado como una clase “que tiene un carácter universal por su sufrimiento universal”, porque no le sucede alguna injusticia en particular, sino que en ella se comete “la injusticia por antonomasia” (MEW, 1: 390). De manera similar se podría argumentar hoy con respecto a las personas en busca de refugio (Möller, 2016): representan el sufrimiento universal por el modo de vida imperial y recuerdan a las sociedades receptoras, a la luz de los agitaciones dramáticas en el mundo, la posibilidad de aprender, entender y actuar a favor de un cambio de las propias condiciones de vida

⁷ Sobre las ambivalencias del (en principio muy loable) compromiso de los voluntarios, de que el apoyo a los refugiados está relacionado con el desmantelamiento del Estado de bienestar y de la creación de un Estado “activador”, véase van Dyk y Misbach, 2016.

y de cuestionar muchos de los privilegios que implica el modo de vida imperial.

Nosotros proponemos comprender las diversas alternativas como parte de procesos de búsqueda de un modo de vida solidario, un modelo de bienestar muy distinto, que sea justo, pacífico y verdaderamente sostenible desde el punto de vista ecológico, más allá de los imperativos capitalistas, patriarcales y racistas, y más allá de la sumisión y explotación de la naturaleza.⁸ Los contornos de un modo de vida solidario se muestran en las diversas discusiones y prácticas actuales que cuestionan la sociedad a nivel fundamental desde sus márgenes. Es importante considerar estas alternativas, desarrollarlas y darles la posibilidad de estabilizarse y de que resuenen. Un modo de vida solidario no emergerá de forma simultánea en todas partes, abarca imprevistos, se desarrolla a paso lento y, en esencia, a través de conflictos.

El efecto politizante del movimiento de los refugiados está relacionado con otras protestas y movimientos, por ejemplo, con las protestas contra los alquileres demasiado altos y la gentrificación, el desacuerdo con la creciente densificación y precariedad laboral y de otras formas de trabajo no remunerado y el descontento con la división laboral que se vive a diario de forma concreta entre clases, géneros y personas de distintas procedencias, la crítica de la privatización y la política europea de austeridad, el movimiento contra ATCI y CETA y contra las políticas de libre comercio en general, así como las protestas contra la construcción de centrales carboeléctricas, contra las fábricas de carne, contra las semillas genéticamente modificadas y los alimentos correspondientes, contra el poder de las empresas energéticas, contra el sexismo y la violencia contra las mujeres. Diversas campañas internacionales indican las implicaciones negativas del modo de vida imperial, como los efectos sociales y ecológicos de la producción alimentaria, así como la producción de *smartphones* y ropa. La lista podría continuar.

⁸ Acerca de este amplio debate véase, por ejemplo: *Deutscher Bundestag*, 2013; Nicoll, 2016; Muraca, 2014; D'Alisa *et al.*, 2016; Martínez-Alier *et al.*, 2010.

Las propuestas alternativas y enfoques prácticos son igual de diversos: el fortalecimiento de la construcción de viviendas públicas y el reclamo del “derecho a la ciudad”, el movimiento “ciudades en transición” (*transition towns*), la agricultura urbana (*urban gardening*), la justicia medioambiental y climática, la eliminación del carbón como fuente de energía y el movimiento ecologista “*Ende Gelände*”, en Alemania. Algunos otros son la democracia energética y la socialización de la energía, la soberanía alimenticia y la agricultura ecológica, el fortalecimiento del derecho de los animales y (una iniciativa que nació en América Latina) del derecho de la naturaleza, los bienes comunes (*commons*) y la gestión comunal de recursos (*commoning*). Asimismo, están el derecho a un trabajo e ingresos básicos dignos, el reparto solidario de trabajo remunerado y trabajo reproductivo no remunerado, software gratuito y autodeterminación informativa, y la política social como infraestructura o infraestructura socioambiental. Las alternativas institucionales incluyen organizaciones como el Consejo para el Futuro del Mundo, la regularización de los mercados financieros o estrategias de saneamiento de la movilidad de las ciudades, después de que estas han sido instruidas durante décadas para el transporte automóvil. Conceptos intersectoriales son el decrecimiento y el poscrecimiento, el posdesarrollo y el posextractivismo, la revolución de los cuidados y la huelga de cuidados, la desaceleración y el bienestar temporal, la convivialidad, la perspectiva “cuatro en uno”, derechos sociales a nivel global y una buena vida para todos. Lo anterior es solo un fragmento de una lista más extensa.⁹

El análisis crítico y la política emancipatoria insisten en que los requisitos para lograr el objetivo de una buena vida para todas las personas sin destruir las bases biofísicas de vida representan el punto de referencia normativo central del desarrollo social. Cualquier modo de vida específico tiene que ser generalizable, sin externalizar sus condiciones o consecuencias negativas, sin explotar a otras

⁹ Cfr. Brand *et al.*, 2012; Degrowth in Bewegungen, 2016; Fischer-Lescano y Möller, 2012; Klautke y Oehrlein, 2008; Stohschneider, 2014; AK Wien, 2016; Barth *et al.*, 2016; Nanz y Leggewie, 2016; Emunds y Merkle, 2016; Nyéleni Austria, 2014; VCÖ, 2016; Sommer y Welzer, 2014: caps. 6 y 7.

personas y sin destruir sus propios fundamentos. En concreto, esto significa una reducción drástica del gasto de recursos y de las emisiones, pero también un cambio de las estructuras políticas, económicas y sociales hacia formas solidarias de apropiación de la naturaleza, de producción y trabajo, de convivencia colectiva, toma de decisiones y manejo de conflictos.

Lo que muchos reclamos y movimientos tienen en común es que se orientan en el valor útil, en un acceso justo a los alimentos necesarios y a las condiciones de vida.¹⁰ Estos quieren desarrollar las formas correspondientes de organizar la economía y la política, la convivencia y la subjetivación y, por este motivo, minimizar los imperativos de beneficio y acumulación de capital y de poder. Entonces, son pasos en el camino que lleva, a través de conflictos y procesos de aprendizaje, a la superación del modo de vida imperial a favor de un modo de vida solidario. Los cambios de este tipo están relacionados con una redistribución de poder, ingresos y bienestar, y plantean la pregunta implícita o explícita de quién dispone de la propiedad y del control sobre los medios de producción, en cuáles de los ámbitos de una sociedad se puede y se debe de invertir y en cuáles no. Por consiguiente, la emergencia de un modo de vida solidario va de la mano con una profundización de la democracia y el desarrollo, en particular, de perspectivas económico-democráticas.

Los cambios en este sentido deberían llevarse a cabo en el campo de tensión entre la acción concreta y un horizonte teórico amplio. Rosa Luxemburgo hablaba en este contexto de una “*realpolitik* revolucionaria”, Joachim Hirsch de un “reformismo radical” y Dieter Klein de una “doble transformación”. Según Klein, a las diversas alternativas a menudo les falta la relación interna, una narrativa vivida “desde abajo” contra las consignas de ánimo que difunden los gobernantes a través de muchos medios. Hay que

atreverse a construir un puente entre las necesidades progresivas más elementales que yacen en el presente y, por el otro lado, la visión de los medios y los fines para conseguirlos [...], detectar cuáles son las preguntas existenciales de la humanidad a las que urge hallar respuestas

¹⁰ Karathanassis, 2015: 2013 y ss.; Gottschlich y Hackfort, 2016.

y arrancarle las posibles respuestas a lo no pronunciado; esto podría ser el objeto de una narrativa moderna de izquierda. (2013: 61 y s.)

Sin embargo, no es fácil de poner en práctica porque, a menudo y en particular, los actores colectivos como partidos políticos, sindicatos o asociaciones, dan prioridad a acciones de corto plazo.

La emergencia poco espectacular de un modo de vida solidario

Un modo de vida solidario no se alcanza con declaraciones políticas sublimes o con mejores tecnologías (Paul Mason celebra estas últimas como la base del poscapitalismo), sino solo con una reorganización de la sociedad, con formas muy distintas de convivencia (Mason, 2016). A partir de estas se desarrollan nuevas subjetividades y se establecen “nuevas costumbres” (Brangsch, 2015).¹¹

La inscripción del modo de vida imperial en la cotidianidad y en el cuerpo (inscripción que en realidad es un objetivo estratégico de las empresas y el Estado) sugiere que muchas alternativas a veces emergen de una forma muy poco espectacular, simplemente consisten en rechazar los patrones actuales de vida y consumo, en desobedecer a reglas explícitas e implícitas, en dejar de aceptar ciertas prácticas y recomendaciones y romper con ellos. Hay alumnos que exigen que se quiten las máquinas de Coca-Cola de sus escuelas, gente que deja de consumir carne, personas que consideran que comprar un coche ya no es un objetivo que valga la pena, ni tampoco la carrera “normal”. “Lo que era secundario y subordinado o incluso incidental se convierte en núcleo de un nuevo complejo ideológico y doctrinal. La vieja voluntad colectiva se disgrega en sus elementos contradictorios

¹¹ A diferencia del diagnóstico conocido de Paul Mason (2016), no somos de la opinión de que el capitalismo digitalizado haya sentado la base material de un “poscapitalismo”. Una tesis de esta índole (que en realidad puede simpatizarnos en cuanto a su orientación política) subestima la complejidad de las formas capitalistas, profundamente arraigadas en el razonamiento cotidiano, que se trata de cambiar.

porque los elementos subordinados se desarrollan socialmente” (GH, 8: 1051).¹²

Una contrahegemonía (Brand, 2005) que se opone al modo de vida imperial, por lo consiguiente, significa (aparte de discusiones sobre normas diferentes, sobre estrategias políticas y económicas, sobre inversiones y el control los medios de producción) rechazar ciertas formas de vida cotidiana o simplemente dejar de practicarlas. La motivación podría radicar en deseos incumplidos u oportunidades negadas con respecto a una vida plena.

Otras lógicas de una reproducción socioambiental

En el primer capítulo argumentamos que cualquier tipo de cambio tiene que enfrentar las lógicas predominantes de la transformación, con la autorrevolución permanente de las sociedades burguesas-capitalistas. Un modo de vida solidario implica formas de reproducción socioambiental, de cuidados y, por consiguiente, formas preventivas de manejar la economía. En palabras de Wichterich (2016b: 186), “la lógica de cuidados reproduce y protege lo vivo en la sociedad y la naturaleza, sin embargo, es torpedeada y marginalizada por el mercado con sus principios capitalistas del aumento de la productividad y la eficiencia, competencia y acumulación”.

Desde esta perspectiva, la sociedad debe ser concebida y organizada de manera muy distinta, ya no como un encuentro de consumidores supuestamente autónomos en el mercado, que se comportan de manera racional y quieren maximizar su beneficio. Los seres humanos no son sujetos autónomos que disponen de sí mismos y del mundo (Aulenbacher *et al.*, 2015). Esto es lo que se les sugiere y, en primer lugar, se espera de ellos que se comporten como “consumidores soberanos” frente a una variedad de opciones de mercancías puestas en escena. Según Martin Kronauer, las personas solo pueden responsabilizarse “de algo que pueden efectuar o impedir a

¹² Candeias (2012) habla, siguiendo a Gramsci, de “cambios moleculares” que son dominables cuando aparecen de forma aislada, sin embargo, cuando se juntan y se entrelazan pueden condensar las crisis estructurales.

través de sus propias decisiones. Sin embargo, no aplica para efectos del mercado [...] Esto tiene consecuencias directas para la posibilidad de una vida autodeterminada: necesita ser protegida para no volverse dependiente del mercado” (2014: 437).

De hecho, todos los seres humanos somos vulnerables, necesitamos protección y nos reproducimos juntos en sociedad y comunidad, con dinero y mercancía, pero también de otras formas diversas. En parte, la vulnerabilidad siempre presente se estabiliza porque, a través de la externalización de las condiciones y consecuencias del modo de vida imperial, en otras partes del mundo las personas tienen que vivir y trabajar en condiciones precarias y sin seguridad, y se afectan o incluso se destruyen las bases biofísicas de la vida (Lorey, 2012).¹³ Por consiguiente, un modo de vida solidario tiene que reconocer la vulnerabilidad fundamental de la vida humana y extrahumana y crear formas de convivencia que no se basen en la precarización de muchas o pocas personas y de las relaciones sociales con la naturaleza. Para Gabriele Winkler una “revolución de cuidados” es de suma importancia, “una estrategia política de transformación que, siguiendo los conocimientos de la política feminista, pone el enfoque en la importancia del trabajo de cuidados y busca organizar la convivencia social a partir de las necesidades humanas” (2015: 143).¹⁴ Propone estrategias como la democratización y autogestión del área de cuidados, una reducción radical de jornada, un salario básico incondicional, la construcción de infraestructura social y la socialización de todos los medios de producción (ídem, capítulo 6).

Una sociedad que se enfoca en cuidar a las personas y a la naturaleza es una sociedad crítica frente los imperativos de valorización y acumulación capitalista. Este es el punto que toca, por ejemplo, la perspectiva de decrecimiento o poscrecimiento. No se trata de un rechazo general del “aumento” en el sistema de educación o de salud, de servicios públicos o de la oferta de alimentos de buena

¹³ Véase el núm. 1/2005 de la revista *LuXemburg. Zeitschrift für Gesellschaftsanalyse und linke Praxis* con el título “*Mehr als prekär*” [N. del T., “Más que precario”].

¹⁴ Cfr. Dück y Fried, 2015.

calidad –por mencionar algunos casos–, sino de facilitar procesos de aprendizaje y decidir de forma democrática en qué área realmente la sociedad desea un aumento de los bienes de consumo, los medios de producción y los servicios, y que sea, además, responsable desde el punto de vista socioambiental. “Se trata de reajustar la medida. El enfoque en las prácticas cotidianas y en los sujetos responde al hecho de que el paradigma de crecimiento mercantil no solo determina las relaciones económicas y relaciones sociales con la naturaleza, sino que está inscrita profundamente en el nivel psicosocial, en el Oeste como en la Tierra”, en palabras de Wichterich (2016b: 197). Sin embargo, las prácticas cotidianas modificadas no se limitan al comportamiento de consumo, sino que requieren del momento político, colectivo de la politización de las condiciones destructivas y del desarrollo de alternativas (Cfr. Grunwald, 2012).

En este contexto, Dieter Kramer plantea una pregunta bastante instructiva: “¿Se puede esperar de las personas que consideren los problemas de crisis de la sociedad de crecimiento en su vida cotidiana?”, pues la gente tiene que lidiar con sus propios problemas cotidianos. Su respuesta es clara y tiene consecuencias a nivel político:

Si se logra poner los problemas de la sociedad de crecimiento en contexto con aquellos problemas cotidianos sin generar una actitud pesimista-regresiva, quizás se pueden identificar puntos de partida para una motivación política con respecto al cambio socioambiental. El debate sobre la suficiencia indica en esta dirección que no se trata de renunciar, sino de sustituir, se trata de la pregunta de qué y cuánto es suficiente. Con sus conceptos de lo que es una vida buena y correcta, los seres humanos son capaces de poner límites en su vida individual. (2016: 16).

Cuando esto falla, se generan adicciones como la adicción al juego, a las compras, a las drogas o al trabajo.

En este contexto los hallazgos recientes en las áreas de la sociología laboral e industrial son de sumo interés e importancia, pues identifican una fuerte economía moral entre los empleados de los diversos sectores. Según estos hallazgos, las imposiciones neoliberales, dominadas por una orientación en los beneficios a corto plazo que se expresan en una intensificación permanente del proceso

laboral, no son interiorizadas completamente por los empleados, ni son consideradas como retos que se tienen que superar de forma individual. Más bien son percibidas como una violación de los derechos a la justicia y como incompatibles con los requerimientos del proceso laboral a nivel técnico y funcional. El resultado podría ser una politización que va construyendo un puente (todavía muy frágil) entre las experiencias de injusticia en la cotidianidad laboral y el descontento por el desarrollo social actual. En el mejor de los casos, entonces, “las experiencias de una lógica de crecimiento impulsada por la competencia [alimentarán] la crítica cotidiana a la sociedad y al capitalismo” (Dörre *et al.* (2013: 219 y s.).¹⁵

Modo de vida solidario: global y sostenible

Un mecanismo básico del modo de vida imperial consiste en la externalización de sus condiciones y consecuencias problemáticas a nivel social y ecológico. De forma sistemática produce malas condiciones laborales, explotación, relaciones políticas y sociales autoritarias, condiciones de vida precarias y destrucción ecológica. Eliminar los diversos mecanismos de la externalización es, sin duda, una de las tareas más difíciles en el camino hacia un modo de vida solidario.

Un requisito básico es hacer visible la externalización como componente fundamental del concepto de modo de vida imperial. Esto significa elucidar y comprender que los privilegios que tenemos se basan en la explotación y destrucción dentro de nuestra sociedad,

¹⁵ Véase también que Menz y Nies (2016: 538) hacen hincapié en la posibilidad de una politización de la contradicción entre las exigencias del proceso laboral y las expectativas de beneficio económico que tiene un alcance amplio: “[...] empleados reclaman las exigencias del proceso laboral concreto y material en oposición a lo exorbitado de las exigencias dinámicas del mercado, es decir, confrontan los principios de racionalidad técnicos-funcionales contra los económicos. Además, aplican la lógica de una producción orientada al valor de uso (o de un servicio) en contra de la orientación en las exigencias abstractas de rendimiento. [...] Los conflictos que se presentan aquí indican, entonces, una contradicción fundamental del modo de producción capitalista: la relación contradictoria entre valor de uso y valor de cambio, entre los intereses de valorización y de orientación en el beneficio concreto del trabajo”.

pero también “en otras partes”. La información correspondiente está siempre presente, sin embargo, no hay ningún tipo de conocimiento social o relevante para actuar al respecto. Sentir empatía es tan banal como difícil. “¿Cuáles de las vidas –por ejemplo, de personas que no conozco, que no ‘entiendo’ o que, incluso, me repugnan– se reconocen como vidas deplorables y como vidas con las que estoy relacionado, con las que tengo un ‘vínculo?’”, pregunta Aulenbacher *et al.* (2015: 141).

Un modo de vida solidario, que, además, siempre es un modo de (re)producción solidaria, tiene que cambiar las cadenas de valor agregado y de suministro, las cuales a menudo están muy ramificadas y, hasta ahora, estructuradas por los imperativos de la valorización capitalista. A través de ellas se realiza la externalización de las implicaciones negativas del modo de vida imperial y son la causa de muchos conflictos, así como de la destrucción del medio ambiente (Schurath, 2015; Pichler *et al.*, 2016).

Esto va de la mano con la necesidad de reconocer y de apoyar los diferentes reclamos y luchas en las sociedades propias y en otras. Significa empatía y solidaridad práctica con aquellos que oponen resistencia en muchas partes del mundo contra las imposiciones del modo de vida imperial y significa reconocer la dignidad de las personas en el propio país y en otras partes del mundo, levantarse para protestar contra la humillación y deshumanización y luchar por una vida mejor. A esto se refería el lema “¡Ya basta!” de los zapatistas mexicanos a principios del año 1994, y por eso tuvo repercusión a nivel mundial. No se trataba, en primer lugar, de llamar a la solidaridad con el levantamiento, sino de crear vínculos entre las diversas luchas emancipatorias y de trabajar juntos en el desarrollo de alternativas al modo de vida imperial en diferentes lugares del mundo. Entonces, la creación de un modo de vida solidario es, en muchos sentidos, una cuestión concreta de la humanidad.

En un sentido amplio significa no entregarse a las falsas promesas de bienestar, porque se basan en la externalización capitalista y jerarquizante, sino de crear y vivir formas de un bienestar que sea justo, solidario y sostenible. Existen, entonces, muchas propuestas y exigencias, prácticas y estrategias concretas y completas; lo último

en el sentido de encauzar, de tomar caminos que nunca serán completamente conocidos, pero también, de descartar otros.¹⁶ Solo podremos saber en retrospectiva en qué momento los cambios empezarán a desarrollar “efectos sistémicos”.

Un proyecto hegemónico para un modo de vida solidario tiene que vincular muchas cosas y muchas personas, tiene que ser experimentable y atractivo. Los que sostendrán un proyecto de estas características serán, en su mayor parte, las alianzas entre clases sociales medias y bajas, como sostienen Brie y Hildebrandt (2015), entre otros. No obstante, lo ideal sería que también las élites progresivas disidentes reconozcan la gravedad de la situación y tomen las medidas correspondientes (Klein, 2016). Hay que reflexionar sobre el peligro de una cooptación de alternativas o del *greenwashing* y poner un alto a los proyectos racistas, explotadores, patriarcales, violentos y destructores.

Por un lado, hay debates importantes (esperamos que este capítulo y algunas referencias particulares de los capítulos tres y cuatro lo hayan mostrado) en torno a la crítica y la disolución de muchos elementos del modo de vida imperial. Por el otro lado, se trata de reconocer y estabilizar las condiciones, prácticas y demandas de un modo de vida solidario.

Otra pregunta crucial con respecto a un modo de vida solidario es cómo asegurar, impulsar y proteger los cambios para que no sufran contratiempos. En cierto modo, se trata de plantear la pregunta por las instituciones, el derecho y, en general, por la constitución de la sociedad desde la izquierda. El modo de vida imperial es garantizado esencialmente por el Estado capitalista patriarcal. Este es una “condensación material” de “relaciones de fuerza sociales, un campo estratégico que está marcado por luchas y contradicciones”, en palabras de Poulantzas (2002 [1978]: 159). Diferentes actores con sus intereses, identidades y conceptos de valor están luchando, con estrategias concretas y, en tal caso, con proyectos complejos, para obtener relevancia social y convertirse, de esta manera, en

¹⁶ Los neoliberales lo entendieron muy bien: combinar finas luchas por la hegemonía con claras rupturas, por ejemplo, a través de determinadas leyes.

Estado, es decir, estar establecido por la ley, ser reconocido y no ignorado o reprimido. Como hemos expuesto en el capítulo seis, el Estado le da al mismo tiempo una forma determinada a los intereses sociales. Contribuye, por ejemplo, al desarrollo de intereses de posesión individual y, de esta manera, estructura los conflictos entre las fuerzas sociales antagonistas de tal forma que lo hace compatible con la reproducción de un orden hegemónico (sin poder garantizar su existencia). En este contexto, la forma jurídica juega un papel central. Subjetiviza, como lo describe Sonja Buckel de forma muy acertada, “a los individuos como mónadas capitalistas patriarcales y los vuelve a integrar para formar algo que desde afuera parezca una nueva unidad” (2008: 126).

La crítica de esta forma política y jurídica es un momento esencial de un alto al modo de vida imperial. Sin embargo, con esto se vuelve central la pregunta de cómo tiene que ser constituido un Estado para que se pueda desarrollar un modo de vida solidario. La “cuestión de la constitución política”, como escribió Wolf-Dieter Narr ya hace 20 años, “es la pregunta fundamental de estos tiempos” (1998: 286). Contestarla significa asegurar, a nivel institucional, las alternativas emancipatorias y universalizables para que estén protegidas contra ofensivas reaccionaras y, al mismo tiempo, poder seguir desarrollándolas de forma reflexiva. La idea directriz es una comprensión enfática de democracia: todas las personas participan con los mismos derechos en la toma de una decisión cuyas consecuencias las afectan. Crear una sociedad de esta índole necesariamente tiene efectos en los sujetos. Si la condición del desarrollo libre de todos ya no consistiera en la *limitación* (como en la sociedad burguesa capitalista), sino en la *realización* del desarrollo libre del individuo (MEW, 4: 482), entonces existiría la posibilidad de que la subjetividad orientada en la competencia y el beneficio personal que predomina en la actualidad se transformara en una subjetividad solidaria y cooperativa. Además, con una sociedad de estas características se crearían las condiciones necesarias para superar los imperativos estructurales de la externalización. Los mecanismos capitalistas enfocados en el valor de cambio, la competencia y el crecimiento estarían derogados y los costos de las

decisiones ecológicas erróneas ya no se generarían en otras partes, sino que tendrían que ser pagados entre todos. “Cuando todos están conscientes de esto”, según Alex Demirović, “intentan evitar decisiones que perjudican la naturaleza tanto en sus alrededores como en lugares lejanos” (2012: 70; *cf.* Thie, 2013: 105 y ss.).

Las luchas por un modo de vida solidario se enfocan en eliminar las condiciones consideradas problemáticas y fortalecer las alternativas. En muchos debates no solo se trata de crear bienes comunes y formas alternativas de convivencia, por ejemplo, de encontrar otra manera de distribuir el trabajo de reproducción y cambiar de esta forma las relaciones de género, sino también de crear un Estado de bienestar solidario, “desacoplando la seguridad de la relación social por medio de un mecanismo anónimo y confiable de igualdad”, al decir de Van Dyk y Misbach (2016: 213). Como sabemos muy bien por la manera en que emergió el Estado neoliberal, activador, y cada vez más represivo en muchos sentidos, esto implica una reestructuración institucional del Estado, ya que las relaciones de fuerzas y discursos no son externos al Estado. Las diversas dimensiones de un modo de vida solidario tienen que “condensarse”¹⁷ a nivel institucional, pero con la perspectiva de *superar* las lógicas hegemónicas que están institucionalizadas en el Estado capitalista patriarcal.

Eliminar las restricciones de la democracia liberal, cada vez más autoritaria, a favor de una amplia democratización social, es un punto central en los debates sobre un modo de vida solidario. Esto implica oponer resistencia al giro social y político hacia la derecha, así como rechazar las prácticas imperiales y asegurar lo nuevo a nivel institucional. Su punto de partida es haber entendido que las agitaciones sociales y ecológicas que enfrentamos en la actualidad y que generan un sufrimiento inmenso son causadas por las condiciones sociales y no, como sugieren grandes partes de la élite política, por procesos endógenos del Sur global. Para hacerlo visible, en este libro nos dimos a la tarea de analizar el modo de

¹⁷ Acerca del papel de los partidos progresistas véase, por ejemplo, Steckner, 2013; y Porcaro y Candeias, 2016.

vida imperial y de confrontarlo con los contornos de un modo de vida solidario basado en la organización democrática de las relaciones sociales y de las relaciones sociales con la naturaleza. Si nuestro análisis sirve para inspirar debates científicos y sociopolíticos y, sobre todo, para darle dirección a futuras luchas por un modo de vida solidario, entonces cumplió su objetivo.

Bibliografía

- Acosta, A. (2015). *Buen vivir. Vom Recht auf ein gutes Leben* [Buen vivir. Del derecho a una buena vida]. Múnich: oekom verlag. (A. Acosta [2012]. *Buen vivir. Sumak Kawsay. Una oportunidad para imaginar otros mundos*. Quito: Abya Yala).
- AIE - Agencia Internacional de la Energía (2014). *IEA Statistics. CO₂ Emissions from Fuel Combustion. Highlights*. París: Agencia Internacional de la Energía. Recuperado de <https://www.iea.org>
- AIE - Agencia Internacional de la Energía (2015a). *Energy and Climate Change. World Energy Outlook Special Report*. París: Agencia Internacional de la Energía. Recuperado de <http://www.iea.org>
- AIE - Agencia Internacional de la Energía (2015b). *World Energy Outlook 2015*. París: Agencia Internacional de la Energía. Recuperado de <http://www.iea.org>
- Aglietta, M. (1979). *A Theory of Capitalist Regulation. The US Experience*. Londres: Verso.
- D'Alisa, G., Demaria, F y Kallis G. (2016). *A Vocabulary for a New Era*. Londres: Routledge.
- AK Postwachstum (ed.) (2016). *Wachstum – Krise und Kritik. Die Grenzen der kapitalistisch-industriellen Lebensweise*. Fráncfort/Nueva York: Campus.
- Alnasserí, S. et al. (2001). Raum, Regulation und Periodisierung des Kapitalismus [Espacio, regulación y periodización del capitalismo]. *Das Argument*, 43(1), 23-43.
- Althusser, L. (1968). *Für Marx* [Para Marx]. Fráncfort: Suhrkamp. (L. Althusser [2004]. *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI).
- Altwater, E. (1987). *Sachzwang Weltmarkt. Verschuldungskrise, blockierte Industrialisierung, ökologische Gefährdung – der Fall Brasilien* [Mercado mundial de constricción. Crisis de deuda, industrialización bloqueada, riesgo ecológico. El caso de Brasil]. Hamburgo: VSA-Verlag.
- Altwater, E. (1996). Der Traum vom Umweltraum. Zur Studie des Wuppertal Instituts über ein “zukunftsfähiges Deutschland” [El sueño del espacio ambiental. Acerca del estudio del Instituto Wuppertal sobre una “Alemania viable para el futuro”]. *Blätter für Deutsche und Internationale Politik*, 1, 82-91.
- Altwater, E. (2005). *Das Ende des Kapitalismus, wie wir ihn kennen. Eine radikale Kapitalismuskritik* [El fin del capitalismo tal y como lo conocemos. Una crítica radical al capitalismo]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot. (E. Altwater [2012]. *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. Barcelona: El Viejo Topo).
- Altwater, E. (2016). The Capitalocene or Geoeengineering against Capitalism’s Planetary Boundaries. En J. W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*. Oakland: PM Press.
- Altwater, E. y Mahnkopf, B. (1996). *Grenzen der Globalisierung. Ökonomie, Ökologie und*

- Politik in der Weltgesellschaft* [Fronteras de la globalización. Economía, ecología y política en la sociedad mundial]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot. (E. Altwater y B. Mahnkopf [2002]. *Las limitaciones de la globalización. Economía, ecología y política de la globalización*. México: Siglo XXI y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM).
- Appel, A. (2010). Die Genderbilanz des Klimadiskurses. Von der Schiefelage einer Debatte [El balance de género en el discurso sobre el clima. Del desequilibrio de un debate]. *Kurswechsel. Zeitschrift für gesellschafts-, wirtschafts- und umweltpolitische Alternativen*, 25(2), 52-62.
- Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (2015). Transformar nuestro mundo: La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Nueva York: Organización de las Naciones Unidas. Recuperado de <http://www.un.org>.
- Atzmüller, R. et al. (2013). *Fit für die Krise? Perspektiven der Regulationstheorie [¿Preparados para la crisis? Perspectivas de la teoría de la regulación]*. Münster: Westfälisches Dampfboot Verlag.
- Aulenbacher, B. (2015). Unentbehrlich, unterbezahlt – und viel zu wenig anerkannt. Was Sorgearbeit ist, wer sie leistet und welche Konflikte entstehen [Imprescindible, mal pagado y muy poco reconocido. Qué es el trabajo de cuidados, quién lo realiza y qué conflictos surgen]. En Le Monde diplomatique y Kolleg Postwachstumsgesellschaften (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr. Der Postwachstumsatlas* [Atlas de la globalización. Menos es más. El atlas del poscrecimiento] (pp. 38-41). Berlin: Le Monde diplomatique y taz.
- Aulenbacher, B.; Riegraf, B. y Völker, S. (2015). *Feministische Kapitalismuskritik* [Crítica feminista del capitalismo]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Backhouse, M. et al. (2013). *Die globale Einhegung – Krise, ursprüngliche Akkumulation und Landnahmen im Kapitalismus* [El encierro global: crisis, acumulación original y acaparamiento de tierras en el capitalismo]. Münster: Westfälisches Dampfboot Verlag.
- Bauhardt, C. (2007). Feministische Verkehrs- und Raumplanung [Planificación feminista del transporte y el espacio]. En O. Schöller, W. Canzler y A. Knie (eds.). *Handbuch Verkehrspolitik* [Manual de política del transporte] (pp. 301-319). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Bauhardt, C. (2009). Ressourcenpolitik und Geschlechtergerechtigkeit. Probleme lokaler und globaler Governance am Beispiel Wasser [Política de los recursos y justicia de género. Problemas de gobernanza local y global en el ejemplo del agua]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 39(3), 391-405.
- Bäuerle, L., Behr, M. y Hütz-Adams, F. (2011). *Im Boden der Tatsachen. Metallische Rohstoffe und ihre Nebenwirkungen* [Con los pies en la tierra. Materias primas metálicas y sus efectos secundarios]. Siegburg: Südwind, Institut für Ökonomie und Ökumene. Recuperado de <http://www.suedwind-institut.de>
- Bauriedl, S. y Wichterich, C. (2015). Ökonomisierung von Natur, Raum, Körper. *Feministische Perspektiven auf sozial-ökologische Transformationen* [Economización de la naturaleza, el espacio, el cuerpo. Perspectivas feministas sobre las transformaciones socioecológicas]. Berlin: Rosa-Luxemburg-Stiftung. Recuperado de <https://www.rosalux.de>
- Beck, S. (2011). Moving Beyond the Linear Model of Expertise? IPCC and the Test of Adaptation. *Regional Environmental Change*, 11(2), 297-306.
- Becker, E. y Jahn, T. (2006). *Soziale Ökologie. Grundzüge einer Wissenschaft von den gesellschaftlichen Naturverhältnissen* [Ecología social. Rasgos fundamentales

- de una ciencia de las relaciones sociales con la naturaleza]. Fráncfort/Main: Campus Verlag.
- Becker, J. (2013). Regulationstheorie: Ursprünge und Entwicklungstendenzen [Teoría de la regulación: Orígenes y tendencias de desarrollo]. En R. Atzmüller *et al.* (eds.), *Fit für die Krise? Perspektiven der Regulationstheorie* [¿En forma para la crisis? Perspectivas de la teoría de la regulación] (pp. 24-56). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Biesecker, A. y Hofmeister, S. (2010). Focus: (Re)productivity. Sustainable Relations both between Society and Nature and between the Genders. *Ecological Economics*, 69(8), 1703-1711.
- Biesecker, A. y Winterfeld, U. v. (2013). Alte Rationalitätsmuster und neue Beharrlichkeiten. Impulse zu blinden Flecken der Transformationsdebatte [Viejos modelos de racionalidad y nuevas perseverancias. Iniciativas para los puntos ciegos del debate de la transformación]. *GAI*A, 22(3), 160-165.
- Biesecker, A. y Winterfeld, U. v. (2014). Extern? Weshalb und inwiefern moderne Gesellschaften Externalisierung brauchen und erzeugen [¿Externo? Por qué y en qué medida las sociedades modernas necesitan y producen la externalización]. Jena: DFG-KollegforscherInnengruppe Postwachstumsgesellschaften. Recuperado de <http://www.kolleg-postwachstum.de>
- Bioökonomierat (German Bioeconomy Council) (2015). *Bioeconomy Policies (Part II): Synopsis of National Strategies around the World*. Berlín: Bioökonomierat (gbs2015.com).
- Blühdorn, I. (2013). *Simulative Demokratie: Neue Politik nach der postdemokratischen Wende*. Berlín: Suhrkamp.
- Bodle, R., Donat, L. y Duwe, M. (2016). *The Paris Agreement: Analysis, Assessment and Outlook*. Dessau-Roßlau: Umweltbundesamt. Recuperado de www.ecologic.eu/sites/files/event/2016/ecologic_institute_2016_paris_agreement_assessment.pdf
- Boltanski, L. y Chiapello, È. (2003). *Der neue Geist des Kapitalismus* [El nuevo espíritu del capitalismo]. Constanza: UVK. (L. Boltanski y È. Chiapello [2002]. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal).
- Botzem, S. (2012). Kohlenstoff-Ökonomie. Der Einfluss der Finanzindustrie auf den europäischen Emissionshandel [Economía del carbono. La influencia de la industria financiera en el mercado europeo de emisiones]. *WZB Mitteilungen*, 137, 29-31.
- Bourdieu, P. (1987). *Die feinen Unterschiede. Kritik der gesellschaftlichen Urteilskraft* [Las distinciones finas. Crítica del juicio social]. Fráncfort: Suhrkamp. (P. Bourdieu [1988]. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus).
- Bourdieu, P. (2009). *Entwurf einer Theorie der Praxis* [Bosquejo de una teoría de la práctica]. Fráncfort: Suhrkamp. (P. Bourdieu [2012]. *Bosquejo de una teoría de la práctica*. Buenos Aires: Prometeo).
- Boylos, L. y Behr, D. (2008). *Peripherie & Plastikmeer. Globale Landwirtschaft, Migration, Widerstand* [Periferia y Mar del Plástico. Paisaje global, migración, resistencia]. Viena: NoLager Bremen y Europäisches BürgerInnenforum.
- Brad, A., Schaffartzik, A., Pichler, M. y Plank, C. (2015). Contested Territorialization and Biophysical Expansion of Oil Palm Plantations in Indonesia. *Geoforum*, 64, 100-111.
- Brand, K.-W. (1999). Transformationen der Ökologiebewegung [Transformaciones del movimiento ecologista]. En A. Klein, H.-J. Legrand y T. Leif (eds.), *Neue soziale*

- Bewegungen. Impulse, Bilanzen und Perspektiven* [Nuevos movimientos sociales. Iniciativas, balances y perspectivas] (pp. 237-156). Opladen y Wiesbaden: Westdeutscher Verlag.
- Brand, U. (2004). Kritische Theorie der Nord-Süd-Verhältnisse. Krisenexternalisierung, fragmentierte Hegemonie und die zapatistische Herausforderung [Teoría crítica de las relaciones Norte-Sur. Externalización de la crisis, hegemonía fragmentada y el desafío zapatista]. En J. Beerhorst, A. Demirović y M. Guggemos (eds.), *Kritische Theorie im gesellschaftlichen Strukturwandel* [Teoría crítica en el cambio social de estructura] (pp. 94-127). Fráncfort: Suhrkamp.
- Brand, U. (2005). *Gegenhegemonie. Perspektiven globalisierungskritischer Strategien* [Contrahegemonía. Perspectivas de estrategias críticas de la globalización]. Hamburg: VSA Verlag.
- Brand, U. (2016a). How to get out of the multiple crisis? Towards a critical theory of social-ecological transformation. *Environmental Values* 25(5), 503-525.
- Brand, U. (2016b). Lateinamerika: Ende des progressiven Zyklus? [Latinoamérica: ¿Fin del ciclo progresista?]. En U. Brand (ed.), *Lateinamerikas Linke. Ende des progressiven Zyklus?* [Izquierda latinoamericana: ¿Fin del ciclo progresista?] (pp. 7-35). Hamburg: VSA Verlag.
- Brand, U. y Ceceña, A. E. (2000). *Reflexionen einer Rebellion. "Chiapas" und ein anderes Politikverständnis* [Reflexiones de una rebelión. "Chiapas" y una comprensión política distinta]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Brand, U. y Dietz, K. (2013). Dialektik der Ausbeutung. Der neue Rohstoffboom in Lateinamerika [Dialéctica de la explotación. El nuevo boom de las materias primas en Latinoamérica]. *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 11, 75-84.
- Brand, U. y Dietz, K. (2014). (Neo-)Extraktivismus als Entwicklungsoption? Zu den aktuellen Dynamiken und Widersprüchen rohstoffbasierter Entwicklung in Lateinamerika [¿(Neo)extractivismo como opción de desarrollo? Sobre las dinámicas y contradicciones actuales del desarrollo basado en las materias primas en Latinoamérica]. *Politische Vierteljahresschrift*, número especial 48, 128-165.
- Brand, U. y Görg, C. (2003). *Postfordistische Naturverhältnisse. Konflikte um genetische Ressourcen und die Internationalisierung des Staates* [Relaciones postfordistas con la naturaleza. Los conflictos por los recursos genéticos y la internacionalización del Estado]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Brand, U. y Niedermoser, K. (2016). Gewerkschaften zwischen "ökologischer Modernisierung" und Einsatzpunkten sozial-ökologischer Transformation [Sindicatos entre la "modernización ecológica" y los puntos de partida de la transformación socioecológica]. En T. Barth, G. Jochum y B. Littig (eds.), *Nachhaltige Arbeit. Soziologische Beiträge zur Neubestimmung der gesellschaftlichen Naturverhältnisse* [Trabajo sostenible. Aportes sociológicos a la redefinición de las relaciones entre sociedad y naturaleza] (pp. 223-243). Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Brand, U. y Schmalz, S. (2016). Ungleichzeitige Wachstumsdynamiken in Nord und Süd: Imperiale Lebensweise und sozial-ökologische Widersprüche [Dinámicas asincrónicas de crecimiento en Norte y Sur: Modo de vida imperial y contradicciones socioecológicas]. En AK Postwachstum (ed.), *Wachstum – Krise und Kritik. Die Grenzen der kapitalistisch-industriellen Lebensweise* [Crecimiento: Crisis y crítica. Las fronteras del modo de vida capitalista-industrial] (pp. 91-111). Fráncfort/Nueva York: Campus Verlag.
- Brand, U. y Wissen, M. (2011). Die Regulation der ökologischen Krise. Theorie und

- Empirie der Transformation gesellschaftlicher Naturverhältnisse [La regulación de la crisis ecológica. Teoría y empirismo de la transformación de las relaciones entre sociedad y naturaleza]. *Österreichische Zeitschrift für Soziologie*, 36(2), 12-34.
- Brand, U. y Wissen, M. (2013). Strategien einer Green Economy, Konturen eines grünen Kapitalismus: zeitdiagnostische und forschungsprogrammatische Überlegungen [Estrategias de una economía verde, perfiles de un capitalismo verde: Reflexiones diagnósticas de la época y programáticas de investigación]. En R. Atzmüller *et al.* (eds.), *Fit für die Krise? Perspektiven der Regulationstheorie* [¿En forma para la crisis? Perspectivas de la teoría de la regulación] (pp. 132-148). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Brand, U. y Wissen, M. (2014). Ökologische Modernisierung zu Beginn des 21. Jahrhunderts – Green Economy und Konturen eines grünen Kapitalismus [Modernización ecológica en el comienzo del siglo XXI: Economía verde y perfiles de un capitalismo verde]. En M. Bemmman, B. Metzger y R. v. Detten (eds.), *Ökologische Modernisierung. Zur Geschichte und Gegenwart eines Konzepts in Umweltpolitik und Sozialwissenschaften* [Modernización ecológica. Sobre la historia y la actualidad de un concepto en la política ambiental y las ciencias sociales] (pp. 135-159). Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Brand, U. y Wissen, M. (2017). Social-Ecological Transformation. En D. Richardson *et al.* (eds.), *The International Encyclopedia of Geography*. Hoboken: Wiley-Blackwell.
- Brand, U. y Wissen, M. (2018). *The Limits to Capitalist Nature: Theorizing and Overcoming the Imperial Mode of Living* [Los límites de la naturaleza capitalista: teoretizar y superar el modo de vida imperial]. Londres y Nueva York: Rowman & Littlefield International.
- Brangsch, L. (2015). Entwicklung, Revolution, Reform und Transformation [Desarrollo, Revolución, Reforma y Transformación]. En M. Brie (ed.), *Lasst uns über Alternativen reden. Beiträge zur kritischen Transformationsforschung 3* [Hablemos de alternativas. Aportes a la investigación crítica de transformación] (pp. 130-147). Hamburgo: VSA Verlag.
- Braune, G. (2014). Ölsand in Kanada. Segen oder Fluch [Arenas petrolíferas en Canadá. Bendición o maldición]. *Der Tagesspiegel*, consultado 14/09/2014. Recuperado de <https://www.tagesspiegel.de>
- Brenssell, A. (2013). Hat das Menschenbild des Homo oeconomicus Implikationen für Psychologie und Psychotherapie? [¿La visión homo oeconomicus del hombre tiene implicaciones para la psicología y la psicoterapia?]. *Zeitschrift für Transaktionsanalyse* 2, 201-215.
- Brie, M. (ed.) (2014). *Futuring. Perspektiven der Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus* [Futuring. Perspectivas de la transformación en el capitalismo más allá de él]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Brie, M. (2015). *Polanyi neu entdecken. Das hellblaue Bändchen zu einem möglichen Dialog von Nancy Fraser und Karl Polanyi* [Redescubrir a Polanyi. El opúsculo azul claro sobre un posible diálogo entre Nancy Fraser y Karl Polanyi]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Brie, M. y Candeias, M. (2012). *Just Mobility. Postfossil Conversion and Free Public Transport*. Berlín: Rosa Luxemburg Foundation. Recuperado de https://www.rosalux.de/fileadmin/rls_uploads/pdfs/Analysen/Analyse_Just_Mobility.pdf
- Brie, M. y Candeias, M. (2016). Rückkehr der Hoffnung. Für eine offensive Doppelstrategie [El regreso de la esperanza. Por una estrategia dual ofensiva].

- Luxemburg. Recuperado de <https://www.zeitschrift-luxemburg.de/rueckkehr-der-hoffnung-fuer-eine-offensive-doppelstrategie/>
- Brie, M. y Hildebrandt, C. (2015). Solidarische Mitte-Unten-Bündnisse. Anforderungen an linke Politik [Alianzas solidarias entre grupos sociales medio-bajos. Lo que se exige de una política de izquierda]. *Luxemburg, Das bisschen Bildung*, 2, 100-107.
- British Petroleum. (2016). *BP Energy Outlook*. Londres: British Petroleum. Recuperado de www.bp.com
- Buckel, S. (2008). Zwischen Schutz und Maskerade – Kritik(en) des Rechts [Entre protección y mascarada: Crítica(s) del Derecho]. En A. Demirović (ed.), *Kritik und Materialität* [Crítica y materialidad] (pp. 110-131). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Buckel, S. y Fischer-Lescano, A. (2007). *Hegemonie gepanzert mit Zwang. Zivilgesellschaft und Politik im Staatsverständnis Antonio Gramscis* [Hegemonía blindada con coacción. La sociedad civil y política según el concepto de Estado de Antonio Gramsci]. Baden-Baden: Nomos Verlag.
- BGR - Bundesanstalt für Geowissenschaften und Rohstoffe (2015). *Deutschland – Rohstoffsituation 2014* [Alemania: Situación de las materias primas, 2014]. Hannover: Bundesanstalt für Geowissenschaften und Rohstoffe. Recuperado de <https://www.bgr.bund.de>
- BMBF- Bundesministerium für Bildung und Forschung (2014). *Wegweiser Bioökonomie. Forschung für biobasiertes und nachhaltiges Wirtschaftswachstum* [Indicador de caminos para la bioeconomía. Investigación para el crecimiento económico bio-basado y sostenible]. Berlín: Bundesministerium für Bildung und Forschung. Recuperado de <https://www.bmbf.de>
- Bundeszentrale für politische Bildung (2016a). *Entwicklung des grenzüberschreitenden Warenhandels* [Desarrollo del comercio transfronterizo de mercancías]. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung. Recuperado de <http://www.bpb.de>
- Bundeszentrale für politische Bildung. (2016b). *Entwicklung des Warenexports nach Warengruppen* [Desarrollo de la exportación de mercancías, según los grupos de mercancías]. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung. Recuperado de <http://www.bpb.de>
- BMVI- Bundesministerium für Verkehr und digitale Infrastruktur (2015). *Verkehr in Zahlen 2015/16* [Transporte en cifras, 2015/2016]. Hamburgo: Bundesministerium für Verkehr und digitale Infrastruktur. Recuperado de <http://www.bmvi.de>
- Burchardt, H.-J. y Peters, S. (2015). Anregungen für eine Staatsforschung in globaler Perspektive. Zur Renaissance der Entwicklungsstaaten [Propuesta para una investigación del Estado en perspectiva global. Sobre el renacimiento de los Estados en desarrollo]. En H.-J. Burchardt y S. Peters (eds.), *Der Staat in globaler Perspektive* [El Estado en perspectiva global] (pp. 243-266). Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Busse, C., Fromm, T y Willmroth J. (2016). *Ans rettende Ufer* [La orilla salvadora]. *Süddeutsche Zeitung*, 11.
- Bussolo, M. et al. (2014). *The Long-Awaited Rise of the Middle Class in Latin America Is Finally Happening. Policy Research Working Paper 6912*, Washington DC: World Bank Group (p. 3). Recuperado de <http://www.documents.worldbank.org>
- Butterwegge, C. (2016). Stolz auf den 'Wirtschaftsstandort D'. Bei der AfD gehen Neoliberalismus und Rechtspopulismus eine Synthese ein. Auch deshalb ist

- die Partei so erfolgreich. [Orgullosa del ‘emplazamiento económico D’. La AfD combina el neoliberalismo y el populismo de derecha. Esta es también la razón por la cual el partido es tan exitoso]. *taz – Die Tageszeitung*, consultado 01/08/2016. Recuperado de <http://www.taz.de>
- Candeias, M. (2004). *Neoliberalismus. Hochtechnologie. Hegemonie. Grundrisse einer transnationalen kapitalistischen Produktions- und Lebensweise. Eine Kritik* [Neoliberalismo. Tecnología de punta. Hegemonía. Planos para un modo de vida y de producción transnacional capitalista. Una crítica]. Hamburgo: Argument Verlag.
- Candeias, M. (2012). Zu viel und zu wenig. Ein Moment organischer Krise [Demasiado y demasiado poco. Un momento de crisis orgánica]. *Luxemburg*, 4, 14-17.
- Candeias, M. y Steckner, A. (2014). Geiz ist gar nicht geil. Über Konsumweisen, Klassen und Kritik [La tacañería no es genial para nada. Sobre modos de consumo, clases y crítica]. *Standpunkte*, 11. Recuperado de <https://www.rosalux.de>
- Canzler, W. (2014). Nachhaltige Mobilität [Movilidad sostenible]. En H.-C. Binswanger et al., *Jahrbuch Nachhaltige Ökonomie, 2014/2015. Im Brennpunkt: Die Energiewende als gesellschaftlicher Transformationsprozess* [Anuario de economía sostenible, 2014/2015. En foco: La transición energética como proceso de transformación social] (339-358). Marburgo: Metropolis Verlag.
- Carson, R. (2007 [1963]). *Der stumme Frühling* [La primavera muda]. München: C. H. Beck Verlag. (R. Carson [2016]. *Primavera silenciosa*. Barcelona: Crítica).
- Chakrabarty, D. (2010). *Europa als Provinz. Perspektiven postkolonialer Geschichtsschreibung* [Europa como provincia. Perspectivas de la escritura poscolonial de la historia]. Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag. (D. Chakrabarty [2008]. *Al margen de Europa: Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Barcelona: Tusquets).
- Comisión Europea - (2011). *Communication from the Commission to the European Parliament, the Council, the European Economic and Social Committee and the Committee of the Regions. Tackling the Challenges in Commodity Markets and on Raw Materials*. Bruselas: Comisión Europea.
- Cox, R. W. (1987). *Production, Power, and World Order. Social Forces in the Making of History*. Nueva York: Columbia University Press.
- Crome, E. (2013). Deutschland in Europa. Eine neue Hegemonie [Alemania en Europa. Una nueva hegemonía]. En E. Crome y R. Krämer, *Hegemonie und Multipolarität. Weltordnungen im 21. Jahrhundert* (pp. 165-205). Potsdam: WeltTrends.
- Crutzen, P. J. (2002). Geology of Mankind. *Nature*, 415, 23.
- Degrowth in Movements (2016). *21 different concepts*. Recuperado de <https://www.degrowth.info/en/dim/degrowth-in-movements>
- Dannoritzer, C. (2015). Giftige Geschäfte mit alten Geräten [Negocios tóxicos con aparatos viejos]. En Le Monde diplomatique y Kolleg Postwachstumsgesellschaften (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr. Der Postwachstumsatlas* [Atlas de la globalización. Menos es más. El atlas del poscrecimiento] (pp. 86-89). Berlín: Le Monde diplomatique y taz.
- Daniljuk, M. (2015). America's T-Strategy. Die US-Hegemonie und die Korrektur der US Außen- und Energiepolitik" [America's T-Strategy. La hegemonía de los EU y la corrección de la política externa y energética de los Estados Unidos]. *PROKLA* 45 (4), 2015, 529-544.
- Dellheim, J. et al. (2013). *Den Krisen entkommen. Sozial-ökologische Transformation*.

- Reihe Manuskripte Nr. 99* [Evadir las crisis. Transformación socioambiental. Serie de manuscritos núm. 99]. Berlín: Rosa-Luxemburg-Stiftung.
- Demirović, A. (1997). *Demokratie und Herrschaft. Aspekte kritischer Gesellschaftstheorie* [Democracia y dominio. Aspectos de la teoría crítica de la sociedad]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Demirović, A. (2012). *Marx Grün. Die gesellschaftlichen Naturverhältnisse demokratisieren* [Marx verde. Democratizar las relaciones sociales con la naturaleza]. *Luxemburg*, 3, 60-70.
- Demirović, A. (2016). Demokratie – zwischen autoritären Tendenzen und gesellschaftlicher Transformation. Zur Kritik der politischen Demokratie [Democracia: entre tendencias autoritarias y transformación social. Para una crítica de la democracia política]. En A. Demirović (ed.), *Transformation der Demokratie – demokratische Transformation* [Transformación de la democracia, transformación democrática] (pp. 278-302). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Demirović, A., Dück, J., Becker, F. y Bader, P. (eds.) (2011). *VielfachKrise. Im finanzdominierten Kapitalismus* [Crisis múltiple. En el capitalismo dominado por las finanzas]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Dempsey, J. y Robertson, M. M. (2012). Ecosystem Services: Tensions, Impurities, and Points of Engagement within Neoliberalism. *Progress in Human Geography*, 36(6), 758-779.
- Dennis, K. y Urry, J. (2009). *After the Car*. Cambridge y Malden: Polity Press.
- Deutscher Bundestag – Parlamento Aleman (ed.) (2013). *Schlussbericht der Enquete-Kommission Wachstum, Wohlstand, Lebensqualität. Series Vol. 1419* [Informe final de la Comisión Enquete "Crecimiento, Bienestar y Calidad de Vida"]. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung.
- Diamond, J. (2005). *Kollaps. Warum Gesellschaften überleben oder untergehen* [Colapso. Por qué las sociedades sobreviven o se hunden]. Fráncfort: S. Fischer Verlag. (J. Diamond [2006]. *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Madrid: Debate).
- Dietz, K. (2011). *Der Klimawandel als Demokratiefrage. Sozial-ökologische und politische Dimensionen von Vulnerabilität in Nicaragua und Tansania* [El cambio climático como cuestión de la democracia. Dimensiones socioecológicas y políticas de la vulnerabilidad en Nicaragua y Tanzania]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Dietz, K. y Brunnengräber, A. (2008). Das Klima in den Nord-Süd-Beziehungen [El clima en las relaciones entre Norte y Sur]. *Peripherie*, 28(112), 400-428.
- Dietz, K. et al. (2015). *The Political Ecology of Agrofuels*. Londres/Nueva York: Routledge.
- Diezinger, A. (2008). Alltägliche Lebensführung: Die Eigenlogik alltäglichen Handelns [Conducta cotidiana. La lógica propia del comercio cotidiano]. En R. Becker y B. Kortendiek (eds.), *Handbuch Frauen- und Geschlechterforschung* [Manual de investigación sobre mujeres y género] (pp. 221-226). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Dörre, K. (2013). Landnahme. Triebkräfte, Wirkungen und Grenzen kapitalistischer Wachstumsdynamik [Apropiación de tierra. Fuerza motriz, efectos y fronteras de la dinámica capitalista de crecimiento]. En M. Backhouse et al. (eds.), *Die globale Einhegung – Krise, ursprüngliche Akkumulation und Landnahmen im Kapitalismus* [La demarcación global: Crisis, acumulación primitiva y apropiación de tierra en el capitalismo] (pp. 112-140). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.

- Dörre, K., Holst, H. y Matuschek, I. (2013). Zwischen Firmenbewusstsein und Wachstumskritik. Subjektive Grenzen kapitalistischer Landnahmen [Entre la conciencia de las empresas y la crítica del crecimiento. Fronteras subjetivas de la apropiación capitalista de la tierra]. En K. Dörre, A. Happ e I. Matuschek (eds.), *Das Gesellschaftsbild der LohnarbeiterInnen. Soziologische Untersuchungen in ost- und westdeutschen Industriebetrieben* [La imagen social de las/los trabajadoras/-es asalariadas/-os. Pesquisas sociológicas en las empresas industriales de Alemania oriental y occidental] (pp. 198-262). Hamburgo: VSA Verlag.
- Driessen, P. P. J. et al. (2013). *Societal Transformations in the Face of Climate Change. Research Priorities for the Next Decade*. S/I: Joint Programming Initiative “Connecting Climate Knowledge for Europe”. Recuperado de <http://www.jpi-climate.eu/media/default.aspx/emma/org/10829915/Paper+Societal+transformations+in+the+face+of+climate+change+-+April+2013+JPI+Climate.pdf>
- Dudenhöffer, F. (2013). Unter falschem Etikett. Die Autobauer wollen einen CO₂-Bonus für E-Autos, um mehr Geländewagen zu verkaufen” [Bajo rótulo incorrecto. Los fabricantes de automóviles quieren un bono CO₂ para autos eléctricos para vender más SSUV]. *Zeit Online*, consultado 07/02/2013. Recuperado de <http://www.zeit.de>
- Dück, J. y Fried, B. (2015). Caring for Strategy. Transformation aus Kämpfen um soziale Reproduktion entwickeln [Caring for Strategy. Desarrollar la transformación de las luchas por la reproducción social]. *Luxemburg*, 1, 84-93.
- Dunlap, R. E. y Catton, W. R. (1994). Toward an Ecological Sociology. The Development, Current Status, and Probable Future of Environmental Sociology. En W. D’Antonio, M. Sasaki y Y. Yonebayashi (eds.), *Ecology, Society and the Quality of Life* (pp. 11-25). New Brunswick y Londres: Transaction Publishers.
- Dyk, S. v. y Misbach, E. (2016). Zur politischen Ökonomie des Helfens. Flüchtlingspolitik und Engagement im flexiblen Kapitalismus [Sobre la economía política de la ayuda. Política de refugiados y compromiso en el capitalismo flexible]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 46(2), 205-227.
- Ecologic (2016). *The Paris Agreement: Analysis, Assessment and Outlook*. Dessau-Roßlau: Umweltbundesamt.
- El-Chichakli, B. (2016). Five Cornerstones of a Global Bioeconomy. *Nature*, 535, 221.
- Esser, J., Görg, C. y Hirsch, J. (1994). *Politik, Institutionen und Staat. Zur Kritik der Regulationstheorie* [Politica, instituciones y estado. Sobre la teoría de la teoría de regulación]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Eversberg, D. (2014). Die Erzeugung kapitalistischer Realitätsprobleme: Wachstumsregimes und ihre subjektiven Grenzen [La producción de los problemas capitalistas de la realidad: Regímenes de crecimiento y sus fronteras subjetivas]. *WSI Mitteilungen*, 67(7), 528-535.
- Exner, A., Held, M. y Kümmerer, K. (2016). Einführung: Kritische Metalle in der Großen Transformation [Introducción: Metales críticos en la gran transformación]. En A. Exner, M. Held y K. Kümmerer (eds.), *Kritische Metalle in der Großen Transformation* [Metales críticos en la gran transformación] (pp. 1-16). Berlin y Heidelberg: Springer Verlag.
- Fairbairn, M. (2014). “Like Gold with Yield”: Evolving Intersections between Farmland and Finance. *The Journal of Peasant Studies*, 41(5), 777-795.
- Fairhead, J., Leach, M. y Scoones, I. (2012). Green Grabbing: A New Appropriation of Nature? *The Journal of Peasant Studies*, 39(2), 237-261.
- Fatheuer, T. (2013). *Neue Ökonomie der Natur. Eine kritische Einführung* [Nueva econo-

- mía de la naturaleza. Una introducción crítica]. Berlín: Heinrich-Böll-Stiftung. Recuperado de <https://www.boell.de>. (T. Fatheuer [2014]. *Nueva economía de la naturaleza. Una introducción crítica*. Santiago de Chile: Fundación Heinrich Böll. Recuperado de https://cl.boell.org/sites/default/files/nueva_economia_imprensa.pdf)
- Fatheuer, T., Fuhr, L. y Unmüßig, B. (2015). *Kritik der grünen Ökonomie* [Crítica de la economía verde]. Múnich: oekom verlag.
- Federici, S. (2012). *Aufstand aus der Küche. Reproduktionsarbeit im neoliberalen Kapitalismus und die unvollendete feministische Revolution* [Sublevación de la cocina. El trabajo reproductivo en el capitalismo neoliberal y la inacabada revolución feminista]. Berlín: edition assemblage. (S. Federici [2013]. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños).
- Fischer-Kowalski, M. (2011). Analyzing Sustainability Transitions as a Shift between Socio-Metabolic Regimes. *Environmental Innovation and Societal Transitions*, 1(1), 152-159.
- Fischer-Kowalski, M. et al. (1997). *Gesellschaftlicher Stoffwechsel und Kolonisierung von Natur. Ein Versuch in sozialer Ökologie* [Metabolismo social y colonización de la naturaleza. Una tentativa en ecología social]. Ámsterdam: GB Verlag Fakultas.
- Foucault, M. (1992). *Was ist Kritik?* [¿Qué es la crítica?]. Berlín: Merve Verlag. (M. Foucault [2018]. *¿Qué es la crítica?* Buenos Aires: Siglo XXI).
- Foucault, M. (2006 [1977-1978]). *Sicherheit, Territorium, Bevölkerung. Geschichte der Gouvernementalität I. Vorlesung am Collège de France 1977-1978* [Seguridad, territorio, población. Historia de la gubernamentalidad I. Curso en el Collège de France, 1977-1978]. Fráncfort: Suhrkamp. (M. Foucault [2006]. *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Frank, A. G. (1969). *Kapitalismus und Unterentwicklung in Lateinamerika* [Capitalismo y subdesarrollo en América Latina]. Fráncfort: Europäische Verlagsanst. (A. G. Frank [1970]. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI).
- Frey, A. (2016). Auf der Flucht vor dem Klima? [¿Huyendo del clima?]. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, consultado 22/02/2016. Recuperado de <http://www.faz.net>.
- Fröbel, F., Heinrichs, J. y Kreye, O. (1977). *Die neue internationale Arbeitsteilung. Strukturelle Arbeitslosigkeit in den Industrieländern und die Industrialisierung der Entwicklungsländer* [La nueva división internacional del trabajo. El desempleo estructural en los países industrializados y la industrialización de los países en desarrollo]. Reinbek: Rowohlt Taschenbuch Verlag. (F. Fröbel, J. Heinrichs y O. Kreye [1980]. *The New International Division of Labour. Structural Unemployment in Industrialised Countries and Industrialisation in Developing Countries*. Cambridge: Cambridge University Press).
- Fuchs, D. (2015). Das “Epizentrum weltweiter Arbeiterunruhe”? Klassenzusammensetzung und Arbeitskämpfe in China seit den 1980er Jahren [¿El “epicentro de la inquietud laboral mundial”? Composición de clase y luchas laborales en China desde los años ochenta]. *Peripherie*, 35(138/139), 303-326.
- Fücks, R. (2013). *Intelligent wachsen. Die grüne Revolution* [Crecer de manera inteligente. La revolución verde]. München: Carl Hanser Verlag. (R. Fücks [2015].

- Green Growth, Smart Growth: A New Approach to Economics, Innovation and the Environment*. Nueva York: Anthem Press).
- Gago, V. (2015). Financialization of Popular Life and the Extractive Operations of Capital: A Perspective from Argentina. *South Atlantic Quarterly*, 114(1), 11-28.
- Gerstenberger, H. (2006). *Die subjektlose Gewalt. Theorie der Entstehung bürgerlicher Staatsgewalt* [El poder sin sujeto. Teoría del surgimiento del poder de Estado burgués]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot. (H. Gerstenberger [2009]. *Impersonal power. History and Theory of the Bourgeois State*. Chicago: Haymarket Books).
- Gómez-Baggethun, E. y Ruiz-Pérez, M. (2011). Economic Valuation and the Commodification of Ecosystem Services. *Progress in Physical Geography*, 35(5), 613-628.
- Görg, C. (2003). *Regulation der Naturverhältnisse. Zu einer kritischen Theorie der ökologischen Krise* [Regulación de las relaciones con la naturaleza. Hacia una teoría crítica de la crisis ecológica]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Görg, C. (2004). Inwertsetzung. En W.-F. Haug et al. (eds.), *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, Vol. 6/II (columns 1501-1506) [Diccionario histórico-crítico del marxismo, Vol. 6/II (columnas 1501-1506)]. Hamburgo: Argument Verlag.
- Görg, C. (2015a). Anthropozän [Antropoceno]. En S. Bauriedl (ed.), *Wörterbuch Klimadebatte* [Diccionario del debate sobre el clima] (pp. 29-36). Bielefeld: transcript Verlag.
- Görg, C. (2015b). Planetarische Grenzen [Fronteras planetarias]. En S. Bauriedl (ed.), *Wörterbuch Klimadebatte* [Diccionario del debate sobre el clima] (pp. 239-244). Bielefeld: transcript Verlag.
- Görg, C. y Brand, U. (2002). *Mythen globalen Umweltmanagements* [Mitos de la gestión ambiental global]. Münster: Westfälisches Dampfboot Verlag.
- Gorz, A. (2009). *Auswege aus dem Kapitalismus. Beiträge zur politischen Ökologie* [Salidas del capitalismo. Contribuciones a la ecología política]. Zürich: Rotpunktverlag. (A. Gorz [2011]. *Ecológica*. Buenos Aires: Capital Intelectual).
- Gossen, M.; Scholl, G.; Holzhauser, B. y Schipperges, M. (2015). *Umweltbewusstsein in Deutschland 2014. Vertiefungsstudie: Umweltbewusstsein und Umweltverhalten junger Menschen* [Conciencia ambiental en Alemania 2014. Estudio de profundización: Conciencia ambiental y comportamiento medioambiental de gente joven]. Dessau-Roßlau: Umweltbundesamt. Recuperado de <https://www.umweltbundesamt.de>
- Gottschlich, D. (2012). *Nachhaltiges Wirtschaften: Zum Verhältnis von Care und Green Economy* [Economía sostenible. Sobre la relación entre care y green economy]. Berlín: Leitstelle für Geschlechtergerechtigkeit und Nachhaltigkeit. Recuperado de <http://genanet.de>
- Gottschlich, D. y Hackfort, S. (2016). Zur Demokratisierung gesellschaftlicher Naturverhältnisse. Warum Perspektiven der politischen Ökologie dafür unverzichtbar sind [Sobre la democratización de las relaciones sociales con la naturaleza. Por qué las perspectivas de la ecología política son indispensables]. *Politische Vierteljahresschrift* 57(2), 300-322.
- Graefe, S. (2016). Grenzen des Wachstums? Resiliente Subjektivität im Krisenkapitalismus [¿Fronteras del crecimiento? Subjetividad resiliente en el capitalismo en crisis]. *Psychozial*, 39(1), 39-50.

- GRAIN. (2008). *Seized: The 2008 Landgrab for Food and Financial Security*. Barcelona: GRAIN. Recuperado de <http://www.grain.org>
- Gramsci, A. (1991). *Gefängnishefte* [Cuadernos de la cárcel]. En K. Bochmann y W.-F. Haug (eds.), Hamburgo y Berlín: Argument Verlag. (A. Gramsci [1999]. *Cuadernos de la cárcel*. V. Gerratana (ed.), México: BUAP y Era).
- Grefe, C. (2016). Bioökonomie: Wie eine grüne Idee gekapert wird [Bieoeconomía: Cómo se secuestra una idea verde]. *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 8, 97-108.
- Grunwald, A. (2012). *Ende einer Illusion. Warum ökologisch korrekter Konsum die Welt nicht retten kann* [Fin de una ilusión. Por qué el consumo ecológicamente correcto no puede salvar el mundo]. Múnich: oekom Verlag.
- Haas, T. (2016). Die Energiewende unter dem Druck (skalärer) Kräfteverschiebungen. Eine Analyse des EEG 2.0 [La transición energética bajo la presión del desplazamiento (escalar) de fuerzas. Un análisis de la Ley de Energías Renovables 2.0]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 46(3), 365-381.
- Haas, T. y Sander, H. (2013). "Grüne Basis". *Grüne Kapitalfraktionen in Europa – eine empirische Untersuchung* ["Base verde". Fracciones de capital verdes en Europa: Un estudio empírico]. Berlín: Rosa-Luxemburg-Stiftung.
- Haberl, H. et al. (2011). A Socio-Metabolic Transition towards Sustainability? Challenges for Another Great Transformation. *Sustainable Development*, 19(1), 1-14.
- Habermas, J. (2008). *Der homo oeconomicus und das Andere. Hegemonie, Identität und Emanzipation* [El Homo oeconomicus y lo Otro. Hegemonía, identidad y emancipación]. Baden-Baden: Nomos Verlag.
- Hajek, K. y Opratko, B. (2016). Crisis Management by Subjectivation: Towards a Feminist Neo-Gramscian Framework for the Analysis of Europe's Multiple Crisis. *Globalizations*, 13(2), 217-231.
- Hall, S. (2012). *Ideologie, Kultur, Rassismus. Ausgewählte Schriften 1* [Ideología, cultura, racismo. Textos escogidos 1]. Hamburgo: Argument Verlag.
- Halperín Donghi, T. (1991). *Geschichte Lateinamerikas von der Unabhängigkeit bis zur Gegenwart* [Historia de América Latina desde la Independencia hasta la actualidad]. Fráncfort: Suhrkamp. (T. Halperín Donghi [1969]. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza).
- Häntzschel, J. (2016). Abschied vom Cowboy. Das Auto als Freiheitsmaschine hat keine Zukunft [Despedida del cowboy. El auto como máquina de la libertad no tiene futuro]. *Süddeutsche Zeitung*, 17/08.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Empire. Die neue Weltordnung* [Empire. El nuevo orden mundial]. Fráncfort: Campus Verlag. (M. Hardt y A. Negri [2002]. *Imperio*. Barcelona: Paidós).
- Hartmann, K. (2015). *Aus kontrolliertem Raubbau: Wie Politik und Wirtschaft das Klima anheizen, Natur vernichten und Armut produzieren* [De la sobreexplotación controlada: Cómo la política y la economía calientan el clima, aniquilan a la naturaleza y producen pobreza]. Múnich: Karl Blessing Verlag.
- Harvey, D. (1999 [1982]). *The Limits to Capital*. London: Verso. (D. Harvey [1990]. *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. México: Fondo de Cultura Económica).
- Harvey, D. (2005). *Der neue Imperialismus* [El nuevo imperialismo]. Hamburgo: VSA Verlag. (D. Harvey [2004]. *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal).
- Harvey, N. (2005). Who Needs Zapatismo? State Interventions and Local Responses in Marqués de Comillas, Chiapas. *Journal of Peasant Studies*, 32(3-4), 629-650.
- Haug, F. (2011). *Die Vier-in-Einem-Perspektive. Eine Politik von Frauen für eine neue Linke*

- [La perspectiva cuatro-en-uno. Una política de mujeres para una nueva izquierda]. Hamburgo: Argument Verlag. (F. Haug [2012]. *División sexual del trabajo, economía del tiempo y Buen Vivir. La perspectiva cuatro-en-uno*. Recuperado de <http://www.friggahaug.inkrit.de/texte.htm>).
- Haug, W.-F. (2001). Fragen einer Kritik des Biokapitalismus [Cuestiones de una crítica del biocapitalismo]. *Das Argument*, 43(4/5), 449-465.
- Hermann, C. (2015). *Capitalism and the Political Economy of Work Time*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Heuwieser, M. (2015). *Grüner Kolonialismus in Honduras. Land Grabbing im Namen des Klimaschutzes und die Verteidigung der Commons* [Colonialismo verde en Honduras. Apropiación de tierras en nombre de la protección del clima y la defensa de los bienes comunes]. Viena: Promedia.
- Heuwieser, M. (2016). *Geld wächst nicht auf den Bäumen - oder doch? Warum die Natur und deren "Leistungen" zu Waren gemacht werden* [El dinero no crece en los árboles, ¿o sí? Por qué la naturaleza y sus "rendimientos" se convierten en mercancía]. Berlín: Forschungs- und Dokumentationszentrum Chile-Lateinamerika y Finance & Trade Watch.
- Hirsch, F. (1980). *Die sozialen Grenzen des Wachstums. Eine ökonomische Analyse der Wachstumskrise* [Los límites sociales del crecimiento. Un análisis económico de la crisis del crecimiento]. Reinbek: Rowohlt. (F. Hirsch [1984]. *Los límites sociales al crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica).
- Hirsch, J. (1990). Kapitalismus ohne Alternative? Materialistische Gesellschaftstheorie und Möglichkeiten einer sozialistischen Politik heute [¿Capitalismo sin alternativa? Teoría materialista de la sociedad y posibilidades de una política socialista hoy]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Hobsbawm, E. J. (1987). *The Age of Empire 1875-1914*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Hoffer, F. (2016). Die Ausweitung des Zwischenraums [La ampliación de la brecha]. En U. Brand et al. (eds.), *Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt Kritische Wissenschaft* [Analizar, criticar y cambiar la globalización. El proyecto de ciencia crítica] (pp. 23-35). Hamburgo: VSA Verlag, 2016.
- Holloway, J. y Peláez, E. (1998). *Zapatista! Reinventing Revolution in Mexico*. Londres Pluto Press.
- Hornborg, A. (2010). Uneven Development as a Result of the Unequal Exchange of Time and Space: Some Conceptual Issues. *Journal für Entwicklungspolitik*, 26(4), 36-56.
- Hoss, W. (2004). *Komm ins Offene, Freund. Autobiographie* [Ven a lo abierto, amigo. Autobiografía]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Huan, Q. (2008). Growth Economy and Its Ecological Impacts upon China: A Red-Green Perspective. *International Journal of Inclusive Democracy*, 4(4). Recuperado de <http://www.inclusivedemocracy.org>.
- Huan, Q. (2016). Socialist Eco-civilization and Social-Ecological Transformation. *Capitalism Nature Socialism*, 27(2), 51-66.
- Huber, J. (2011). Ökologische Modernisierung und Umweltinnovation [Modernización ecológica e innovación ambiental]. En M. Groß (ed.), *Handbuch Umweltsoziologie* [Manual de sociología ambiental] (279-302). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Huber, M. (2013). Fueling Capitalism: Oil, the Regulation Approach, and the Ecology of Capital. *Economic Geography*, 89(2), 171-194.
- Hung, H. (2009). *China and the Transformation of Global Capitalism*. Baltimore: Johns

- Hopkins University Press.
- IATA - Asociación Internacional de Transporte Aéreo (2014). Annual Review 2014. Montreal: Asociación Internacional de Transporte Aéreo. Recuperado de <http://www.iata.org>.
- IATA - Asociación Internacional de Transporte Aéreo (2016). Annual Review 2016. Montreal: Asociación Internacional de Transporte Aéreo. Recuperado de <http://www.iata.org>
- IG Metall/Deutscher Naturschutzring (1992). *Auto, Umwelt, Verkehr: Umsteuern, bevor es zu spät ist: Verkehrspolitische Konferenz der IG Metall und des Deutschen Naturschutzrings* [Automóvil, Medioambiente y Transporte: Cambiar el rumbo antes de que sea demasiado tarde: Conferencia de IG Metall y Deutscher Naturschutzring sobre la política de transporte]. Köln: Bund-Verlag.
- Illich, I. (1974). *Die sogenannte Energiekrise oder Die Lähmung der Gesellschaft. Das sozialkritische Quantum der Energie* [La así llamada crisis energética o La parálisis de la sociedad. La cantidad de energía en la crítica social]. Reinbek: Rowohlt Verlag.
- ITF - Foro Internacional del Transporte (2015). *ITF Transport Outlook 2015*. París: Foro Internacional del Transporte y Publicaciones de la OCDE. Recuperado de <http://www.oecd-ilibrary.org>
- Jaeger, C. C. et al. (2011). *A New Growth Path for Europe. Generating Prosperity and Jobs in the Low-Carbon Economy. Synthesis Report*. Potsdam: European Climate Forum. Recuperado de <http://www.european-climate-forum.net>
- Jahn, T. y Wehling, P. (1998). *Gesellschaftliche Naturverhältnisse. Konturen eines theoretischen Konzepts* [Relaciones entre sociedad y naturaleza. Perfiles de un concepto teórico]. En K.-W. Brand (ed.), *Soziologie und Natur. Theoretische Perspektiven* [Sociología y naturaleza. Perspectivas teóricas] (pp. 75-93). Opladen: Leske + Budrich.
- Jänicke, M. (2011). "Green Growth". *Vom Wachstum der Öko-Industrie zum nachhaltigen Wirtschaften* ["Green Growth". Del crecimiento de la ecoindustria a la economización sostenible]. Berlín: Forschungszentrum für Umweltpolitik, Freie Universität Berlin. (M. Jänicke [2012]. "Green growth": From a Growing Eco-Industry to Economic Sustainability. *Energy Policy*, 48[C], 13-21).
- Jessop, B. (2001). Die Globalisierung des Kapitals und die Zukunft des Nationalstaates. Ein Beitrag zur Kritik der globalen politischen Ökonomie [La globalización del capital y el futuro del Estado nación. Una contribución a la crítica de la economía política global]. En J. Hirsch, B. Jessop y N. Poulantzas (eds.), *Die Zukunft des Staates* [El futuro del Estado] (pp. 139-170). Hamburgo: VSA Verlag.
- Jonas, M. y Littig, B. (2015). Sustainable Practices. En J. D. Wright (ed.), *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences* (pp. 834-838). Oxford: Elsevier.
- Jonas, M. y Littig, B. (2016). *Praxeological Political Analysis*. London: Routledge.
- Kadritzke, U. (2016a). Zur Mitte drängt sich alles. Historische Klassenstudien im Lichte der Gegenwart (Teil 1) [Todo se apiña en el centro. Estudios históricos de clase a la luz del presente (Parte 1)]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 46(3), 477-496.
- Kadritzke, U. (2016b). Zur Mitte drängt sich alles. Historische Klassenstudien im Lichte der Gegenwart (Teil 2) [Todo se apiña en el centro. Estudios históricos de clase a la luz del presente (Parte 2)]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische*

- Sozialwissenschaft, 46(4), 639-659.
- Kaltmeier, O. (2011). Hacienda, Staat und indigene Gemeinschaften. Kolonialität und politisch-kulturelle Grenzverschiebungen von der Unabhängigkeit bis in die Gegenwart [Hacienda, Estado y comunidades indígenas. Colonialidad y desplazamientos político-culturales de fronteras desde la Independencia hasta la actualidad]. En I. Wehr y H.-J. Burchardt (eds.), *Soziale Ungleichheiten in Lateinamerika. Neue Perspektiven auf Wirtschaft, Politik und Umwelt* [Desigualdades sociales en Latinoamérica. Nuevas perspectivas sobre economía, política y ambiente] (pp. 29-44). Baden Baden: Nomos.
- Kaplan, R. D. (1994). The Coming Anarchy. *The Atlantic Monthly*, 273(2), 44-77.
- Karathanassis, A. (2015). *Kapitalistische Naturverhältnisse. Ursachen von Naturzerstörungen. Begründungen einer Postwachstumsökonomie* [Relaciones capitalistas con la naturaleza. Causas de la destrucción de la naturaleza. Fundamentos de una economía del poscrecimiento]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Kaufmann, S. (2011). Globale Ökonomie des Autos. Krisen und Strategien [Economía global del auto. Crisis y estrategias]. En M. Candeias et al. (eds.), *Globale Ökonomie des Autos. Mobilität, Arbeit, Konversion* [Economía global del auto. Movilidad, trabajo, conversión] (pp. 14-122). Hamburgo: VSA Verlag.
- Kelly, A. B. (2011). Conservation Practice as Primitive Accumulation. *The Journal of Peasant Studies*, 38(4), 683-701.
- Kerkow, U.; Martens, J. y Müller, A. (2012). *Vom Erz zum Auto. Abbaubedingungen und Lieferketten im Rohstoffsektor und die Verantwortung der deutschen Automobilindustrie* [Del mineral al auto. Condiciones de explotación y cadenas de suministro en el sector de materias primas; y la responsabilidad de la industria automotriz alemana]. Aquisgrán, Bonn y Stuttgart: Misereor, Brot für die Welt y Global Policy Forum Europe. Recuperado de <https://www.misereor.de>.
- Kharas, H. (2010). *The Emerging Middle Class in Developing Countries*. París: Centro de Desarrollo de la OCDE. Recuperado de <https://www.oecd.org>
- Kill, J. (2014). *Economic Valuation of Nature. The Price to Pay for Conservation?* Bruselas: Rosa-Luxemburg-Stiftung. Recuperado de <https://www.rosalux.de>
- Klein, D. (2013). *Das Morgen tanzt im Heute. Transformation im Kapitalismus und darüber hinaus* [El mañana baila en el hoy. Transformación en el capitalismo y más allá]. Hamburgo: VSA Verlag y Rosa-Luxemburg-Stiftung.
- Klein, D. (2016). *Gespaltene Machteliten. Verlorene Transformationsfähigkeit oder Renaissance eines New Deal?* [Elites de poder divididos. ¿Han perdido la capacidad de transformación o el renacimiento de un New Deal?]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Kleinhückelkotten, S., Neitzke, H.-P. y Moser, S. (2016). *Repräsentative Erhebung von Pro-Kopf-Verbräuchen natürlicher Ressourcen in Deutschland* (nach Bevölkerungsgruppen) [Sondeo representativo de consumos de recursos naturales per cápita en Alemania (según grupos poblacionales)]. Dessau-Roßlau: Umweltbundesamt. Recuperado de <https://www.umweltbundesamt.de>
- Kloppenburg, J. R. (1988). *First the Seed. The Political Economy of Plant Biotechnology. 1492-2000*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Knoflacher, H. (2014). Das Auto im Kopf. Fetisch motorisierter Individualverkehr [El auto en la cabeza. El fetiche de los transportes privados motorizados]. *Politische Ökologie*, 32(137), 25-31.
- Komlosy, A. (2010). Arbeitsverhältnisse. Weltumspannende Kombination und ungleiche Entwicklung [Relaciones laborales. Combinación global y desarrollo

- disparejo]. En R. Sieder y E. Langthaler (eds.), *Globalgeschichte. 1800-2010* [Historia global. 1800-2010] (pp. 261-283). Wien: Böhlau Verlag.
- Kramer, D. (2016). *Konsumwelten des Alltags und die Krise der Wachstumsgesellschaft* [Los mundos de consumo cotidianos y la crisis de la sociedad en crecimiento]. Marburgo: Jonas Verlag.
- Krausmann, F. y Fischer-Kowalski, M. (2010). Gesellschaftliche Naturverhältnisse. Globale Transformationen der Energie- und Materialflüsse [Relaciones entre sociedad y naturaleza. Transformaciones globales de los flujos de materia y energía]. En R. Sieder y E. Langthaler (eds.), *Globalgeschichte. 1800-2010* [Historia global. 1800-2010] (pp. 39-66). Viena: Böhlau Verlag.
- Kronauer, M. (2014). Autonomie in der Krise [Autonomía en la crisis]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 44(3), 431-443.
- Krull, S. (2015). Mit Volks- und Betriebsgemeinschaft in die Barbarei? [¿Con la comunidad del pueblo y de trabajo a la barbarie?]. *SoZ – Sozialistische Zeitung*, 11. Recuperado de <http://www.sozonline.de>.
- Kurtenbach, S. y Wehr, I. (2014). Verwobene Moderne und Einhegung von Gewalt [Modernidad entretejida y demarcación de la violencia]. *Politische Vierteljahresschrift*, número especial 48, 95-127.
- Lander, E. (2016). *The Implosion of the Venezuela's Rentier State*. Ámsterdam: Public Alternatives Project, Transnational Institute. Recuperado de <https://www.tni.org>.
- Lang, M. (2005). "Mehr, als wir vor dem Aufstand hatten". Zapatistische Autonomie, indigene Identität und Neoliberalismus in Chiapas ["Más de lo que teníamos antes del levantamiento". Autonomía zapatista, identidad indígena y neoliberalismo en Chiapas]. En K. Gabbert et al. (ed.), *Jahrbuch Lateinamerika*, 29. *Neue Optionen Lateinamerikanischer Politik* [Anuario Latinoamérica, 29. Nuevas opciones de la política latinoamericana] (pp. 111-131). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Lang, M. (2015). México: Desde abajo todo, desde arriba nada. La autonomía zapatista en Chiapas y la Otra Campaña. En M. Lang, B. Cevallos y C. López (eds.), *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa* (pp. 219-276). Quito: Abya-Yala y Rosa-Luxemburg-Stiftung.
- Lessenich, S. (2014). Ab in die Produktion oder Der diskrete Charme der Ökonomie [A la producción o El discreto encanto de la economía]. *WSI Mitteilungen*, 67(7), 566-567.
- Lessenich, S. (2016). *Neben uns die Sintflut: Die Externalisierungsgesellschaft und ihr Preis* [A nuestro lado el diluvio. La sociedad de externalización y su costo]. Berlín: Hanser. (S. Lessenich [2019]). *La sociedad de la externalización*. Barcelona: Herder).
- Littig, B. (2013). Green Economy, Green Jobs – und Frauen? Geschlechterpolitische Überlegungen zum aktuellen Nachhaltigkeitsdiskurs [Economía verde, trabajos verdes, ¿y las mujeres? Reflexiones de las políticas de género sobre el discurso actual de la sostenibilidad]. En E. Appelt, B. Aulenbacher y A. Wetterer (eds.), *Gesellschaft – Feministische Krisendiagnosen* [Sociedad: Diagnósticos feministas de la crisis] (pp. 60-79). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Littig, B. y Spitzer, M. (2011). *Arbeit neu. Erweiterte Arbeitskonzepte im Vergleich. Literaturstudie zum Stand der Debatte um erweiterte Arbeitskonzepte* [De nuevo el trabajo. Conceptos ampliados sobre el trabajo en comparación. Estudio de la literatura sobre la situación del debate de los conceptos ampliados del trabajo].

- Düsseldorf: Hans-Böckler-Stiftung. Recuperado de <http://www.boeckler.de>.
- Lövbrand, E. *et al.* (2015). Who Speaks for the Future of Earth? How Critical Social Science Can Extend the Conversation on the Anthropocene. *Global Environmental Change*, 32, 211-218.
- Lorey, I. (2012). *Die Regierung der Prekären* [El gobierno de los precarios]. Viena/Berlín: Turia + Kant.
- Lücke, A. v. (2016). Trump und die Folgen: Demokratie am Scheideweg [Trump y las consecuencias: La democracia en una encrucijada]. *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 12, 5-9.
- Ludwig, G. (2011). *Geschlecht regieren. Zum Verhältnis von Staat, Subjekt und heteronormativer Hegemonie* [Gobernar el género. Sobre la relación entre Estado, sujeto y hegemonía heteronormativa]. Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Ludwig, G. (2012). Hegemonie, Diskurs, Geschlecht. Gesellschaftstheorie als Subjekttheorie, Subjekttheorie als Gesellschaftstheorie [Hegemonía, discurso, género. Teoría de la sociedad como teoría del sujeto, teoría del sujeto como teoría de la sociedad]. En I. Dzudzek, C. Kunze y J. Wullweber (eds.), *Diskurs und Hegemonie. Gesellschaftstheoretische Perspektiven* [Discurso y hegemonía. Perspectivas teóricas de la sociedad] (pp. 105-126). Bielefeld: transcript Verlag.
- Lüthje, B. y McNally, C. A. (2015). China's Hidden Obstacles to Socioeconomic Rebalancing. *AsiaPacific*, 120, 1-8.
- Luks, F. (2016). Kein Öko ohne AfD [Nada de eco sin AfD]. *Taz*, consultado 28/10/2016. Recuperado de <http://www.taz.de>.
- Lutz, B. (1989). *Der kurze Traum immerwährender Prosperität: Eine Neuinterpretation der industriell-kapitalistischen Entwicklung im Europa des 20. Jahrhunderts* [El breve sueño de la prosperidad perpetua: Una reinterpretación del desarrollo industrial capitalista en la Europa del siglo XX]. Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Luxemburg, R. (1970 [1913]). *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus* [La acumulación del capital. Una contribución a la explicación económica del imperialismo]. Fráncfort del Meno: Neue Kritik. (R. Luxemburgo [1978]. *La acumulación del capital*. Barcelona: Grijalbo).
- Malczyk, A. (2012). *Sport Utility Vehicles im Unfallgeschehen* [Los SUV en accidente]. Berlin: Unfallforschung der Versicherer, Gesamtverband der Deutschen Versicherungswirtschaft. Recuperado de <https://udv.de>
- Marcello, D. (1980). *Das Produkt Auto* [El producto auto]. *Wechselwirkung*, 6, 52-53.
- Martens, J. y Obenland, W. (2016). *Die 2030-Agenda. Globale Zukunftsziele für nachhaltige Entwicklung* [La agenda 2030. Metas futuras globales para el desarrollo sostenible]. Bonn/Osnabrück: Global Policy Forum.
- Martinez-Alier, J. *et al.* (2010). Sustainable degrowth. *Ecological Economics* 69(9), 1741-1747.
- Mason, P. (2016). *Postkapitalismus. Grundrisse einer kommenden Ökonomie* [Poscapitalismo. Planos de una economía por venir]. Berlin: Suhrkamp. (P. Mason [2015]. *Postcapitalism: A Guide to Our Future*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux).
- Massarrat, M. (2006). *Kapitalismus – Machtungleichheit – Nachhaltigkeit. Perspektiven Revolutionärer Reformen* [Capitalismo – Desigualdad del poder – Sostenibilidad. Perspectivas de las Reformas Revolucionarias]. Hamburgo: VSA Verlag.

- McAfee, K. (2012). The Contradictory Logic of Global Ecosystem Services Markets. *Development and Change*, 43(1), 105-131.
- McMichael, P. (2008). Agro-Fuels, Food Security, and the Metabolic Rift. *Kurswechsel*, 3, 14-22.
- McMichael, P. (2009a). The World Food Crisis in Historical Perspective. *Monthly Review*, 61(3), 32-47. Recuperado de <http://monthlyreview.org/>
- McMichael, P. (2009b). A Food Regime Genealogy. *The Journal of Peasant Studies*, 36(1), 139-169.
- McMichael, P. (2012). The Land Grab and Corporate Food Regime Restructuring. *Journal of Peasant Studies*, 39(3-4), 681-701.
- Meiksins Wood, E. (2015). *Der Ursprung des Kapitalismus. Eine Spurensuche* [El origen del capitalismo. Una búsqueda de huellas]. Hamburgo: LAIKA. (E. Meiksins Wood [1999]. *The Origin of Capitalism*. Nueva York: Monthly Review Press).
- Menz, W. y Nies, S. (2016). Gerechtigkeit und Rationalität – Motive interessenpolitischer Aktivierung [Justicia y racionalidad: Motivos de la activación política por intereses]. *WSI Mitteilungen*, 69(7), 530-539.
- MEW – Marx, K. y Engels, F. (1956-2018). *Werke* [Obras de Marx y Engels]. Berlín: Dietz-Verlag.
- Mezzadra, S. (2012). Wie viele Geschichten der Arbeit? Für eine postkoloniale Theorie des Kapitalismus [¿Cuántas historias del trabajo? Hacia una teoría poscolonial del capitalismo]. *Transversal*. Recuperado de <http://eipcp.net/transversal/0112/mezzadra/de.html>. (S. Mezzadra [2012]. ¿Cuántas historias del trabajo? Hacia una teoría del capitalismo poscolonial. *Transversal*. Recuperado de <http://eipcp.net/transversal/0112/mezzadra/es.html>).
- Ming, S. (2015). Chinas neue Mittelschichten [Las nuevas clases medias de China]. En Le Monde diplomatique y Kolleg Postwachstumsgesellschaften (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr. Der Postwachstumsatlas* [Atlas de la globalización. Menos es más. El atlas del poscrecimiento] (pp. 32-35). Berlín: Le Monde diplomatique y taz.
- Mitchell, T. (2011). *Carbon Democracy. Political Power in the Age of Oil*. Londres y Nueva York: Verso.
- Möller, K. (2016). Der Name der Zeit [El nombre del tiempo]. *Luxemburg*, 2, 130-131.
- Moreno, C.; Speich Chassé, D. y Fuhr, L. (2015). *Carbon Metrics. Global abstractions and ecological epistemicide. Publication Series Ecology 42*, Berlín: Heinrich Böll Stiftung Recuperado de <http://www.boell.de>.
- Moreno, C. (2013). Las ropas verdes del rey. La economía verde: Una nueva fuente de acumulación primitiva. En Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo (ed.). *Alternativas al Capitalismo del Siglo XXI* (pp. 63-98). Quito: Abya Yala, Universidad Politécnica Salesiana y Rosa-Luxemburg-Stiftung.
- Moreno, C., Speich Chassé, D. y Fuhr, L. (2015). *Carbon Metrics. Global Abstractions and Ecological Epistemicide*. Berlín: Heinrich-Böll-Stiftung. Recuperado de https://www.boell.de/sites/default/files/20161108_carbon_metrics_2_auflage.pdf
- Moscovici, S. (1990). *Versuch über die menschliche Geschichte der Natur* [Ensayo sobre la historia humana de la naturaleza]. Fráncfort: Suhrkamp. (S. Moscovici [1968]. *Essai sur l'histoire humaine de la nature*. París: Flammarion).
- Muraca, B. (2012). Towards a fair degrowth-society: Justice and the right to a 'good life' beyond growth. *Futures* 44(6), 535-545.
- Muzio, T. d. (2015). *Carbon Capitalism. Energy, Social Reproduction and World Order*.

- Londres: Rowman and Littlefield International.
- Nalau, J. y Handmer, J. (2015). When Is Transformation a Viable Policy Alternative? *Environmental Science & Policy*, 54, 349-356.
- Narr, W.-D. (1998). Kontur einer kritischen Sozialwissenschaft [Perfil de una ciencia social crítica]. En C. Görg y R. Roth (eds.), *Kein Staat zu machen. Zur Kritik der Sozialwissenschaften* [No formar ningún Estado. Hacia una crítica de las ciencias sociales] (pp. 272-290). Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- National Bureau of Statistics. (2016). *Operating Status of National Economy in 2015*. Beijing: National Bureau of Statistics.
- Sighard Neckel, S. y Wagner, G. (2013). *Leistung und Erschöpfung. Burnout in der Wettbewerbsgesellschaft* [Rendimiento y agotamiento. Burnout en la sociedad de competición]. Berlín: Suhrkamp.
- New Economics Foundation (2010). *The Great Transition. Social Justice and the Core Economy*. Londres: New Economics Foundation.
- Newell, P. y Paterson, M. (2010). *Climate Capitalism. Global Warming and the Transformation of the Global Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- OCDE - Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (2011). *Towards Green Growth*. París: Publicaciones de la OCDE. Recuperado de <http://www.oecd.org>
- Offe, C. (1973). *Strukturprobleme des kapitalistischen Staates. Aufsätze zur politischen Soziologie* [Problemas estructurales del Estado capitalista. Ensayos sobre sociología política]. Fráncfort/Main: Campus Verlag.
- OIT - Organización Internacional del Trabajo (2013). *World of Work Report 2013. Repairing the Economic and Social Fabric*. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo e Instituto Internacional de Estudios Laborales. Recuperado de <http://www.ilo.org>.
- OMC - Organización Mundial del Comercio (2014). *International Trade Statistics 2014*. Ginebra: Organización Mundial del Comercio. Recuperado de <https://www.wto.org>.
- OMC - Organización Mundial del Comercio (2015). *International Trade Statistics 2015. Special Focus: World Trade and the WTO: 1995-2014*. Ginebra: Organización Mundial del Comercio. Recuperado de <https://www.wto.org>.
- Organisation Internationale des Constructeurs d'Automobiles (2016). *Production Statistics*. Recuperado de <http://www.oica.net>
- Osterhammel, J. (2011). *Die Verwandlung der Welt. Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts* [El cambio del mundo. Una historia del siglo XIX]. München: C. H. Beck Verlag.
- Osterhammel, J. (2015). *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*. Barcelona: Crítica.
- Ott, K. (2016). Zum Wohle des deutschen Autos [A la salud del auto alemán]. *Süddeutsche Zeitung*, 16/06.
- Paterson, M. (2007). *Automobile Politics. Ecology and Cultural Political Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Peluso, N. L. y Lund, C. (2011). New Frontiers of Land Control: Introduction. *The Journal of Peasant Studies*, 38(4), 667-681.
- Penz, O. y Sauer, B. (2016). *Affektives Kapital. Die Ökonomisierung der Gefühle im Alltagsleben* [Capital afectivo. La economización de las emociones en la vida cotidiana]. Fráncfort/Nueva York: Campus Verlag.
- Pichler, M. (2014). *Umkämpfte Natur. Politische Ökologie der Palmöl- und*

- Agrarreibstoffproduktion in Südostasien* [Naturaleza en disputa. Ecología política de la producción de biocombustible y aceite de palma en el Sudeste asiático]. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Pichler, M. et al. (2016). *Fairness and Justice in Natural Resource Politics*. Londres: Routledge.
- Plank, L. y Plank, C. (2013). Land Grabbing – kritische Perspektive auf die neue Landnahme [Land Grabbing – perspectiva crítica de una nueva apropiación de tierras]. En J. Bröthaler et al. (eds.), *Raumplanung. Jahrbuch des Departments für Raumplanung der TU Wien* [La ordenación del territorio. Anuario del Departamento de Planificación Espacial de la Universidad Tecnológica de Viena] (pp.177-194). Viena: Technische Universität.
- PNUD - Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (2011). *Towards a Green Economy. Pathways to Sustainable Development and Poverty Eradication. A Synthesis for Policy Makers*. Nairobi: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Recuperado de <http://www.unep.org>.
- PNUD - Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (2016a). *Global material Flows and Resource Productivity. Assessment Report for the UNEP International Resource Panel*. Nairobi: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Recuperado de <http://unep.org>.
- PNUD - Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (2016b). *Green Is Gold: The Strategy and Actions of China's Ecological Civilization*. Châtelaine y Ginebra: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Recuperado de <http://web.unep.org>.
- Polanyi, K. (1995 [1944]). *The Great Transformation. Politische und ökonomische Ursprünge von Gesellschaften und Wirtschaftssystemen* [La gran transformación. Orígenes políticos y económicos de las sociedades y los sistemas económicos]. Fráncfort: Suhrkamp.
- Polanyi, K. (2001 [1944]). *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press. (K. Polanyi [1992]. *La Gran Transformación*. México: Fondo de Cultura Económica).
- Popp, S. (2014). Die neue globale Mittelschicht [La nueva clase media global]. *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 64(49), 30-37.
- Porcaro, M. y Candeias, M. (2016). Occupy Machiavelli. Zwischen verbindender und strategischer Partei. *Luxemburg*, 2/2016, 8-21.
- Poulantzas, N. (2001). Die Internationalisierung der kapitalistischen Verhältnisse und der Nationalstaat [La internacionalización de las relaciones capitalistas y el Estado nación]. En J. Hirsch, B. Jessop y N. Poulantzas (eds.), *Die Zukunft des Staates* [El futuro del Estado] (pp. 19-69). Hamburgo: VSA Verlag. (N. Poulantzas [1974]. Internationalisation of Capitalist Relations and the Nation-State. *Economy and Society*, 3(2), 145-179).
- Poulantzas, N. (2002 [1978]). *Staatstheorie. Politischer Überbau, Ideologie, autoritärer Etatismus* [Teoría del Estado. Estructura política, ideología, estatismo autoritario]. Hamburgo: VSA Verlag. (N. Poulantzas [1979]. *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI).
- Pun, N. y Lu, H. (2010). Unfinished Proletarianization: Self, Anger, and Class Action among the Second Generation of Peasant-Workers in Present-Day China. *Modern China*, 36(5), 493-519.
- Radhuber, I. (2013). *Der plurinationale Staat in Bolivien. Die Rolle der Ressourcen und Budgetpolitik* [El Estado plurinacional en Bolivia. El rol de los recursos y de la política presupuestaria]. Münster: Westfälisches Dampfboot Verlag.

- Räthzel, N. (1991). *Rebellierende Selbsterwerfung*. Ein Deutungsversuch über den alltäglichen Rassismus [Autosumisión rebelde. Un intento de interpretación del racismo de cada día]. *links*, 12, 24-26.
- Rilling, R. (2011). Wenn die Hütte brennt... "Energiewende", green new deal und grüner Sozialismus [Cuando la cosa está que arde... "Transición energética", *green new deal* y socialismo verde]. *Forum Wissenschaft*, 28(4), 14-18.
- Rink, D. (2002). Environmental Policy and the Environmental Movement in East Germany. *Capitalism Nature Socialism*, 13(3), 73-91.
- Rivera, M. (2015). *Wie viel Entpolitisierung vertragen die SDGs? Ein kritischer Blick auf die Entstehung der Agenda 2030* [¿Qué tanta despolitización soportan los Objetivos de Desarrollo Sostenible? Una mirada crítica al surgimiento de la Agenda 2030]. Potsdam: Institute for Advanced Sustainability Studies. Recuperado de <https://www.iass-potsdam.de>.
- Rockström, J. et al. (2009a). A Safe Operating Space for Humanity. *Nature*, 461, 472-475.
- Rockström, J. et al. (2009b). Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity. *Ecology and Society*, 14(2), art. 32. Recuperado de <http://www.ecologyandsociety.org>.
- Rössel, J. y Otte, G. (2011). Lebensstilforschung. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Special Issue 51 [La investigación de los estilos de vida. *Revista para sociología y psicología social de Colonia*].
- Rucht, D. (1994). *Modernisierung und neue soziale Bewegungen. Deutschland, Frankreich und USA im Vergleich* [Modernización y nuevos movimientos sociales. Alemania, Francia y Estados Unidos en comparación]. Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Sablowski, T. (2010). Konsumnorm, Konsumweise [Norma de consumo, forma de consumo]. En W.-F. Haug, F. Haug y P. Jehle (eds.), *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus* [Diccionario histórico-crítico del marxismo] (t. 7/II, pp. 1642-1654). Hamburgo: Argument Verlag.
- Sachs, W. (1984). *Die Liebe zum Automobil. Ein Rückblick in die Geschichte unserer Wünsche* [El amor al automóvil. Una mirada retrospectiva a la historia de nuestros deseos]. Reinbek: Rowohlt. (W. Sachs [1992]. *For Love of the Automobile: Looking Back into the History of Our Desires*. Berkeley, Los Ángeles y Oxford: University of California Press).
- Sachs, W. (1997). Sustainable Development. Zur politischen Anatomie eines internationalen Leitbilds [Desarrollo sostenible. Sobre la anatomía política de un modelo internacional]. En K.-W. Brand (ed.), *Nachhaltige Entwicklung. Eine Herausforderung an die Soziologie* [Desarrollo para la sociología] (pp. 93-110). Opladen: Leske + Budrich.
- Said, E. (1981). *Orientalismus*. Fráncfort: Ullstein. (E. Said [2016]. *Orientalismo*. México: Penguin Random Mondadori).
- Sander, H. (2016). *Auf dem Weg zum grünen Kapitalismus? Die Energiewende nach Fukushima* [¿En camino al capitalismo verde? La transición energética tras Fukushima]. Berlín: Bertz + Fischer.
- Santarius, T. (2015). *Der Rebound-Effekt. Ökonomische, psychische und soziale Herausforderungen der Entkopplung von Energieverbrauch und Wirtschaftswachstum* [El efecto rebote. Desafíos sociales, físicos y económicos del desacoplamiento entre el consumo de energía y el crecimiento económico]. Marburgo: Metropolis Verlag.

- Sauer, B. (2001). *Die Asche des Souveräns. Staat und Demokratie in der Geschlechterdebatte* [Las cenizas del soberano. Estado y democracia en el debate de género]. Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Schaffartzik, A. et al. (2014). The Global Metabolic Transition: Regional Patterns and Trends of Global Material Flows, 1950–2010. *Global Environmental Change*, 26, 87–97.
- Scheer, H. (2012). *Der energetische Imperativ. Wie der vollständige Wechsel zu erneuerbaren Energien zu realisieren ist* [El imperativo energético. Cómo se puede realizar el cambio total a las energías renovables]. Múnich: Verlag Antje Kunstmann. (H. Scheer [2011]. *El imperativo energético. 100 por ciento ya: Cómo hacer realidad el cambio integral hacia las energías renovables*. Barcelona: Icaria y Antrazyt).
- Scherrer C. (2015). Auspolierte Kratzer. Das US-Finanzkapital. Durch mehr Regulierung weiter hegemonial? [Rasguños pulidos. El capital financiero de los Estados Unidos. ¿Más hegemónico a través de más regulación?]. *PROKLA* 45(2), 257–276.
- Schivelbusch, W. (2015 [1977]). *Geschichte der Eisenbahnreise. Zur Industrialisierung von Raum und Zeit im 19. Jahrhundert* [Historia del ferrocarril. Sobre la industrialización del espacio y el tiempo en el siglo XIX]. Fráncfort: S. Fischer Verlag. (W. Schivelbusch [1979]. *The Railway Journey. The Industrialisation of Time and Space in the Nineteenth Century*. Oakland: University of California Press).
- Schmalz, S. (2018). *Machtverschiebungen im Weltsystem* [Traslados de poder en el sistema-mundo]. Fráncfort y Nueva York: Campus Verlag.
- Schmidt, D. (2013). *Fordismus: Glanz und Elend eines Produktionsmodells* [Fordismo: Esplendor y miseria de un modelo de producción]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 43(3), 401–420.
- Schmidt, D. y Sieron, S. (2016). Editorial: Ökonomie der Flucht und der Migration [Editorial: Economía de la fuga y la migración]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 46(2), 172–180.
- Schneider, E. (2017). *Raus aus dem Euro – rein in die Abhängigkeit? Spielräume und Restriktionen alternativer Wirtschaftspolitik außerhalb der Währungsunion* [¿Salir del euro para entrar a la dependencia? Márgenes y restricciones de una política económica alternativa fuera de la unión monetaria]. Hamburgo: VSA Verlag.
- Schneidewind, U. (2013). *Transformative Literacy. Gesellschaftliche Veränderungsprozesse verstehen und gestalten* [Alfabetización transformativa. Entender y configurar procesos sociales de transformación]. *GAIA*, 22(2), 82–86.
- Schor, J. B. (2015). Überarbeitet und überschuldet. Die Zukunft von Arbeit, Freizeit und Konsum [Sobretabajado y sobreendeudado. El futuro del trabajo, la libertad y el consumo]. *Luxemburg*, 1, 60–65. (J. B. Schor [2014]. The Future of Work, Leisure, and Consumption... In an Age of Economic and Ecological Crisis. *Dollars and Sense*, 314, 13. Recuperado de <http://dollarsandsense.org>).
- Schramm, M. (2010). Die Entstehung der Konsumgesellschaft [El surgimiento de la sociedad de consumo]. En R. Sieder y E. Langthaler (eds.), *Globalgeschichte. 1800–2010* [Historia global. 1800–2010] (pp. 367–388). Viena: Böhlau Verlag.
- Schriefl, E. y Bruckner, M. (2016). Bedarf an Metallen für eine globale Energiewende bis 2050 – Diskussion möglicher Versorgungsgrenzen [Demanda de metales para una transición energética global hasta 2050. Discusión sobre posibles límites de suministro]. En A. Exner, M. Held y K. Kümmerer (eds.),

- Kritische Metalle in der Großen Transformation* [Metales críticos en la gran transformación] (pp. 217-233). Berlín y Heidelberg: Springer Spektrum.
- Schüller, K. (1994). Sklavenaufstand, Revolution, Unabhängigkeit: Haiti, der erste unabhängige Staat Lateinamerikas [Levantamiento de esclavos, revolución, independencia: Haití, el primer Estado independiente de América Latina]. En R. Zoller (ed.), *Amerikaner wider Willen. Beiträge zur Sklaverei in Lateinamerika und ihren Folgen* [Americanos contra su voluntad. Ensayos sobre la esclavitud en América Latina y sus consecuencias] (pp. 125-143). Fráncfort/Main: Vervuert.
- Schurath, B. (2015). Die große Gier. Von Ressourcengerechtigkeit ist die globale Politik weit entfernt [La gran avidez. La política global está lejos de alcanzar la equidad de recursos]. *Südlink* 173, *Dossier Ressourcengerechtigkeit*, 3-6.
- Schwarzer, C. M. (2011). Besser noch ein Jahr weiterfahren [Mejor continuar por un año]. *Zeit Online*, 11/02. Recuperado de <http://www.zeit.de>.
- Schwedes, O. (2014). Vom Homo Civis Mobilis. Mobilität im Wandel der Geschichte [Del *Homo civis mobilis*. Movilidad a lo largo de la historia]. *Politische Ökologie*, 32(137), 18-24.
- Sezgin, H. (2015). Tiere nutzen [Usar animales]. En Le Monde diplomatique y Kolleg Postwachstumsgesellschaften (eds.), *Atlas der Globalisierung. Weniger wird mehr. Der Postwachstumsatlas* [Atlas de la globalización. Menos es más. El atlas del poscrecimiento] (pp. 22-27). Berlín: Le Monde diplomatique y taz.
- Sieder, R. y Langthaler, E. (2010). Was heißt Globalgeschichte? Einleitung [¿Qué significa historia global? Introducción]. En R. Sieder y E. Langthaler (eds.), *Globalgeschichte. 1800-2010* [Historia global. 1800-2010] (pp. 9-36). Viena: Böhlau Verlag.
- Sommer, B. y Welzer, H. (2014). *Transformationsdesign. Wege in eine zukunftsfähige Moderne* [Diseño de la transformación. Caminos hacia una modernidad viable para el futuro]. Múnich: oekom verlag.
- Sonderegger, R. (2010). Wie emanzipatorisch ist Habitus-Forschung? Zu Rancières Kritik an Bourdieus Theorie des Habitus [¿Qué tan emancipatoria es la investigación sobre el *habitus*? Acerca de la crítica de Rancière a la teoría del *habitus* de Bourdieu]. *LiTheS. Zeitschrift für Literatur- und Theatersoziologie*, 3, 18-39. Recuperado de <http://lithes.uni-graz.at>.
- Spash, C. L. (2010). The Brave New World of Carbon Trading. *New Political Economy*, 15(2), 169-195.
- Speed, S. (2007). *Rights in Rebellion: Indigenous Struggle and Human Rights in Chiapas*. Stanford: Stanford University Press.
- Statistisches Bundesamt (2012). *Wirtschaft und Statistik* [Economía y estadística]. Recuperado de <https://www.destatis.de>.
- Steckner, A. (2013). Marxistische Parteien debatte revisited. Zur Verortung politischer Parteien in der bürgerlichen Gesellschaft [Debate de partidos marxistas revisiteados. Sobre la ubicación de partidos políticos en la sociedad burguesa]. *PROKLA* 43 (2), 217-238.
- Steger, J. (2015). ...werden so viele SUV verkauft? [¿... se venden tantos SUV?]. *Absatzwirtschaft*, 11/12. Recuperado de <http://www.Absatzwirtschaft.de>.
- Steffen, W. et al. (2011). The Anthropocene: From Global Change to Planetary Stewardship. *Ambio*, 40(7), 739-761.
- Stieß, I. et al. (2012). *Analyse bestehender Maßnahmen und Entwurf innovativer Strategien zur verbesserten Nutzung von Synergien zwischen Umwelt- und Sozialpolitik*

- [Análisis de medidas existentes y esbozo de estrategias innovadoras para el uso mejorado de sinergias entre política social y ambiental]. Dessau-Roßlau: Umweltbundesamt. Recuperado de <https://www.umweltbundesamt.de>.
- Stremmel, J. (2015). Das wird man ja wohl noch fahren dürfen! [¡A ver si al menos se nos permite todavía manejar!]. *Süddeutsche Zeitung*, 11/09.
- Stützle, I. (2003). Staatstheorien oder "BeckenrandschwimmerInnen der Welt vereinigt euch!" [Teoría del Estado o "¡Nadadores y nadadoras del mundo que se quedan en el borde, únanse!"]. *Grundrisse. Zeitschrift für linke Theorie und Debatte*, 6, 27-38. Recuperado de <http://www.grundrisse.net>.
- Svampa, M. (2012). Resource Extractivism and Alternatives: Latin American Perspectives on Development. *Journal für Entwicklungspolitik*, 28(3), 43-73.
- Tanuro, D. (2013). *Green Capitalism: Why It Can't Work*. Londres: Merlin Press.
- Tauss, A. y Ehs, T. (2016). Das Ende des Kapitalismus denken? Fragmente für eine demokratisch-ökologische Linke im 21. Jahrhundert [¿Pensar el fin del capitalismo? Fragmentos para una izquierda democrático-ecológica]. En A. Tauss (ed.), *Sozialökologische Transformationen. Das Ende des Kapitalismus denken* [Transformaciones socioambientales. Pensar el fin del capitalismo] (pp. 169-182). Hamburgo: VSA Verlag.
- Thie, H. (2013). *Rotes Grün. Pioniere und Prinzipien einer ökologischen Gesellschaft* [Un verde rojo. Pioneros y principios de una sociedad ecológica]. Hamburgo: VSA Verlag
- Thompson, E. P. (1980a). Die "moralische Ökonomie" der englischen Unterschichten im 18. Jahrhundert [La "economía moral" de las clases bajas inglesas en el siglo XVIII]. En E. P. Thompson, *Plebeische Kultur und moralische Ökonomie. Aufsätze zur englischen Sozialgeschichte des 18. und 19. Jahrhunderts* [Cultura plebeya y economía moral. Ensayos sobre historia social inglesa de los siglos XVI-II y XIX] (pp. 66-130). Fráncfort: Ullstein. (E. P. Thompson [1971]. The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past and Present*, 50, 76-136).
- Thompson, E. P. (1980b). Zeit, Arbeitsdisziplin und Industriekapitalismus [Tiempo, disciplina laboral y capitalismo industrial]. En E. P. Thompson, *Plebeische Kultur und moralische Ökonomie. Aufsätze zur englischen Sozialgeschichte des 18. und 19. Jahrhunderts* [Cultura plebeya y economía moral. Ensayos sobre historia social inglesa de los siglos XVIII y XIX] (pp. 34-66). Fráncfort: Ullstein. (E. P. Thompson [1967]. Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism. *Past and Present*, 38, 56-97).
- Thompson, E. P. (1987 [1963]). *Die Entstehung der englischen Arbeiterklasse. Erster Band* [El surgimiento de la clase obrera inglesa. Primer tomo]. Fráncfort: Suhrkamp. (E. P. Thompson [1977]. *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra, 1780-1832*. Barcelona: Laia).
- Umweltbundesamt (2015). *Umweltbewusstsein in Deutschland 2014 – Vertiefungsstudie: Umweltbewusstsein und Umweltverhalten junger Menschen, Texte 77/2015* [Conciencia medioambiental en Alemania 2014 – Estudio de profundización: Conciencia ambiental y comportamiento medioambiental de gente joven]. Dessau-Roßlau: Umweltbundesamt.
- UNDP - Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2013). *Human Development Report: Human Progress and the Rising South*. Nueva York: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Recuperado de <http://hdr.undp.org>.
- Unmüßig, B. (1998). Welche Erfahrungen haben Nichtregierungsorganisationen

- gemacht? Und wie haben sie sich bewährt? [¿Qué experiencias han tenido las organizaciones no gubernamentales? ¿Y cómo han demostrado su eficacia?]. En J. Calließ (ed.), *Barfuß auf diplomatischem Parkett. Die Nichtregierungsorganisationen in der Weltpolitik* [Pies descalzos sobre parquet diplomático. Las organizaciones no gubernamentales en la política mundial] (pp. 53-64). Rehburg-Loccum: Evangelische Akademie Loccum.
- Urry, J. (2013). *Societies Beyond Oil*. Londres y Nueva York: Zed Books.
- Veblen, T. (2011). *Theorie der feinen Leute. Eine ökonomische Untersuchung der Institutionen* [Teoría de la gente fina. Una investigación económica de las instituciones]. Fráncfort: S. Fischer Verlag. (T. Veblen [2010]. *Teoría de la clase ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica).
- Verkehrsclub Österreich. (2009). *Soziale Aspekte von Mobilität* [Aspectos sociales de la movilidad]. Viena: Verkehrsclub Österreich. Recuperado de <https://www.vcoe.at>.
- Verkehrsclub von Deutschland (2010). *Position VCD. Elektromobilität* [Posición del Verkehrsclub Deutschland. Electromovilidad]. Berlín: Verkehrsclub Deutschland. Recuperado de <https://www.vcd.org>
- Verron, H. (2015). Ändert sich die Mobilitätskultur? – Zwei Experteninterviews [¿Cambia la cultura de la movilidad? Dos entrevistas a expertos]. *Zeitschrift für Umweltpsychologie*, 19(1), 12-26.
- Vogel, S. (2015). Die autoritäre Versuchung. Europas neue Linke zwischen Aufbruch und Populismus [La tentación autoritaria. La nueva izquierda europea entre auge y populismo]. *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 11, 71-79.
- Wackernagel, M. y Beyers, B. (2010). *Der Ecological Footprint. Die Welt neu vermessen* [La huella ecológica. Medir el mundo de nuevo]. Hamburgo: Europäische Verlagsanstalt. (M. Wackernagel y B. Beyers [2010]. *Ecological Footprint. Managing Our Biocapacity Budget*. Gabriola Island: New Society Publishers).
- Wagner, K. (2013). Es werden keine Gefangenen gemacht: Gegenwärtige Trends der Ausbeutung des Planeten [No se encierra a nadie: Tendencias actuales de la explotación del planeta]. En U. Bardi (ed.), *Der geplünderte Planet. Die Zukunft des Menschen im Zeitalter schwindender Ressourcen* [El planeta saqueado. El futuro del hombre en la era de los recursos mermados] (pp. 21-28). Múnich: oekom verlag.
- Weis, T. (2013). *The Ecological Hoofprint. The Global Burden of Industrial Livestock*. Londres y Nueva York: Zed Books.
- Welzer, H. (2011). *Mentale Infrastrukturen. Wie das Wachstum in die Welt und in die Seelen kam* [Infraestructuras mentales. Cómo el crecimiento llegó al mundo y a las almas]. Berlín: Heinrich-Böll-Stiftung.
- Welzer, H. (2013). *Selbst denken. Eine Anleitung zum Widerstand* [Pensar por sí mismo. Un instructivo para la resistencia]. Fráncfort: S. Fischer Verlag.
- Wichterich, C. (2013). Haushaltsökonomien in der Krise [Economías domésticas en la crisis]. *Widerspruch*, 32(62), 66-73.
- Wichterich, C. (2016a). Feministische internationale politische Ökonomie und Sorgeextraktivismus [La economía política internacional feminista y el extractivismo del cuidado]. En U. Brand, H. Schwenken y J. Wullweber (eds.), *Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt Kritische Wissenschaft* [Analizar, criticar y transformar la globalización. El proyecto Ciencia Crítica] (pp. 54-71). Hamburgo: VSA Verlag.
- Wichterich, C. (2016b). Bausteine von Zukunft und der Charme des Selbermachens.

- Wider den care- und ressourcenextraktivistischen Kapitalismus [Componentes del futuro y el encanto de hacerlo uno mismo]. En A. Tauss, *Sozial-ökologische Transformationen. Das Ende des Kapitalismus denken* [Transformaciones socioambientales. Pensar el fin del capitalismo] (pp. 183-204). Hamburgo: VSA Verlag.
- Wiedmann, T. O. et al. (2013). The Material Footprint of Nations. *PNAS*, 112(20), 6271-6276.
- Wilkinson, R. y Pickett, K. (2010). *The Spirit Level. Why Equality is Better for Everyone*. Londres: Penguin.
- Williamson, J. (1990). What Washington Means by Policy Reform. En J. Williamson (ed.), *Latin American Adjustment: How Much has Happened?* (pp. 7-20). Washington: Institute for International Economics.
- Winker, G. (2015). *Care Revolution. Schritte in eine solidarische Gesellschaft* [Revolución del cuidado. Pasos hacia una sociedad solidaria]. Bielefeld: transcript Verlag.
- Wissen, M. (2004). Vielfalt als Nebeneffekt. Agrobiodiversität und demokratische Ressourcenkontrolle [Diversidad como efecto secundario. Biodiversidad agrícola y control democrático de los recursos]. *Politische Ökologie*, 22(91-92), 76-78.
- Wissen, M. (2010). Klimawandel, Geopolitik und "imperiale Lebensweise". Das Scheitern von "Kopenhagen" und die strukturelle Überforderung internationaler Umweltpolitik [Cambio climático, geopolítica y el "modo de vida imperial". El fracaso de "Copenhague" y la sobreexigencia estructural de la política ambiental internacional]. *Kurswechsel*, 2, 30-38.
- Wissen, M. (2016). Zwischen Neo-Fossilismus und "grüner Ökonomie". Entwicklungstendenzen des globalen Energieregimes [Entre el neofossilismo y la "economía verde". Tendencias de desarrollo del régimen energético global]. *PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft*, 46(3), 343-364.
- Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen (2009). *Kassensturz für den Weltklimavertrag – Der Budgetansatz. Sondergutachten* [Corte de caja para el Acuerdo Mundial del Clima: La partida presupuestaria. Dictamen extraordinario]. Berlín: Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen. Recuperado de <http://www.wbgu.de>.
- Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen (2011). *Welt im Wandel: Gesellschaftsvertrag für eine Große Transformation* [Mundo en transformación: Contrato social para una gran transformación]. Berlín: Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen. Recuperado de <http://www.wbgu.de>. (German Advisory Council on Global Change [2011]. *World in Transition. A Social Contract for Sustainability*. Berlín: German Advisory Council on Global Change. Recuperado de https://issuu.com/wbgu/docs/wbgu_jg2011_en?e=37591641/69400200).
- Wolf, W. (2007). *Verkehr. Umwelt. Klima. Die Globalisierung des Tempowahns* [Transporte. Ambiente. Clima. La globalización del delirio del tiempo]. Viena: Promedia.
- World Steel Association (2015). *Steel Statistical Yearbook*. Bruselas: World Steel Association. Recuperado de <http://www.worldsteel.org>
- Wright, E. O. (2010). *Envisioning Real Utopias*. Londres y Nueva York: Verso. (E. O. Wright [2014]. *Construyendo utopías reales*. Madrid: Akal).
- Wuppertal Institut für Klima, Umwelt, Energie (2005). *Fair Future. Begrenzte*

- Ressourcen und globale Gerechtigkeit* [Fair Future. Recursos limitados y justicia global]. Múnich: C. H. Beck Verlag. (Instituto Wuppertal para el Clima, el Medio Ambiente y la Energía [2008]. *Un futuro justo. Recursos limitados y justicia global*. Barcelona: Icaria).
- Wuppertal Institut für Klima, Umwelt, Energie (2009). *Zukunftsfähiges Deutschland in einer globalisierten Welt. Ein Anstoß zur gesellschaftlichen Debatte* [Una Alemania viable para el futuro en un mundo globalizado. Un impulso al debate social]. Fráncfort: S. Fischer Verlag.
- Zeller, C. (2010). Die Natur als Anlagefeld des konzentrierten Finanzkapitals [La naturaleza como campo de inversión del capital financiero concentrado]. En F. Schmieder (ed.), *Die Krise der Nachhaltigkeit. Zur Kritik der Politischen Ökologie heute* [La crisis de la sostenibilidad. Sobre la crítica de la ecología política hoy en día] (pp. 103-135). Fráncfort: Peter Lang.
- Zhang, L. (2015). *Inside China's Automobile Factories. The Politics of Labor and Worker Resistance*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ziai, A. (2011). Die heilige Kuh der "Entwicklung". Post-Development und die Reaktionen darauf [La vaca sagrada del "desarrollo". El posdesarrollo y las reacciones a él]. *Südwind*, 32(11), 39.
- Zinn, G. (2015). *Vom Kapitalismus ohne Wachstum zur Marktwirtschaft ohne Kapitalismus* [Del capitalismo sin crecimiento a la economía de mercado sin capitalismo]. Hamburgo: VSA Verlag.

OTROS TÍTULOS DE TINTA LIMÓN

Colección Nociones Comunes

Aura latente. Estética/Ética/Política/Técnica

Ticio Escobar

En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente

Wendy Brown

Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes

Silvia Federici

El umbral. Crónicas y meditaciones

Franco Berardi Bifo

En letras de sangre y fuego. Trabajo, máquinas y crisis del capitalismo

George Caffentzis

Cine capital. Cómo las imágenes devienen revolucionarias (reedición ampliada)

Jun Fujita Hirose

La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo

Verónica Gago

Spinoza disidente

Diego Tatián

Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente

Suely Rolnik

Acerca del fin. Conversaciones

Alain Badiou y Giovanbattista Tusa

Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Silvia Federici

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo

Silvia Federici

Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria

Silvia Federici

Autonomía y diseño. La realización de lo comunal

Arturo Escobar

Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis
Silvia Rivera Cusicanqui

La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero
Jacques Rancière

Políticas del acontecimiento
Maurizio Lazzarato

La frontera como método. O la multiplicación del trabajo
Sandro Mezzadra y Brett Neilson

Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo
Franco Berardi Bifo

Filosofía de la deserción. Nihilismo, locura y comunidad
Peter Pál Pelbart

Breve tratado para atacar la realidad
Santiago López Petit

Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza
Frédéric Lordon

Hijos de la noche
Santiago López Petit

Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina
Silvia Rivera Cusicanqui

La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular
Verónica Gago

La cocina de Marx. El sujeto y su producción
Sandro Mezzadra

Capital y lenguaje. Hacia el gobierno de las finanzas
Chistian Marazzi

Hegel o Spinoza
Pierre Macherey

Micropolítica. Cartografías del deseo
Suely Rolnik y Félix Guattari

Incursiones

La acción psicológica.

Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981

Julia Risler

La cueva de los sueños.

Precariedad, bingos y política

Andrés Fuentes

¿Quién mató a Cafrune?

Crónica de la muerte de la canción militante

Jimena Néspolo

Serie ch'ixi

Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!

Luci Cavallero y Verónica Gago

La Internacional Feminista. Luchas en los territorios y contra el neoliberalismo

VV. AA.

Los límites del capital.

Deuda, moneda y lucha de clases

George Caffentzis

8M. Constelación feminista

VV. AA.

Escupamos sobre Hegel

Carla Lonzi

Salidas del laberinto capitalista.

Decrecimiento y postextractivismo

Alberto Acosta y Ulrich Brand

Pensar en movimiento

Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones

Silvia Duschatzky

Venezuela crónica. Cómo fue que la historia nos trajo hasta aquí

José Roberto Duque

Laboratorio Favela. Violencia política en Río de Janeiro

Marielle Franco

La sociedad ajustada

Colectivo Juguetes Perdidos

Salud feminista. Soberanía de los cuerpos, poder y organización

VV. AA.

La gorra coronada.

Diario del macrismo

Colectivo Juguetes Perdidos

De #BlackLivesMatter

a la liberación negra

Keeanga-Yamahtta Taylor

Fight the Power.

Rap, raza y realidad

Chuck D

Coediciones

El feminismo es para todo el mundo

bell hooks. Coedición con Traficantes de Sueños

Semilla de crápula

Fernand Deligny. Coedición con Editorial Cactus

Rosa Luxemburgo y el arte de la política

Frigga Haug. Coedición con Fundación

Rosa Luxemburgo

DISTRIBUYE: La Periférica Distribuidora
www.la-periferica.com.ar

BUENOS AIRES, ARGENTINA

www.tintalimon.com.ar

Estos 2000 ejemplares de *Modo de vida imperial*
se terminaron de imprimir en abril de 2021 en
Nuevo Offset, Viel 1444,
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.